

A man with short brown hair and a light beard stands in the center of the frame. He is wearing a dark navy blue suit jacket over a white dress shirt, a dark tie with small white polka dots, and a grey V-neck sweater. A patterned kilt is visible at the bottom of the frame. He is standing in a lush green Scottish landscape with rolling hills and mountains in the background under a soft, hazy sky. The text 'El encanto del Kilt' is overlaid on the image, with 'El encanto del' in white script and 'Kilt' in a larger, light blue script. Below this, the name 'LEXI THURMAN' is written in white capital letters.

El encanto del
Kilt

LEXI THURMAN

Cubierta: Amparo Tárrega

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Prólogo

Sin temor a equivocarme, puedo asegurar que existe una vena sádica en las personas encargadas de llevar a cabo las entrevistas de trabajo en las grandes multinacionales.

Ataviados con elegantes trajes de diseño, te observan desde detrás de su imponente escritorio con una sonrisa de falsa cordialidad, mientras, frente a ellos, descansa tu currículum minuciosamente elaborado por ti.

Sabes que tus posibilidades son mínimas, pero, durante unos minutos, te hacen creer que el puesto de secretaria de uno de los directivos puede ser tuyo. Alaban tus logros y no prestan atención a tu escasa experiencia. Te aseguran que lo importante son tus ganas de aprender, tu gran capacidad para resolver conflictos y tu iniciativa. Y cuando crees que lo peor ha pasado, y que independientemente de si consigues el trabajo o no puedes estar contenta contigo misma, te miran fijamente y te preguntan:

—¿Cuáles son las posibilidades de que la humanidad encuentre vida extraterrestre?

Capítulo 1

—¿De verdad le has contestado, yo acabo de encontrarla? —cuestionó mi hermana Lizzie al otro lado del teléfono. A pesar de que no podía ver su rostro, podía imaginármela apretando los labios, intentando contener una carcajada.

—¿Qué querías que le respondiera? —me defendí mientras me sentaba en el viejo sofá de mi apartamento—. Además, ¿qué persona normal haría esa pregunta en una entrevista seria? ¿Con qué otra intención que una malintencionada? Dime, ¿con cuál?

—Para evaluar tu capacidad de pensamiento crítico, para medir tu adaptación al estrés, para revelar tu personalidad y carácter, para...

—Está bien, ya lo he pillado —le interrumpí, sabiendo que la lista podía ser eterna—. Puede que mi respuesta no haya sido la más adecuada...

—¿Tienes dudas? —preguntó Lizzie irónicamente—. Claro que no lo ha sido —se respondió a sí misma.

Me acomodé en el respaldo del sofá en el que estaba sentada mientras exhalaba un largo resoplido.

—De todos modos, tampoco es como si hubiera tenido alguna posibilidad de que me contratasen. —¿Qué probabilidades había de que me contratasen en una de las mejores multinacionales de telecomunicaciones *a mí*? Seguramente, no tenían los suficientes candidatos interesantes y me habían llamado como relleno. Como una obra de caridad para demostrar que estaban abiertos a todas las posibilidades cuando no era así.

—Es su pérdida, no la tuya. Encontrarás un trabajo donde te valoren de verdad —me animó Lizzie—. Ya sabes lo que dicen: cuando una puerta se cierra, una ventana se abre.

Resoplé.

—Las ventanas se abren para gente como tú, Lizzie. A las personas como yo nos cierran la puerta en las narices, ponen el candado y rejas en las ventanas para que no podamos entrar nunca más.

Lizzie chasqueó la lengua.

—Tendrías más posibilidades de encontrar un buen trabajo si fueras a la universidad.

Suspiré. Esa era una discusión recurrente entre nosotras.

Claro, para Lizzie era fácil. A pesar de que ambas éramos físicamente idénticas, con el cabello rubio que habíamos heredado de nuestra madre y los mismos ojos azules, en cuanto a personalidad no podíamos ser más diferentes; como el yin y el yang.

Lizzie siempre había tenido claro a qué se quería dedicar. Desde que teníamos uso de razón, sabía que quería ser maestra. La educación era su vocación y ella había conseguido una beca completa para estudiar en la Universidad de Saint Andrews, en Escocia. Ahora estaba terminando el primer año de una maestría en Educación Internacional.

Pese a que mis notas en el instituto habían sido buenas, no tenía un expediente académico tan brillante como el de mi hermana como para poder obtener una beca completa en una de las mejores universidades del país. Aunque tampoco era como si hubiera querido estudiar una carrera, ya que ninguna de ellas se adecuaba a mis intereses en esos momentos.

Por eso había decidido empezar a trabajar con la idea de encontrarme a mí misma en un futuro. Tras pasar de un empleo temporal a otro, más de cinco años después, con veintitrés años, seguía igual de pérdida que a los dieciocho.

Obviamente, mi plan no había sido un éxito.

—Claro, estoy ahora para ponerme a estudiar una carrera... Te recuerdo que acabo de quedarme sin trabajo, y con los pocos ahorros que tengo, apenas me alcanza para pagar dos meses de alquiler.

Sin embargo, Lizzie no pareció escucharme. Ella tendía a hacer eso cuando decía algo que no le interesaba. Y aunque era una estrategia que la muy bruja había aprendido de mí, no me gustaba cuando la utilizaba en mi contra.

—Te gusta pintar, podrías estudiar Bellas Artes.

—Como hobby —recalqué—. También me gusta salir a correr y no voy a estudiar Ciencias del Deporte.

—¿Y Educación Física? —preguntó, y yo enarqué una ceja, aunque ella no podía verme.

—¿Para terminar dando clases en un instituto a adolescentes desagradecidos y maleducados? —repliqué, arrugando la nariz—. O lo que es peor, a niños —pronuncié aquellas palabras como si esa fuera mi peor pesadilla.

Al contrario que mi hermana, los niños nunca se me habían dado bien. Mientras que ella empleaba su tiempo libre siendo ambas unas adolescentes cuidando de los niños de los vecinos, yo prefería conformarme con la escasa paga que nos daba nuestra madre.

Aunque, la verdad era que Lizzie siempre terminaba compartiendo parte de sus ganancias conmigo. No habíamos tenido una madre al uso. Nuestra progenitora siempre estaba más preocupada de agradar a su último ligue que de preocuparse por nosotras; por lo que, a pesar de ser solo cinco minutos más mayor que yo, Lizzie había cuidado de mí.

—Se puede aprender mucho de los niños. Trabajar con niños es un muy enriquecedor.

—Quizá para ti. Yo prefiero morirme de hambre que pasar un minuto con uno de esos pequeños monstruos.

—Cuando te pones así, es imposible hablar contigo —se quejó Lizzie, resoplando—. Luego te quejas de que ninguna buena empresa te va a contratar, pero tendrían más en cuenta tu currículum si te centrases un poco y te buscases un trabajo de verdad.

—Ey, he tenido trabajos de verdad.

—¿Payaso en fiestas infantiles? ¿Actriz en la casa encantada por Halloween? ¿Taquillera de la noria en la feria de verano?

—Prefiero animadora de fiestas infantiles, si no te importa. ¿Y qué tienen de malo esos trabajos?

—No tienen nada de malo si tienes dieciséis años. —Lizzie chasqueó la lengua—. Ya sabes a lo que me refiero, Lottie. Deberías buscarte un empleo de largo plazo. ¿Cuánto tiempo te ha durado tu empleo más estable? ¿Un mes?

—Tres meses y medio. De hecho, casi cuatro —le corregí con un orgullo que sabía que no ayudaba en nada a defender mis argumentos—. Además, este último trabajo me gustaba. Ser paseadora de perros tenía sus ventajas. —No era el empleo de mi vida, pero no estaba mal—. Si no llegase a ser por ese *pequeño* incidente, seguiría trabajando y no me habría quedado en paro.

—¿Pequeño incidente? —repitió Lizzie y yo entorné los ojos al escuchar la incredulidad en su voz—. Lottie, te echaron porque te despistaste y dos perros se aparearon.

—No fue mi culpa, tan solo creí que soltarlos durante un rato sería buena idea —me defendí—. Además, no me despidieron por eso. Jasmine —nombré a la dueña de la perra— quitó la queja en cuanto nació esa bonita camada de cachorros. En realidad, el motivo de mi despido fue por la desaparición de Buddy. —Sonreí al recordar al amistoso *beagle* que había estado paseando durante semanas. De todos, siempre había sido mi favorito—. Al parecer, se hizo amigo de una

niña que estaba en el parque y que compartió su helado de pistacho con él. La niña creyó que era su nueva mascota y quiso llevárselo a casa.

—¿Los dueños te denunciaron?

—No, Buddy apareció a la hora. Los dueños ni se enteraron. —Afortunadamente para mí, que casi me morí del susto—. Fue la madre de la niña, que alega que su hija tiene una rabieta insoportable desde entonces. Al parecer, ahora quiere tener una mascota. Como si yo tuviese la culpa de eso. —Se lo había intentado explicar a mi jefa, pero no me había querido escuchar.

Lizzie suspiró, aunque pude escuchar una risa ahogada. Conocía lo suficientemente a mi hermana como para saber que estaba mordiendo su labio inferior para no reírse.

—No puedes seguir así, Lottie. Tienes que centrarte. —Resoplé, pero Lizzie me ignoró—. Encontrar un buen trabajo, aunque sea temporalmente, te podría ayudar a mejorar tu currículum, y de esa manera, que sea más atractivo para las empresas a las que decidas postularte. Incluso si finalmente decides estudiar una carrera, también podría serte útil. Por eso, tengo una oportunidad de trabajo para ti.

Arrugué el ceño cuando oí las últimas palabras.

Lizzie siempre me escuchaba pacientemente y me regañaba después; también solía darme consejos sabios que nunca seguía. Sin embargo, ella nunca me proponía ofertas de trabajo. No lo hacía porque mi hermana, aunque me amaba, sabía que había muchas posibilidades de que no la dejase en buen lugar.

Algo raro estaba pasando para que quisiese arriesgarse y pensaba averiguarlo.

—¿Qué pasa, Lizzie? —pregunté directamente.

—Nada —respondió, y aunque lo dijo sin titubear, pude notar que me estaba mintiendo.

—Elizabeth Charlotte —dije, utilizando su nombre completo, comenzando a perder la paciencia—, suéltalo ya. Dime lo que quieras decirme.

Me gustaban las cosas de cara. Odiaba cuando la gente daba rodeos intentando suavizarte el golpe. En mi caso, lo único que lograban era que me pusiese nerviosa y me diesen ganas de golpear a esa persona en la cabeza para que fuesen al grano.

Lizzie suspiró.

—Siempre se me olvida lo directa que eres.

—La vida es más fácil sino perdemos el tiempo dando rodeos. ¿Va todo bien?

Ahora que estaba prestando atención, podía notar en su tono de voz que algo le preocupaba. No nos veíamos desde Navidad, hacía seis meses, pero manteníamos contacto por mensajes y llamadas casi a diario. Y no había notado nada extraño, ni ningún cambio en ella.

Aunque, quizá no había sido lo suficientemente observadora. Lizzie era buena fingiendo y yo estaba demasiado preocupada en el desastre que era mi vida en esos momentos. Siempre daba por hecho que a Lizzie le iban las cosas bien y que tenía todo bajo control.

Quizá me había equivocado.

—Sí —contestó, haciendo una pausa—. Más o menos —se corrigió y, aunque no podía verla, estaba convencida de que se estaba mordiendo el labio inferior—. Estoy en una encrucijada y no sé cómo salir de ella —reconoció un instante más tarde—. Me he comprometido a cuidar todo el verano a un niño, pero me han contratado para un proyecto educativo enfocado a la innovación en una ONG. Es un proyecto corto, de dos meses de duración, pero muy prestigioso. Cuando me presenté al proceso de selección, jamás pensé que contarían conmigo. Cuando ayer me llamaron, pensé que era una broma.

—¡Enhorabuena, Lizzie! —la felicité con entusiasmo, alegrándome por ella—. No sé por qué pensaste que no lo lograrías. Cuando te propones algo, siempre acabas consiguiéndolo. Eres

la persona más constante y capaz que conozco.

—Gracias —me agradeció ella, pero pude notar que no parecía contenta. Más bien, culpable. ¿Por qué no estaba exultante de alegría como yo lo estaba?—. No sé qué hacer, Lottie. Ya me he comprometido, pero no puedo decir que no a una oportunidad así...

—¿Y por qué no haces ambas cosas? —sugerí.

—Eso es un poco complicado. —Lizzie soltó una risa nerviosa—. El proyecto es en Estados Unidos. De hecho, es en colaboración con la Universidad de Massachusetts. Es la universidad la que me ha otorgado una beca para que pueda costear mi estancia allí.

—Estados Unidos —repetí, emocionada. Ni Lizzie ni yo habíamos viajado nunca fuera de Europa—. Eso es increíble, Lizzie. —Me alegraba tanto por ella...—. Entonces, di a los padres del niño la verdad y que se busquen a otra persona.

—No es tan sencillo. —Suspiré, porque Lizzie siempre veía el problema a las soluciones más sencillas—. Mi tutor del máster me ha recomendado para el trabajo y ya me he entrevistado con el padre del niño. Empiezo en cuatro días. Si le dejo tirado ahora, mi tutor no me va a dar una carta de recomendación para que me tengan en cuenta para un empleo en el internado de Haston.

Desde que comenzó a estudiar la carrera, trabajar de profesora en ese prestigioso centro se había convertido en el principal objetivo de Lizzie. Yo no entendía por qué quería dar clase a niños de padres ricos que, probablemente, eran caprichosos y condescendientes. Pero mi hermana decía que, esos niños que vivían lejos de sus padres, eran los que más necesitaban una enseñanza más cercana. Una que aseguraba que ella podía darles.

—¡Qué tontería! —exclamé—. Tendrá que entender que no puedes perder esa oportunidad. Y encima, por cuidar de un mocosito.

A veces, Lizzie se ahogaba en un vaso de agua.

—Lottie, el padre del niño es un terrateniente de las Highlands. Aparte de dueño de varias empresas por toda Europa y un gran benefactor de la Universidad de Saint Andrews. Puedo olvidarme también de la beca del máster para el año que viene si decide no extender más cheques a la universidad.

Entrecerré los ojos. Mi hermana podía ser muy negativa cuando se lo proponía.

—Estás exagerando.

—No, no lo hago. Además, es una falta de respeto dejarlo tirado con tan poca antelación.

Miré el techo. La pequeña mancha de humedad se había ampliado de tamaño; por lo menos, al doble. Tenía que llamar al casero para que se ocupase de ello antes de que se formase una gotera. Aunque teniendo en cuenta que el hombre de mediana edad solía pasar completamente de todas las peticiones que le hacía, había muchas posibilidades de que tuviese que usar un paraguas para moverme por el apartamento en un futuro próximo.

—Lottie, ¿sigues ahí? —me preguntó Lizzie, devolviéndome a la realidad.

—Sí, perdona —dije, un poco avergonzada por haber dejado que mi mente se dispersase cuando mi hermana parecía tan angustiada—. Pide a alguien que te sustituya. Así el niño no se quedará sin niñera, el padre contento de poder deshacerse del niño todo el verano, y tú te puedes ir a Estados Unidos tranquila.

—No quiere deshacerse del niño, Lottie. Él tiene que trabajar y necesita que el niño esté cuidado. —Hice una mueca, poco de acuerdo con sus palabras. Era algo muy típico de las personas ricas. Tenían hijos, y después, los dejaban a cargo de otros para no tener que asumir esa responsabilidad—. Y no puedo hacer eso. El padre no está dispuesto a dejar el cuidado de su hijo a cualquiera. Mi tutor es un amigo personal de él y, aun así, me entrevistó en dos ocasiones para

asegurarse de que no voy a hacer daño a su hijo.

—Vale, es un padre rico que se preocupa por su hijo, pero también es un hombre de negocios, entenderá que en tu currículum tiene más valor participar en un proyecto de una ONG que cuidar a su moc... —Lizzie carraspeó y yo me interrumpí a mí misma, corrigiéndome— a su hijo de...

—Seis años —terminó Lizzie por mí—. Se llama Keir, y aunque aún no le he visto en persona, en fotos es precioso. Le gusta nadar y leer. Es un niño muy inteligente. Al parecer, es muy tranquilo. —Entorné los ojos mientras seguía enumerando las cualidades de ese niño. Que, seguramente, sería igual de molesto y ruidoso que cualquier mocoso de su edad—. Os vais a llevar muy bien. Él...

—¿Cómo?! —exclamé, levantándome del sofá de un salto.

—Verás, Lottie... —Lizzie exhaló un largo suspiro—. He estado pensando en ello y la única solución es que lo cuides tú.

Solté una carcajada, porque estaba segura de que se trataba de una broma. Pero la risa de mi hermana no llegó desde el otro lado de la línea.

—Eso no va a pasar, Lizzie. Tienes compañeras de máster que estoy segura de que aceptarán encantadas.

—Lo harán, pero el padre no las va a contratar a ellas.

—¿Crees que no va a aceptar a alguna de tus compañeras, pero piensas que me va a aceptar a mí? —pregunté, porque mi hermana no podía ser tan ingenua.

—Lo hará, porque creerá que soy yo.

—Estás de coña —dije, comenzando a andar por la sala—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Escucha, Charlotte. —Ella uso mi nombre completo, algo que solo hacía cuando quería asegurarse de que yo era consciente de la seriedad de sus palabras—. Son solo dos meses. No es la primera vez que lo hacemos.

No, no lo era.

Lizzie y yo éramos gemelas idénticas. Tanto, que las personas a nuestro alrededor solían confundirnos. Cuando éramos pequeñas, habíamos utilizado esa similitud física para hacer alguna que otra travesura.

—No lo hacemos desde que éramos unas crías. ¿La última vez, que tendríamos, diez?

—Diecisiete —me corrigió Lizzie—. Me convenciste para que me hiciera pasar por ti en un examen de matemáticas en el último año de instituto.

—¿Y ahora te estás pagando ese favor? —pregunté, un poco enfadada.

—No, Lottie, pero estoy desesperada. Por favor. Sabes que no te lo pediría si de verdad no fuese necesario.

Suspiré, porque era cierto. Lizzie nunca me pedía favores. Solía ser más bien al contrario; yo se los pedía a ella. Favores que ella siempre me hacía, y generalmente con poca resistencia.

—Una cosa es hacerme pasar por ti durante unos minutos o una hora, ¿pero durante todo el verano? Es demasiado.

—Dos meses. Tan solo serán dos meses

—Somos gemelas idénticas, pero completamente diferentes en manera de ser.

—El señor MacAllister solo me ha visto en dos ocasiones durante no más de veinte minutos cada vez. Y en las entrevistas de trabajo nunca te muestras cómo verdaderamente eres. Él no se va a dar ni cuenta.

—No sé cuidar de un niño —dije, aunque ya me estaba viendo corriendo detrás del pequeño

monstruo—. Se va a dar cuenta.

—No lo va a hacer. Él solo quiere que su hijo esté acompañado y protegido. Serán como unas vacaciones de verano pagadas.

Bufé.

—Sí, seguro —comenté con sarcasmo.

Lizzie me ignoró.

—Va a ser una oportunidad de oro para ti, Lottie. Podrá ayudarte en tu currículum. Además, el señor MacAllister es un hombre importante. Tiene muchísimos contactos.

—Lizzie, me voy a estar haciendo pasar por ti. No puedo ponerlo en mi currículum. No voy a ser yo, seré tú.

Lizzie chasqueó la lengua, como si acabara de darse cuenta de eso. Aquello era extraño en mi hermana.

Ella era la sensata, la que mantenía siempre todo bajo control.

¿Cómo había obviado algo tan evidente como eso?

—Pagan muy bien —dijo, nerviosa. Parecía que estuviese intentando buscar razones para convencerme. Estaba desesperada—. El señor MacAllister es muy generoso.

—Nada compensa el cuidar de un mocoso, Lizzie. Además, no es cuestión de dinero.

—Cinco mil libras.

Abrí los ojos, dudando de si había escuchado bien.

—¿Cuánto?

—Cinco mil libras por mes, Lottie.

—Joder, eso es mucho dinero.

Con eso podría pagar el alquiler durante de un año entero y mis gastos más básicos; hasta podría darme algún capricho. No tendría que preocuparme en buscar trabajo, al menos, durante unos meses, y tendría más tiempo para investigar que era lo que verdaderamente quería hacer con mi vida.

—Lo es —concordó Lizzie, feliz—. Además, el señor MacAllister es encantador. Él va a ayudarte en todo lo que necesites. Ya me ha dejado claro que se fía de mi criterio. No va a interferir en tu labor. Es el mejor jefe que podrías tener, hará que te sientas como en tu casa mientras estés allí.

Fruncí el ceño.

—¿Tengo que vivir allí?

—Eso es lo bueno. El alojamiento y la comida están incluidos.

Eso era lo bueno si me iba de vacaciones a un hotel con vistas a la playa. En ese caso, era una putada.

—¿Tengo que cuidar veinticuatro horas al día del niño?

—No, claro que no. Los domingos los tienes libres. Vas a tener tu propia habitación y puedes deambular por las extensas tierras.

—Tierras —repetí con desconfianza—. ¿Dónde está la casa, Lizzie?

Ella suspiró.

—A las afueras de Lint, un pequeño pueblo de las Highlands —masculó con voz baja, pero la escuché perfectamente. Era un animal de ciudad y mi hermana lo sabía. Aunque iba a replicar, ella no me lo permitió—. He visto fotos, es una preciosa casa solariega con extensos jardines.

Su entusiasmo no iba a convencerme.

—Esa casa está en el campo, Lizzie.

—En las Highlands —me corrigió—. Además, no te dan miedo los bichos, te gustan los

animales, y siempre te quejas de que odias el bullicio de la ciudad.

—Es un amor-odio —reconocí—. Nunca me he planteado vivir en el campo, alejada de la ciudad.

—No vas a vivir allí, solo son dos meses. Dos meses disfrutando del aire limpio y fresco. Dos meses de tranquilidad.

—Tranquilidad es si me fuese a un retiro, pero voy a trabajar de niñera —me quejé, aunque mi hermana ya había ganado. Lo había hecho porque, con su insistencia, me estaba dejando claro que de verdad necesitaba mi ayuda. Y no podía negársela. Aun así, haría un último intento—. ¿Sabes que si nos pillan nos pueden detener, verdad? —le recordé, sorprendida de tener que ser yo la que le advirtiese a ella.

Mi hermana suspiró.

—Tienes razón. Es una locura —dijo al cabo de un minuto en silencio—. Me estoy engañando a mí misma. Tengo que escribir a la ONG y declinar la beca. Me he comprometido con el señor MacAllister y tengo que cumplir con mi obligación.

Ahí estaba de nuevo mi hermana responsable y cabal. La hermana que yo conocía. Solté el aire que no sabía que había estado conteniendo. Toda la conversación había sido una locura sacada de una película de las malas. No podía hacerme pasar por Lizzie y no podía cuidar de un niño cuando a duras penas sabía cuidar de mí misma.

Mi hermana iba a tener que rechazar una buena oportunidad, pero la vida a veces era así de dura. Bien los sabíamos nosotras dos, y sobre todo, ella, que durante años había desaprovechado oportunidades por mí. Como cuando no aceptó la beca que le ofrecieron con dieciséis años para cursar los últimos dos años de instituto en uno de los mejores internados del país para no dejarme sola con una madre ausente. O cuando no fue al baile de fin de curso porque me puse enferma con gripe y nuestra madre se marchó de fin de semana con su novio.

Maldita sea, no podía dejar que perdiese esa oportunidad.

—¿La dirección me la pasas por mensaje? —preguntó con un suspiro de resignación.

—¡Gracias, Lottie! ¡Gracias! —exclamó Lizzie, emocionada—. Te quiero. Nunca voy a olvidar esto que has hecho por mí.

Como descubriría tiempo después, no solo ella no lo olvidaría; yo tampoco lo haría.

Capítulo 2

Mi hermana había dejado su coche de segunda mano aparcado en el *parking* del aeropuerto de Edimburgo para que yo pudiese usarlo para llegar hasta las afueras de Lint, un pequeño pueblo perdido en las Tierras Altas escocesas, donde se situaba la casa de Ian MacAllister.

Era mi primera vez en Escocia; en realidad, apenas había salido de Londres. A excepción del viaje de graduación a París y un fin de semana a Mánchester con unas amigas.

No solía disfrutar conduciendo, pero tenía que reconocer que el paisaje que iba apareciendo ante mí era impresionante.

A ambos lados del camino, las verdes colinas se extendían hasta el horizonte. Las ovejas pastaban sin ninguna preocupación, y hasta me pareció ver a la típica vaca de las Tierras Altas, pero no estaba segura de ello, ya que la parte mala de ir al volante es que no puedes disfrutar del paisaje en todo su esplendor, aunque gracias al sol brillando en un cielo con escasas nubes, pude atisbar los antiguos castillos que se alzaban a lo lejos, como recordatorio de la historia vivida en esas tierras.

El largo viaje estaba siendo apacible. Hasta me detuve en Inverness y entré en una pequeña cafetería para almorzar, ya que iba con tiempo de sobra. Pero yo debería haberlo sabido mejor. Cuando todo iba bien, estaba abocado a torcerse.

Primero, el GPS comenzó a fallar, algo que para mí era casi tan terrible como si me cortasen un brazo. Era incapaz de orientarme aunque mi vida fuese en ello. Lo peor era que me costaba reconocerlo, por lo que nunca pedía ayuda. Y minutos después, para aumentar mi desgracia, por arte de magia, el cielo se cubrió de nubes negras que amenazaban con una tormenta de niveles apoteósicos.

Me detuve en una cuneta. Saqué el móvil de mi bolso, que descansaba en el asiento del copiloto. Abrí la aplicación de Google Maps y metí la dirección de la casa del señor MacAllister. Un suspiro que no sabía que había estado conteniendo salió de mi interior cuando el trayecto apareció en la pantalla. La cobertura no era la mejor, pero no estaba demasiado lejos.

Continué conduciendo por la escarpada y solitaria carretera. Cuando llegué a una bifurcación, giré a la derecha, tal y como me indicaba la aplicación. La carretera perfectamente asfaltada mudó a un camino de tierra por medio de la vegetación.

¿De verdad no se podía permitir un terrateniente como Ian MacAllister mandar construir una carretera en condiciones para acceder hasta su casa? Según Lizzie estaba montado en el dólar.

Aunque no sabía de qué me extrañaba. Cuánto más ricos, más tacaños se volvían.

Recé para que el tiempo aguantase hasta llegar a la casa, pero quizá, porque no era católica, o porque la suerte nunca me acompañaba, un trueno deslumbrante rasgó el cielo, e inmediatamente, la lluvia comenzó a caer sobre el parabrisas del coche.

Agarré el volante con firmeza, concentrándome en el camino que apenas se distinguía a través de la cortina de agua. Y aunque puse todas mis fuerzas por llegar sin incidentes, el camino de tierra se embarró y las ruedas comenzaron a patinar. El coche se quedó atascado en un profundo charco de barro.

Cerré los ojos unos segundos sin poderme creer que eso me estuviese sucediendo a mí. Aunque, en realidad, ¿de qué me sorprendía? Era la historia de mi vida. Cuando algo podía ir mal, iba aún peor.

Con la voluntad de hierro que me definía, hice un par de intentos y me di por vencida. La casa de mi jefe se encontraba a menos de un kilómetro, podía realizar el camino a pie, y después, llamar a la grúa del seguro para que liberase el coche.

Apagué el motor y esperé a que la lluvia amainara, algo que sucedió con bastante rapidez. Por lo menos, eso fue un soplo de aire fresco. Salí del vehículo y me dirigí al maletero para sacar la maleta. No era demasiado grande, ya que era de las personas que no necesitaban cambiarse de ropa varias veces al día ni tenía ningún problema en repetir modelito varias veces a la semana. Esa era otra de las cosas en las que Lizzie y yo no nos parecíamos. Posiblemente, ella hubiese cargado el maletero de maletas y bolsas.

Comencé a andar por el camino y no tardé en darme cuenta de que las cómodas alpargatas moradas que llevaba puestas no eran lo mejor para el barro, pero el mal tiempo había retrasado mi llegada y ya me pasaba más de media hora de la hora prevista. Así que continué andando mientras arrastraba mi maleta de ruedas.

Un fuerte viento se desató y luché para no salir volando. Mi baja estatura y mi peso promedio no ayudaban mucho en mi cometido, pero, por suerte, la verja de hierro forjado de la entrada de la casa se encontraba frente a mí.

La puerta estaba abierta, chirriando ligeramente por culpa del viento. La atravesé para comenzar a andar por el camino de grava que estaba bordeado de árboles altos cuyos ramas se mecían violentamente.

El camino parecía no tener fin. Y estaba comenzado a pensar que, tal vez, me había equivocado de lugar cuando vislumbré una casa a lo lejos.

Mis ojos se abrieron como platos al ver la imponente construcción. Contemplé las paredes construidas con piedra gris oscura y las ventanas altas y estrechas. Aunque lo que llamó poderosamente mi atención fueron las dos gárgolas que se alzaban en las esquinas del tejado.

Cuando mi hermana me describió la residencia como una casa solariega, me había esperado una fachada de piedra caliza en tono suave y grandes ventanales con flores en las repisas. Una estructura de calidez y color como las que se veían en las películas de época que tanto me gustaban. Pero, aquella casa parecía más bien sacada de un cuento de terror.

No podía decir que fuese fea, porque era bonita a su manera, y, desde luego, majestuosa e imponente. Observé las gárgolas; las dos estaban talladas en piedra y ambas tenían cuernos y las alas extendidas. Eran idénticas en apariencia hasta que te fijabas en sus rostros. La de la derecha tenía una expresión feroz; la boca abierta, enseñando unos afilados dientes, como una advertencia de que era mejor que te diceses la vuelta. En cambio, pese a que la expresión de la gárgola que se encontraba a la izquierda era seria, al igual que la de su acompañante, sus ojos eran cálidos, como si te estuviese dando la bienvenida. Una bienvenida bastante sobria para mi gusto, pero una bienvenida a fin de cuentas.

Por unos instantes, me pregunté a qué gárgola debía escuchar. Si a la que me invitaba a entrar o a la que me exigía que me fuera. Pero la lluvia decidió por mí, y cuando sentí gotas caer sobre mi cabeza de nuevo, corrí hacia la puerta de entrada. O más bien, caminé lo más rápido que pude con mi maleta a cuestas.

Afortunadamente, conseguí llegar hasta la entrada sin tropezarme y caerme al suelo. La puerta se parecía a la de un castillo antiguo: maciza, oscura y adornada con herrajes de hierro forjado; y flanqueada por dos robustas columnas.

Tiré del tirador con forma de cabeza de león, que resonó con fuerza contra la madera. Esperé bajo la lluvia, que cada vez se iba poniendo más densa, pero nadie abrió la puerta. Estaba comenzando a parecer un pollo mojado. Pasaron varios minutos y nada. Volví a tirar del pesado

tirador; esta vez, con más fuerza, haciendo retumbar la madera, pero con el mismo resultado.

—¿No va a abrirme nadie? —pregunté al aire, sin obtener ninguna respuesta. Lizzie me había dicho que me estarían esperando, pero era evidente que estaba completamente sola. ¿Para eso había arriesgado mi vida para intentar llegar a la hora?—. Si el servicio es tan desastre, por lo menos, podían haber construido un porche —mascullé, enfadada—. ¿Quién es el brillante genio al que no se le ocurrió construir un porche en una casa en Reino Unido?

A pesar de que la pregunta era para mí misma, obtuve una respuesta.

—A Henry MacAllister —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta, sobresaltada. Mierda, tenía que dejar esa maldita costumbre de poner voz a mis pensamientos.

Observé la figura alta y musculosa que tenía frente a mí. Era un hombre, aunque iba cubierto con un chubasquero negro y apenas podía ver su rostro, pero sí pude atisbar los ojos verdes más bonitos que había visto en mi vida, con pequeños matices dorados en el iris.

Escuché un carraspeo y desvié la mirada de sus ojos para darme cuenta de que el hombre sostenía una llave inglesa en su mano derecha. Él debía ser uno de los empleados de aquella casa.

—No tengo el gusto de conocerlo, pero si lo hiciese, le diría que se fuese al infierno.

—Probablemente, es allí dónde se encuentra. Lleva más de trescientos años muerto.

Fui a contestar algo ocuriente, pero comenzó a llover con más fuerza. Me chorreaba agua por la cara y mis ojos se estaban empañando.

—Aunque te agradezco la clase de historia, te agradecería si me abrieses la puerta —le pedí mientras apuntaba con mi dedo índice la llave inglesa que él sostenía.

Lejos de apiadarse de mí, el hombre enarcó una ceja, o eso me pareció.

—Tal vez si llamas al timbre en vez de estropear la puerta con un tirador que es meramente decorativo, conseguirías tu propósito. —Señaló un pequeño surco en la puerta, uno que yo había ocasionado, y después, el enorme timbre, de esos con cámara para que desde dentro pudiesen ver quién llamaba, colocado en una de las columnas. Solo tenía que haberme fijado un poco más para haberlo visto. Lo correcto hubiera sido reconocer mi error, pero ese nunca había sido mi fuerte.

—¿Y cómo iba a saberlo? —pregunté a la defensiva, porque aquel hombre estaba siendo un poco desagradable. Él abrió la boca para dar una respuesta que no quería escuchar, por eso se lo impedí con un ademán de mano mientras con la otra tocaba el timbre. Dejé suelta la maleta sin percatarme de la pequeña elevación del terreno que, unida a la lluvia que mojaba el suelo, provocó que la maleta se deslizase. Pasó por al lado del hombre antes de chocar con una piedra, desestabilizarse y caerse al suelo. Este no hizo ni un solo amago de coger la maleta—. Un poco de ayuda me habría venido bien —me quejé mientras iba a recoger la maleta. Me agaché para cogerla del asa y levantarla—. ¿Ves? ¿Tan difícil era sostenerla antes de que se cayera?

El hombre se limitó a desviar la mirada de la maleta a mí. Por unos instantes, estuve segura de que iba a cogerme del cuello y ahogarme. Pero, en vez de eso, fijó su atención en la puerta, que acababa de abrirse. Un chico joven de cabello castaño, que debería tener una edad parecida a la mía, nos observaba atónitos.

—Robert, recoge el equipaje de la señorita Walker. Y asegúrate de que se instala adecuadamente.

El joven movió su cabeza en un asentimiento.

—Sí, señor MacAllister.

¿Señor MacAllister? ¿Cómo qué MacAllister?

Entonces, una idea espantosa se formó en la cabeza.

No podía ser... Él no podía ser... Ni siquiera yo podía tener tan mala suerte, ¿verdad?

—Si me permites... —El chico joven se encontraba a mi lado, sosteniendo un paraguas negro. Con su mano izquierda señaló mi maleta. Mecánicamente, solté el asa, y cuando el chico me hizo un gesto para que me metiera en el paraguas con él, no me moví, porque mojarme había pasado a ser la menor de mis preocupaciones.

—¿Ian MacAllister? —pregunté, mirando al hombre. Aunque las pocas dudas que me quedaban fueron despejadas cuando ni siquiera se dignó a responderme, sino que me miró con irritación antes de comenzar a caminar hasta la puerta de entrada.

No le había reconocido, ¿cómo iba a hacerlo cuando iba prácticamente oculto tras un chubasquero y llovía a raudales? Sin embargo, ahora que lo pensaba, tampoco me había molestado en buscar ninguna foto de él en Internet.

Lizzie y él se habían visto antes. ¿Y si sospechaba que no éramos la misma persona?

Nos podía denunciar. Lo que me faltaba ya era terminar en prisión.

Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, lo seguí, adentrándome en la casa detrás de él.

—Disculpeme, señor MacAllister —traté de parecer tranquila. ¿Era así cómo Lizzie se dirigía a él, verdad? ¿O le llamaba por su nombre de pila? Recordé que en la conversación que habíamos mantenido por teléfono, mi hermana se había dirigido hacia él por su apellido, así que no me corregí a mí misma—. El viaje ha sido accidentado y ...

No pude continuar, porque Ian se dio la vuelta hacia mí y, esta vez, fue él quien hizo un ademán de mano para callarme.

—No tengo tiempo para escuchar sus excusas, señorita Walker. Espero que una vez se duche, cene y descanse, recupere los modales. Si no es así, regresará a Saint Andrews antes de que el día de mañana termine.

Puede que mi forma de dirigirme hacia él no hubiera sido la más adecuada, pero él había empezado y yo acababa de disculparme. Además, que yo hubiese sido maleducada no le daba a él derecho a serlo. Aunque, en mi defensa, quien había comenzado no teniendo modales había sido él.

No obstante, todo eso daba igual, porque él era el jefe y era quien tenía la sartén por el mango.

Sabía lo que tenía que hacer. Inclinar la cabeza y aceptar la regañina. Debía hacerlo por Lizzie.

Y, aun así, repliqué, porque era incapaz de quedarme callada ante las injusticias. Y esa, era una muy grande.

—Si se molestase en asfaltar el camino, mi coche no se hubiese quedado atrapado, yo hubiese llegado hasta la casa seca, y mis modales seguirían en su lugar.

Ian se quitó la capucha y bajó la cremallera de su chubasquero. Se pasó una mano por su cabello pelirrojo a la vez que sus ojos se entrecerraban. Si ese hombre tuviese el poder de asesinar con la mirada, en ese mismo instante estaría muerta.

—Robert —se dirigió al joven empleado que estaba detrás de nosotros sosteniendo mi maleta y al que no había visto entrar hasta ese momento—, llama a una grúa para que rescate el coche que la señorita Walker ha tenido la insensatez de meter por el viejo camino que quedó en desuso hace décadas. —A pesar de que estar hablando de mí, no tuvo la decencia de mirarme, como tampoco lo hizo cuando se dirigió directamente a mí: —La siguiente vez, asegúrese de girar hacia la izquierda en la bifurcación y de esa manera transitará por la carretera debidamente

asfaltada —añadió con suficiencia. Y sin darme opción a réplica, aunque tampoco tenía ninguna, se dio la vuelta y se adentró en uno de los pasillos, alejándose de nosotros sin tan siquiera molestarse en despedirse.

—Qué hombre más maleducado —murmuré en voz lo suficientemente baja para que tan solo yo misma pudiera escucharlo.

Sin embargo, cuando oí una carcajada detrás de mí, me di cuenta de que no había sido así.

—Cuando mi tía me convenció para que aceptase el trabajo durante el verano pensé que iba a aburrirme mortalmente —dijo Robert, que lejos de parecer enfadado por mis palabras hacia su jefe, parecía divertido—. Y así ha sido mi primera semana, pero estoy convencido de que ahora las cosas van a cambiar.

Hice una mueca.

—No te creas, soy bastante aburrida una vez me conoces bien.

—No sé por qué, pero lo dudo muchísimo —rebatí, guiñándome un ojo—. Soy Robert, aunque ya lo sabes. ¿Y tú eres?

—Lottie.

—Encantado, Lottie. —Estiró su brazo para que apretase su mano—. Vamos, te acompaño a tu habitación para que te instales. —Robert me hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Fui a coger mi maleta, pero él me lo impidió. Iba a insistir; sin embargo, Robert no parecía dispuesto a cambiar de opinión, y yo necesitaba una ducha con urgencia—. Mi tía es la cocinera. Aunque ella no está aquí, mi prima está en sus últimos meses de embarazo y le han diagnosticado un embarazo de riesgo. Tiene dos hijos más y mi tía se ha ido a echarle una mano —me contó mientras subíamos unas escaleras de piedra que no estaban cubiertas ni por una alfombra ni moqueta, lo que daba una sensación poco acogedora, pero a la vez te daba la impresión de estar pisando décadas de historia. Posiblemente, los pasos de los antepasados del señor MacAllister habían resonado por esa escalera.

Las paredes estaban decoradas por cuadros antiguos; incluso por antorchas colgadas en soportes de piedra. Eran meramente decorativas, ya que eran las lámparas del techo las que iluminaban el lugar. Seguí a Robert hasta el primer piso.

El giró a la derecha, hacia un largo pasillo, y se detuvo en una de las puertas.

—¿Esta es mi habitación?

Robert negó con la cabeza.

—No, esta es la habitación de Keir.

¿Querían que empezase a trabajar ahora? Como el señor MacAllister no había sido demasiado hablador, por no llamarlo de otra manera, había asumido que comenzaría mi jornada laboral al día siguiente.

Señalé mi ropa mojada.

—Creo que será mejor que...

—Él no está en la casa —me interrumpió Robert, haciendo un gesto con la mano con la que no sostenía mi maleta—. Marie, la cocinera que sustituye a mi tía, le ha llevado con ella al pueblo para comprar algún ingrediente que le faltaba para la cena—. Tu habitación es esta —me explicó, señalando la puerta que estaba enfrente. Por supuesto que al ser su niñera nuestras habitaciones estarían cerca. Podía darme con un canto en los dientes con que no estuviesen comunicadas—. No es necesario que hoy te ocupes de él.

Me mordí el labio inferior porque fui consciente de que mi rostro había reflejado mi falta de ganas de cuidar del niño. Ese era uno de mis defectos: era demasiado expresiva.

—Estoy encantada de ejercer mi labor como niñera —mentí—. Pero necesito instalarme,

descansar, y mañana me levantaré con energías suficientes para poder sopor... disfrutar —me corregí con rapidez— de Keir.

Robert apretó los labios entre sí para no estallar en carcajadas. Yo rodé los ojos. Mi llegada no había sido exactamente triunfal.

El chico abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrase.

Para mi sorpresa, la habitación estaba decorada con un estilo moderno aunque sencillo. Observé el armario de madera y la cama de matrimonio con un cabecero de madera. Las cortinas eran de un soso color gris. Era evidente que Ian MacAllister huía de los colores vivos. Algo que contrastaba bastante conmigo.

¿Iba a tener que dormir dos meses ahí?

—¿Hay alguna posibilidad de cambiar las cortinas?

Quizá si ponía unas de cuadros... O tal vez, podría comprar un tapiz decorativo de mandala y colgarlo en la pared. Podría buscar uno que no fuera demasiado caro, y así, podría renovar el que tenía en mi cuarto cuando regresase a Londres.

—¿No te gustan? —me preguntó Robert.

—Me gustaría que fuesen un poco más coloridas.

Robert suspiró.

—Al jefe no le gusta que se hagan cambios en la decoración. —Ni en ninguna otra cosa. No lo dijo, pero estaba escrito en sus ojos marrones.

Estaba empezando a pensar que Lizzie me había engañado en todo. Bueno, no lo pensaba, era un hecho completamente objetivo.

Además, el gusto en decoración de Ian MacAllister era demasiado sobrio y arcaico.

Como él.

—Lo poco que he visto de la casa es bastante impersonal. ¿Es la casa de veraneo?

La realidad era que mi hermana no me había dado más información que la que me había proporcionado por teléfono, aunque era mi culpa por no haber preguntado.

—Lo era —respondió Robert, soltando mi maleta—. Hasta hace dos años, que el señor MacAllister se mudó a vivir aquí.

—¿Y dónde vivía antes?

—En Edimburgo, junto a su mujer y su hijo.

Eso tenía más sentido.

—Entiendo. Keir pasa el verano junto a su padre aquí. Es bueno que un niño de padres separados pase tiempo con los dos.

Robert abrió la boca para decirme algo, pero mi teléfono vibró en el interior de mi bolso, interrumpiéndolo.

Lo saqué para ver que era un mensaje de audio de mi hermana.

—Discúlpame, pero me gustaría quitarme la ropa mojada y darme una ducha.

—Claro, pero... —comenzó.

El móvil volvió a vibrar con otro mensaje.

Con una sonrisa, miré a Robert.

—Mañana puedes seguir poniéndome al día —le dije a la vez que le señalaba la puerta.

Él se encogió de hombros. No estaba siendo muy cortés, pero me urgía escuchar los audios de mi hermana. Y a poder ser, llamarla. Tenía mucho que explicarme.

Robert se marchó y cerró la puerta. Llamé a Lizzie, pero tenía el móvil fuera de cobertura o apagado.

Escuché sus audios. En el primero, me decía que había aprovechado las dieciséis horas de escala

en Berlín para hacer una rápida visita a la ciudad. Me preguntaba si había llegado ya a la casa de Ian MacAllister. En el segundo, me informaba que estaba en el avión y que iba a apagar el móvil.

Suspiré. No podía ponerme en contacto con ella, así que aprovechando que el baño estaba adherido a la habitación, me di una ducha. Tenía intención de ir en busca de la cocina, pero alguien a quien no había escuchado entrar, probablemente debido a que me había tirado media hora debajo del agua caliente, me había dejado una bandeja con una ensalada, un sándwich y una botella de agua.

Después de cenar, me metí en la cama y me quede dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Había tenido un día agotador.

Lo que no sabía era que era el principio de muchos. Porque una no conoce lo que es realmente el cansancio hasta que tiene que cuidar a un niño pequeño.

Capítulo 3

Un sonido atronador me despertó de un sueño reparador y necesario. No estaba segura de si alguien estaba golpeando la madera de la puerta de mi habitación, o mientras dormía el país había entrado en guerra y nos estaban bombardeando.

—Señorita Walker, ¿se encuentra bien? —La voz de una mujer joven llegó desde el otro lado de la puerta. Volvió a golpear la madera con los nudillos, y esta vez, como ya estaba despierta, el sonido sonó menos estruendoso.

—¡Sí, estoy perfectamente! —respondí, aún aturdida.

—¿Está segura? —insistió a la chica—. La señora Morrison está preocupada. Es muy tarde y aún no se ha levantado.

Esas palabras me hicieron salir de la cama de un salto. ¿No me había sonado el despertador? Estaba completamente segura de que lo había programado para las siete y media de la mañana. No me podía creer que me hubiera quedado dormida. Y en mi primer día.

Lizzie me iba a matar.

¿Cómo había podido pasar?

Cogí el móvil que descansaba en una de las mesitas para descubrir que eran las seis y media de la madrugada. Porque esas horas no se podían considerar de la mañana.

Bostezando, me dirigí con tanta rapidez como pude hacia la puerta y giré el pomo. Una chica, que debía tener uno o dos años menos que yo, me miraba con preocupación. Llevaba su cabello rubio recogido en un moño estirado. Observé el sencillo, pero elegante vestido azul marino que le llegaba hasta las rodillas, el delantal blanco con volantes, y ¿qué narices era eso que llevaba en la cabeza?

—Una cofia —me respondió ella con una sonrisa cansada. No me había dado cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta—. El anterior dueño exigía esta vestimenta en sus empleadas y la señora Morrison, el ama de llaves —me aclaró cuando enarqué una ceja—, nos exige seguir esa tradición.

—¿Y al señor MacAllister le parece bien? —pregunté, alarmada, al pensar que podría esperar que yo fuese disfrazada por la casa.

La chica se encogió de hombros.

—Si te soy sincera, no estoy segura ni de que se haya dado cuenta. Llevo todo el año trabando para él de manera externa. Vivo en Lint —dijo, nombrando el pueblo cercano que yo aún no conocía. Y no he intercambiado con él más de un gracias cuando le sirvo la comida. El señor MacAllister es bastante reservado.

¿Reservado? Borde. Eso es lo que era.

—La verdad, que hasta me sorprende que sepa dar las gracias.

La chica abrió los ojos, atónita, como si no pudiera creer que hubiera dicho aquello de su jefe.

No, si todavía se chivaba y me despedían...

Tenía que empezar a aprender a cerrar esa boca tan grande que tenía.

—Debería vestirse. —La chica señaló mi pijama de estampado de fresas—. Si tarda más en bajar a desayunar, la señora Morrison vendrá en su búsqueda.

—Claro —respondí, aunque lo único que me apetecía en aquellos momentos era volver a meterme en la cama. La chica movió su cabeza en un asentimiento y fue a darse la vuelta, pero la

detuve con mis palabras: —Oye, ¿cómo te llamas?

La chica me dirigió una mirada extraña, pero respondió:

—Lorna.

—Yo soy Lottie.

—No creo que debemos tutearnos. —Lorna mordió su labio inferior—. Hay unas normas de protocolo que seguro que el señor MacAllister quiere que sigamos. Al ser la niñera del niño, está por encima de mí.

—Eso es una estupidez —espeté, haciendo un gesto con mi mano—. Estamos en el siglo XX. Y las dos somos dos mujeres jóvenes. Hablándome con tanto respeto, me haces sentir como si tuviese cincuenta años. Y además, ¿qué necesidad hay de un protocolo? ¡Ni que estuviésemos en la corte del rey Arturo!

—¿Rey Arturo? —repitió Lorna, confusa.

—El de la mesa redonda. Vi una de las películas hace poco —aclaré, acostumbrada a que, a veces, las personas se perdiesen con mis divagaciones. Ese era uno de mis rasgos más molestos, o por lo menos, eso me hizo saber mi exnovio. Pero la realidad era que a mí me parecía un rasgo de mi carácter muy gracioso.

—Lorna, ¿por qué razón en vez de estar limpiando el salón como te he ordenado te encuentras en medio del pasillo de cháchara?

Una mujer de mediana edad con gafas y ataviada con un vestido largo negro hasta el suelo que hacía que me recordara a la señorita Rottenmeier, nos observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados por encima de su pecho.

Lorna palideció.

—Lo siento, señora Morrison. Yo... —comenzó, pero yo la interrumpí.

—Ha sido mi culpa —dije, no queriendo meter a Lorna en problemas—. La he entretenido.

Los ojos azules de la mujer se fijaron en mí. Me observó en silencio durante unos largos segundos.

—Debería cambiarse, señorita Walker. Puede que hoy sea su primer día, pero su tardanza es inaceptable.

¿Tardanza? ¿Pero qué tardanza? Si las calles no debían ni estar puestas aún.

—Probablemente, nadie se lo ha dicho porque le tienen miedo —comenté, al ver la cara de terror en el rostro de Lorna cuando ella había aparecido—, pero tiene el reloj adelantado.

La mujerladeó la cabeza, pero no como lo haría un perrito que está intentando entender lo que dices, sino como lo haría una pantera evaluando a su presa dispuesta a saltar sobre ella.

—Mi reloj está perfectamente, señorita...

—Lottie —la interrumpí antes de que pudiera decir mi apellido nuevamente—. Mi puesto está por debajo del suyo, puede tutearme. Y aunque el suyo esté por encima del mío, yo la tutearé también. Vamos a pasar mucho tiempo juntas, no hay ninguna razón por la que hablarse con tanto respeto.

Lorna emitió una exhalación de incredulidad. La miré y vi como gesticulaba con sus labios un «estás loca».

No era la primera vez que me acusaban de algo así, y ninguna de esas veces pude rebatir sus argumentos, y tampoco podía en esta. Pero, tal vez, no lo estaba del todo, porque a diferencia de las personas que habían perdido la cordura, yo sí era consciente de que estaba cruzando una línea; la primera de muchas que cruzaría en mi estancia allí. Aun así, tenía que hacerlo. Porque, si algo había aprendido durante mi vida, era que si no dejabas las cosas claras el primer día, luego era demasiado tarde.

Para mi sorpresa, la señora Morrison no amenazó con hacer que me despidiesen; ni siquiera estalló en gritos. Tampoco me llamó mal educada, se limitó a mirarme como si fuese la primera vez que veía a una persona como yo.

—Agradezco su sugerencia, pero prefiero dirigirme a usted como señorita Walker. —Fui a replicar, pero ella habló antes de que yo pudiera hacerlo—. El señor MacAllister ha dado órdenes de que su desayuno esté preparado a las seis, ya que su labor como niñera comienza a las seis y media.

Mi sonrisa desapareció de un plumazo.

—¿Seis y media? —repetí—. ¿Quién se despierta a esa hora?

—El señor MacAllister espera que lo haga su hijo. Y debes ser usted quien se encargue de ello.

—Es un niño de seis años que está de vacaciones. ¿No debería dormir hasta la hora que él quisiera?

La señora Morrison volvió a quedarse callada, observándome de nuevo de una manera que no entendí.

—Me temo que no puedo ayudarla en eso —dijo, rompiendo el silencio y pronunciando las palabras una a una, como si estuviese evaluándolas—. Eso debe hablarlo con el señor MacAllister.

—Lo haré.

—Muy bien, pero hasta que él ordene lo contrario, seguiremos con las normas ya impuestas. —¿Normas? Lo hizo sonar como si estuviésemos en una cárcel—. Vístase, señorita Walker. —Hizo un gesto con su mano derecha—. Sin que sirva de precedente, mandaré que le lleven el desayuno a la habitación. No tarde, Keir está acostumbrado a despertarse siempre a la misma hora y no tardará en despertarse por sí mismo.

—¿Siempre? ¿También los fines de semana? —pregunté, pero la señora Morrison no me estaba haciendo el menor caso.

Se giró para dar órdenes a Lorna.

Como era evidente que no iba a lograr nada más de ella, entré en mi habitación con una idea en mente: asesinar a mi hermana por meterme en aquel lío.

La llamé, pero el móvil estaba fuera de cobertura. ¿Tal vez seguía en el avión? Apenas había hablado con ella, así que no había podido preguntarle cuántas horas duraba su vuelo o si hacía alguna escala más. Las pocas conversaciones que habíamos mantenido habían estado mayormente centradas en las instrucciones que tenía que seguir durante mi estancia en la casa de los MacAllister; aunque no hubiera seguido casi ni una de ellas.

Le envié un mensaje pidiéndole que me llamase en cuanto aterrizase, y me dispuse a comenzar el día. Bueno, a seguirlo con la esperanza de que mejorase.

Posibilidades de ello había, ya que aún quedaban muchas horas hasta que el sol desapareciese por el horizonte. Pero, como siempre, las esperanzas eran en vano. Porque, lo que es mejorar el día, no mejoró.

Capítulo 4

Había salido de mi dormitorio y me disponía a girar el pomo de la habitación frente a la mía en la que suponía que se encontraba Keir, aún dormido. Porque todavía era las siete de la mañana, y dijese lo que dijese el ama de llaves, los niños no se levantan a esas horas por decisión propia. Sabía poco de niños, pero eso lo tenía claro. Para mi sorpresa, aunque no sabía por qué seguía sorprendiéndome a esas alturas de mi existencia de equivocarme una y otra vez, una pequeña mano tocó mi brazo, provocando que me sobresaltase.

—¡Joder, me ha dado un susto de muerte! —exclamé, agarrándome el corazón con la mano.

—Joder —repitió el niño que se encontraba frente a mí.

Aquel pequeño que me observaba con curiosidad debía ser Keir MacAllister, y mi primera enseñanza había sido una palabrota. Aunque bueno, era una de las palabras mal sonantes más comunes; probablemente, el niño ya la había escuchado antes, o eso esperaba. Una niñera normal se hubiese quedado con la duda, pero yo no era normal, y aún menos una niñera.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra tan fea? —le pregunté.

El pequeño entrecerró sus ojos.

—Tú —respondió con su voz infantil, estirando su mano derecha para señalarme con el dedo índice.

—No, yo no —rebatí, como una manera muy adulta de afrontar aquella situación.

El niño estiró el cuello para mirarme con la confusión dibujada en su bello rostro. Evidentemente, el pobre no tenía la menor idea de cómo contestarme.

Tenía el cabello color cobrizo, igual que su padre, cuidadosamente peinado hacia atrás. Tanto, que me pregunté si habrían sido capaces de ponerle gomina a un pobre niño. No me atreví a estirar el brazo y pasarle una mano por el pelo para comprobarlo. Aunque cuando me fijé en cómo iba vestido, obtuve la respuesta a mi pregunta. Llevaba un chaleco color azul marino a conjunto de unos pantalones cortos del mismo color. Debajo del chaleco, una camisa blanca de manga corta que estaba convencida de que costaba más que todo mi armario. Al igual que los mocasines de color azul marino con lazos blancos que llevaba puestos.

¿Quién le ponía mocasines a un niño? ¿O quién vestía así a un pobre niño?

—¿Quién te ha vestido así?

—Me he vestido yo solo —dijo con orgullo.

—¿Y has elegido tú esa ropa tan incómoda? —Y fea, pero esa última parte me la guardé para mí misma.

Negó con la cabeza.

—La señora Morrison la elige, pero yo me visto solo.

Ahora lo entendía todo...

Esa mujer vestía como si estuviésemos en el siglo XVIII.

—No te preocupes. A partir de hoy voy a elegírtela yo, y te aseguro que será ropa más cómoda, como la mía —propuse, compadeciéndome del pobre niño.

Keir miró mi camiseta de manga corta de color blanco y mi falda larga de volantes estampada de color amarillo. Después, detuvo sus ojos en mis chanclas rosas.

—No, gracias. Prefiero la ropa que me elige la señora Morrison —contestó, arrugando la nariz. ¿Pero cómo iba a preferir a esa mujer que lo vestía como un señor de setenta años que a mí? Abrí la boca, indignada, pero Keir habló de nuevo antes de que pudiese pronunciar una sola

palabra. Algo que agradecí, ya que discutir con un niño de seis años el primer día no era algo que me conviniese—. ¿Eres mi nueva niñera?

—Sí.

Keirladeó su cabeza hacia un lado.

—¿Te vas a ir como todas las otras?

¿Irme? ¿Cómo que irme? ¿Pero cuántas había habido antes que yo? Mi hermana solo me había hablado de una.

Aunque, después de haber mantenido una breve conversación con el *tan* simpático señor MacAllister, no sabía de qué sorprendía.

—Me voy a quedar durante todo el verano. Después, tengo que regresar a la universidad —Era una mentira a medias, ya que me estaba haciendo pasar por mi hermana, y era cuándo ella regresaría—. No tienes que ponerte triste —dije cuando Keir hizo un pequeño mohín—. Me quedaré aquí hasta que regreses a Edimburgo, después del verano.

Keir arrugó el ceño.

—Vivo aquí —respondió, señalando con su pequeño dedo su alrededor—. Mi papá y yo nos mudamos aquí cuando mamá se fue al cielo.

Cerré un instante los ojos cuando las palabras de Keir me golpearon. Había dado por hecho que sus padres estaban separados, pero me había equivocado. No tenía ni idea de cómo tratar a un niño, y aún menos a uno que me acababa de hacer tal revelación, así que me dejé llevar por mis instintos.

Me puse de cuclillas para estar a su misma altura.

—Yo perdí a mi papá cuando tenía más o menos tu edad. Y sé lo triste que debes sentirte. Pero te aseguro que tu mamá está cerca de ti, cuidándote.

—¿Cómo de ti tu papá?

—Sí.

Aunque, en realidad, estaba bastante segura de que mi padre, con los años, había terminado agotado de cuidarme y había decidido dejarme por mi cuenta. No podía reprochárselo.

Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo.

—¿Tú también lo echas de menos? —me preguntó Keir, con una mueca triste.

—Así es, pero eso es algo bueno. Mientras la recuerdes y la eches de menos, ella siempre vivirá aquí. —Estiré mi mano para darle un pequeño y suave golpecito en su corazón que le hizo sonreír, pero pronto se puso serio de nuevo.

—Te irás antes de los dos meses.

Suspiré, porque eso no iba a ser así. Aquel niño no era el mocoso consentido que yo pensaba que sería, pero, aun así, bailaríadesnuda encima de la barra de un bar si mi hermana regresaba y ella se encargaba del trabajo.

Los niños no eran lo mío. Nunca lo habían sido.

—Solo estoy sustituyendo a tu niñera, que se ha ido de vacaciones —le expliqué, tal como mi hermana me había dicho.

Keir volvió a fruncir el ceño, algo que, en su pequeña cara, quedaba gracioso.

Acercó su boca a mi oído.

—No va a volver. Mi papá la echó. Como a todas las anteriores —me susurró.

—¿Por qué las echó? —pregunté, poniéndome de pie.

Keir se encogió de hombros.

—Mi tía dice que es porque tiene un carácter muy... —Arrugó la frente y mordió su labio inferior, como si estuviese intentando recordar la palabra— i...

—¿Irritable? —me aventuré. Porque, aunque solo había interactuado unos pocos minutos con Ian MacAllister, a mí me había irritado. Keir negó con la cabeza—. ¿Imposible?

Keir volvió a mover su cabeza de un lado a otro.

—Iras...

—Irascible.

Hice un gesto de victoria, pero cuando Keir comenzó a repetir la palabra como si fuera un mantra, me di cuenta de que, después de la llegada triunfal que había tenido, no me podía arriesgar a que algún trabajador de la casa pasara por ahí y escuchara a Keir diciendo eso de su padre.

—¿Quieres que entremos? —le pregunté, abriendo la puerta de su cuarto.

El niño cerró la boca y ladeó la cabeza. Se encogió de hombros y yo me lo tomé como un sí.

Observé la habitación. No parecía la habitación de un niño pequeño. Las paredes estaban pintadas de blanco, y decoradas con un espejo y un par de cuadros de paisajes bastante sosos para mi gusto. La cama era de matrimonio, y el edredón de rayas marrones y grises.

Me fijé en la cómoda de madera que se encontraba en una esquina de la estancia. Encima de ella, había un libro. Me acerqué y lo sostuve.

Viaje al centro de la tierra de Julio Verne.

Para mi sorpresa, como descubrí cuando lo abrí, no era edición para niños pequeños. Una de esas con más dibujos que texto. Era una edición normal.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

El niño se había sentado encima de la cama. Sus pies no tocaban el suelo. Movía las piernas, pateando al aire.

—Me lo ha regalado mi papá por Navidad. Pero... —comenzó.

—No te gusta —terminé por él.

Viaje al centro de la Tierra era uno de mis libros favoritos, pero Keir era muy pequeño para entenderlo.

Él negó con la cabeza. Parecía avergonzado. Sus ojos color pardos oscuros brillaban con una emoción que no supe identificar. Me fijé más en su rostro. Tenía unas pocas pecas esparcidas en sus mejillas.

—No pasa nada —dije, dejando el libro sobre la cómoda de nuevo—. No tiene por qué gustarte.

—No quiero que mi papá se ponga triste.

Sus ojos se aguaron. Y sus labios se fruncieron en un mohín. Joder, era asquerosamente adorable.

Sentí el impulso de abrazarlo, pero me contuve.

—Tengo una idea. Puedo conseguirte una edición adaptada para niños que estoy segura de que vas a disfrutar. ¿Te gustaría?

Keir esbozó una sonrisa y movió su cabeza en un asentimiento.

Me senté a su lado en la cama y saqué el móvil. Busqué en varias librerías por internet hasta que encontré una edición que era apropiada para su edad. La compré a la vez que Keir miraba fascinado la pantalla de mi teléfono.

—Gracias... —Keir se calló al darse cuenta de que no sabía mi nombre.

—Lottie.

—Lottie. —El niño repitió mi nombre, como si fuera la primera vez que lo escuchaba—. Yo soy Keir.

—Tienes un nombre precioso.

Keir sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó tras unos minutos de silencio.

Aquella era buena pregunta. No tenía la menor idea.

—¿Te han mandado deberes en el colegio? —pregunté. A los niños solían mandarles tareas para que realizasen durante el verano. O eso recordaba de mi época de estudiante.

El niño negó con la cabeza.

—Papá me ha dicho que vamos a hacer actividades divertidas.

—¿Qué actividades?

Como era normal, Keir se encogió de hombros.

Lo que era un problema, porque yo tampoco tenía la menor idea de lo que podíamos hacer.

Así que, hice lo que hacía cada vez que no sabía algo: preguntarle a Google.

Cómo entretener a un niño de... Dejé de teclear y miré a Keir.

—Keir, ¿cuántos años tienes?

—Seis años —me respondió con orgullo—. Ya soy mayor.

Eso, seis años.

Al parecer, teniendo en cuenta todas las respuestas que encontré, era una pregunta más común de lo que creía. Me detuve sobre un artículo de una *instagramer* a la que habían entrevistado debido a que era muy conocida en las redes sociales. La mujer tenía siete hijos y parecía saberlo todo sobre cómo entretener a los niños pequeños. Aunque lo que yo me preguntaba era cómo era capaz de seguir sonriendo con tantos hijos.

La mujer insistía sobre las actividades al aire libre. Proponía diversos juegos. Todos ellos con la intención de agotarlos para que se quedasen dormidos pronto y no le molestasen. Evidentemente, ella no lo definía de esa manera. Pero era más que obvio.

Ella los llevaba al campo, al parque, incluso al monte, pero yo no necesitaba salir de la propiedad, ya que por lo poco que había visto, había espacio suficiente para que Keir corriese de un lado para otro.

—¿Qué te parece si vamos a jugar fuera? —le propuse a Keir.

—¡Sí! —Keir saltó de la cama con una alegría desmesurada—. A mi anterior niñera no le gustaba sacarme al jardín.

Y probablemente esa era la razón por la que su padre la había echado. Miré el rostro del niño. Tenía esa palidez sana que se produce cuando no estás enfermo pero te escondes del sol.

—A mí me encanta estar al aire libre. Así que no vas a tener ese problema conmigo.

Iba a pedirle que me guiase hasta la salida de la casa, ya que había altas probabilidades de que me perdiese antes de llegar al hall, cuando el sonido del agua golpeando el cristal de la ventana me sorprendió.

Con un suspiro, miré por la ventana para ver cómo la lluvia caía en cascada. Me levanté para observar el cielo, que estaba encapotado y de color grisáceo. No parecía que fuese un chubasco pasajero.

—Está lloviendo. Tendremos que hacer otra cosa.

El niño me miró con decepción.

—No —se quejó—, ¿me has prometido que iríamos a jugar fuera!

Lo que me faltaba ya. Que me montara un berrinche.

Aunque no debería sorprenderme. Tal vez Keir era diferente a lo que me había imaginado, pero era un niño. Y los niños se enfurruñaban cuando no conseguían lo que querían.

—No te he prometido nada, Keir —le corregí, armándome de paciencia—. Podemos jugar a algo dentro de la casa.

—¿A qué?

Esa era otra muy buena pregunta. Podía buscar más información en Internet, pero, la realidad era que tenía que comenzar a usar mi propio intelecto. El cual estaba poco cualificado para ese tipo de tareas.

Busqué por la habitación un juguete o un juego que me pudiera servir. No encontré nada. Me levanté para abrir el armario, pero dentro solo había ropa de niño.

No había ni un solo juguete en toda la estancia.

—¿Dónde guardas los juguetes, Keir? —le pregunté, porque tenía que tener juguetes.

—En el aula de juegos. Mi papá dice que mi habitación es para dormir, no para jugar.

Su papá solo decía tonterías. Nuestra habitación era nuestro refugio. En el caso de un niño, debía de estar compuesta de cosas que le hiciesen feliz. Iba a hablar con el señor MacAllister al respecto.

Aquel pensamiento me pilló de improviso. En realidad, que más me daba a mí como quisiese educar a su hijo. Si en un par de meses regresaría a Londres.

—¿Y dónde está el aula de juegos? ¿Me puedes llevar?

Los ojos del niño brillaron con entusiasmo.

—¡Sí! —gritó, acercándose a mí—. ¡Vamos!

Keir agarró mi mano y tiró de mí. Abrió la puerta y me llevó prácticamente corriendo por todo el pasillo hasta que llegamos al final.

—Es esta —me dijo, señalando una puerta idéntica a las demás.

Esperé a que la abriera, pero Keir se quedó quieto, mirando la puerta. Fui a girar el pomo, pero no se movía. Probé de nuevo.

—Está cerrada —me informó. ¿Es qué no me lo podía haber dicho desde el primer momento—. Solo se puede entrar si tienes la llave.

¿Pero quién en su sano juicio cerraba con llave un aula de juegos? ¿Qué pensaban, que iban a robar un coche de juguete?

—No podemos entrar, entonces —dije, dándome la vuelta.

—¿No tienes la llave? —preguntó, mirándome con esperanza.

—No, nadie me la ha dado.

El niño se mordió el labio inferior y sus ojos brillaron. ¿Se iba a poner a llorar?

No tenía la menor idea de que hacer si lo hacía.

Iba a matar a mi hermana. Todo aquello era su culpa.

—¿Quién tiene la llave?

El niño se encogió de hombros. Podía buscar al ama de llaves y pedírsela, pero no era mi persona favorita en la casa. Esa mañana no había visto a Robert, y tampoco quería molestarle. Así que, se me ocurrió una idea. .

Hacía tiempo que no lo hacía. Era un viejo truco que me enseñó mi exnovio del instituto. Teniendo en cuenta que había escuchado que en esos momentos estaba en la cárcel por robar una joyería, probablemente no debía usar sus enseñanzas. Pero, en momentos desesperados, soluciones desesperadas.

—Keir, ¿no tendrás alguna radiografía a mano, verdad?

—Radiografía. —Keir repitió la palabra despacio, trabándose—. ¿Qué es una radiografía?

—Una radiografía es... —comencé, pero me interrumpí a mí misma al darme cuenta de que era imposible que tuviese una—. No importa, hay otra opción.

Metí mi mano en el bolsillo derecho de mi falda larga y saqué mi cartera de tela para buscar una tarjeta que no utilizase. En esos momentos me era útil que guardase todo. Lizzie solía decir

que tenía el síndrome de Diógenes. Aunque, en realidad, era bastante vaga y se me olvidaba tirar las cosas en su momento.

Saqué una tarjeta vieja y me acerqué a la cerradura para pasarla por ella y, tras unos pocos intentos, la puerta se abrió.

—¡Guau! —exclamó Keir, mirándome con fascinación—. ¿Cómo has hecho eso?

—Ha sido un truco de magia —le respondí, guardando la tarjeta de nuevo en la cartera. Metí la cartera en el bolsillo derecho de mi falda.

—¿Puedes volver a hacerlo?

—En otra ocasión —dije, guiñándole un ojo—. Vamos, entra.

Keir asintió y entró en la habitación.

La sala de juegos era enorme.

A diferencia de su habitación, aquel lugar sí parecía adecuado para un niño pequeño. Es más, era impresionante.

El suelo estaba cubierto por una alfombra de colores vivos, diseñada con patrones de carreteras, caminos y ciudades, perfecta para que el niño jugase con sus coches de juguete. Keir hizo justo eso, cogió una caja que descansaba en la segunda balda de la estantería que ocupaba una de las paredes. La colocó en el suelo y sacó varios coches de juguete.

Me fijé que en que en la estantería había varios libros. Me acerqué mientras el niño jugaba. En su mayoría, eran cuentos.

Otra de las baldas estaba repleta de juguetes educativos; desde bloques de construcción hasta rompecabezas y juegos de mesa. Juguetes a los que Keir no parecía mostrarle demasiada atención. Pero, probablemente, yo debía animarle a que jugase con ellos. Vi que había varios puzzles.

Me gustaban los puzzles; siempre se me habían dado bien. Pero, por el rabillo del ojo, vi al pequeño entretenido con los coches.

Seguí escudriñando la estancia. Una mesa baja con dos sillas pequeñas estaba colocada en una de las esquinas. Encima de ella, libros para colorear, crayones, pinturas y plastilina.

Una gran pizarra blanca cubría otra de las paredes, equipada con rotuladores de colores y borradores. Al lado de ella, un gran baúl de piratas para guardar juguetes. La tapa estaba adornada con una gran calavera y tibias cruzadas pintadas en blanco.

Iba a ir a abrirla para ver los juguetes que contenía y hacerme una idea del material del que disponía para entretener al pequeño durante los siguientes dos meses, pero Keir no me lo permitió.

—¡Vamos, Lottie! —me llamó—. Juega conmigo. —Ladeé la cabeza para mirarlo. ¿Qué jugase con él? ¿Los niños querían jugar con los adultos?—. ¡Eres el ladrón! —Me señaló, con un coche de juguete en la mano.

¿Qué soy qué?

—¿Quieres que juegue contigo?

Keir asintió, como si fuera obvio.

—Es mejor que juegues tú solo. Yo no sé jugar con coches de juguetes.

Sin embargo, el niño no pareció escucharme. Dejó el juguete que sostenía sobre la alfombra para colocar una fila de coches delante él, y otra, frente a ellos.

—¡Yo soy el policía que te persigue! —exclamó con entusiasmo.

Vaya, al parecer Keir no era de los que aceptaba un no por respuesta. Con resignación, me acerqué hasta colocarme frente a él y me senté en el suelo. Sin saber muy bien qué hacer, comencé a mover los coches. Keir agarró uno de ellos, y prácticamente lo lanzó hacia mí. Si no

fuese porque tenía buenos reflejos y aparté la mano del coche que estaba sosteniendo, me hubiera dejado sin mano.

—¡Te he pillado!

¿Pero qué manera de jugar a los coches era esa? Ni que estuviera jugando a los bolos.

—¡Ahora vuelve a huir!

Con una paciencia que no tenía, miré al niño.

—Creo que no se juega así —le intenté explicar. Coloqué un coche azul en una de las carreteras de la alfombra y lo moví por ella, despacio—. Ahora coges el coche de policía y me persigues.

Keir ladeó su cabeza, como si no entendiera lo que le estaba diciendo. Pero, después de seguir mis movimientos con sus ojos durante unos segundos, esbozó una sonrisa y comenzó a empujar con su pequeña mano el coche de policía por la alfombra. Cuando pensaba que por fin había comprendido el juego, aceleró la velocidad al acercarse a mi coche y lo chocó con tanta fuerza, que tuve que volver a apartar la mano si no quería quedarme sin ella. Mi pobre coche de juguete salió disparado, chocando contra la pata de una mesa que se encontraba a unos metros de nosotros.

—¡Te he vuelto a ganar! —gritó Keir, entusiasmado.

Suspiré.

Nada, que no había manera. Era más que evidente que ese niño no estaba acostumbrado a jugar con un adulto.

Me levanté para recoger el coche de juguete y colocarlo de nuevo sobre la alfombra.

—¿Por qué no jugamos a otra cosa?

Keir frunció el ceño, pero no se negó.

—¿A qué?

A algo en lo que pueda salir con vida.

Durante unos instantes, recorrí la estancia en busca de algo que poder hacer. Hasta que se me ocurrió una idea.

Caminé hasta la mesa que se encontraba en medio de la habitación. Cogí el paquete de rotuladores que había encima de ella y unas tijeras. Después, busqué hojas o cartulinas. Vi un conjunto de cajones de madera colocados unos encima de otros con etiquetas que permitían identificar el contenido de cada uno.

Tenía que reconocer que estaba todo muy bien organizado. No me resultó difícil encontrar unas cartulinas de colores. Una vez tuve todo lo necesario, me senté de nuevo en la alfombra.

—¿Te gusta la papiroflexia, Keir? —le pregunté.

—¿Qué es eso?

—¿Nunca has hecho animales o aviones con papel?

Keir negó con la cabeza.

Cogí una cartulina de papel amarilla.

—Mira, doblo el papel por la mitad —le expliqué mientras el niño seguía con sus ojos mis movimientos con el papel—. Desde la parte superior, doblo ambos lados hacia el pliegue central. Hay que asegurarse que ambos pliegues sean simétricos. Ahora, doblo la parte superior del papel hacia abajo para que el borde se alinee con el pliegue central. Así. Ahora compruebo que las dos alas estén bien dobladas. Y luego, doblo las alas hacia arriba. —Satisfecha con el resultado, sostuve mi avión de papel y lo alcé un poco para que Keir pudiera observarlo con mayor claridad—. ¿Ves que chulo ha quedado?

Keir contempló el avión en silencio.

Cuando era pequeña, a mí me encantaban las manualidades. Y eso que nunca había tenido paciencia, a excepción de todo aquello que tenía que ver con el arte.

—Ven, voy a hacerte otro a ti —le dije, animada.

Cogí una cartulina rosa y repetí todos los pasos bajo la mirada de Keir. Después, dejé el avión frente a él.

—¿Ahora quieres intentarlo tú solo?

—No, es aburrido. —Keir resopló.

—También podemos decorarlos —sugerí, agarrando un rotulador rosa y dibujando varios círculos en el avión de papel de color amarillo. Keir me observó, pero no hizo ningún amago por imitar mis movimientos—. ¿No quieres decorar tu avión?

Keir negó con la cabeza. Él no parecía interesado.

Vaya, parecía que no era un niño de manualidades.

—También pueden volar. —insistí, dejando el rotulador.

Sostuve mi avión de papel y lo lancé al aire. Este voló alrededor de la habitación hasta que aterrizó en el suelo, a unos metros de distancia de mí.

Aquello pareció llamar la atención de Keir. Cogió uno de los avioncitos y fue a imitar mis movimientos, pero el niño tan solo consiguió lanzarlo al suelo.

—El mío está averiado —se quejó, cruzando sus brazos.

Tuve que morder mi labio inferior para no reírme.

¿Averiado? El problema era que era un brusco.

Me levanté para coger el avión que había lanzado antes y me senté de nuevo frente a él.

—Mira, tienes que coger el avión así —le expliqué, sosteniendo el avión por las esquinas con mi dedo índice y mi dedo pulgar—, y lanzarlo con suavidad hacia delante —Volví a realizar los mismos movimientos de antes y el avión comenzó a volar por la habitación—. ¿Ves? Ahora prueba tú.

Seguí el movimiento de mi avión, que voló casi hasta la puerta de la habitación, pero en vez de aterrizar contra la puerta, lo hizo sobre unos Oxford marrones.

Espera... ¿Cómo?

—¡Papá!

Si creía que mi primer encuentro con Ian MacAllister no podía ser peor, acababa de descubrir que me equivocaba.

Ian, ataviado con un traje de tres piezas color azul marino que, seguramente, había sido hecho a medida para él, tenía los ojos fijos en el avión de papel que había aterrizado en la punta de su zapato derecho. Por la forma en la que arrugaba el ceño, no parecía demasiado contento.

—¡Lottie me está enseñando a hacer volar aviones! —exclamó Keir con felicidad, levantándose del suelo.

Ian alzó la mirada para desviarla de su hijo a mí.

—¿Lottie?

—No creí que fuese adecuado que Keir me llamase por mi apellido.

Los labios de Ian se curvaron en una mueca de desaprobación.

—Tenía entendido que su nombre era Elizabeth.

Mierda. Ese había sido un error de principiante.

Mis ojos se abrieron como platos, pero fui lo suficientemente rápida para borrar la expresión de sorpresa de mi cara, o por lo menos, esperaba haberlo sido.

Por suerte, mi madre había sido tan egocéntrica que había puesto su nombre a sus dos hijas. En mi hermana como su segundo nombre, y en mí como el primero.

—Mi nombre es Elizabeth Charlotte, pero mis amigos me llaman Lottie, como diminutivo de mi segundo nombre, Charlotte —mentí, tratando de no entrar en pánico. Si me descubrían, estábamos perdidas.

Los labios de Ian se curvaron en una mueca de desaprobación.

—Mi hijo no es su amigo, señorita Walker.

Aunque estaba siendo un desagradable, me sentí aliviada porque no puso en duda mi explicación. Llevaba menos de veinticuatro horas allí y ya había cometido mi primer error.

Me levanté del suelo para ponerme a la misma altura que él. Aunque eso solo fue un decir porque era un par de cabezas más alto que yo y tuve que estirar el cuello para mirarlo a los ojos. Esos bonitos e intensos ojos verdes que tanto me habían llamado la atención el día anterior.

Tenía que reconocer, que a pesar de su personalidad arisca e intratable, Ian MacAllister era un hombre muy atractivo. Sus facciones eran marcadas y masculinas, tenía una nariz recta y unos labios gruesos. Aunque su cara parecía cincelada en piedra; ni siquiera me sorprendió la falta de arrugas en la comisura de sus labios, esas que la mayor parte de las personas tenemos por reírnos. Estaba convencida de que ese hombre no había soltado una carcajada en toda su vida.

Ya veía el sentido del humor que tenía...

Mi hermana no me había dicho ni una verdad, la muy mentirosa.

—Creo que te equivocas, Ian —me atreví a replicar, volviendo a centrar mi atención en nuestra conversación. Puede que yo no supiera nada sobre niños, pero ese hombre estaba más perdido que yo—. Keir y yo vamos a pasar muchas horas juntos. —Muy a mi pesar, así sería—. Él se sentirá más cómodo a mi lado si me considera una persona en la que confiar; su amiga.

Ian alzó una ceja.

—¿Yo también debo considerarle mi amiga? —preguntó en un tono bajo.

¿Cómo? ¿Estaba coqueteando conmigo delante de su hijo?

Aquello estaba fuera de lugar. ¿Cómo se atrevía? ¿Me estaba tomando el pelo? Tal vez tenía ese humor negro que nunca era capaz de entender.

—¿Amiga? —repetí.

—Soy su jefe, señorita Walker. Y espero que se dirija a mí como tal. —Cuando arrugué el ceño, sin entender a qué se refería, Ian chasqueó la lengua con exasperación—. Diríjase a mí como señor MacAllister.

Entrecerré los ojos al comprenderlo. ¿Así que todo aquello era porque lo había llamado por su nombre de pila? Aquel hombre era insoportable.

Iba a contestarle, pero sentí una pequeña mano sujetando la mía.

—Papá, no despidas a Lottie. —Keir se encontraba a mi lado, mirando a su padre con un mohín en sus labios.

Ian observó a su hijo durante unos pocos segundos. A pesar de que mi corazón se ablandó al ver a Keir con esa carita de pena, la expresión permaneció impassible.

—No voy a hacerlo. Al menos, no de momento.

Aquello debió ser una victoria para Keir, porque su mueca de tristeza fue sustituida por una sonrisa triunfal.

Al paso que iba, si conseguía mantener el trabajo hasta al día siguiente, yo misma me haría una fiesta.

Ian se agachó para recoger del suelo el avioncito de papel que aún seguía sobre la punta de su zapato. Lo contempló durante unos pocos segundos para, después, centrar su atención en mí.

—¿Aparte de hacer *avioncitos*, qué más habéis hecho durante toda la mañana?

—Es papiroflexia —le corregí, porque no me gustó su tono de voz.

—Hemos jugado a policías y ladrones —le explicó Keir, soltándose de mi mano y señalando los coches que había tirados en un extremo de la habitación.

Ian observó los juguetes de la misma manera que había mirado el avioncito de papel que aún sostenía en su mano derecha: como si hubiera hecho algo mal; como si hubiésemos estado perdiendo el tiempo.

Aunque, ¿qué pretendía que hiciese con un niño de seis años?

—¿Y los deberes? —preguntó—. Hoy deberías haber terminado la primera tarea de Geografía y Matemáticas. —Ian sacó su móvil del bolsillo izquierdo de su chaqueta de traje y lo desbloqueó. Miró la pantalla, como si estuviese comprobando algo en ella.

—¿Qué deberes? —repetí, confundida.

—En el colegio le han enviado material de apoyo para que no olvide los conocimientos que aprendidos durante el curso anterior.

—¿Qué? Keir me ha dicho que no tenía ningún deber.

Miré al niño, pero este no nos estaba prestando atención. Le había quitado el avioncito de papel a su padre y ahora, lo estaba lanzando por la habitación. O intentándolo, porque prácticamente lo tiraba al suelo.

Ian volvió a guardar el móvil en el bolsillo de su chaqueta y me miró con suficiencia.

—¿Y tiene usted como costumbre fiarse de la palabra de un niño de seis años?

Mordí mi labio inferior, sintiéndome avergonzada.

Mierda, el muy presuntuoso tenía razón

—No, yo...

—Además, si no me equivoco, hablamos sobre los deberes de Keir en la entrevista de trabajo que mantuvimos en Saint Andrews.

Lizzie no me había comentado nada al respecto. En realidad, ahora que lo pensaba, no me había dado ninguna información sobre lo que tenía que hacer. No había pensado que lo necesitara, porque ¿qué complicación iba a haber en cuidar a un niño de seis años?

Había creído que tan solo tendría que vigilarlo y soportarlo. Pero, al parecer, Keir venía con un manual de instrucciones.

—Ahora que lo menciona, me acuerdo de que hablamos sobre eso —dije cuando sentí la mirada de Ian sobre mí, exigiéndome una respuesta—. Se me había olvidado —añadí, inventándome la primera excusa que se me ocurrió. Era algo bastante habitual, algo que podría pasarle a cualquiera. Ian no sospecharía nada por eso, ¿no?

Ian se ajustó el puente de sus gafas de pasta de color marrón con su dedo índice. No pronunció ni una sola palabra, pero por la forma en la que negó con la cabeza con desaprobación, mi excusa no debió parecerle suficiente. Mientras se la creyera, me servía.

—¿Cómo habéis entrado aquí? —preguntó, mirando a su alrededor—. El aula de juegos debería estar cerrada con llave a estas horas. ¿Le ha pedido la llave a la señora Morrison?

—Lottie ha hecho un truco de magia —respondió Keir por mí con entusiasmo. Al parecer, el niño tenía un oído selectivo. Porque ahora bien que nos estaba escuchando—. ¡Ha sido alucinante, papá! Ella...

—Estaba abierta —dije, antes de que Keir consiguiera que me despidiesen. Si Ian se enteraba de que había forzado una puerta de su casa con mi tarjeta de crédito, estaría de patitas en la calle en menos de lo que cantaba un gallo. Y, en eso, le tendría que dar la razón.

Ian nos miró a Keir y a mí con los ojos entrecerrados. Parecía estar perdiendo la paciencia. Keir abrió la boca para añadir algo que, seguramente, me dejaría mal parada, pero, por suerte, Ian habló antes de que el pequeño pudiera hacerlo.

—Keir, ve al aula de estudio. La señorita Walker irá enseguida. —Aunque Ian no alzó la voz, la severidad en sus palabras fue suficiente para que Keir moviera su cabeza en un asentimiento y obedeciera a su padre.

—¿Hay un aula de estudio? —pregunté cuando Keir se marchó. Había pensado que el niño haría sus deberes en la habitación o en el salón, como mi hermana y yo cuando teníamos su edad. Aunque debería haberlo sabido mejor; los MacAllister vivían como la realeza.

Ian exhaló un sonido que identifiqué como un resoplido. Observé su cabello rojizo, perfectamente peinado hacia atrás. Aunque no tan exagerado como su hijo, al que parecía que habían bañado en gomina.

—Señorita Walker, tengo la terrible sensación de que no se ha leído el informe que le entregué y no hizo el menor caso de lo que hablé con usted.

¿Informe, qué informe?

Maldita Lizzie.

¿Cómo no me había compartido el informe que le había enviado Ian? Ni siquiera me había avisado de que se lo había enviado.

Aquello no era propio de Lizzie. Ella era la responsable de las dos; nunca era tan descuidada. Sin embargo, tampoco era propio de ella convencerme para que la sustituyera en un trabajo.

Sin embargo, mi hermana estaba desesperada. Y bien sabía yo las locuras que era capaz de cometer una persona desesperada.

No pude evitar volver a preguntarme si ya habría llegado a su destino. Quise revisar mi teléfono para ver si había recibido alguna noticia sobre ella, pero me contuve.

—¿Puede refrescarme la mente? —le pregunté a Ian.

No obstante, Ian no parecía estar escuchándome. Él me estaba mirando de arriba abajo con una mueca de desaprobación en su rostro.

Esperaba que Lizzie no se hubiera olvidado de decirme también que tenía que llevar uniforme.

La cofia no, por favor.

—¿Va hoy disfrazada por alguna razón?

—¿Disfrazada? —repetí con indignación—. ¿Cómo qué disfrazada?

¿Qué estaba insinuando ese imbécil?

Sí iba vestida normal. Miré la falda larga de volantes de color amarillo; una de mis favoritas de mi armario. Era cómoda y muy bonita. Al igual que mis chanclas rosas.

Por la forma en la que Ian fruncía el ceño, no opinaba lo mismo.

—Eso me temía —masculló, sin dignarse siquiera en contestarme—. Imagino que fue Mark —dijo, nombrando al tutor de máster de Lizzie—, quien le dijo que fuese vestida con ropa más... —Ian hizo una pausa, como si estuviese pensando en la palabra correcta— adecuada a la entrevista.

Entonces, lo comprendí.

Lizzie y yo no solo teníamos personalidades completamente diferentes, sino que también nuestro gusto por la moda era muy distinto. Bueno, en realidad, yo no tenía gusto por la moda alguno.

Yo optaba por la comodidad, mientras que a Lizzie le gustaban las prendas bonitas y más sofisticadas. Mi armario estaba lleno de color, mientras que Lizzie prefería colores más neutros y fáciles de combinar, como ella decía. Aunque, para mí, casi todos los colores eran fáciles de combinar.

—Una siempre viste más formal en una entrevista —dije, tratando de justificarme. Solo para que Ian no sospechara que estaba haciéndome pasar por mi hermana.

Porque, honestamente, no entendía que tenía de malo la manera en la que iba vestida. Vale que en esa casa todos parecieran estar vestidos como para ir los Premios Globos de Oro o para servir en ellos, ¿pero qué quería, que llevase un mono de lentejuelas para cuidar de su hijo?

A cada minuto que pasa con aquel hombre, menos lo entendía.

—No tengo tiempo para esto —masculló, chasqueando la lengua—. Tengo una reunión por videollamada muy importante en... —miró el Rolex de oro que llevaba en su mano derecha— media hora. Keir tiene un horario que debe seguir a rajatabla. Horario que usted debería saberse de memoria, pero es obvio que ni siquiera le ha echado un vistazo. —Hizo una pausa, pero yo no respondí, él tenía más razón que un santo—. Haga el favor de revisarlo y...

—¿Podría enviármelo? Creo que lo he perdido.

—¿Se le ha perdido un *email*? —preguntó, escéptico.

—Lo debí borrar por error.

Ian cerró los ojos como si estuviese pidiendo ayuda divina. Cuando los volvió a abrir, yo intenté esbozar la mejor de mis sonrisas para evitar que me despidiese en ese mismo momento.

Afortunadamente, debía ser mi día de suerte; el único que había tenido en toda mi existencia, porque cogió su móvil del bolsillo de su chaqueta de traje y lo desbloqueó para comenzar a teclear.

Si le enviaba un *email* de nuevo a mi hermana me iba a encontrar en la misma situación.

—I... —esta vez, me corregí a tiempo—. Señor MacAllister, ¿le importaría imprimírmelo? Me gusta más leer en físico.

Ian levantó la cabeza y la ladeó, mirándome como si yo fuese una especie de extraterrestre que había aterrizado por error en su casa.

—Son cuatro hojas, señorita Walker. No un libro.

Parpadeé.

—¿Cuatro hojas? —repetí—. ¡Qué locura! —¿Qué me iba a entregar el horario del presidente del gobierno? Estuve a punto de decirle que mejor me esperaba a que saliese la película, pero me callé cuando vi como las aletas de su nariz se anchaban. Le estaba poniendo al límite—. ¿Hasta que pueda imprimírmelas puede hacerme un resumen? —pregunté.

Ian abrió la boca. Probablemente, para pedirme que saliese de su casa inmediatamente, pero, por alguna razón, la cerró. Cuando la volvió a abrir, la calma había regresado a su rostro.

—Debe levantar a mi hijo a las seis y media y ayudarlo a ducharse y vestirse. Desayuna en el comedor a las siete y cuarto. Para las ocho, debe estar en su aula de estudio para realizar la tarea del ese día. De diez a doce y media, tal y como acordamos usted y yo, se encargará de realizar una actividad de estimulación cognitiva con él. Espero que en la de mañana use esas técnicas educativas de las que me habló en su entrevista y no se dedique a hacer aviones de papel. Y dentro del aula de estudio. Es muy importante que use cada habitación de la manera adecuada. —Hizo una pausa y yo asentí a pesar de que no me estaba enterando de la mitad de lo que me estaba diciendo. Yo de pequeña dormía, jugaba y estudiaba en la misma habitación—. A la una y media después de almorzar duerme una siesta de una hora. Ni un minuto más ni un minuto menos.—¿Los niños de esa edad dormían siestas? Aunque teniendo en cuenta lo que madrugaba este, no me extrañaba. Yo también iba a necesitar esa siesta diaria—. A las tres menos cuarto, depende del día, tiene clases de...

—¿Y cuándo juega? —pregunté, tomándome el atrevimiento de interrumpirle—. Imagino que esta habitación existe por una razón.

—Hay un horario para ello. La puerta no debería haber estado abierta.

Aquel no era un tema en el que me convenía detenerme, así que no hice ningún comentario al respecto.

—¿Y nunca juega al aire libre?

—Por supuesto que sí —respondió con indignación, como si fuera algo evidente—. Cuando el tiempo acompaña, puede usar las horas de juego para salir a recorrer los jardines con él. Es bueno que mi hijo camine, pero no entren en el laberinto. Está prohibido.

—¿Esconde una rosa allí?—pregunté antes de ser consciente de que estaba hablando de más—. Como el ala oeste en la película de La Bella y la Bestia —expliqué. Ian enarcó una ceja. No fue ninguna sorpresa que no apreciase mi broma—. No importa. Lo he entendido, no entraremos en el laberinto.

—Ya que lo ha mencionado, los sábados podéis usar la sala de cine del sótano para ver una película de dibujos, pero el resto del tiempo Keir tiene prohibido usar cualquier tipo de pantalla.

¿En aquella casa que parecía que el tiempo se había detenido hacía dos siglos había una sala de cine? No me extrañaría si las películas eran mudas.

Me reí de mi propia broma.

—Señorita Walker —me llamó Ian, que no parecía tan divertido como yo—, ¿he dicho algo gracioso?

Mordí mi labio inferior y negué con la cabeza.

—En absoluto.

Ian me miró como si me tomara por imposible.

—Le pediré a la señora Morrison que le entregue el horario. Y ahora, si me disculpa, debo regresar a mi despacho.

—Claro.

Me quedé quieta, esperando a que Ian se marchara. Sin embargo, él no se movió ni un ápice, sino que se limitó a observarme en silencio, como si estuviera esperando algo de mí.

¿Pero no se iba?

—Señorita Walker, mi hijo la está esperando en el aula de estudio.

Cierto. Los deberes de Keir.

—Sí, claro. ¿Y cómo llego hasta allí? —pregunté.

—¿No sabe dónde está el aula de estudio?

—No, aún no he hecho la visita turística —bromeé, aunque a él no pareció hacerle la menor gracia.

—Señorita Walker, le dije...

—Lo siento, el plano que me envió al *email* del interior de la casa también se borró por error —respondí, orgullosa de mí misma por haber sido capaz de adelantarme a sus palabras.

—No le envíe ningún plano. ¿Por qué haría algo así?

¿Por qué esa casa era más grande que el Palacio de Buckingham? A pesar de mi gran ocurrencia, decidí que sería mejor guardármela para mí misma.

—Debí entenderle mal.

—Parece que entendió demasiadas cosas mal —musitó Ian—. Como le estaba diciendo, Robert debería haberle enseñado la casa.

—No le di tiempo a hacerlo —dije, defendiendo al joven que se había portado tan bien conmigo—. Estaba agotada y no salí de mi habitación.

Ian asintió.

—Acompáñeme.

Él salió de la estancia y comenzó a andar a toda prisa por el profundo pasillo. Una de sus zancadas eran como dos más, así que prácticamente tuve que correr. Dio varios giros y yo estaba segura de que necesitaría un GPS para ser capaz de regresar a mi habitación. Para cuando él se paró frente a una puerta, mi ropa se había pegado a mi piel por el esfuerzo.

—Que pase un buen día, señorita Walker —se despidió de mí tras hacerme un gesto con la mano hacia el pomo de la puerta.

Ese hombre era raro de cojones. Aunque mientras miraba su espalda desaparecer por el pasillo, lo que en realidad pensé fue que esos pantalones le hacían un culo de infarto.

Capítulo 5

El horario que Keir debía seguir a rajatabla parecía haber sido confeccionado por un verdugo con la intención de torturarnos a él y a mí sin necesidad de ponernos una mano encima.

Ese niño no solo tenía ocupado hasta el último minuto de cada día, sino que la mayoría de las actividades que tenía que realizar eran un coñazo.

El día anterior prácticamente me había quedado dormida mientras observaba como un hombre de mediana edad, que parecía tener un palo metido por el culo, le daba clases de violín en el aula de música.

Porque sí, también había un aula de música. No, sí con todas las habitaciones que tenía esa casa querría amortizarlas...

Un niño de seis años como Keir tendría que estar al aire libre, jugando con otros niños y disfrutando del verano.

Ian MacAllister estaba criando a su hijo como si fuese un soldado y él su coronel.

Me sentía un poco como la protagonista de *Sonrisas y lágrimas*, esa película antigua que tanto le gustaba a mi hermana y que me había obligado a ver en varias ocasiones. No iba a cantar canciones, ya que si el tiempo era bastante inestable, solo lograría que empeorase, pero lo de hacerle ropa cómoda a Keir con las cortinas no lo había desechado del todo. Sobre todo, porque mataba dos pájaros de un tiro.

En cada habitación en la que estaba, más feas me parecían las cortinas. Las del aula de estudio, el lugar en el que nos encontrábamos en ese momento, eran de un color gris apagado que me recordaba al color de los trajes que llevaban los presos en los campos de concentración.

Igual era mejor que no le cosiese ninguna prenda al niño con esa tela. Aunque quizá era mejor que la ropa que llevaba puesta Keir en ese momento.

Observé al pequeño, que estaba sentado en una silla, escribiendo sobre una hoja del cuaderno que descansaba encima de un pequeño escritorio de madera. El niño movía sus piernas, provocando que sus mocasines de color azul marino golpearan contra el suelo. Mocasines a juego con su pantalón corto de tela. El único toque de color en su indumentaria lo daba un pequeño broche con forma de naranja que llevaba pegado por fuera del bolsillo de su polo blanco. Polo que yo misma había elegido entre su ropa por esa razón.

Esa mañana me había parecido un triunfo que la señora Morrison aceptase que fuese yo quien se encargase de elegirle la ropa al pequeño, pero en cuanto había abierto las puertas del armario, me había dado cuenta de que toda su ropa era demasiado formal.

Si por mí fuera, hubiese quemado todo el contenido del armario. La ropa podía ser acta para ir a misa los domingos, y si retrocedíamos en el tiempo, varias décadas. Pero, desde luego, no para el día a día.

Crucé mis piernas mientras toda mi atención se centraba en el teléfono móvil que tenía en mi mano.

«Lottie, mi avión acaba de aterrizar en el aeropuerto de Boston. Estoy bien. En cuanto me instale, te llamo».

El mensaje de mi hermana me había llegado la tarde anterior. Yo le había respondido con un montón de preguntas que ella no había resuelto. No lo había hecho porque no me había contestado, como tampoco me había llamado.

Ya debía estar instalada en Boston, la ciudad en la que la ONG en la que iba a trabajar se

encontraba, pero yo no había tenido más noticias de ella.

Menudo morro tenía. Ella disfrutando de Boston, de un trabajo que deseaba, y yo atrapada en aquella casa, ocupando un empleo que no era para mí, y que no tenía la menor idea de cómo desempeñar.

Aunque no era algo normal en mi hermana no llamarme cuando había prometido hacerlo. Tal vez debería llamarla para saber si se encontraba bien. No lo hice al darme cuenta de la diferencia horaria; en Boston aún sería de madrugada.

Suspiré. Estaba siendo demasiado tremendista. Lizzie estaba perfectamente, simplemente estaba demasiado ocupada para llamarle. Lo haría en cuanto pudiese.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta me sobresaltaron, sacándome de mis pensamientos y distrayendo a Keir, que inmediatamente dejó de hacer su tarea para mirar hacia la puerta.

—Lottie, están llamando —me dijo Keir.

—Lo sé —respondí a la vez que más golpes volvían a resonar por las paredes.

—¿No vas a abrir? —preguntó.

—¿Debería?

Keir se encogió de hombros, sin una respuesta verbal que darme. Algo normal, ya que él era el niño y yo la adulta encargada de tomar las decisiones. Pero, lo cierto era que, ni siquiera era capaz de tomar una tan sencilla.

—¡Está abierto, puedes entrar! —grité.

La puerta se abrió y Robert apareció al otro lado. A diferencia de los demás empleados del hogar, él no llevaba un horroroso uniforme, sino que iba más informal, con una camiseta negra de manga corta, unos pantalones grises, y unas botas del mismo color.

—Buenos días —saludó con una gran sonrisa.

Keir miró a Robert durante unos instantes, y después, volvió a concentrarse en el papel que tenía delante de él.

Suspiré.

—Keir, Robert ha saludado, es de buena educación responderle —le reprendí.

Keirladeó su cabeza hacia mí.

—Tú tampoco le has saludado —me respondió a la vez que jugaba con el lápiz entre sus dedos.

—Pero eso ha sido porque estaba atenta a tu reacción. Y ha sido la de un maleducado.

—Tú también has sido maleducada.

Pero bueno, ¿es qué ese niño siempre tenía una respuesta para todo?

—Eso no es verdad —repliqué—. Iba a saludarlo, pero soy tu niñera, y lo primero es asegurarme de que actúas como un niño educado. —Me levanté de la silla en la que estaba sentada para acercarme al pequeño—. Saluda a Robert.

—Si tú no le saludas, yo tampoco —dijo, soltando el lápiz que sostenía en su mano derecha para cruzar sus brazos frente a él.

Ese niño estaba echándome un pulso y no iba a permitirlo. Eso sí que no. Yo era la adulta. Yo mandaba.

—Keir, haz el favor de saludar a Robert. No lo voy a repetir.

—Tú primero.

—No, primero tú.

Escuché la risa de Robert de fondo, pero no me dejé distraer. Tenía un niño que educar. Si no ponía los límites en ese momento, luego sería más difícil.

—Keir, soy tu niñera. Tienes que obedecerme.

Keir arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Eso, ¿por qué? ¿Qué respuesta le daba yo a esa pregunta? No podía darle demasiadas vueltas o perdería un tiempo valioso y el niño se saldría con la suya, así que le di la respuesta más coherente que se me ocurrió.

—Porque lo digo yo.

Keir fue a decir algo, pero su mirada se desvió a un punto detrás de mí, y apretó los labios, como si hubiera cambiado de opinión. Después, volvió a abrir la boca un segundo más tarde.

—Buenos días —sonreí al escucharlo. Quizá el argumento que mi madre había usado conmigo de pequeña en más de una ocasión y que tan absurdo me parecía, era más válido de lo que creía. Sin embargo, mi sonrisa se esfumó al escuchar la siguiente palabra que salió de los labios de Keir—, papá.

Cerré los ojos con fuerza al ser consciente de lo que acababa de pasar.

Mierda.

Sabía con lo que me iba a encontrar al girarme y no estaba muy segura de querer hacerlo.

—Buenos días, hijo —respondió la voz ronca de mi jefe.

Keir sonrió, como si se tratase de la mañana de Navidad, feliz por la presencia de su padre. Yo, en cambio, estaba deseando que el suelo se abriese y me tragase dentro. Ahora que mi cabeza estaba procesando lo que acababa de suceder en los últimos minutos, tenía claro que, una vez más, había actuado de una manera infantil.

Pero, como era una adulta, no una niña, volví a abrir los ojos y me giré para encontrarme con Ian MacAllister, que me observaba con el ceño fruncido.

Robert estaba a su lado, intentando contener la risa y fallando estrepitosamente. Aunque una mirada de Ian fue suficiente para que se pusiese serio.

—Lottie —comenzó Robert, mirando a Ian durante unos segundos antes de centrar su atención en mí, como si le estuviese pidiendo permiso para continuar hablando—, he venido para avisarte de que esta mañana he ido a recoger tu coche al taller. Lo he dejado aparcado fuera.

—Gracias, Robert. Eres muy amable. —Ladeé la cabeza para contemplar a Keir—. Cuando un adulto hace algo por ti, hay que darle las gracias —le instruí.

—Señorita Walker, mi hijo conoce las normas básicas de educación —dijo Ian, quien seguía observándome con el ceño fruncido.

—Tal vez las conozca, pero no las estaba usando.

—Porque tú tampoco lo hacías —se defendió Keir.

—Que yo haya sido una maleducada no significas que tú debas serlo.

La noche anterior había estado viendo los canales de varias madres por Instagram, y una de las enseñanzas que había aprendido y en la que todas coincidían, era que una debía reconocer cuando se equivocaba, que los niños lo agradecían. Por lo visto, no sus padres, porque Ian carraspeó.

—¿Acaba de reconocer ante mi hijo que es una maleducada?

Reprimí las ganas de entornar los ojos ante el tono de voz que Ian estaba empleando. ¿Es qué pensaba cuestionar cada palabra que decía?

Qué hombre más insoportable.

Busqué a Robert con la mirada, en busca de un poco de ayuda, dándome cuenta de que ya no se encontraba allí. ¿En qué momento se había ido?

—Acabo de reconocer que me he equivocado —dije—. A veces, los adultos nos

equivocamos y no pasa nada por reconocerlo, ¿verdad, Keir? —pregunté, mirando al pequeño.

Keir se encogió de hombros.

Ian negó con la cabeza. Podía ver el rechazo de mis técnicas de educación reflejado en sus ojos, pero, afortunadamente para los dos, decidió guardarse su opinión para sí mismo y no cuestionarme más.

—Son las diez, tres minutos y cinco segundos —musitó, contemplando su Rolex, para después, centrar su atención en mí.

Durante unos largos instantes, Ian me miró fijamente, en silencio, como si estuviera esperando alguna respuesta de mi parte.

Qué esperaba, ¿que le elogiase por su precisión dando la hora?

Me imaginé a mí misma con unos pompones mientras gritaba ¡Dame una I, dame A, dame una N! ¡Ian es el mejor!

Él enarcó una ceja y yo le sonreí. Estrechó los ojos y yo volví a sonreír. No tenía la menor idea de que era lo que esperaba que hiciese, pero Lizzie siempre decía que una sonrisa lo arreglaba todo.

—Imagino que Keir ya ha terminado con su tarea del día —dijo al fin.

—¡Sí, papá! —exclamó Keir con entusiasmo, cerrando el cuaderno abierto que tenía frente a él.

A pesar de las palabras de Keir, la verdad era que lo dudaba mucho. Aunque tampoco había prestado demasiada atención a la tarea que le tocaba ese día. Unos problemas matemáticos, y algo de caligrafía me había parecido ver. Había tenido la mente ocupada pensando en mi hermana.

—Bien, entonces, comience.

Al principio, pensé que hablaba con Keir, pero luego me di cuenta de que los ojos verdes de Ian estaban fijos en mí.

—¿Qué comience qué? —pregunté, confundida.

—Son pasadas las diez —insistió, como si fuese alguna especie de frase secreta que yo debía comprender. Cuando Ian se dio cuenta de que no le estaba entendiendo, resopló—. Comience con la actividad de estimulación cognitiva que tiene preparada para hoy —me explicó con irritación, como si fuese algo que yo ya debía saber.

Y, seguramente, así debía ser.

Maldita Lizzie. Ese debía ser otro de la larga lista de *detalles* que se le había olvidado comentarme. Y luego, ni siquiera era capaz de enviarme un audio respondiendo a mis preguntas.

—Ah —dije, porque era lo único que se me ocurrió. El día anterior, Ian lo había nombrado. Y también lo había visto en el horario que la señora Morrison me había entregado, pero no me había dado tiempo a pensar en algo. No se me había pasado por la cabeza que Ian se pasaría para supervisar las clases.

Para hacer tiempo, cogí mi bolso, que descansaba encima de una pequeña mesa redonda, y lo abrí. Dejé dentro mi móvil, que aún llevaba en mis manos, y me tomé mi tiempo mientras mi cabeza trabajaba a cien por hora. Abrí el bolsillo interior, como si estuviese buscando algo, y para mi sorpresa, lo encontré: un par de globos que me habían sobrado de alguna de las fiestas infantiles en las que había trabajado como animadora.

Los saqué y los puse encima de la mesa. Junto a ellos, estaba el pequeño estuche de costura para imprevistos que llevaba conmigo desde que aquellos pantalones que todo el mundo insistía en que me quedaban pequeños, pero que yo me negaba a dejar de utilizar, explotaron en la mitad de una entrevista de trabajo.

Cogí el globo azul y se lo enseñé a Keir, evitando hacer contacto visual con Ian.

—Esto es un globo —le dije.

El niño se levantó de su silla y asintió con una gran sonrisa.

—¿Puedo hincharlo? —preguntó.

—Sí —le respondí, entregándoselo—, pero, primero tienes que respirar hondo. Inhala por la nariz profundamente —continué a la vez que yo misma lo hacía y él imitaba mis acciones—. Ahora, mantén el aire dentro durante cinco segundos —conté hacia atrás—. Y luego, exhala lentamente por la boca —le instruí.

Le hice repetir varias veces el ejercicio de respiración profunda mientras yo también lo realizaba. Estaba improvisando sobre la marcha, y relajarme me ayudaría a pensar.

Un carraspeo me interrumpió.

Ian me observaba con la ceja pelirroja alzada, esperando una explicación.

—Keir está aprendiendo a relajarse, lo que le va a resultar muy útil cuando se encuentre en una situación de estrés. —Como en la que yo me encontraba en ese momento. Aunque ese comentario me lo guardé para mí.

Ian continuaba con la ceja alzada y los labios pegados. Volví a centrar mi atención en Keir. Le entregué el globo y él lo agarró con rapidez.

—Espera —lo detuve cuando iba a comenzar a hincharlo—. Da unos cuantos soplos, descansa, y luego otros pocos más. —Hice una pequeña pausa mientras observaba al niño seguir mis instrucciones—. Le he pedido que haga eso para que aprenda a ser paciente, a tomarse las cosas con calma. Es mejor despacio que rápido y mal —le informé a Ian, aunque no me giré para mirarlo.

Me temía que su ceja siguiese alzada y no podía culparlo porque no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo.

—Ya está —dijo la voz infantil de Keir.

—Ahora tienes que conseguir que el aire no se salga.

—¿Haciendo un nudo? —preguntó.

—Eso es —le expliqué a la vez que me acercaba al niño y le ayudaba—. Esta parte le enseña a ser resolutivo —dije, aunque mis palabras iban dirigidas a Ian, mi atención seguía centrada en Keir.

Una vez atado el globo, Keir lo movió en su mano de un lado para el otro. Miré a Ian, que continuaba con su ceja alzada, poco impresionado por mis enseñanzas. Tenía que hacer algo más o descubriría que no tenía ni idea de esas técnicas que él había nombrado y yo ni siquiera recordaba cómo se decían.

Cogí el pequeño estuche de costura, lo abrí y saqué el alfiler. En un rápido e impulsivo movimiento, pinché el globo, que explotó sonoramente.

La sonrisa en el rostro de Keir desapareció. Miraba los restos del globo en sus manos, anonadado.

—Y ahora voy a enseñarle la lección más valiosa: cómo lidiar con la frustración. Porque, desgraciadamente, la mayor parte de las veces, aunque hagas todo bien, sucede algo que lo fastidia. Y el niño debe aprender a lidiar con esas situaciones.

Cuando miré a Ian descubrí que había logrado mi cometido, ya no alzaba su ceja, pero su boca estaba abierta en una perfecta o, observando los trozos del material de plástico que su hijo había soltado y descansaban en el suelo. Cuando sus ojos se fijaron en los míos, su boca se había cerrado, pero su rostro era el perfecto retrato de la estupefacción.

—¿Esta es una de esas técnicas de educación innovadoras de las que me habló? —preguntó.

—Así es.

Él cerró los ojos durante un segundo. Cuando los volvió a abrir, yo le sonreía y él negó con la cabeza, como si quisiese despertarse de una pesadilla.

—Soy benefactor de la Universidad de Saint Andrews porque creía que era un centro educativo serio; ahora, tengo serias dudas. Hablaré con Mark para pedirle explicaciones. No me puedo creer que sea esta absurdidad la que os están enseñando.

—No es absurdo, es una técnica muy efectiva —traté de defenderme, aunque, en el fondo, sabía que Ian tenía razón—. Además, no me la han enseñado en el máster —aclaré antes de que hablase con su amigo y pudiera descubrir la farsa—. Es una técnica vanguardista que he leído en un estudio publicado por la Universidad —hice una pausa— de Massachusetts —dije, nombrando la única universidad que me vino a la mente. La universidad que colaboraba con la ONG en la que trabajaba mi hermana.

—Universidad de Massachusetts —repetió, y yo temí por un instante haberle dado alguna pista—. Si ha sacado esa técnica de algún lado, tenía que ser de allí —dijo en un tono irónico que no entendí—. Ha sido la mejor de su promoción y es la mejor estudiante del máster, por lo que voy a confiar en que sabe lo que está haciendo.

Era bueno que uno de los dos confiase.

—Debería hacerlo. Keir está en buenas manos —le prometí, mirando al niño, quien nos observaba sin tener la menor idea de cómo actuar—. Si me ha contratado es por una razón, debería recordarlo —añadí, porque no sabía cuándo mantener la boca cerrada.

Había ganado esa batalla, o por lo menos, empatado, pero no podía conformarme con eso, yo tenía que tener la última palabra. Era superior a mí.

—Razón que, desde que ha llegado a mi hogar, me estoy replanteando —masculló Ian. Iba a defenderme, pero él no me dio la oportunidad—. Si me disculpáis, tengo una videoconferencia a la que conectarme en menos de diez minutos. Afortunadamente para mí. —Rodé los ojos al escuchar aquellas últimas palabras—. Os dejo para que continuéis con las clases. —Y sin darme opción a replicar, Ian MacAllister se dio la vuelta y se marchó.

En cuanto Ian se fue, le entregué el otro globo a Keir; se lo había ganado. No había montado ningún berrinche. En realidad, ni siquiera había abierto la boca; bueno, más bien, no la había cerrado. Parecía que había dejado al pobre niño traumatizado.

Pobrecito.

—No vas a pincharlo, ¿verdad? —me preguntó, cogiendo el globo y mirándome con inseguridad.

—No, este es para ti.

El niño sonrió.

En cuanto lo hinchó, comenzó a lanzarlo por el aire, jugando con él hasta que la puerta que Ian había dejado medio abierta se abrió del todo.

Lo primero que vislumbré fue un enorme hocico, oscuro y húmedo. Evidentemente, perteneciente a un perro. Aunque si tenía alguna duda de ello, se despejó cuando vi una enorme cabeza empujando la puerta para poder entrar en la habitación.

Sus ojos marrones me observaban con lo que yo identifiqué como calidez. Sus orejas marrones caían suavemente a los lados. Sus pasos eran lentos pero firmes. Cuando todo su enorme cuerpo se encontró en el interior, se sentó sobre sus patas traseras.

Enseguida identifiqué que se trataba de un san bernardo. Uno cubierto de un denso pelaje marrón y blanco, esponjoso y suave. Era evidente que ese perro estaba siendo cuidado con esmero.

—¿Es tu mascota? —le pregunté a Keir, que se había quedado quieto, con el globo sujeto en su mano derecha, contemplando al precioso perro.

Keir negó con la cabeza.

—Es el perro de papá. Yo no le gusto.

—¡Qué tontería! —exclamé—. El san bernardo es una raza muy cariñosa, quieren a todo el mundo.

Había paseado a un par de ellos cuando había trabajado como paseadora de perros, y había descubierto que, pese a que al principio podían intimidar un poco por su gran tamaño, todo lo que tenían de grandes lo tenían de buenos. No había perros más nobles que ellos.

—Max no —insistió Keir, volviendo a negar con la cabeza.

El perro ladeó la cabeza al escuchar su nombre y miró a Keir. No hizo ademán de acercarse para saludar al niño, lo que me hizo pensar que, tal vez, Keir tuviese parte de razón. Aunque teniendo en cuenta lo bruto que podía ser a veces, no se le podía tener en cuenta al pobre perro.

Seguramente, Max temía a Keir.

—Si a los perros los tratas con cariño, ellos te lo devuelven por dos —le expliqué.

Me acerqué a Max, que me observaba con atención.

—Eres un perro precioso —le dije, poniéndome de cuclillas delante de él—. Y muy bueno —le alagué a la vez que estiraba la mano por encima de su hocico. Dejé que primero me olfateara para que se acostumbrara a mí y se diera cuenta de que no representaba ninguna amenaza, y después, acerqué mi mano hacia su cabeza para acariciarlo.

Sin embargo, lejos de mostrarse predispuesto, Max emitió un gruñido feroz y fuerte. Al no esperar esa reacción por parte de Max, me sobresalté, retrocediendo un paso, tambaleándome en el proceso, y cayéndome al suelo de culo.

Auch.

—¿Por qué gruñes? —le pregunté, confundida, mientras me levantaba del suelo, pensando que, tal vez, Max había malinterpretado mis intenciones y el pobre se había asustado—. No voy a hacerte daño. Solo quiero ser tu amiga —dije con dulzura, tratando de volver a acercarme a él.

Pero mis esfuerzos fueron nulos, porque Max me miró con desprecio y me enseñó los dientes.

Entonces, me di cuenta de que ese no era el comportamiento de un animal temeroso.

—Está bien, nada de caricias —me rendí, levantando mis manos en señal de paz. Max giró la cara con altivez—. Qué perro más desagradable —mascullé, dando un paso hacia atrás y alejándome del animal.

—Solo deja que le acaricie mi padre —me informó Keir, colocándose a mi lado.

Max nos miró a ambos por última vez, y acto seguido, se levantó y se marchó.

Arisco e igual de antipático que su dueño. Cuando decían que los perros se parecían a sus dueños por algo era... Solo un hombre como Ian MacAllister podía lograr que un san bernardo se comportase de esa manera.

—Ese perro necesita un adiestrador.

Y su dueño otro. Pero, ese último pensamiento decidí guardármelo para mí misma.

Como respuesta, Keir se encogió de hombros.

—Hoy no llueve. —Keir señaló hacia la ventana con la mano con la que sostenía el globo—. ¿Podemos salir a jugar fuera?

—¿Has terminado las tareas? —pregunté, señalando los cuadernos que continuaban desperdigados sobre la mesa.

—Sí.

—Keir...

Keir desvió la mirada de la mesa a mí, para, después, morder su labio inferior.

—Solo me queda un ejercicio —reconoció en voz baja, pero con la suficientemente claridad para que pudiera escucharlo.

—Cuando termines el ejercicio, saldremos fuera.

Keir frunció los labios haciendo un mohín, pero finalmente asintió lentamente con la cabeza, dándose por vencido.

—¿Le vas a contar a papá que le he mentado? —me preguntó con preocupación—. Él dice que mentir está mal.

Me agaché para quedar a su altura.

—No, será nuestro secreto —le prometí, y Keir esbozó una sonrisa, aliviado—. Pero tu papá tiene razón —le recliné con toda mi hipocresía, ya que yo no había hecho otra cosa más que mentir desde que había llegado a esa casa. Aunque en mi caso se justificaba porque era por una buena razón—. Tienes que prometerme que no vas a volver a hacerlo.

Keir arrugó la nariz.

—Es que caligrafía es un rollo —se quejó—. Me aburro.

Suspiré. Porque lo entendía. Ese niño tenía que estar afuera, jugando, no haciendo tediosos deberes. Era verano y estaba de vacaciones. Sin embargo, no podía decirle eso, porque estaría dándole un mal ejemplo.

—Keir, a veces tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

—¿Por qué?

Esa era una muy buena pregunta.

—Porque todos en la vida tenemos responsabilidades y tenemos que cumplirlas. La tuya ahora mismo es hacer los deberes del colegio, así para cuando comience el curso, no iras más retrasado que tus compañeros.

El niño ladeó la cabeza mientras podía ver cómo las la maquinaria detrás de sus ojos se ponía en funcionamiento, dándole vueltas a algún razonamiento al que había llegado.

—¿Por eso también tengo que tocar el violín? ¿Y aprender a jugar al ajedrez? ¿Y...?

—Keir —le interrumpí, antes de que enumerara la larga lista de actividades que su padre le obligaba a hacer—. Tu papá quiere que te conviertas en un adulto —hice una pequeña pausa mientras se me ocurrían las palabras adecuadas, aunque las únicas que venían a mi mente eran: antisocial, tedioso y arcaico—, responsable y capacitado —dije al fin.

Keir suspiró como si el peso que la vida hubiese puesto en sus espaldas fuese demasiado. Me debatí entre echarme a reír o buscar a su padre y exigirle que dejase a su hijo comportarse como lo que era: un niño pequeño.

—Te propongo un trato —le dije, poniéndome de cuclillas a frente a él para estar a su altura—. Si me prometes que mañana terminas la tarea que te falta de hoy, podemos salir ya a pasear por los jardines.

El niño esbozó un sonoro sí y se lanzó encima de mí para darme un abrazo con el que logró desestabilizarme por la sorpresa y ambos terminamos en el suelo. Él sobre mí, riendo a carcajadas. No pude evitar contagiarme por su risa. Y la verdad era que nunca me había reído con tantas ganas.

—Vamos —le dije, ayudándolo a levantarse. Salimos del aula y miré hacia los lados. No recordaba si tenía que dirigirme hacia la derecha o la izquierda—. Llévame hasta la salida —le pedí. Keir agarró mi mano y tiró de mí, prácticamente llevándome por todos los pasillos—. Más despacio, Keir. Que nos vamos a caer.

—Es que eres un poco lenta —se quejó, sin hacerme el menor caso. No, si además me insultaba... Íbamos tan rápido que cuando llegamos al hall, casi nos llevamos por delante a una chica.

—Lo siento, Lorna —me disculpé cuando la reconocí.

—No te preocupes —dijo como una sonrisa.

—Keir está muy entusiasmado por salir afuera —le expliqué.

—¿Vais afuera? —Lorna miró la hora en su reloj de muñeca—. Casi es la hora del almuerzo.

Entonces, se me ocurrió una idea.

—¿Y por qué no hacemos un pícnic?

—¿Pícnic? —repitió Keir, pareciendo confundido por un instante—. ¡Sí, un pícnic! —exclamó con entusiasmo, aunque no estaba muy segura de si me había entendido.

¿Pero qué infancia estaba teniendo ese niño?

—No creo que... —comenzó Lorna, pero fue interrumpida por la aparición de una mujer fornida, que estaría a principios de sus sesenta. Sus ojos marrones nos observaron con una calidez que no estaba acostumbrada a ver en esa casa.

—Hola, muchachito. —La mujer acarició la cabeza de Keir, revolviendo su cabello.

—Ella es Marie, la cocinera que sustituye a Dana, la tía de Robert —me explicó Lorna cuando se dio cuenta de que no sabía a quién se refería.

—La sustituta, esa soy yo —dijo con una sonrisa—. Y tú debes ser la niñera —añadió estirando la mano hacia mí.

Se la estreché.

—Sí, soy Lottie.

—Lottie, es un nombre muy bonito.

No se me pasó desapercibido de que, a diferencia del resto de empleados, ella pasaba del protocolo. Incluso iba ataviada con pantalones de vestir y una camiseta ancha. Aunque llevaba un delantal.

—Gracias. ¿Te importa si hoy Keir y yo nos saltamos el almuerzo?

Ella me miró con confusión.

—Lot... La señorita Walker —se corrigió Lorna, probablemente al darse cuenta de que no estábamos a solas. Aunque dudaba que a Marie le importase lo más mínimo— ha propuesto realizar un pícnic al aire libre con Keir iba a explicarle que no es lo más adecuado porque...

—Un pícnic —repitió Marie, poniendo sus brazos en jarras—. ¡Me parece una idea estupenda! Y por supuesto que no me importa. Ahora mismo os preparó unos sándwiches.

—La señora Morrison no va a estar de acuerdo —advirtió Lorna.

—No es ella quien tiene que tomar esas decisiones. —Marie hizo un gesto con su mano derecha—. Ahora que Lottie está aquí, ella es la encargada de decidir qué actividades debe realizar Keir.

—Pero el señor MacAllister es muy... —comenzó Lorna.

—Keir necesita que le dé la luz de sol —interrumpió Marie, mirando a Keir. Estiró su dedo índice para darle un suave toquecito en la nariz, haciéndolo reír—. Y ya es hora de que alguien se lo haga ver.

Lorna negó con la cabeza, en desacuerdo con las palabras de Marie.

—Si Ian se queja, yo me haré responsable —le dijo Marie a Lorna, en un intento por tranquilizarla.

A pesar de que Lorna asintió, dándose por vencida, pude ver la duda en sus ojos. Aunque

Marie no parecía estar preocupada en absoluto por la reacción de Ian.

—¿Ian? —no pude evitar repetir, sorprendiéndome la familiaridad con la que Marie se dirigía a él. Todos en aquella casa se dirigían a Ian como el señor MacAllister, y cuando yo había intentado llamarlo por su nombre de pila, él mismo me había corregido. En cambio, Marie, a pesar de llevar trabajando poco tiempo, parecía no tener ese problema.

—Sí, Ian —respondió ella, dándose cuenta de la pregunta implícita—. Entre nosotras, eso de llamarlo por su apellido me parece demasiado obsoleto. —Lorna exhaló un suspiro y pude ver por el rabillo del ojo cómo miraba a su alrededor, comprobando que estuviésemos solas—. Estoy sustituyendo a Dana, pero no es la primera vez que trabajo en esta casa. Llevo viviendo toda la vida en Lint y conozco a Ian desde que era un chiquillo. De hecho, en más de una ocasión, le pasé galletas de mantequilla de contrabando —añadió, con una sonrisa nostálgica—. Su madre, Dios la tenga en su gloria, era una mujer muy buena, pero tenía un gran defecto: prohibía los dulces.

—Quiero una galleta —pidió Keir, mirando con ojitos de cachorrito desvalido a la cocinera.

—Y la tendrás —le aseguró Marie, revolviéndole el pelo con cariño—. Acabo de sacar una bandeja del horno.

Keir esbozó una sonrisa, feliz.

Capítulo 6

Keir miraba fijamente la bandeja de las galletas aún humeantes que descansaba sobre la encimera de mármol.

—¿Puedo coger una ya? —le preguntó a Marie, con sus ojos brillando con esperanza.

La mujer, que se encontraba frente a él llenando una cesta de mimbre con alimentos, le sonrió con dulzura.

—Por supuesto, muchachito. Pero ten cuidado, que aún queman.

Keir, con la poca delicadeza que le caracterizaba, metió la mano en la bandeja y agarró una galleta. La soltó inmediatamente a la vez que emitía un sollozo de dolor.

—¡Quema! —se quejó mientras me enseñaba su mano.

Instintivamente, me acerqué a él y soplé los dedos de su mano para aliviarle el dolor. Ni siquiera estaban rojos, por lo que no se había quemado.

—Tienes que tener mas cuidado, Keir —le reñí con dulzura—. ¿Mejor? —le pregunté mientras que besaba suavemente cada una de las yemas de sus dedos, sorprendiéndome a mí misma.

No tenía la menor idea de por qué había hecho aquello. Aunque mi corazón se derritió cuando Keir esbozó una sonrisa, recuperado del susto.

—Sigo queriendo una —insistió, mirando a las galletas, sin atreverse a coger una.

Esbocé una sonrisa. Era imposible, pero muy adorable. ¿Desde cuando los niños me parecían adorables?

Cogí una con cuidado y soplé suavemente, para luego, dársela.

—Se te dan muy bien los niños —me dijo Marie, provocando que desviase mi atención de Keir para fijarla en ella.

La mujer me observaba con la misma dulzura con la que había mirado al niño.

—No estoy muy segura de ello —respondí, cogiendo una galleta para mí y dándole un mordisco—. Madre mía, está buenísima. Me tienes que decir la receta.

—Es una receta común de galletas de mantequilla, pero lleva un ingrediente secreto. —Marie dio un paso hacia mí y bajó la voz, como si no quisiera ser escuchada—. La paciencia.

Me reí. Aquella mujer me caía bien.

—Entonces no me la des, porque no me van a quedar como las tuyas. No soy nada paciente.

—No estoy de acuerdo. —Marie cruzó sus brazos mientras observaba cómo cogía un trapo para limpiarle la cara a Keir—. Creo que eres mucho más paciente de lo que piensas.

Hice una mueca.

La paciencia nunca había sido una de mis virtudes. Lizzie era la paciente de las dos; esa era una de las razones por las que se dedicaba a la enseñanza.

—Necesito ir al baño —dijo Keir, interrumpiendo nuestra conversación. El pequeño juntó sus piernas mientras comenzaba a revolverse, incómodo.

—¿Necesitas que te ayude? —le pregunté, pero este negó con la cabeza. Después, se dio la vuelta y salió por la puerta de la cocina.

—El muchachito te adora.

Ladeé la cabeza para mirar a Marie, arqueando una ceja.

Keir me toleraba, pero tanto como adorar... Al menos, no de momento. Apenas nos conocíamos.

—Es buen niño, es fácil ser paciente con él —reconocí, porque ciertamente cuidarlo estaba siendo más sencillo de lo que esperaba—. Pero su padre... —comencé, aunque me callé al darme cuenta de que apenas conocía a Marie como para hacerle esa confesión. ¿Y si ella corría hacia Ian para contarle que andaba criticándolo por ahí? Podría meterme en problemas.

Ese era otro de mis grandes problemas. A veces, era demasiado bocazas.

Marie exhaló un suspiro. Y, sorprendentemente, pude ver la comprensión reflejada en sus ojos marrones.

—Ian no siempre ha sido así de...

—¿Desesperante? —me aventuré a apuntar cuando Marie hizo una pausa, como si estuviera intentando encontrar la palabra correcta.

Marie soltó una pequeña carcajada, pero negó con la cabeza.

—Taciturno —me corrigió—. Pero, desde el accidente en el que murieron su mujer y su hermano, se ha encerrado en sí mismo.

Sabía que su mujer había fallecido, pero no tenía ni idea de que también había perdido a su hermano. Eso debía haber sido muy duro para él.

No pude evitar llevarme una mano al medallón que colgaba de mi cuello, en el que llevaba una foto mía y de Lizzie, y pensar lo que debió sentir Ian al perder a un hermano.

—¿Fallecieron en el mismo accidente?

—Conducía Iver. Así se llamaba su hermano —me explicó Marie. Ella pronunció las palabras lentamente, tratando de ser cauta, como si no quisiera contarme más de lo debido—. Un conductor ebrio que conducía en dirección contraria los mató.

Tragué saliva. Aquello era una tragedia. Yo no sabía si sería capaz ni de levantarme de la cama si me sucediese algo así.

Pobre Ian...

—¿Hace cuánto tiempo fue?

—Algo más de dos años.

—No lo sabía. Ahora entiendo por qué tantas normas y...

Marie hizo un ademán con la mano, interrumpiéndome.

—En eso ha sido así desde niño. Le gusta el orden y tenerlo todo controlado, pero Keir no es como él. Y tú tampoco.

Suspiré.

—Supongo que por eso le pongo de los nervios.

—No te preocupes. —Marie dio un paso hacia mí y apoyó su mano sobre mi hombro—. Antes o después, se dará cuenta de que un poco de caos es su orden perfecto es justo lo que necesita.

—¿Qué quieres decir?

Marie no llegó a responder, porque Keir apareció por la puerta, exigiendo que saliésemos al exterior. Cogí la cesta de mimbre y, tras despedirnos de Marie, accedí a los deseos del niño.

Comencé a caminar por el sendero de grava mientras observaba los inmensos y meticulosamente cuidados jardines de la casa. El día que había llegado, con la lluvia, no había tenido la oportunidad de admirarlos.

—Los mocasines no son muy cómodos para este tipo de camino —le dije a Keir, que iba andando a mi lado, cuando tuve que sujetarlo de la muñeca para que no se cayera de bruces al suelo al tropezar con una pequeña piedrecita—. Tenemos que comprarte unos playeros. —Me había sorprendido no ver ni un solo par de deportivas entre todos los zapatos del niño—. Y unos pantalones más cómodos.

Keir no me respondió, mirando hacia todos los lados, distraído. Estiró los brazos cuando intentó atrapar una mariposa amarilla y negra que volaba a nuestro alrededor.

—Por Dios, qué hombre más feo —murmuré cuando nos encontramos de frente con una imponente fuente de mármol. Observé la estatua de un hombre, con un brazo extendido hacia el cielo, y el otro sosteniendo una jarra de la que fluía un chorro constante de agua cristalina.

—Papá dice que es nuestro antepasado —me informó Keir, deteniéndose junto a mí—. El que mandó construir los jardines y la casa —habló con orgullo, repitiendo las palabras que su padre le había dicho.

—Pues o era un hombre muy feo o el artista lo odiaba —no pude evitar añadir, mirando la nariz aguileña de la estatua y esa boca fruncida. Además, la pose era un poco ridícula.

Keir se echó a reír.

Avancé un par de pasos hacia la estatua para poder ver leer inscripción grabada en el pedestal.

—Henry MacAllister —leí en voz alta, frunciendo el ceño cuando aquel nombré me sonó vagamente familiar.

¿Dónde lo había escuchado antes?

Entonces, me acordé. Ah, así que ese era el famoso Henry MacAllister del que me había hablado Ian el día en el que nos conocimos.

—¿Crees que como mi mamá él también nos estará viendo? —me preguntó Keir.

Suspiré.

—Espero por su bien y por el mío que no. No creo que le haga mucha gracia que lo llame feo. —No había hecho más que insultar al pobre hombre desde que había llegado a esa casa.

Keir volvió a reírse. Tal vez era una niñera pésima, pero como cómica no tenía precio.

—¿Podemos entrar?

La atención de Keir ya no estaba en la estatua, sino en un punto fijo que él mismo estaba señalando con su dedo índice de su mano derecha hacia nuestra derecha.

Seguí la dirección hacia la que apuntaba con la mirada para encontrarme con la entrada de un laberinto de setos. No lo había visto hasta ese momento. Intrigada, comencé a andar hacia la entrada con Keir siguiéndome, entusiasmado. Un arco de hierro forjado entrelazado con enredaderas florecidas nos daba la bienvenida. Observé las paredes de arbustos altos y densos perfectamente recortados. Me quedé completamente absorta, contemplando la maravillosa obra de arte que tenía ante mí.

—¿Podemos? —repitió Keir, pero, esta vez, tiró de la tela de mis pantalones, buscando llamar mi atención.

Fui a decirle que sí cuando me di cuenta de que aquel debía ser el laberinto sobre el que me habló Ian el día anterior. Él me prohibió categóricamente entrar con Keir.

Debíamos respetar las normas de Ian, pese a que no entendiera la mayoría de ellas.

—No, tu padre lo ha prohibido.

Y además, los laberintos eran mi criptonita. Un lugar dónde era fácil perderse. Y aún así, tenía que reconocer que me sentía atraída por la belleza del lugar y el encanto de lo prohibido.

Keir hizo un mohín y cruzó sus brazos, enfadado por no salirse con la suya.

—¡Quiero entrar! —exclamó, dando un golpe a una piedra con su pie.

—Yo también —reconocí exhalando un suspiro, antes de ser consciente de que lo había dicho en alto.

Keir descruzó sus brazos e inclinó la cabeza hacia un lado, luciendo confundido.

—Entonces, ¿por qué no entramos?

Eso, ¿por qué no entrábamos?

No, no podía volver a desobedecer a Ian. Bastante que no me había echado de patitas a la calle después del bochornoso numerito que había montado con el globito... Aunque la culpa de todo eso era de mi hermana Lizzie, que me había dejado con un marronazo y no era capaz siquiera de dignarse a responder a mis preguntas. Preguntas que no tendría si ella me hubiera explicado bien las cosas.

—Por favor —me pidió Keir, volviendo a tirar de mis pantalones y mirándome con sus bonitos ojos brillantes.

Mierda.

Ese mocoso era demasiado adorable para mi propio bien.

Contemplé la entrada del laberinto mientras me mordía el labio inferior con indecisión. ¿Qué era eso tan peligroso por lo que no podíamos entrar?

Seguramente, no había ninguna razón coherente. Tan solo se trataba de una de la larga lista de normas que Ian MacAllister tenía. La mayor parte de ellas, absurdas.

No pasaría nada porque diésemos un pequeño paseo.

Además, nunca me había gustado que me prohibiesen nada. Y qué narices, tenía mucha curiosidad por ver lo que se ocultaba detrás de los altos muros de arbustos.

—Está bien, entraremos —cedí finalmente, ladeando mi cabeza para centrar mi atención de nuevo en Keir—. Pero tiene que ser nuestro secreto.

Keir esbozó una enorme sonrisa que iluminó toda su cara.

—¡Vale! —exclamó con entusiasmo, dando un pequeño salto a la vez que aplaudía.

—Es muy importante que no se lo digas a nadie —insistí, porque me jugaba el puesto de trabajo. Algo que a mí no me importaba, pero que perjudicaría a Lizzie.

—No lo haré —aseguró Keir, con sus ojos fijos en la entrada, deseoso de entrar dentro.

—¿Promesa de pulgares? —le pregunté, provocando que me mirase, extrañado, sin tener la menor idea de a lo qué me estaba refiriendo.

Ese pequeño estaba teniendo una infancia muy alejada de la que tenían los niños de su edad.

Dejé la cesta de mimbre en el suelo y me puse de cuclillas para estar a su altura. Levanté mi pulgar hacía él.

—Tienes que entrelazar tu pulgar con el mío. —Keir siguió mis instrucciones—. Ahora, tienes que prometer que vas a guardar el secreto.

Keir asintió lentamente con la cabeza.

—Lo prometo, voy a guardar el secreto.

—Yo también —prometí—. La promesa de pulgares es muy importante. No podemos incumplir la promesa.

Keir volvió a asentir con la cabeza. Iba a separar mi dedo del de él, pero Keir me lo impidió.

—¿Me prometes que no me vas a abandonar?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. Pude ver la vulnerabilidad reflejada en los ojos de Keir y no pude evitar que un nudo se formase en mi garganta. Ese pobre niño había sufrido demasiados abandonos en su corta vida.

—Te prometo que voy a cuidar de ti todo el verano. Y haré todo lo posible por estar en contacto contigo cuando ya no sea tu niñera.

No mentía. No pensaba desentenderme de él una vez mi trabajo allí hubiera terminado. Si me hubieran contado hacía dos semanas que estaría trabajando como niñera de un niño de seis años, me hubiera reído. A mí no se me daban bien los niños; para qué mentir, no los soportaba. Pero, en tan solo dos días, Keir se había ganado un hueco en mi corazón.

—Yo también cuidaré de ti.

Esbocé una sonrisa ante sus tiernas palabras.

—Lo voy a necesitar —dije, guiñándole un ojo—. No se lo digas a nadie, pero, a veces, soy un desastre —reconocí, desenlazando su dedo del mío para ponerme de pie.

Keir me miró con seriedad y movió su cabeza con un asentimiento, tomándose en serio su promesa.

—¿Y la cesta? —preguntó Keir cuando avancé un par de pasos por el camino de entrada.

—¿Ves cómo soy un desastre? —Me golpeé la frente con la palma de la mano con suavidad y me di la vuelta para recoger la cesta—. Cuando lleguemos al centro, podemos hacer el *picnic* ahí —propuse.

—¡Vale!

Le hice un gesto a Keir para que me siguiera mientras me adentraba en el laberinto. Por la forma en la que Keir miraba hacia todos los lados, entusiasmado, debía ser la primera vez que se adentraba en él.

—Parece más grande de lo que pensaba —murmuré. El sentido de la orientación nunca había sido lo mío; y no podía utilizar Google Maps para que me echase una mano. Así que, se me ocurrió una idea—. ¡Keir! —llamé la atención del niño, que ladeó su cabeza hacia mí—. Para no perdernos iremos dejando un camino de migas —le expliqué a la vez que abría la cesta de mimbre que sostenía en mi mano derecha. Saqué un trozo de pan y lo partí, dándole la mitad a Keir.

A este le pareció un plan divertido. Y a mí me pareció la estrategia perfecta.

Avanzamos con cautela, eligiendo al azar cada una de las bifurcaciones del camino. La mayoría, sin salida, por lo que tuvimos que dar la vuelta. Aunque mientras lo hacíamos, nos íbamos encontrando con pequeños tesoros, como una ardilla que se escabullía al vernos, flores silvestres que se asomaba entre los setos o pájaros volando encima de nuestras cabezas.

Keir correteaba, feliz, señalando cada bifurcación con alegría. A esas alturas, yo ya debería haber sido consciente del diseño y ser capaz de llegar al centro, pero no tenía la menor idea. Por eso seguía dejando migas de pan, para poder regresar cuando nos cansásemos de dar vueltas.

—Tengo hambre —dijo Keir al cabo de un rato.

—Quizá deberíamos regresar. —Ya nos habíamos gastado todos los trozos de pan que Marie nos había metido en la cesta y, a no ser que el centro del laberinto apareciese por arte de magia delante de nosotros, dudaba que lo encontrásemos—. Haremos el *picnic* en los jardines. —Iba a ser lo mejor—. Toma, bebe un poco de agua. —Me detuve para sacar una botella de agua y dársela. Keir cogió la botella y se sentó en el suelo, agotado.

—¿No vamos hasta el centro? —preguntó después de beberse la mitad de la botella.

—Otro día. Se está haciendo tarde y ya deberíamos haber comido.

¿Cuánto tiempo llevaríamos dando vueltas? ¿Una hora? ¿Tal vez dos? Iba a sacar mi móvil para comprobarlo cuando un gruñido provocó que mirase frente a mí.

Unos ariscos ojos color marrón me miraban fijamente. En esta ocasión, no me dejé engañar por la belleza del perro que se encontraba a unos pasos de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Max.

El perro me contempló durante unos instantes, y después, se dio la vuelta, desapareciendo de mi vista. Miré el matorral que se encontraba frente a mí, esperando que Max volviera a aparecer, pero no había ni rastro de él.

—¿Adónde ha ido?

—¿Quién? —inquirió Keir.

—Max, ¿no lo has visto?

Keir frunció el ceño, luciendo confundido. Después, negó con la cabeza.

¿Habría sido un espejismo? ¿Me estaba volviendo loca?

—Sí, señorita Walker, su falta de cordura es el único motivo coherente que le encuentro a su comportamiento —me respondió una profunda voz masculina.

Por lo visto, había formulado la última pregunta en voz alta.

Ian MacAllister se encontraba a unos pasos de nosotros. A su lado, su perro Max. El animal alzó el hocico, mirándome con altivez.

Ese maldito chucho chivato.

—Los chivatos caen mal —farfullé, mirando al perro. Lo dije en voz muy baja, pero Keir me escuchó y se rio.

—Nadie se ha chivado, señorita Walker —replicó Ian, demostrando que, o era el dueño de un oído supersónico, o no había hablado tan bajo como creía. —Keir me enseñó su pulgar como si quisiese recordarme que él no incumpliría su promesa—. Es hora de la clase de violín de mi hijo. El profesor está esperando en el aula de estudio.

—¿Y cómo sabías que estábamos aquí?

—Max es bueno rastreando —dijo Ian como única explicación.

—Lo que yo decía, es un chivato.

El perro me gruñó, en desacuerdo con mis palabras. No podía importarme menos. Le miré y le enseñé los dientes, tal y como estaba haciendo él conmigo. El animal cerró la boca y sus ojos se estrecharon, de la misma manera que los de su dueño en ese mismo instante.

—Papá, ¿podemos ir al centro para hacer el *pícnico*? —preguntó Keir con esperanza, acercándose a Ian.

El ceño fruncido de Ian se suavizó al mirar a su hijo.

—¿Un *pícnico*? —repitió las palabras de Keir, pero su atención estaba fija en mí.

—Hace un buen día. Y me ha parecido buena idea que almorzásemos al aire libre.

Ian alzó su mano derecha para comprobar la hora en su Rolex.

—¿Son las tres y aún no has almorzado? —Aunque, de nuevo, la pregunta parecía que iba dirigida hacia Keir, sabía que iba para mí.

—No hemos sido capaces de encontrar el centro, pero tú puedes llevarnos, papá.

Ian entrecerró los ojos a la vez que negaba con la cabeza.

—No deberíais estar aquí. Hay una plaga de pulgones que los exterminadores aún no han logrado erradicar.

¡Por Dios, qué asco!

—No hemos visto ningún pulgón —dije, aterrorizada—. ¿Por eso estaba prohibido entrar al laberinto?

—Por eso y porque utilizan productos nocivos para la salud. —En cuanto escuché sus palabras, me puse la mano en la boca—. Por suerte, hace una semana que no vienen los exterminadores y no regresan hasta mañana.

Bajé la mano, aliviada.

—Yo creí que... —No terminé la frase, porque, en realidad, no tenía la menor idea de lo que había pensado. Por supuesto que Ian tendría una buena razón para prohibirlo. Pero, como siempre, esa parte de mí que se rebelaba antes las normas no había querido verlo. Eso y que no había podido resistirme a los ojos de cachorrito de Keir.

—Lo siento, no deberíamos haber entrado —me disculpé al darme cuenta de que había cometido un error.

—No, no deberías haberlo hecho —concordó Ian con severidad—. Ha sido una irresponsabilidad. Sobre todo, porque es evidente que si Max no os llega a encontrar, estaríais dando vueltas el resto del día.

—No, papá —intervino Keir—. Lottie tiene una estrategia para saber el camino de regreso. Ianladeó su cabeza hacia mí.

—¿Y cuál es esa estrategia? —Ignoré el tono mordaz de sus palabras.

—He dejado un rastro de migas de pan, solo tenemos que seguirlas.

Ian me miró, con los ojos abiertos como platos. Unos segundos después, los cerró para volver a abrirlos. Negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara. Era como si estuviese convenciéndose a sí mismo de que estaba soñando. O, más bien, de que estaba teniendo una pesadilla.

—Señorita Walker, ¿está segura de que ha cuidado niños antes? —preguntó, provocando que tragase saliva con fuerza.

¿Me había pillado? En honor a la verdad, tampoco se lo había puesto muy difícil. No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que no tenía ni la menor idea de cuidar niños. Aun así, moriría batallando. Lo haría por Lizzie.

—Por supuesto que sí.

—¿Y nunca les ha contado cuentos populares? —Fruncí el ceño, sin entender adónde quería llegar—. ¿Conoce el cuento de *Hansel y Gretel*?

—Por supuesto que lo conozco. Todo el mundo lo hace.

—Usted no —replicó Ian con desdén.

—Ya le digo yo a usted que sí —dije, poniendo los brazos en jarras en actitud combativa. No me gustaba la soberbia con la que se estaba dirigiendo a mí. Con esa superioridad que parecía caracterizar a Ian MacAllister—. Los hermanos que se pierden en el bosque y llegan hasta una casita de chocolate. Todo el mundo conoce a *Hansel y Gretel*.

—Chocolate, quiero chocolate —pidió Keir, quedándose con la parte de mi respuesta que le interesó. Tampoco me extrañó, porque el pobre debía estar muerto de hambre. Me sentí mal por él, porque había sido mi culpa, por no calcular bien el tiempo.

—¿Y no recuerda por qué se pierden? —insistió Ian, ignorando a Keir.

—Porque son muy pequeños y no hay un adulto con ellos. Por eso, Keir —miré al pequeño—, nunca debes alejarte del adulto que esté contigo. Y tampoco hablar con desconocidos, aunque te ofrezcan dulces.

Me sentí orgullosa de mí misma. No solo le había demostrado a Ian MacAllister que no podía ridiculizarme, tal y como pretendía, sino que le había dado la vuelta a la situación para enseñarle una lección a Keir. Una que le ayudaría a Ian en la educación del pequeño.

Ian entrecerró los ojos con lo que identifiqué como desesperación.

—Señorita Walker, me está haciendo perder la paciencia —farfulló con los dientes apretados, tan bajito que apenas pude escucharlo—. ¿Es esa su intención?

¿Y ahora qué había hecho mal? No entendía a ese hombre.

—No, claro que no. Y no entiendo por qué cree eso.

Ian se acarició la sien.

—¿Dónde está el camino de migas? —preguntó, cambiando de tema.

Miré a mi alrededor en busca de las migas que habíamos dejado durante nuestro camino. Me di la vuelta y comencé a caminar, reproduciendo a la inversa nuestros últimos pasos.

Me pasé una mano por mi cabello rubio, confundida.

—Qué raro —murmuré—. Juraría que había echado migas aquí.

¿Quizá me había equivocado? Durante nuestro último parte del recorrido estaba tan confundida que, tal vez, se me había olvidado seguir tirando trozos de pan. Sin embargo, estaba bastante segura de que no era así.

¿Pero entonces cómo explicaba que no viese ni una sola miga de pan en el suelo?

No fue hasta que vi a un pequeño pájaro, con su pelaje de color rojizo, comerse unas migas que aún quedaban en el suelo a unos pasos de mí, que entendí lo que había pasado.

Maldita sea. ¿Cómo no había pensado en los pájaros antes? Por supuesto que ellos se comerían las migas de pan.

Mi plan perfecto había terminado siendo un fracaso.

Me di la vuelta para ver a Ian, observándome con una ceja arqueada y un gesto de suficiencia en su perfecto rostro.

—Es su culpa —le acusé, porque no hay mejor defensa que un ataque; sobre todo, cuando acabas de volver a hacer el más soberano de los ridículos.

—¿Le gustaría explicarme por qué es mi culpa?

Eso, ¿por qué era su culpa? Como no tenía una respuesta adecuada, dije la primera estupidez que se me ocurrió:

—Si los pájaros que habitan en su propiedad estuviesen mejor alimentados, no se verían obligados a robar.

—¿A robar? —repitió Ian, estupefacto.

—Si...

—Déjelo —espetó Ian, haciendo un ademán con su mano, impidiendo que pudiese seguir hablando. Algo que agradecí, porque alguien tenía que callarme, y años de experiencia me habían dado la certeza de que no lo haría yo por mi cuenta—. Regresemos a la mansión para que puedas almorzar en la cocina —añadió, mirando a su hijo.

—Pero yo quiero hacer un *pícnic* —insistió Keir, ceñudo.

—Tu papá tiene razón, Keir —intervine, tratando de reconducir la situación, aunque sabía que lo más inteligente por mi parte hubiera sido mantenerme callada. Pero eso era algo imposible para mí—. Es peligroso estar aquí hasta que los exterminadores erradiquen la plaga. —Keir asintió, dándose por vencido, pero la tristeza en sus ojos me dio una pista de cuál era el verdadero problema. Miré a Ian—. La cesta está llena de comida que se va a desperdiciar si no se usa. ¿Por qué no realizáis un *pícnic* juntos en los jardines? —propuse.

—Keir tiene su clase de violín. Y yo, una videoconferencia importante —respondió Ian en tono cortante.

Sin embargo, yo no me di por vencida.

—La clase se puede cambiar de día. Y no hay nada más importante que pasar tiempo con su hijo.

La cara de Ian mudó a ira. Sus ojos verdes brillaron con una tormenta apenas controlada que amenazaba con arrasarlo todo a su paso.

—Regresemos ahora —ordenó con tal severidad, que ni Keir ni yo nos atrevimos a contradecirlo.

En silencio, caminamos los tres junto a Max por el laberinto. En menos de cinco minutos estábamos en la entrada. Parecía tan fácil el camino y, no obstante, yo había sido incapaz de encontrarlo.

Continuamos andando hasta llegar a la entrada de la casa. Cuando cruzamos el hall, Ian le dijo a Keir que fuera a la cocina a que Marie le preparara el almuerzo. Y no sé si fue porque el niño era lo suficientemente perceptivo como para saber que la paciencia de su padre pendía de un

hilo o porque estaba realmente hambriento, pero prácticamente corrió por el pasillo, obedeciendo la orden a la primera. En cuanto Keir desapareció, Ian me pidió que lo siguiera hasta su despacho, que se encontraba en la primera planta.

En cuanto llegamos, abrió la puerta y entró sin esperar a que yo lo hiciera primero. No, si mucha mansión, muchas normas y mucho apellido MacAllister, pero, a veces, la educación de ese hombre brillaba por su ausencia... No fue una sorpresa para mí que Max me empujase para entrar delante de mí. Ese perro imitaba a su dueño en todo. Incluso parecía estar también furioso conmigo.

La estancia era enorme, aunque lo que más llamó mi atención fue el gran escritorio de madera maciza colocado en el centro tras el que Ian se sentó, en una silla de cuero negra. Max se tumbó al lado de Ian, encima de una alfombra gris que, probablemente, estaba allí para la comodidad del perro.

—Entre y cierre la puerta —me ordenó Ian al ver que seguía quieta, al lado de la puerta.

No queriendo tensar más el ambiente de lo que ya estaba, seguí sus órdenes. Sin saber qué hacer, avancé unos pasos por la estancia. Esperé a que Ian hablara, pero cuando continuó manteniéndose en silencio, centré mi atención en la enorme estantería de madera que cubría la pared detrás del escritorio. No solo había libros en ella, sino diferentes objetos de decoración; como un globo terráqueo antiguo, una lupa de latón y varias figurillas de bronce. Lo que no vi fue ningún marco de fotos con Keir o su esposa, como tampoco lo encontré encima del escritorio, en el que solo había un portátil con la tapa cerrada.

—¿Por qué está encendida la chimenea? No hace frío —dije, como una forma de romper el incómodo e insostenible silencio que se había formado entre nosotros, a la vez que señalaba la chimenea que ocupaba la pared lateral.

Ian me miró durante unos instantes con los ojos entrecerrados, como si estuviera preguntándose si estaba hablando en serio o no.

—Es decorativa, señorita Walker —terminó musitando en un tono bajo.

Seguía enfadado, y era obvio que se estaba intentando controlar, aunque le costaba horrores. Iba a despedirme y no podía decir que no me lo mereciese. No obstante, no terminaba de entender cuál había sido la razón que le había hecho explotar.

Lo del laberinto no había sido para tanto, tan solo se trataba de un pequeño malentendido.

—Siéntese —ordenó, apuntando con su cabeza una de las dos sillas que se encontraban frente a su escritorio.

—Si no le molesta, prefiero quedarme de pie o sentarme ahí —respondí, señalando uno de los dos sillones de cuero negro frente a una pequeña mesa de cristal que se hallaba en una esquina de la estancia. Desde ellos, se podía admirar un amplio ventanal que tenía una vista privilegiada de los jardines.

Ian inspiró profundamente.

—Señorita Walker, si no desea que la expulse de mi casa en este mismo instante, le aconsejo que se siente en la silla. Mi paciencia pende de un hilo en este instante.

No era el primero que me acusaba de poner en jaque su paciencia. Hice de tripas corazón para seguir sus órdenes. No era por llevarle la contraria, pero no me gustaba sentarme al otro lado del escritorio.

Por razones que no comprendía, me ponía muy nerviosa. Y ese era uno de los motivos por los que todas las entrevistas serias que tenía acababan tan mal; porque terminaba diciendo o haciendo alguna idiotez.

Con resignación, me senté en una de las sillas y entrelacé mis dedos entre sí. Ian me miró

fijamente, esperando a que yo comenzase a hablar. Pero sabía que él no esperaba que dijese cualquier cosa, estaba esperando una en concreto. Y también sabía que, si me equivocaba con mis palabras, me echaría de una patada.

Tragué saliva por esa sensación de incomodidad que se instaló en mi estómago. Ian siguió mirándome fijamente, sin inmutarse por mi desasosiego. Sabía lo que estaba haciendo. Él me estaba dejando claro quién mandaba allí, quién tenía el poder.

—Sé que espera una disculpa de mi parte —dije al fin.

—¿Y no me la va a dar? —preguntó cuando no añadí nada más.

—Ya me he disculpado por entrar en el laberinto con Keir. No creo que deba volver a hacerlo.

—Señorita Walker, mi hijo le ha cogido cariño, puedo ver eso. Y por ello, puedo pasar sus impertinencias, y que cometa algún error —hizo una pausa—, más que algún error —se corrigió inmediatamente, teniendo la necesidad de recalcarlo—, pero lo que no le voy a permitir es que me diga cómo debo educar a mi hijo.

—Yo no he hecho eso —me defendí—. Solo creo que es demasiado estricto con él. Un niño necesita jugar y...

—Un niño necesita disciplina —me interrumpió con voz queda—. Y una buena educación académica. Los idiomas y aprender a tocar un instrumento son habilidades importantes para su desarrollo cognitivo. Al igual que unos rígidos horarios. Pensaba que estaba de acuerdo conmigo en ello.

Quizá mi hermana lo estaba, o solo se lo dijo para lograr el empleo, pero yo no lo estaba. En absoluto.

—Lo que Keir necesita es a su padre. Estamos de vacaciones. Las vacaciones son para jugar y para pasar tiempo con la familia.

Vi cómo una vena en su sien palpitaba peligrosamente.

—Keir tiene a su padre, señorita Walker. Estoy trabajando desde casa para estar con él.

—Tal vez estén compartiendo casa, pero usted no está pasando tiempo con él. Solo hay que ver cómo le mira cuando le ve, él anhela...

—¡Suficiente! —Ian golpeó la mesa con la palma de su mano, provocando que me sobresaltase.

Max se incorporó, sentándose, y sus orejas se erizaron. Aunque parecía más dispuesto a morderme a mí que a tomar alguna represalia contra su dueño por asustarle.

—No le permito que me diga cómo debo comportarme con mi hijo. Keir es mi prioridad. Y no voy a permitir que insinué lo contrario.

—Yo no...

Ian, ni siquiera me permitió terminar mi réplica.

—Sí, lo ha hecho.

Tenía razón, lo había hecho.

—Solo lleva dos días aquí y ya se cree con derecho de opinar sobre algo de lo que no sabe nada. Usted no nos conoce a mi hijo ni a mí, no pretenda hacerme creer que lo hace.

Ian parecía dolido. No, no lo parecía, lo estaba. Sus ojos no brillaban con ira, sino con el más absoluto y profundo dolor. No por mis palabras, sino por algo más devastador. Entonces, lo comprendí. Fue como una revelación. Entendí su comportamiento.

Su mujer había fallecido dejándole solo con un niño pequeño. No solo estaba lidiando con su muerte, sino también con la de su hermano. Él lo estaba haciendo lo mejor que podía o sabía, y yo iba dando lecciones de aquello que no tenía la menor idea.

—Tiene razón, me he extralimitado. —Evité nombrar a su mujer fallecida. Él no me lo había contado y yo no debía sacar el tema—. Tiene todos los motivos para echarme, pero le juro que mis intenciones son buenas. Aunque puede que apenas conozca a Keir, quiero lo mejor para él.

—Si quiere lo mejor para él, lo que debe de hacer es limitarse a seguir mis órdenes. Está aquí para cuidar a Keir y para asegurarse de que cumple con su horario de estudios. No vuelva a tomarse libertades.

Tragué saliva. Ese hombre tenía un don: el don de lograr que pasase de sentir lástima por él a ira. Una ira abrasadora.

—Señor MacAllister —comencé, intentando controlar la furia, aunque fallando estrepitosamente. Pero él no pareció darse cuenta, o le dio lo mismo.

—Hemos terminado. Regrese a continuar con su trabajo.

Fui a responderle, pero él había levantado la tapa del portátil y estaba tecleando algo en él. No solo no me miraba, sino que se había olvidado de que estaba allí.

No, no se había olvidado. Simplemente había dejado claro su punto y se había deshecho de mí.

Quería agarrar el portátil y tirarlo al suelo para que me prestase atención. Pero aquello no sería ni maduro ni cívico de mi parte. Dos cualidades, que, por otro lado, apenas poseía. Así que, ¿qué me impedía hacerlo?

Estuve a punto de cantarles las cuarenta a ese presuntuoso cuando sentí el medallón sobre mi piel. El medallón en el que llevaba la foto mía y de mi hermana. No podía hacerle eso a Lizzie, no podía fallarla. Ella había hecho tanto por mí...

Agarré el medallón con mi mano derecha y lo apreté con mi palma contra mí, como si aquel gesto me diera la calma que necesitaba.

Bajé mi mano, soltando el medallón, y me levanté lentamente de la silla.

Por Lizzie, tenía que hacerlo por ella.

—Que pase una buena tarde, señor MacAllister.

Ian no se molestó en despedirse de mí. Y yo respiré hondo mientras me dirigía hacia la puerta, convenciéndome a mí misma de que estaba haciendo lo correcto agachando la cabeza.

Mi hermana siempre decía que cuando una persona era descortés contigo, tú debías contrarrestarlo con educación y cortesía. Y eso era la que estaba haciendo.

Giré del pomo y abrí la puerta. Cuando estaba fuera, la cerré con tanta fuerza que escucharon el sonido desde el otro lado del planeta.

Lo hice completamente consciente. Porque, a fin de cuenta, podía estar haciéndome pasar por Lizzie, pero yo no era ella.

Yo nunca agachaba la cabeza. Por lo menos, no sin tener la última palabra. O el último portazo en este caso.

Capítulo 7

—Pareces cansada. —Una voz de masculina me sorprendió mientras me encontraba sentada en una de las cómodas sillas del patio trasero de la casa.

Ladeé la cabeza para ver a Robert.

—No lo parezco, lo estoy —respondí con una sonrisa.

—Te compadezco, cuidar de un niño tiene que ser agotador —Robert ocupó una de las sillas que se encontraba a mi lado—. Yo creo que no valdría para ello.

—Yo pensaba lo mismo, pero lo que es realmente agotador es aguantar al padre.

Robert se rio, con una risa despreocupada, como de aquel que no tenía ningún problema en el mundo. Pero yo sabía que no era así. Nunca lo era. Todos teníamos problemas, solo que algunos decidían tomarse la vida con calma y preocuparse solo por aquello que era verdaderamente importante, y ese parecía ser el caso de Robert.

Robert miró de un lado para otro, como para asegurarse de que nadie nos escuchaba. A pesar de no ver a nadie, bajó la voz para pronunciar las siguientes palabras:

—Es el primer año que trabajo aquí, pero mi tía lleva años trabajando para el señor MacAllister —no me pasó desapercibido el retintín con el que pronunció las últimas palabras, como si Robert tampoco comprendiera esa absurda manía de Ian de tener que dirigirse a él como si fuese el rey de Inglaterra—, por lo que ya había escuchado que su carácter no era el mejor. Pero me paga muy bien por encargarme de realizar pequeños encargos y el mantenimiento de la casa.

Observé las estrellas del cielo. Aunque eran pasadas las diez y la oscuridad reinaba, el cielo despejado y la luz tenue de una farola, lograban que el lugar estuviese bastante iluminado. Sin embargo, no lo suficiente como para perder la magia que otorgaba la noche.

—¿Solo estás aquí por dinero? —pregunté, ladeando la cabeza para mirarlo.

—Ese es el motivo principal, sí —contestó, encogiéndose de hombros—. Vivo con mis padres en Edimburgo, y en septiembre comienzo mi último año de universidad.

—Y te apetece independizarte antes de que empieces tu vida laboral.

—En realidad, mi idea es usar el dinero para alquilarles una habitación a mis padres en un piso de estudiantes. Ya son mayorcitos, ya va siendo hora de que se independicen.

Solté una carcajada. Hacía tiempo que no me reía de esa manera.

—No te rías —se quejó Robert, inclinándose hacia mí para golpear suavemente mi hombro con falsa indignación—. Estoy bastante cansado de tener que compartir casa con ellos. ¿Te puedes creer que mi madre se cree con el derecho de plancharme la ropa y hacerme la comida?

—¡Qué vergüenza! ¡¿Cómo se atreve?! —

—¿Verdad? Eso es justo lo mismo que pienso yo —respondió, riéndose—. ¿Tú también tienes unos padres a los que quieres echar de casa?

Mi sonrisa se esfumó en cuanto escuché aquella pregunta.

—No —contesté con voz queda.

Con un padre que falleció cuando Lizzie y yo éramos unas niñas y una madre ausente, para la que parecía que tenernos a Lizzie y a mí no era más que una responsabilidad con la que tenía que cargar cada día, hablar de mis progenitores era un tema que prefería evitar.

Porque, aunque siempre decía con orgullo que la única familia que necesitaba era a mi hermana Lizzie, cuando veía a personas como Robert, que tenían unos padres que le querían y

formaban la familia que había anhelado durante tantos años en mi infancia, todo aquel dolor enterrado en el fondo de mi cabeza regresaba; aunque fuera en una dosis más pequeña que cuando era una niña.

—Entonces, ¿cuál es tu excusa para pasarte todo el verano trabajando? —inquirió Robert, cambiando de tema, al darse cuenta de mi incomodidad.

—Un engaño —contesté, y él me miró con curiosidad. Y esa era toda la verdad que iba a decirle—. Ya sabes, me ofrecieron un verano de en sueño en las Highlands, rodeada de maravillosos paisajes y de lagos que quitan el aliento, pero, al final, estoy encerrada en una mansión con gárgolas en el tejado.

Robert se rio.

—¿Tú libras el domingo, verdad?

—Sí, durante todo el día. Aunque no sé quién se encarga de cuidar a Keir.

¿Tal vez era el día que Ian y el niño tenían para pasarlo juntos? Aunque, por alguna razón, pese a que tan solo llevaba unos pocos días allí, por las interacciones que había visto entre padre e hijo, lo dudaba mucho.

—Alguien lo hará —me dijo Robert despreocupadamente—. Los domingos son mi día libre también. El anterior di un paseo por el pueblo, pero he de decir que es un lugar bastante aburrido. Si quieres, podemos hacer una ruta en coche y conocer las Highlands.

—¿No las conoces? —pregunté, extrañada, ya que me había contado que vivía en Edimburgo.

—Algo. He estado en el lago Ness, Inverness, y he visitado algún castillo, pero aunque he nacido en Edimburgo, no las he visitado demasiado. Supongo que nunca he tenido con quién hacerlo.

—La verdad, es que me encantaría.

Robert sonrió de oreja a oreja, como un niño al que le acababan de ofrecer un caramelo.

—Eso sería genial —respondió con entusiasmo—. Visitar los paisajes de las Highlands al lado de una chica guapa y simpática, ¿qué más puedo pedir? —Entrecerré los ojos ante él alago, pero no dije nada—. Aunque este fin de semana no puedo. Me he pedido el sábado libre porque se casa un amigo de la familia y voy a asistir a su boda, pero el domingo que viene podemos organizar algo.

—Si no te importa volver a ir al lago Ness, la verdad que me encantaría conocerlo.

Ese era uno de los viajes que tenía pendiente con Lizzie. Esperaba poder volver a repetirlo con ella.

—Claro que no.

Una ráfaga de aire fresco me golpeó, provocando que frotara mis brazos desnudos. A pesar de estar a principios de julio, el tiempo era inestable. Nada extraño, por otra parte.

—Te ofrecería mi jersey, pero no llevo. Aunque puedo quitarme la camiseta si quieres.

Robert agarró el borde de su camiseta e hizo un amago de quitársela.

—No, gracias, no hace falta —dije, riéndome—. Eres imposible. —Robert me guiñó un ojo y yo negué con la cabeza—. Quizá debería entrar dentro —comenté, aunque la verdad era que no me apetecía—. Tampoco creo que logre dormirme aún. —Pese a que debería, ya que al día siguiente me levantaba temprano.

—Si quieres, podemos ir a la casa en la que me estoy alojando. Para seguir hablando refugiados del frío —añadió con rapidez, por si había malinterpretado su ofrecimiento. Aunque no era eso lo que había llamado mi atención.

—¿No te hospedas en la mansión?

—Sí, pero lo hago en una pequeña construcción de piedra de una habitación que hay al otro lado del camino —dijo, señalando hacia el lugar, pero solo veía oscuridad—. Está dentro de la propiedad. Y es dónde se queda mi tía. El señor MacAllister me lo ofreció, y lo prefiero, me da más intimidad. Y así le cuido la casa a mi tía mientras ella no está.

—No lo sabía.

Aunque, también yo... ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Entonces, qué me dices? —preguntó a la vez que se levantaba y me ofrecía la mano para ayudarme a levantarme.

La acepté y me puse de pie.

El aire fresco volvió a golpear mi piel. Esta vez, fue cruel con mis mejillas.

Iba a rechazar su oferta. Porque aunque su petición era inocente, no quería complicar las cosas. Era evidente que Robert estaba ligando conmigo, y a mí no me importaba que lo hiciese. Era un joven atractivo y divertido.

Quizá, en cualquier otra ocasión, le hubiera dicho que sí. Pero Robert no era un desconocido que había conocido en un *pub* al que, si las cosas terminaban mal entre nosotros, no tendría que volver a ver si no quería. A pesar de que no trabajábamos juntos, íbamos a coincidir a menudo, y no quería complicar las cosas. Mejor no buscarme más problemas de los que ya tenía.

—Creo que...

—Buenas noches. —La profunda voz de Ian interrumpió mi excusa.

Ian MacAllister se encontraba frente a nosotros con el ceño fruncido. Se había cambiado, ya no iba ataviado con el traje de tres piezas color verde que llevaba hacía unas horas cuando había salido de su despacho, sino una camisa blanca de lino y unos pantalones de tela de color azul. También se había puesto de nuevo las gafas, que, muy a mi pesar, le hacían aún más atractivo.

Aunque dudaba que algo le quedara mal a ese hombre.

—Buenas noches, señor MacAllister —le saludó Robert, que a pesar de esbozar una sonrisa, pude notar que se tensaba con la presencia de Ian.

Sin embargo, fiel a sus modales, Ian no le devolvió el saludo. Sus ojos miraban a un punto fijo mientras sus labios yacían apretados, formando una fina línea. Seguí con la mirada la dirección de los ojos de Ian para darme cuenta de que observaban mi mano derecha. No lo entendí, hasta que me di cuenta de que mi mano aún sujetaba la de Robert. Fueron nuestras manos unidas lo que había llamado la atención de Ian.

Mi primer instinto fue soltarme del agarre de Robert, pero no lo hice porque no estábamos haciendo nada malo. Sin embargo, tampoco tenía sentido que siguiese sosteniéndole la mano a Robert como si fuéramos una pareja de enamorados. Porque eso haría que Ian pensase que estaba tratando de normalizar una relación con Robert que no existía.

Maldita sea, me encontraba en una encrucijada.

—¿En qué encrucijada? —preguntó Ian, que aún seguía apretando los dientes, como si estuviese molesto por algo, pero no sabía por qué. Quizá, mi tan sola presencia le molestaba. Después de la discusión que habíamos mantenido en su despacho, no me sorprendería.

Resolviendo mi problema, o uno de ellos, Robert soltó mi mano, como si él también acabase de darse cuenta de que aún me la estaba sujetando.

—Nada, cosas mías.

Qué manía tenía de expresar en voz alta mis pensamientos.

—No, no son cosas tuyas —me corrigió Ian—. No está en una encrucijada, pero sí en problemas.

Suspiré.

—Señor MacAllister, sé que no debí irme de su despacho dando un portazo, pero, en honor a la verdad, usted fue un grosero.

Por el rabillo del ojo vi cómo Robert se mordía el labio inferior para no echarse a reír.

—Robert, déjanos solos —ordenó Ian con ese desdén que le caracterizaba y que no me gustó.

Robert me miró y asentí. Este no parecía muy seguro, pero se marchó.

—Podría despedirla en este mismo instante —dijo Ian en cuanto Robert se alejó de nosotros, adentrándose en la oscuridad.

Ahogué un suspiro.

—¿Si va a despedirme por qué ha esperado hasta la noche? ¿Por qué no lo ha hecho esta tarde?

No es que tuviese mucha importancia, pero estaba intentando ganar tiempo. No podía permitir que me despidiese. No por mí, sino por Lizzie. Pero, la realidad era que no había mucho que pudiese hacer.

—Ha incumplido el contrato, señorita Walker. —Aunque su tono de voz era bajo, se destilaba algo parecido a la furia en él.

—¿Hay una cláusula en la que dice que no puedo dar portazos? —pregunté, intentando hacer un chiste para rebajar la tensión. Por la forma en la que apretó aún más la mandíbula y las aletas de su nariz se ancharon, conseguí el efecto contrario al que buscaba.

—No, pero sí existe una cláusula por la que usted no puede mantener relaciones con otros de mis empleados.

Me quedé de piedra.

—¿De qué está hablando?

—¿No leyó el contrato?

Evidentemente, no lo había hecho, como tampoco lo había firmado; sin embargo, esa no era la cuestión.

—¿Sus gafas no están graduadas? —pregunté, con el sarcasmo inundando mis palabras a la vez que cruzaba mis brazos.

Ian entrecerró los ojos.

—Están perfectamente graduadas, señorita Walker.

—Entonces, tiene una mente muy sucia, señor MacAllister. ¿Cómo íbamos a estar manteniendo relaciones sexuales si ambos llevábamos la ropa puesta?

Ianladeó la cabeza, de esa manera muy suya que su hijo imitaba a veces.

—No se haga la graciosa conmigo. Es evidente que, si no llego a interrumpirlos, habría acompañado a Robert a su habitación.

¿Cuánto tiempo de nuestra conversación había estado escuchando?

—No sabía que era vidente.

—No tolero...

—No —le corté, haciendo un ademán con la mano y dando un par de pasos para acercarme más a él. Quería que me escuchase alto y claro. Podía ser mi jefe y tener la sartén por el mango, pero había cosas que no iba a aguantar—, la que no va a tolerar que le hable de esa manera soy yo. No estaba haciendo nada malo, y no tiene ningún derecho a insinuar lo contrario.

Me importaba un pepino la cláusula esa que había firmado Lizzie, eso no le daba el derecho a inmiscuirse de esa manera en mi vida y tomarse el atrevimiento de decirme lo que hubiera pasado o no en el caso de que él no hubiera aparecido. Si quería irme con Robert a su habitación y acostarme con él, era mi problema, no el de Ian.

—Señorita Walker...

—Señor MacAllister —volví a interrumpirle, sin importarme que pudiese estar jugándome mi despido—, espero que nuestra conversación haya resuelto sus dudas —dije, a pesar de que no le había dado ninguna explicación de mi interacción con Robert, y no pensaba dársela. Había límites que no estaba dispuesta a dejar que Ian traspasara—, y Robert no sufra ninguna consecuencia.

Ian chasqueó la lengua a la vez que negaba con la cabeza.

—Es una ingenua, señorita Walker. En el contrato de Robert no hay ninguna cláusula de ese estilo. Solo en el suyo. Es la niñera de mi hijo, su atención debe estar solo en él. ¿Es qué no se da cuenta? Robert ha puesto su empleo en peligro, sin importarle lo más mínimo Y usted sigue defendiéndolo.

—Él solo estaba siendo amable conmigo.

—¿Cree que me chupo el dedo? —Abrí los ojos al escuchar aquellas palabras. No por las palabras en sí, sino por escucharlas en boca de Ian. Él no solía expresarse de esa manera tan coloquial; al menos, conmigo—. Quiere acostarse con usted.

Ian parecía furioso. Una ira que parecía ir más allá del hecho de haber roto una simple cláusula de la que ni siquiera tenía existencia —algo que, realmente, no había hecho—. Casi parecía como si me estuviera montando un numerito. Un numerito más propio de un novio celoso que de un jefe enfadado.

—¿Y a usted que le importa si así fuera? —espeté. Me parecía absurdo no poder tutearle; más aún en un momento como ese, pero no le dije nada, porque aquel era el menor de mis problemas en ese momento—. Si no fuera porque es mi jefe, pensaría que está usted celoso.

—¿Celoso yo? ¿De usted? —repitió, señalándose a sí mismo y después a mí, como si fuese la mayor de las locuras que él pudiese sentir celos por mí, como si alguien como él no pudiera fijarse en mí. Lo que me resultó un poco ofensivo, porque, ¿por qué no? ¿Qué tenía yo de malo? —. ¡Qué disparate está diciendo!

Me pasé una mano por la cara con cansancio. A pesar de que no pensaba admitirlo en voz alta, Ian tenía razón.

Y como no quería seguir diciendo estupideces y que aquella conversación terminara en una discusión que acabase en mi despido, decidí que era mejor retirarme.

—Es tarde y mañana tengo que madrugar —comencé—. Si no le importa, señor MacAllister, podemos seguir con esta conversación mañana. —Aunque la realidad era que prefería no volver a sacarla nunca más. —Si me disculpa, me retiro. —Me despedí de la forma más cordial que pude, dándole la vuelta y dirigiéndome hacia el interior de la vivienda sin esperar una respuesta por parte de Ian.

Pensaba que me había salido con la mía cuando escuché su voz:

—Señorita Walker, no hemos terminado de hablar.

Me detuve con resignación y fui a darme la vuelta hacia él cuando me tropecé con algo y casi caí de bruces al suelo, sino fuera porque una mano me agarró con firmeza del codo, impidiéndolo.

—Qué narices... —mascullé, mirando hacia mis pies, para ver al causante de mi casi caída al lado de mis chanclas rosas: un ganso de peluche de color azul. ¿Cómo había llegado hasta allí? Juraría que cuando había llegado al patio trasero no estaba allí.

—Es el juguete favorito de Max —me explicó Ian—. Es raro que se lo haya dejado tirado aquí. Él es muy cuidadoso con sus cosas.

Por las pocas interacciones que había tenido con ese perro, podía haberlo dejado allí con la

intención de que me rompiera una pierna.

—¿Está bien? —me preguntó Ian.

Pero yo no le respondí, porque había alzado la mirada y mis ojos se habían encontrado con los suyos. Ian esbozó una sonrisa; la primera que había visto en él desde que nos habíamos conocido, y que hizo que un pequeño hoyuelo apareciera en su mejilla derecha.

Sería una mentirosa si decía que Ian MacAllister no era un hombre muy atractivo. Pero aquel hoyuelo, que se acentuó con cada palabra que pronunciaba cuando volvió a preguntarme si me encontraba bien, le hacía más humano, más real.

Y, sin poder evitarlo, estiré el brazo que él no sujetaba y acaricié la piel en la que se formaba su hoyuelo con la yema de mi dedo. Ian arqueó las cejas con confusión, pero, sorprendentemente, no me apartó.

Tampoco lo hizo cuando recorrí con mi dedo el borde de su mandíbula hasta que fui consciente de lo que estaba haciendo y bajé la mano, avergonzada.

—Tienes un hoyuelo —dije como única explicación, aunque él no me la hubiese pedido. Al menos, no verbalmente—. No pega en su rostro, pero a la vez lo hace —continué, porque, al parecer, no sabía cuándo quedarme callada—. Sus facciones son tan duras, tan serias, tan... —hice una pausa, tratando de buscar la palabra correcta— perfectas. Le hacen parecer inaccesible, pero ese hoyuelo le hace más humano. Es como si sobrase, como si rompiese la armonía de su rostro, pero, a la vez, es la mejor parte de él.

Ian me observó en silencio. Su rostro permaneció impassible, sin darme ni una sola pista de qué era lo que estaba pensando en aquel instante, pero sus ojos verdes se oscurecieron.

—Cuando creo que no puede sorprenderme más, me demuestra lo equivocado que estoy —susurró, afianzando el agarre que todavía tenía en mí. Estiró la mano con la que no me estaba sosteniendo para agarrar un mechón rubio de mi cabello y sostenerlo entre sus dedos.

—¿Y eso es algo malo?

—Lo es —reconoció mientras que tiraba de mi codo para acercarme más a él. Ahora podía sentir su aliento mentolado acariciar la piel de mis mejillas. La mirada de Ian bajó hasta mis labios—. Malo y peligroso —añadió con voz ronca mientras su boca se acercaba a la mía.

No comprendía cómo habíamos pasado de discutir a estar a punto de besarnos. Porque eso era lo que iba a pasar, y yo no iba a hacer nada para impedirlo. Porque, en esos momentos, lo único en lo que podía pensar, lo único que anhelaba, era en sentir los labios de Ian contra los míos.

Los labios de Ian rozaron los míos, pero cuando me estaba preparando para recibir el que se presagiaba como un beso difícil de olvidar, Ian se alejó bruscamente de mí.

—No me jodas —masculló.

De un momento a otro, toda la conexión que se había formado entre nosotros se evaporó, como si nunca hubiera sentido. Ian se pasó las manos por el cabello con desesperación y me miró como si hubiera estado a punto de cometer el mayor error de su vida.

Y yo no entendía nada.

Ni lo entendía a él ni me entendía a mí misma.

—Solo iba a ser un beso, no íbamos a llegar tan lejos —bromeé, porque cuando estaba nerviosa, decía tonterías como esa.

Ian entrecerró los ojos al escucharme. Se enderezó y estiró sus manos, observándome con una expresión seria y los labios apretados.

—No juegue conmigo, señorita Walker. No soy un hombre que permita que le manipulen —espetó, a la vez que comenzó a caminar hacia el interior de la casa.

¿Qué le estaba manipulando? ¿Jugando con él? Pero si había sido él quien había estado a punto de besarme.

Quería gritarle eso y mil cosas más, pero lo único que dije fue:

—Creo que ahora ya podemos tutearnos.

Ian no se molestó ni en darse la vuelta para responderme, aunque tampoco era como si lo hubiese esperado.

Era mejor así.

Capítulo 8

Un rayo golpeó cerca del cristal de la ventana de mi habitación, sobresaltándome, aunque no me despertó, porque a pesar de ser pasada la medianoche, no había logrado quedarme dormida.

No podía hacerlo cuando estaba tan enfadada con mi hermana. Nunca había sentido esa desesperación. Ahora comprendía cómo le había hecho sentir en muchas ocasiones. Si era su manera de devolvérmela, la verdad era que lo estaba consiguiendo. Pero sabía que eso no era así, ya que Lizzie no se comportaría de una manera tan infantil.

En honor a la verdad, ya no sabía qué pensar.

Volví a mirar mi móvil, que se encontraba en mi mano derecha. Encendí la pantalla por, si por alguna razón, se me había pasado desapercibida la llegada de un mensaje, pero no había sido así.

Había vuelto a dejarme en leído, algo que se había convertido en una costumbre en los últimos tres días.

Era cierto que había dado señales de vida, enviándome dos mensajes de voz: uno en el que me aseguraba que estaba feliz de la decisión que había tomado y que Boston era una ciudad maravillosa. Y el segundo, en el que me daba las gracias por lo que estaba haciendo por ella, y de nuevo, prometía llamarme pronto. Algo que no había hecho.

Su voz era más alegre de lo que nunca le había escuchado, y eso me hacía feliz, de verdad que lo hacía, pero necesitaba hablar por teléfono con ella, o por lo menos, que respondiese a mis dudas.

Pero Lizzie no parecía dispuesta hacerlo, y aquella aptitud por su parte me estaba desesperando. Tampoco ayudaba que en los últimos tres días tan solo hubiera visto a Ian MacAllister a lo lejos, ya que él parecía estar evitándome. Aunque quién podía culparlo. Habíamos estado a punto de cruzar una línea roja. Una línea iluminada con luces de neón. Y ni yo misma comprendía cómo había deseado que él la cruzase. Ahora que habían pasado unos días, no podía dejar de reprochármelo.

Era mi jefe, y ni siquiera lo soportaba, ¿cómo había podido dejar que casi me besara?

Suspiré y apoyé mi cabeza en el cabecero de la cama mientras la tormenta se desataba en todo su esplendor en el exterior. No iba a lograr dormir, así que me levanté de la cama.

Tal vez podría leer un libro. Había guardado las tres últimas novelas que había comprado en una librería en Londres en la maleta antes de emprender el viaje hacia las Highlands. Leer era uno de mis pasatiempos favoritos.

Dejé el móvil encima de la mesita y me acerqué a la ventana para descorrer las cortinas. Las gotas de agua golpeaban con fuerza los cristales mientras los relámpagos continuaban iluminando el cielo. Estaba acostumbrada a las tormentas, ya que no era raro en Londres, pero tenía que reconocer que en las Highlands eran más feroces, más salvajes. Como un recordatorio de que nos encontrábamos en medio de la naturaleza. En una tierra que había sido habitada en el pasado por implacables guerreros.

Dejé que mi imaginación volara libre, fantaseando con las historias que se escondían en esas vastas tierras. Era mejor que seguir pensando en mi hermana o en Ian MacAllister.

El sonido de unos nudillos tocando la puerta me sobresaltaron. Me giré para mirar la puerta, preguntándome quién podría estar a esas horas al otro lado.

Por un instante, pensé que, tal vez, se trataba de Ian. Que, tal vez, había decidido dejar de ignorarme y quería tener una conversación sobre lo que casi había ocurrido la otra noche. Sin embargo, en cuanto escuché mi nombre al otro lado, me di cuenta de que no era Ian.

Y no estaba preparada para reconocer la decepción que me invadió.

—¿Lottie? —me llamó Keir con su voz infantil.

Aquello me sorprendió, ya que era la primera vez que se despertaba en mitad de la noche y me buscaba.

No me pude evitar que la preocupación se apoderase de mí. Corrí los pocos metros que me separaban de la puerta y la abrí.

El niño estaba en el pasillo. Estaba a oscuras, por lo que apenas podía verle la cara. Encendí la luz de la habitación y le invité a pasar.

Llevaba un conjunto de pijama de cuadros negros y amarillos y unas pantuflas negras. Y aunque era una vestimenta a mi parecer más de un adulto que la de un niño, la verdad era que estaba adorable.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —contestó Keir. A pesar de que su respuesta fue contundente, pude ver un brillo extraño en sus ojos.

—¿Necesitas algo?

Keir se encogió de hombros.

—Me aburro.

Suspiré.

—Keir, deberías estar durmiendo. Es tarde. Venga, vamos a tu habitación. —Fui a sostener su mano para acompañarlo, pero Keir se zafó de mi agarre.

—¡No quiero! —exclamó, cruzando sus brazos y negándose a moverse un solo milímetro—. Quiero quedarme aquí, contigo.

No era el primer berrinche que Keir me hacía, y de alguna manera, estaba aprendiendo a ser más paciente con él. Al fin y al cabo, tan solo era un niño. Pero no podía dejar que se saliera con la suya.

—Keir, no me lo pongas difícil. Mañana podemos jugar; ahora, tienes que acostarte.

Con suavidad, traté de agarrar su codo para descruzar sus brazos y volver a intentar guiarlo hasta su habitación, pero, de nuevo, Keir se resistió, retrocediendo un paso para alejarse de mí.

—No tengo sueño. No quiero dormir —dijo con tozudez.

Cansada del comportamiento de Keir, estaba a punto de utilizar la fuerza y rodear sus caderas con mis brazos para cargarlo como si fuera un saco de patatas y llevarlo a su habitación, cuando resonó un trueno y Keir se sobresaltó. El cuerpo del niño tembló, y cuando sus ojos se dirigieron con miedo hacia la ventana de mi dormitorio, donde la lluvia caía a raudales afuera, lo entendí. Aquello era más que un berrinche: Keir no podía dormir porque tenía miedo de la tormenta.

—¿No te gusta la lluvia? —le pregunté—. ¿Es eso?

—¡No! Soy mayor, no me da miedo la tormenta —dijo, aunque pude ver cómo sus ojos se dilataban con el terror cuando un relámpago iluminó el cielo.

Por supuesto que no iba a reconocer que tenía miedo de las tormentas. Keir era bastante orgulloso; en eso, se parecía a mí.

Me acerqué hasta la ventana y corrí la cortina. Si no podía ver la tormenta, se calmaría antes. Aunque esa solución tenía un corto recorrido, porque en cuanto un rayo cayó con fuerza cerca de la casa, el pequeño dio un brinco. Incluso pude ver cómo tragaba saliva con nerviosismo.

y sus ojos se humedecían.

Se recompuso con rapidez. Él estaba tratando de ser valiente, pero era solo un niño que estaba pidiendo ayuda a gritos. Y yo la adulta que tenía que darle la ayuda que necesitaba sin herir su orgullo.

Sin embargo, no tenía la menor idea de cómo podía hacerlo. Entonces, se me ocurrió algo. Un viejo truco al que nos gustaba jugar a mi hermana y a mí todas esas largas noches en las que nuestra madre nos dejaba solas.

—¿Quieres jugar a un juego? —le pregunté.

Keir me miró con interés.

—¿A qué juego?

—Dame unos segundos.

Afortunadamente, siempre tenía la manía de llevarme todo tipo de cosas innecesarias allá adónde iba. Lizzie me solía echar la bronca porque decía que no sabía hacer una maleta. Incluso en mi bolso, ya que siempre tenía que llevar un bolso grande que pesaba más de dos kilos.

Porque puede que nunca hubiera utilizado la mayor parte de las cosas que llevaba, pero nunca se sabía.

Abrí la maleta que guardaba debajo de la cama y rebusqué entre mi ropa, ya que no había desempacado más que las cosas necesarias. Hasta que, al final, encontré lo que buscaba: mi vieja linterna.

Encontré con la mirada una superficie vacía en la habitación y me coloqué frente a la única pared que no estaba cubierta de muebles. Dejé la linterna en el suelo, esperando que siguiera funcionando. Afortunadamente, así fue cuando apreté el botón.

Me senté en el suelo y di unas palmaditas a mi lado para que Keir me acompañara.

—Vamos, Keir.

Él se sentó a mi lado.

—¿Te gustan las adivinanzas?

—¿Hay qué pensar mucho?

Suspiré. A veces, tenía la sensación de que, cuando no le interesaba algo, Keir era de la ley del mínimo esfuerzo. Aunque mientras lo distrajera durante un rato hasta que la tormenta terminase, o al menos, se suavizara, me servía.

—Te va a gustar.

Giré las manos, con las palmas hacia mi dirección, y puse la una sobre la otra, cruzándolas. Después, entrelacé mis dedos pulgares. Me aseguré que la sombra se viera con claridad sobre la pared y comencé a mover las manos, imitando las alas de un ave en movimiento.

—¿Qué es? —le pregunté a Keir.

Keir miró hacia la pared, con el ceño fruncido.

—No sé... Es muy difícil.

—Te voy a dar una pista: es un animal.

Keir mordió su labio inferior.

—¡Ya lo sé! —Sonreí, satisfecha—. Es un perro.

¿Un perro? ¿Cómo iba a ser un perro?

—Es un pájaro, Keir.

Keir me miró, confundido.

—No, eso no es un pájaro —replicó, señalando la sombra que se proyectaba en la pared.

—Claro que es un pájaro.

—¿Y el pico? No tiene pico.

En eso tenía que darle la razón. Ahora que lo pensaba, no le había hecho pico.

—Pero le he hecho alas. ¿No ves las alas en movimiento?

Keir negó con la cabeza.

—No tiene pico —dijo con cabezonería—. No es un pájaro, es un perro.

—¿Pero cómo va a ser un perro?

Bajé las manos. Alcé mi brazo derecho y doblé el codo, de manera que mi mano quedó mirando hacia el techo. Flexioné mi dedo meñique y el anular hacia abajo, apuntando hacia delante. Puse el dedo medio sobre el índice y lo arqueé, para intentar representar el ojo del perro. Metí mi dedo pulgar en el aro formado por el índice. Llevé la palma de mi mano izquierda hasta el costado de mi antebrazo derecho, y extendí el dedo índice y el del medio mientras que dejaba el pulgar quedando detrás del antebrazo derecho, formando la cola del perro.

—¿Ves? —dije con orgullo—. Esto es un perro.

Keir miró la pared, y después, a mí.

—Eso no es un perro.

—Claro que es un perro. —Observé la pared, intentando defender mi argumento, pero me di cuenta de que la sombra que se proyectaba en la pared poco tenía que ver con un perro ni con cualquier otro animal—. Bueno, puede que esta no haya sido mi mejor creación —reconocí, bajando las manos—. ¿Quieres probar a hacer otra tú?

—No.

Podía ver que Keir se estaba aburriendo de nuevo. No queriendo que su atención regresase a la tormenta, probé otra estrategia. Cogí la linterna y la apunté hacia mi cara.

—Entonces, podemos jugar a los monstruos.

—¿A los monstruos?

—Sí, a los monstruos de las cosquillas —respondí, poniendo voz terrorífica, o lo que yo creía que lo era. Con la linterna en la mano, me abalancé hacia Keir para hacerle cosquillas. El niño comenzó a moverse, tratando de liberarse de mí, pero entre risas.

—¡Para! —chilló. Lo solté solo un poco, para que lograra liberarse de mi agarre, algo que hizo con rapidez.

Se puso de pie y yo también me levanté. Empezó a correr por la habitación y yo le perseguí, alumbrándolo con la linterna.

—¡Soy el monstruo de las cosquillas! —le grité mientras ambos corríamos en círculos—. ¡Te voy a atrapar!

—¡No, soy más rápido que tú!

—¿Qué está pasando? —Una profunda voz masculina provocó que ambos nos detuviésemos. Ladeé la cabeza, iluminando con la linterna la cara de Ian. Entonces, me di cuenta de que nunca habíamos cerrado la puerta.

Mierda. Él no parecía feliz. Aunque su comportamiento era extraño; incluso para él. Sus ojos parpadeaban constantemente y se colocó una mano en la frente. ¿Tan enfadado estaba que se tapaba para que Keir no se diese cuenta?

Quizá habíamos montado un poco de escándalo, pero no era para tanto.

—No hay razón para que se enfade, solo...

—Señorita Walker, ¿quiere dejar de iluminarme con la linterna? Me está dejando ciego.

¿Así que esa era la razón por la que se estaba comportando tan raro? Tenía sentido.

—Claro que tiene sentido —espetó, demostrando que había vuelto a expresar uno de mis pensamientos en alto—. ¿Puede apagarla, o por lo menos, dejar de iluminarme con ella?

—Claro —respondí, bajando la linterna para que iluminase el suelo.

Ian pulsó el interruptor de la pared, encendiendo la luz. Ese fue el turno de Keir y mío de ponernos una mano en la cara.

—¿Es usted el que quiere dejarnos ciegos ahora? —me quejé a la vez que apagaba la linterna e intentaba acostumbrarme a la luz.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ian se adentraba en la habitación, acercándose hasta mi mesilla de noche. Encendió la lámpara y apagó la luz.

—¿Mejor? —preguntó, mirándonos.

—Sí —respondimos Keir y yo al unísono.

—¿Qué estabais haciendo?

No sabía cómo contestar a esa pregunta delante de Keir. No quería hacerle sentirse mal revelando su miedo a las tormentas, pero alguna explicación tenía que darle a su padre.

—He sido yo quien ha venido a la habitación de Lottie —dijo Keir, ahorrándome el trabajo de pensar una excusa convincente—. Estaba aburrido y ella ha jugado conmigo para entretenerme. Es una buena niñera.

Bajé la cabeza para contemplar al pequeño. Él estaba con su cuello estirado para poder mirar a su padre a la cara. Sus hombros echados hacia delante en actitud combativa, dispuesto a defenderme de cualquier ataque.

Por Dios, no se podía ser más mono que ese niño. Tuve que tragar saliva para no emocionarme. Me agaché y le di un beso en la mejilla como agradecimiento. Keir me miró y sonrió. Le di un toquecito en la nariz.

—Y tú eres un niño estupendo.

Me erguí para ver cómo Ian observaba nuestra interacción. Si tenía algún reproche o pensaba pedir alguna explicación más, no lo hizo.

—Vamos, te acompaño a la cama. Es tarde —le dijo a Keir, haciendo un gesto con su cabeza, a la vez que se acercaba a la puerta y esperaba a su hijo en el umbral.

—No quiero —replicó el niño, cruzando sus brazos frente a él.

Ian miró a su hijo con severidad.

—Keir, no te lo voy a repetir.

Keir suspiró, y pareció que sabía que no tenía ninguna oportunidad contra su padre, por lo que comenzó a dar pasos cortos y lentos hacia él. Parecía un preso camino de su ejecución. A mitad del camino, se detuvo y giró su cabeza para observarme.

—¿Vienes? —me preguntó. Aunque más que una pregunta, era una súplica; una a la que no podía negarme. Sobre todo, cuando estiró su brazo, esperando que yo apretase su mano.

—Claro —respondí, sin atreverme a mirar a Ian y dando unos pasos para coger la mano del pequeño.

Este apretó su mano contra la mía cuando un nuevo rayo nos sorprendió.

—Vamos, es tarde —insistió Ian.

Ian asintió con la barbilla, dándome su beneplácito. Aunque no lo necesitaba. Hubiera acompañado al pequeño con el permiso de Ian o sin él. Para mi sorpresa, me estaba comportando como una mamá gallina con su polluelo. ¡Quién lo iba a decir!

Salimos de mi habitación y nos dirigimos a la de Keir. El pequeño iba sujetando mi mano, pero cuando entramos en su cuarto, la soltó. Él solo se metió en la cama, pero Ian lo arropó.

La luz quitamiedos estaba encendida, proporcionando una luz tenue que iluminaba suavemente la habitación.

—Que duermas bien —se despidió Ian.

Keir entrecerró los ojos; debía estar agotado. Ian fue a darse la vuelta, pero Keir estiró su

mano y agarró la muñeca de su padre.

—Papá, no te vayas. —La súplica en la voz del pequeño derritió mi corazón.

Ian se sentó en el borde de la cama.

—No me voy a ir a ningún lado. Duerme tranquilo.

—¿Seguro? —cuestionó Keir, como si no se creyera las palabras de su padre—. ¿Mañana vas a estar aquí? —A pesar de que la pregunta iba formulada para Ian, Keir no le dio tiempo a responder—. Prométeme que mañana vas a estar —le pidió con desesperación.

Una desesperación que no comprendí, y una que Ian también debió notar, porque estiró su mano para peinar el flequillo de Keir.

—Claro que sí, Keir. ¿Por qué no iba a estar?

—Porque la noche que mamá ya no regresó me despertó una tormenta.

Entonces, lo comprendí. Entendí por qué Keir no podía dormir. Él no le tenía miedo a la tormenta. Él estaba aterrorizado de perder a su padre.

—Nunca me voy a ir, Keir. Siempre estaré a tu lado.

Ian se inclinó hacia Keir y le dio un beso en la mejilla con una dulzura que nunca había visto en él.

—Mamá también me prometió que siempre estaría conmigo.

Escuché cómo Ian tragaba saliva. Se quedó en silencio unos segundos, probablemente, buscando las palabras adecuadas para tranquilizar a su hijo.

—Y ella quería estarlo, pero tu madre era una persona muy bondadosa y desinteresada. Y en el cielo, la necesitaban.

—¿Y si a ti también te necesitan en el cielo? —preguntó Keir con temor—. ¿También te vas a ir? ¿Me vas a dejar solo?

—Yo no soy como mamá —Ian pronunció las palabras lentamente, y me di cuenta de que estaba tratando de ganar tiempo para poder pensar cómo contestar a su hijo—. A mí no me van a dejar ni entrar. Así que voy a estar a tu lado durante muchos años.

Aquella respuesta pareció convencer a Keir, que bostezó sonoramente mientras cerraba los ojos.

Su padre le acarició la mejilla con el dedo.

—Duerme tranquilo. Mañana estaré aquí —le susurró Ian con dulzura, y en unos segundos, la respiración del niño se acompasó. Se había quedado dormido.

Ian se levantó, se dio la vuelta y me miró, como si fuera consciente por primera vez que me encontraba en esa habitación, como si se hubiera olvidado de mi presencia. No podía culparlo. Yo sobraba completamente allí, pero, a la vez, sentía como si ese fuese mi lugar en el mundo, tan absurdo como pudiese sonar.

Él caminó hacia la puerta y me hizo un gesto para que pasara primero. Después, cerró la puerta con cuidado de no despertar a Keir.

—Señorita Walker, ¿quiere acompañarme a mi despacho? —Enarqué una ceja. Aquella petición era extraña, ya que debían ser cerca de la una de la madrugada. No eran horas para sermones de jefe—. Necesito un whisky —añadió, como si hubiera leído mis pensamientos.

Me estaba invitando a tomar una copa con él. O por lo menos, lo estaba dejando implícito. Probablemente, no era la mejor idea. No, viendo cómo habían terminado las pocas interacciones que Ian y yo habíamos mantenido hasta ahora, era la peor idea del mundo. Especialmente, la última, en la que habíamos estado a punto de besarnos.

Pero, a esas alturas de mi vida, había aceptado que tomar malas decisiones formaba parte de mi identidad. Y además, al día siguiente era domingo, por lo que no tenía que madrugar ni cuidar

del niño.

—Vale —contesté.

Pude ver cómo Ian alzaba ligeramente las cejas, como si aquella respuesta no hubiera sido la que él había esperado. Pero después, me hizo un gesto con la mano para que le acompañara y se dio la vuelta. Le seguí hasta su despacho.

Esta vez, él me dejó entrar primero. Max estaba tumbado encima de la alfombra y levantó la cabeza, despertándose. Su primera reacción, como no, fue gruñirme mientras se levantaba y me miraba amenazadoramente.

—Maximilian, no —le riñó Ian. Para mi sorpresa, el perro dejó de gruñir, aunque continuó observándome con los ojos entrecerrados, como si yo fuera una amenaza. Ian debió de percibirlo también, porque dijo: —Vamos, sal fuera. —Aunque sus palabras fueron suaves, era una orden.

Escuché que Max hacía un sonido similar a un quejido, pero con pasos lentos y seguros, se dirigió hacia la puerta. Me aparté para dejarlo pasar y él ladeó la cabeza, lanzándome una mirada de advertencia. ¿El perro me estaba amenazando?

Lo que me faltaba ya por ver.

—¿Se llama Maximilian? —pregunté en cuanto Ian cerró la puerta.

—No le puse yo el nombre —dijo Ian como única respuesta. Tampoco había sido Keir, de eso estaba segura, pero aunque tenía curiosidad, preferí no insistir, ya que él no parecía muy dispuesto a decir nada más.

Me señaló los sillones de cuero negro que se hallaban a una esquina de la estancia frente a la pequeña mesa baja de cristal. Me senté mientras él se dirigía hacia mueble bar.

—¿Cuántos hielos quiere en el whisky, señorita Walker?

Miré mis piernas cubiertas por un pantalón de pijama con estampado de aguacates a conjunto con mi camiseta de manga corta. Me había olvidado que estaba en pijama. Ian, en cambio, lucía tan impecable como siempre. Llevaba una camisa color caqui y unos pantalones de traje color gris perla.

Debería verme como un completo desastre en comparación con él. Alcé mi mano derecha con la intención de peinar mi cabello y lucir un poco más presentable cuando me di cuenta de que por qué debería importarme. ¿Qué más me daba lo que él pensara, no?

—Llámame Lottie —dije cuando Ian carraspeó, a la espera de una respuesta por mi parte. Estaba cansada de no poder tutearnos—, y no me gusta el whisky, preferiría una cerveza.

—No es apropiado que la llame por su nombre.

Qué idiotez. Íbamos a compartir unas copas pero no podíamos tutearnos.

—Yo pienso llamarte Ian.

Él emitió un sonoro suspiro.

—No sé por qué intento razonar contigo si te vas a salir con la tuya —masculó.

—No lo intentes, entonces. A veces, hay que saber cuándo rendirse.

Ian resopló, pero no replicó mis palabras, lo que me tomé como un triunfo.

Tras unos minutos se sentó en la butaca que se encontraba frente a mí entregándome una cerveza y con su vaso de whisky en su mano.

El silencio se apoderó de la estancia mientras ambos dábamos sorbos a nuestras bebidas.

—Te debo una disculpa —comenzó, sorprendiéndome. Lo que menos me esperaba de su parte era que se disculpase conmigo.

—¿Por qué?

Ian se desabrochó un botón de la camisa, como si le apretase demasiado.

—El otro día en el patio. Actué mal y lo siento.

—¿Te refieres a cuando casi me besaste? ¿O cuándo te marchaste sin despedirte?

Ian suspiró a la vez que se inclinaba hacia delante y dejaba el vaso de whisky sobre la mesa.

—¿Es necesario que seas siempre tan directa? ¿No te han dicho nunca que no debes decir todo lo que se te pasa por la cabeza?

—A tu primera pregunta mi respuesta es sí. No veo la necesidad de dar rodeos. La vida sería más sencilla si las personas fuésemos más directas. Y a la segunda, me lo han dicho muchas veces.

Ian hizo una mueca.

—He sido testigo de ello.

—¿Y te molesta?

—Me parece un rasgo de tu carácter bastante...

—Molesto —terminé la frase por él, ya que era pensamiento generalizado. Lizzie también lo detestaba, pero con los años, había terminado acostumbrándose a ello. De hecho, ahora le hacía hasta gracia.

—Refrescante —me corrigió Ian, arqueando una ceja—. Hay pocas personas como tú. La sinceridad hoy en día escasea.

En eso tenía razón. En el mundo en el que vivimos, donde las apariencias lo son todo, es difícil encontrarte con personas honestas y transparentes; personas sin filtros y con intenciones genuinas. Yo era así.

Sin embargo, no pude evitar sentirme un poco culpable al escuchar las palabras de Ian. Porque, en cierta manera, yo no estaba siendo del todo sincera con él y con Keir. Y nunca podría serlo.

Porque decir la verdad sería traicionar a Lizzie. Y eso era algo que no podía hacer.

—¿Me habrías despedido si llegamos a besarnos? —pregunté, provocando que Ian ladease la cabeza—. Por la cláusula.

Ian arqueó una ceja y movió las comisuras de sus labios en lo que interpreté como un atisbo de sonrisa.

—No puede pasar nada entre nosotros —dijo, poniéndose serio—. Eres la primera niñera desde la muerte de su madre que hace reír a mi hijo. En poco tiempo, él te ha cogido mucho cariño.

—Yo también a él —reconocí con una sonrisa bobalicona. Porque, desde el primer instante, y para mi sorpresa, Keir se había convertido en una debilidad para mí—. Es un niño muy especial

—Lo es —confirmó Ian con el orgullo brillando en sus ojos.

Ian MacAllister podía parecer frío e indiferente, y diferíamos mucho en métodos a la hora de educar y criar a un niño, pero si algo me demostró en esos momentos, fue que adoraba a su hijo.

Estiré mis piernas mientras me acomodaba en el sofá en el que ambos estábamos sentados.

—Siento la muerte de tu esposa. —Pensé en darle el pésame por el fallecimiento de su hermano, pero decidí no hacerlo, ya que no era él quien me lo había contado.

Ian se tensó al escuchar mi pésame. Con expresión pétrea, movió su cabeza en un asentimiento. No era un tema del que le gustaba hablar y podía entenderlo.

—Lottie —Ian le dio un último sorbo a su whisky, terminándose—, es importante que entiendas que lo del otro día fue un error. Somos jefe y empleada y eso es todo lo que debemos ser.

Suspiré y dejé la lata que aún sostenía en mi mano y de la que apenas había bebido sobre la

mesita de cristal que se encontraba frente a nosotros.

—Lo sé, fue un error. —Aunque estaba segura de mis palabras, de alguna manera, se sintieron incorrectas cuando se deslizaron por mi lengua—. Esas cosas que pasan. Somos dos personas adultas. Y las personas adultas, a veces, se atraen. —Hice una pequeña pausa, esperando que Ian continuase hablando, pero cuando no lo hizo, tuve la necesidad de seguir. Aun cuando ni siquiera sabía qué decir—. Y encima, era de noche, y por la noche se cometen más errores. Es verdad que no habíamos bebido. No como ahora. Bueno, en realidad, tú has bebido más que yo, que apenas he tocado mi cerveza. Y tampoco es como si ahora fuésemos a cometer ningún error, porque ambos... —Me detuve a la vez que mordía mi labio inferior—. ¿No vas a decirme que pare?

Cuando me ponía nerviosa, divagaba y decía cosas sin sentido. Normalmente, la persona o personas que se encontraban conmigo se apiadaban de mí y me interrumpían antes de llegar a hacer el ridículo. Sin embargo, Ian se limitó a observarme con una expresión imperturbable, pero el brillo de diversión en sus ojos lo delató.

¿Se estaba entreteniéndome a mi costa?

—Mañana es tu día libre, ¿qué tienes planeado hacer? —me preguntó, cambiando de tema.

—Marie me ha invitado a ir con ella y con Keir al pueblo —respondí, recordando la conversación que tuve ayer con Marie al mediodía—. Aún no he decidido qué hacer.

—Marie no va a cuidar mañana de Keir.

—¿Ha pasado algo?

Ian dejó el vaso de whisky vacío sobre la mesa y, después, clavó su mirada en mí.

—¿Quieres venir al lago Ness con nosotros?

—¿Al lago Ness? ¿Con Keir y contigo?

Ian movió su cabeza en un asentimiento.

Claro, también, ¿con quién iba a ser? A veces tenía cada pregunta...

Lo último que me esperaba por parte de Ian MacAllister era una invitación a pasar un día entero con él y Keir. Y menos aún, a un lugar que tenía muchas ganas de conocer. Entonces, recordé algo.

—¿Esto tiene algo que ver con que me escucharas decirle a Robert que quería ir al lago Ness? —pregunté, incapaz de guardarme aquel pensamiento para mí misma. Porque sí, era una auténtica chorrada y, seguramente, poco tenía que ver conmigo, pero había una parte de mí que deseaba que fuera así. Aún tan incoherente como pudiera sonar después de la conversación que acabábamos de mantener Ian y yo sobre nosotros.

Ian entrecerró los ojos y mordió su labio inferior, como si no pudiera creerse la pregunta que acababa de formularle.

—No, Lottie —contestó—. Mañana va a hacer buen tiempo. Y Keir lleva tiempo queriendo ir a buscar al monstruo del lago Ness. He pensado que quizás querías aprovechar y conocer el lago.

Sin poder evitarlo, esboqué una gran sonrisa.

—Has decidido pasar más tiempo con tu hijo, como yo te sugerí.

Era un pecado vanagloriarse de los triunfos. Era una suerte que no fuese católica.

Ian resopló, pero pude entrever una sonrisa escondida en sus labios.

—¿No puedes simplemente aceptar o denegar mi propuesta?

—Sí, si puedo.

—¿Y?

Me lamí el labio inferior.

—No seas impaciente, estoy batallando una lucha interna.

Ian negó con la cabeza, como si ya nada de lo referente a mí le sorprendiese.

—Debería rechazar tu propuesta y dejar que paséis un bonito día padre e hijo. Pero, por otra parte, me gustaría ir. El lago Ness es uno de esos lugares que siempre he querido visitar. Es egoísta por mi parte, y debería hacer lo correcto. —En realidad, había una razón más. Una que hacía equilibrar la balanza. Sin embargo, no me atreví a confesárselo a Ian; ni siquiera era capaz de reconocérmelo a mí misma.

Ian arqueó una ceja.

—Por lo poco que te conozco, no me pareces de ese tipo de personas que hacen siempre lo correcto.

Ian no se equivocaba. Si fuese una persona responsable y razonable, jamás hubiera aceptado aquella propuesta; no cuando el principal motivo por el que quería aceptarla tenía nombre y apellido, y en esos momentos, se encontraba frente a mí.

—¿A qué hora salimos?

Capítulo 9

—¡Quiero montar en el barco! —chilló Keir, señalando con su dedo índice el embarcadero, a lo lejos, frente al lago Ness, donde un grupo pequeño de personas esperaban la llegada del barco.

—E iremos —le prometí mientras me ajustaba mis gafas de sol—, pero no llega hasta dentro de cuarenta minutos. Podemos aprovechar para visitar las ruinas del Castillo de Urquat.

—Eso es aburrido —se quejó, cruzando sus brazos y mirando levemente las ruinas.

—No lo es. ¿No te apetece pisar las mismas piedras que pisaron hombres y mujeres hace varios siglos?

Keir fijó su atención en mí e inclinó su cabeza hacia un lado, como si no entendiera mi pregunta.

—No.

No fue la respuesta de Keir lo que me sorprendió, sino la carcajada genuina que soltó Ian. Era la primera vez que le escuchaba reírse, y aquello provocó que una sonrisa inconsciente se formara en mis labios.

Esa mañana estaba especialmente relajado. Ni siquiera el trayecto en coche hasta allí en el que Keir y yo habíamos cantado canciones de viaje a viva voz, ni obligarlo a parar cada media hora para ir al baño o tomar un tentempié, había logrado enturbiar su paz.

—Pues a mí sí que me apetece —le dije a la vez que le revolvía el pelo pelirrojo—. Casi no hay gente esperando. Todos están aprovechando para visitar las ruinas. Además, seguro que hay un montón de niños con los que puedes jugar.

Keir ladeó la cabeza hacia las ruinas y arrugó la nariz.

—No quiero jugar con ninguno —replicó, pero comenzó a descender por el camino que nos llevaba hasta donde había estado el puente levadizo. Lo había visto en fotos y vídeos, pero en vivo era muchísimo mejor.

—En su día, estos restos de piedras eran imponentes murallas defensivas para evitar que los enemigos pudiesen entrar —le explicó Ian a su hijo, señalando las primeras piedras que nos encontramos.

Keir escuchaba a su padre con atención, absorbiendo cada una de las palabras que le decía.

—¿Les atacaban los piratas? —preguntó Keir.

—En realidad, los que vivían aquí eran piratas —dije antes de que Ian pudiese hablar—. Cuando regresaban de sus aventuras, este castillo era su lugar seguro. Aquí disfrutaban de los botines que habían conseguido y vivían felices.

—¿Los piratas pisaron estas piedras?

—Así es. El feroz Pirata Garrapata vivió aquí —respondí con una sonrisa. Un niño de unos cinco o seis años pasó corriendo por mi lado seguido de una niña. Los dos reían. Keir los miró durante un segundo, pero después, su atención regresó a mí mientras los tres seguíamos caminando, intentando no chocarnos con la gente que se paraba de repente para sacarse fotos.

—¿Por qué era feroz?

—Porque tenía garrapatas y le picaba el cuerpo —dijo Ian, provocando que me detuviese en seco para mirarlo a la vez que Keir estallaba en carcajadas.

—¿De verdad acabas de decir eso? —le pregunté, sorprendida.

Ian se encogió de hombros.

—¿Es que acaso tú eres la única que puedes decir insensateces?

Puse los ojos en blanco. Aunque sabía que a Ian no le faltaba razón.

—Era feroz porque llevaba ropa incómoda —añadí, aguantando la risa—, pero cuando se vestía con ropa cómoda —señalé con la barbilla los pantalones deportivos color azul marino que Ian llevaba puestos—, lo llamaban el Pirata Dócil.

Keir ladeó la cabeza hacia mí, arrugando el ceño. Pero enseguida su atención se centró en unos niños que se subían a una piedra a unos pasos de nosotros mientras sus padres les sacaban una foto.

—Que no te confunda el aire limpio que se respira en las Highlands —Ian se inclinó hacia mí, provocando que la piel de mi oreja se erizase al sentir el roce de sus labios en ella—, no soy un hombre dócil.

Cuando giré la cabeza para mirarlo, estupefacta, él se había separado de mí y sus ojos estaban fijos en Keir, quien se había alejado de nosotros y trataba de subirse en una piedra que era aún más grande que en la que estaban los niños. A pesar de que trató de imitar los movimientos de estos, los mocasines que Keir llevaba puestos provocaban que se resbalara, impidiéndole lograr su objetivo.

Ian se acercó a su hijo para ayudarlo y yo me pregunté si acababa de imaginarme sus palabras.

No había dudas, ya que aún sentía su aliento caliente en mi piel. ¿Había una connotación sexual en sus palabras? No sabría decirlo con seguridad, probablemente, tan solo estaba bromeando, pero no pude evitar las imágenes que se reprodujeron en mi mente. Imágenes de él siendo poco dócil en mi cama.

—¡Lottie, mira! —me llamó Keir, que ya estaba subido encima de la piedra.

—Increíble —dije, acercándome a él y colocándome al lado de Ian. Ladeé la cabeza para mirarlo, un poco sorprendida de que no solo no había regañado a su hijo por subirse en una piedra, sino que lo había ayudado.

—Papá, sácame una foto. —Ian arrugó el ceño, como si esa fuera una petición extraña por parte de Keir—. Como ellos —añadió, señalando sin ningún tipo de pudor a los dos niños que se habían subido a otra piedra, y que se encontraban ya bajando de ella.

Ian exhaló un suspiro, pero metió su mano en el bolsillo derecho de sus pantalones deportivos y sacó su teléfono móvil. Desbloqueó la pantalla y abrió la cámara, comenzando a apuntar hacia Keir.

—Vamos, posa —le instruí a Keir. Este arrugó la nariz, confundido, y yo alcé mis manos al aire, como si volase—. Así —dije, y el niño me imitó mientras se reía.

—Ten cuidado, Keir —le advirtió Ian mientras observaba cómo su hijo se movía encima de la piedra.

Keir imitó mis poses mientras Ian le tomaba una instantánea tras otra. Como parecía ser habitual en Keir, su atención duró unos pocos minutos y no tardó en cansarse de ser nuestro modelo. Dimos la sesión por terminada cuando ladeó la cabeza y su mirada se centró en la impresionante vista que teníamos del lago Ness.

—¡Quiero ir al barco! —chilló, señalando un barco que navegaba a lo lejos.

—Vamos a ir, Keir —le recordé con un suspiro—. Sé paciente. —Una virtud que ese niño parecía tener tan poco desarrollada como yo.

Leyéndome los pensamientos, Ian me miró con una ceja arqueada y una sonrisa torcida. Aunque no escuché sus palabras de reproche, no hicieron falta; estaban reflejadas en sus ojos.

—Él todavía está a tiempo —me defendí—. Lo mío ya no tiene remedio. Es una losa con la

que tendré que vivir. Una que quiero evitar que Keir tenga.

Ian fue a responderme, pero el sonido de un quejido provocó que ambos centrásemos la atención en Keir, que había tenido la brillante idea de tratar de bajar de la roca sin pedir ayuda. Corrí hacia él, logrando agarrarlo de la cintura antes de que se cayera de bruces al suelo.

Con cuidado, dejé a Keir en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Ian, con la preocupación bañando sus facciones.

—Resbala —se quejó Keir, señalando la roca.

Suspiré, mirando los mocasines del niño. Mientras que Ian iba vestido para la ocasión, Keir llevaba unos zapatos poco adecuados y unas bermudas que no le facilitaban ningún movimiento.

—Necesita ropa más cómoda —le dije a Ian.

—En Lint hay varias tiendas —respondió Ian, nombrando el pueblo más cercano a su casa—. Si quieres, podéis ir algún día.

Vaya, no pensaba que Ian fuese a acceder tan fácilmente.

—¿No te importa que le compre ropa nueva?

—¿También me comprarás una de esas? —preguntó Keir, señalando la diadema con nudo amarilla y rosa que llevaba puesta—. Yo no quiero llevar un cacharro de esos en la cabeza, papá —se quejó, mirando ahora a Ian—. Parece incómodo. —Keir se cruzó de brazos, como cada vez que hacía cuando no estaba de acuerdo con algo.

Ian se mordió el labio inferior para no reírse.

—Se llama diadema y no te voy a comprar una, Keir —respondí, resoplando—. Pero, para tu información, es muy cómoda. —Solía llevar varias de ellas en el bolso por comodidad, aunque, en esa ocasión, había sido por añadir un toque de color a mi *look*, ya que me había recogido el cabello en un desordenado moño.

—Te dejaré una tarjeta para que vayáis de compras cuando queráis —me dijo Ian.

Fui a responder a Ian cuando una voz femenina nos interrumpió.

—¿Queréis que os saque una foto? —Una mujer de cabello negro y rizado se detuvo frente a nosotros con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Abrí la boca para declinar amablemente su petición, pero Keir se me adelantó.

—¡Sí! —exclamó con entusiasmo. Sin darnos tiempo a reaccionar, Keir se acercó a Ian para tirar de su camiseta—. Vamos, papá, dale el móvil.

Ian se encogió de hombros y le dejó su teléfono a la mujer. Ella nos instruyó para que nos colocáramos de manera que el lago Ness saliese de fondo. Keir se situó en medio de los dos.

—Así, guapísimos —dijo la mujer mientras nos tomaba una fotografía—. Perdonadme, pero os he visto y no he podido evitarlo. —La mujer se acercó a nosotros para darle el móvil a Ian—. Sois una familia preciosa.

Ian y yo nos miramos durante un rápido segundo. Un segundo en el que yo pude imaginarme teniendo una familia propia. Nunca me lo había planteado, jamás había pensado en casarme y tener hijos. Era demasiado joven aún y tampoco sabía si era lo que deseaba, pero, en ese momento, pude sentir un anhelo. Una necesidad incipiente de tener un hombre que me amase a mi lado y un hijo al que querer y cuidar juntos.

—Quiero ver la foto —pidió Keir, sacándome de mis pensamientos.

Ian le enseñó la instantánea a su hijo. Yo me aparté un poco, incapaz de verla. Por un instante tuve la sensación de que no era una futura familia al azar lo que deseaba, sino ser parte de esa familia que formaban los dos, lo que era una completa locura.

—¿Por qué no seguimos el recorrido? —sugirió Ian, que había vuelto a guardarse el móvil en el bolsillo derecho de los pantalones. A pesar de que su expresión era tranquila, me observó

con una mueca extraña que no supe interpretar—. Ya no queda mucho tiempo. —Bajó la mirada hasta su Rolex de oro.

—Sí, vamos a seguir —respondí, saliendo de mi aturdimiento.

Cogí la mano de Keir, entrelazando mis dedos con los suyos mientras comenzábamos a caminar de nuevo, ignorando sus constantes quejas sobre querer montarse en el barco.

Cuando a ese niño se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerle cambiar de idea. Aunque mientras avanzábamos y su padre y yo nos turnábamos para contarle historias, parecía entretenido.

—Esta zona era el patio interior, donde hacían vida los habitantes del castillo —le expliqué, mirando el mapa que nos habían dado al comprar las entradas.

—En realidad, estamos en el interior de los restos de uno de los edificios residenciales. Diría que la sala de banquetes —me corrigió Ian, señalando los restos de los muros que nos rodeaban.

—En el mapa pone clarísimamente que es el patio interior.

—El patio sería toda esa zona.

Ian apuntó un espacio donde la hierba crecía libremente entre los restos de piedras.

—Lo que estoy diciendo yo. Estas construcciones estaban dentro del patio —insistí mientras salía de lo que probablemente, tal como Ian había dicho, había sido la sala de banquetes. Me dirigí hacia la zona abierta sin restos de muros a su alrededor.

—¿Nunca aceptas que te has equivocado? —me preguntó Ian, siguiéndome de cerca, con Keir trotando a su lado.

—Por lo general, no.

Ian sonrió.

—Por lo menos, eres sincera.

Al menos, lo era gran parte. Ese sentimiento de culpabilidad que invadió mi estómago la noche anterior regresó de nuevo a mí.

No estaba haciendo nada malo. Estaba siendo yo misma; tanto, que era casi un milagro que no me hubiesen despedido.

Entonces, ¿por qué seguía sintiéndome culpable?

—¿Si no somos sinceros que nos queda?

—Nada —su contundente respuesta me sorprendió. Giré la cabeza para mirarlo a la cara.

—¿Eres de los que prefieren la sinceridad a una verdad edulcorada?

—Prefiero una dura verdad que una mentira. Las mentiras destruyen. Y la persona que te las dice te impide llevar a cabo tus propias decisiones —respondió, mirándome con sus ojos verdes. Había dolor en su interior. Alguien le había mentado, causando esa desazón que aún guardaba en su interior.

Por un instante, sentí la necesidad de ser sincera del todo con él; de decirle quién era yo en realidad. Pero no podía hacerlo. No cuando ya no solo estaba en juego el futuro laboral de mi hermana. Incluso podría denunciarme por suplantación de identidad. Aunque eso no me preocupaba, lo que en realidad me impedía abrir la boca era el daño que la verdad causaría a Keir. Ian me echaría y no podría cumplir la promesa que le había hecho al pequeño. Y a quien quería engañar, tampoco quería dañar a Ian.

No quería que Ian se sintiese decepcionado conmigo. No por haberle mentado.

—¿Eso es una torre? —A pesar de escuchar las palabras de Keir, estaba demasiado perdida en mis pensamientos como para prestarle atención. El pequeño, al darse cuenta, tiró de la tela del mono que llevaba puesto para que le hiciera caso, de la misma manera que había hecho antes con

su padre—. Lottie —Keir señaló la edificación que, aunque estaba en ruinas, era de lo mejor conservado del castillo—, quiero subir a la torre.

—Yo también.

En silencio nos dirigimos hacia allí, acompañados por el sonido de la gente hablando y las risas de los niños. Al esquivar a una mujer que se paró de repente para sacar una foto al paisaje, tropecé, y sino llega a ser por los rápidos reflejos de Ian, me hubiese caído al suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me ayudaba a enderezarme.

Su mano me sujetaba por la cadera y mi cuerpo estaba pegado al suyo. Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Como una especie de química perfecta que nos unía. Nunca me había sentido de esa manera con un hombre. Un hombre que era mi jefe y simplemente me había agarrado para evitar que me cayese.

Levanté la cabeza para ver en sus ojos que él había sentido esa misma conexión. Una conexión que parecía que nos unía con un hilo invisible; como si nuestros cuerpos se reconociesen.

—Sí, gracias.

Ian movió la cabeza, como si quisiese volver a la realidad, y se separó de mí.

—Vamos —dijo, señalando a Keir, que corría hacia la torre, esquivando a las personas que se iba encontrando en el camino. Bueno, esquivando a unas y chocándose con otras.

—Sí, será lo mejor.

Y lo era. Aunque, lo que en realidad deseaba, era que todo el mundo desapareciese, e Ian y yo nos quedásemos solos allí, en las ruinas de un antiguo castillo. No podía imaginarme nada más excitante que sentir sus labios sobre los míos; nada más embriagador que hacer el amor con aquel hombre en un lugar que había sido testigo de miles de historias.

Pero aquello no iba a pasar. Y no solo porque nos detendrían por escándalo público si hacíamos algo así allí, sino porque entre Ian y yo no podía pasar nada. Él era mi jefe y yo su empleada. En realidad, ni siquiera éramos eso.

Por primera vez desde que había aceptado ayudar a Lizzie, me sentí como una farsante. Tal vez me estaba comportando como yo misma, pero eso no aliviaba mi culpa. Aunque no quería mentir a Ian, no tenía más salida que seguir haciéndolo. Por eso, aceptar su invitación para ir al lago Ness había sido un error. Tenía que mantener la distancia con él.

Sin embargo, cuando se adelantó para ir tras su hijo y atraparlo, colocándolo en sus hombros mientras el pequeño se reía a todo volumen, me di cuenta de que iba a ser una tarea imposible. Y no solo porque esos pantalones deportivos le hiciesen un culo de infarto. Aunque, para qué engañarnos, no ayudaba en absoluto.

Capítulo 10

—Tenemos que ir yendo hacia el muelle —dijo Ian con la mirada fija en su reloj de pulsera.

En esos momentos, salíamos de visitar la gran torre del castillo y de disfrutar de las vistas panorámicas del lago Ness y de las colinas circundantes y nos dirigíamos hacia los restos del puente levadizo para salir del castillo e ir al muelle.

—¡El barco está llegando! —chilló Keir, señalando con su dedo al barco, que se acercaba al muelle, donde el pequeño grupo de personas se había convertido en una fila interminable.

Nos habíamos entretenido demasiado viendo el castillo, y probablemente, nos iba a tocar hacer el crucero de pie, lo que era un fastidio. Ian debía pensar lo mismo, porque emitió un suspiro mientras bajábamos a paso ligero hacia el muelle. Ian agarró la mano de Keir para evitar que el niño tratara de correr demasiado rápido y se cayera al suelo.

Cuando llegamos al muelle, me coloqué al final de la larga cola. Ian seguía sujetando a Keir, que observaba con emoción el barco de dos plantas que atracaba en el muelle.

—Yo quiero ir arriba.

—Hay mucha gente, Keir. Vamos a intentar coger sitio en la planta de abajo —le dijo Ian.

Era una magnífica idea, ya que era prácticamente imposible que lográsemos poder hacer el crucero en la planta descubierta.

Sin embargo, las palabras de Ian no lograron convencer a Keir, quien se soltó del agarre de su padre para cruzar sus brazos.

—Pero yo quiero arriba —volvió a quejarse.

Evidentemente, para un niño era mucho más atrayente hacer el trayecto con el aire rozando su piel y pudiendo ver el paisaje en todo su esplendor. Eso sin contar el calor agobiante que tendríamos que aguantar en la primera planta. El olor a sudor, unido a los lamentos de Keir, probablemente acabarían con mis nervios. Aun si conseguíamos sentarnos cerca de la ventana, algo que viendo todas las personas que estaban delante de nosotros dudaba.

—Nos sentaremos dónde haya sitio —sentenció Ian.

Keir no volvió a replicar, pero cruzó sus brazos con más fuerza e hizo un mohín, mostrando su desacuerdo.

Mordí mi labio inferior, porque sabía que tenía parte de culpa. Si hubiera calculado mejor el tiempo, Keir podría disfrutar del crucero en la planta de arriba, tal y como había pedido desde el instante en el que habíamos llegado al lago Ness.

Keir había insistido una y otra vez en ir a hacer la cola y yo no se lo había permitido. Al igual que yo, era la primera vez del pequeño en el lago Ness. Y aunque seguramente regresaría, no quería que se quedase con un mal sabor de boca.

Miré durante unos instantes a todas las personas que estaban delante de nosotros y, después, centré mi atención de nuevo en Keir, tomando una decisión.

—Tengo una idea —murmuré, no queriendo hablar demasiado alto. Sabía que lo que estaba a punto de hacer no estaba del todo bien, pero el fin justifica los medios. O tal vez era al revés, pero que más da—. Vamos, dame la mano, Keir. —No esperé a que el niño obedeciera, sino que, con suavidad, desenredé sus brazos y agarré su mano, entrelazando mis dedos con los suyos—. Y tú, sígueme el rollo —le susurré a Ian. Este me observó, escéptico, pero comencé a caminar hacia el barco con falsa decisión antes de que pudiera detenerme—. Vamos, cariño, tus tíos y tus primos deben estar preguntándose por qué hemos tardado tanto en el baño —le dije a Keir,

alzando la voz para que todos pudiesen escucharme mientras esquivaba a las personas que formaban la fila a medida que íbamos avanzando hacia el barco.

—Pero yo no tengo pri... —empezó Keir.

—Vamos, no te entretengas —le interrumpí, antes de que su inocencia y honestidad, tan propia de un niño de su edad, y que tan tierna me parecía, pero poco útil en esos momentos, echase a perder mi plan—. Ya sabes cómo se pone el tío William —improvisé, diciendo lo primero que se me ocurría para no dejar que Keir hablase. Ambos nos detuvimos cuando una mujer, que nos había visto perfectamente, se colocó en medio del camino, dándonos la espalda y negándose a dejarnos pasar—. Perdona —toqué su hombro con suavidad, llamando su atención. Ella volvió a hacerse la tonta, pero yo volví a insistir, porque si no quería dejar que siguiéramos avanzando, tendría que decírmelo a la cara—, perdona. —En este segundo intento, la mujer se dio la vuelta, aunque con una mueca de fastidio—. ¿Nos puedes dejar pasar? El tío William nos está esperando —le expliqué con la mejor de mis sonrisas—. Y no sabes cómo se va a poner si no llegamos a tiempo... Es tauro.

—Claro —contestó entre dientes mientras se hacía un lado—. No os había visto. Mentirosa.

Pero yo también lo era, así que no podía juzgarla.

—Muchas gracias, el corazón del tío William lo va a agradecer —dije mientras seguía avanzando hasta llegar a los primeros puestos de la fila, donde se encontraban los supuestos parientes que nos esperaban, que resultó ser una mujer de cabello castaño que estaba levantando su mano en mi dirección y a la que acompañaban dos niños. Una disimulada mirada hacia atrás me sirvió para saber que, seguramente, se estaba dirigiendo al hombre que se encontraba a unos cuantos metros de distancia de mí, tratando de hacerse paso entre la gente. Sin embargo, a mí me vino genial, y alcé mi brazo, fingiendo que nos conocíamos.

—Mira, ahí están tus primos —le dije a Keir, que estaba tan agotado debido a que estaba tirando de él, obligándolo a andar más deprisa de lo que sus pies se lo permitían, que ni me contestó. Algo que agradecí.

Llegamos a la altura de la mujer y los dos niños justo cuando un empleado del barco quitaba la cuerda para dejar paso y empezaba a pedir las entradas.

—Qué bien, ya llega el barco —me dirigí hacia los dos niños, que al estar cerca de ellos, vi que eran gemelos, y de una edad parecida a la de Keir.

—¡Siiiiii! —gritaron ambos con emoción y una confianza que parecía que me conocían de toda la vida.

Si al final, se me iban a dar bien los niños y todo.

—Os lo vais a pasar genial los tres —comenté con entusiasmo, empujando levemente a Keir para que se acercara un poco más a ellos. Ladeé la cabeza con disimulo para comprobar que la pareja que se encontraba detrás de nosotros no parecía molesta. Aunque la chica tenía toda su atención en buscar la entrada en su bolso mientras su novio intentaba ayudarla. Tampoco escuché ninguna queja por parte de las demás personas que se encontraban en la fila, por lo que me relajé.

De hecho, ni siquiera la madre de los gemelos se dio cuenta de mi actuación, ya que su marido había llegado hasta ella y esta estaba ocupada echándole la bronca por haberla dejado sola con los niños.

Uno de los gemelos, el que llevaba una camiseta de tirantes morada, empezó a hablar con Keir.

Me pregunté dónde estaba Ian. Creía que nos había seguido, pero, al parecer, me había

equivocado. Por fortuna, le había dejado su entrada, por lo que iba a poder entrar al barco sin problemas.

Un empleado quitó la cuerda que impedía el paso y comenzó a pedir las entradas. Aunque estábamos en las primeras filas, teníamos varios niños delante, por lo que toda mi atención se centró en agarrar a Keir de la mano y darnos la mayor prisa posible.

Una vez entregadas las entradas, tiré otra vez de él para entrar en el barco, pero él se soltó y echó a correr por las escaleras que llevaban a la segunda planta. Corrí tras él para sujetarle del brazo antes de que se pudiese a correr por la cubierta y terminase cayendo al agua. Le llevé hasta uno de los asientos en la parte de delante, desde dónde teníamos una vista panorámica impresionante del lago Ness.

—No te muevas —le instruí a la vez que dejaba mi bolso en la silla de al lado de la mía.

Los turistas corrían para coger un sitio privilegiado, y yo fui hacia uno de los laterales para coger un chaleco salvavidas para niños que descansaba junto a otros, encima de una mesa.

Regresé con Keir y se lo puse. El niño no protestó, tan entusiasmado como se encontraba. Sabía que le resultaría difícil quedarse sentado todo el trayecto y no quería que corriese ningún riesgo, pero al mismo tiempo que pudiera disfrutar de la experiencia.

En cuanto el barco se puso en marcha, Keir se levantó para acercarse al borde, con sus manos sujetas en la barandilla. Estaba lo suficientemente cerca de mí para que pudiera cogerlo antes de que algo sucediera. Además, había unos cuantos niños y adultos junto a él.

Sentí cómo alguien se sentaba en la silla que había ocupado Keir. Iba a decirle que estaba ocupada cuando me encontré con esos bonitos ojos verdes que tanto me gustaban.

—Toma. —Ian me entregó una botella de agua—. Hace calor, tienes que hidratarte.

—Gracias.

Sostuve la botella y giré el tapón para abrirla. Le di un largo trago mientras observaba cómo Ian se levantaba de la silla y se acercaba a Keir.

—Vamos, bebe agua. —Ian le entregó otra botella de agua a su hijo, aunque le quitó el tapón antes.

—¡Papá! —exclamó Keir con entusiasmo—. ¿Crees que veremos al monstruo del lago Ness? —le preguntó, con sus ojos fijos en el agua.

—Puede ser —respondió Ian, sorprendiéndome. Por alguna razón, había creído que le diría a su hijo que no existía ningún monstruo—. Pero, para verlo, vas a tener que estar muy atento. —Ian chasqueó los dedos, consiguiendo que Keir ladease su cabeza hacia él—. Y para eso, tienes que estar muy bien hidratado. —Ian volvió a estirar la botella hacia Keir y, esta vez, el niño la cogió y le dio varios sorbos.

—Yo no le tengo miedo —dijo Keir con orgullo, entregándole la botella a Ian.

—Lo sé, hijo. —Ian le puso el tapón a la botella. Después, estiró su mano para revolver el pelo a Keir, que había vuelto a mirar hacia el lago.

—¡Yo tampoco le tengo miedo a Nessie! —gritó un niño rubio que se encontraba al lado de Keir—. ¡Quiero cazarlo!

—¿Podemos cazarlo? —preguntó Keir con ilusión. Y, por un instante, con lo temerario que era ese niño, tuve el temor de que trepara por la barandilla y se lanzara al agua en busca de Nessie.

Sin embargo, afortunadamente, nada de eso pasó.

—¿Habéis visto eso? —Ian captó la atención de los niños, señalando un punto fijo cualquiera en el lago—. ¿Eso no es una cola?

—¿Dónde? —Keir parecía entusiasmado, al igual que el niño rubio y otras dos niñas que se

acercaron para buscar la supuesta cola de Nessie.

Jamás me hubiera imaginado a Ian MacAllister pasando su día libre con su hijo en el lago Ness, rodeado de otros niños, y jugando a buscar a Nessie en el agua. Y es que Ian me acababa de dar una gran lección.

Durante los primeros días, había tenido la impresión de que Ian era un hombre rico y autoritario que contrataba a una niñera para deshacerse de su hijo. Lo había prejuzgado, porque tan solo había necesitado pasar unos pocos momentos con él para darme cuenta de lo equivocada que estaba.

—Está feliz —le dije a Ian, señalando a Keir, cuando él se sentó a mi lado de nuevo.

Keir estaba hablando con el niño rubio mientras seguían buscando a Nessie.

—Eso no significa que hayas hecho lo correcto —me recriminó, arqueando una ceja y recordándome mi pequeña estrategia.

No fingí que no sabía de lo que estaba hablando. No merecía la pena y no era mi estilo. Tal vez era una mujer alocada a la que le costaba reconocer sus errores, pero asumía las consecuencias de mis actos. No era una cobarde, sobre todo cuando estaba segura de que había hecho lo correcto.

—Tal vez no, pero si no llego a hacerlo, Keir estaría en la planta de abajo, asado de calor y triste. Y ahora está disfrutando como el niño que es.

—¿Y dónde ha quedado la lección que querías enseñarle con la técnica del globo? —preguntó con una sonrisa engreída. Como no respondí, continuó hablando— : Lo de aprender a lidiar con la frustración.

Me había pillado, pero yo no era tan fácil de capturar. Mi mente siempre iba dos pasos por delante; incluso, de mí misma.

—Pero también es importante que aprenda que, a veces, hay que salirse de la norma para lograr lo que quieres. Y además, no he cometido ningún delito; ha sido solo una estratagema inocente.

—Una moralmente reprochable.

—Tal vez —reconocí—. Eres un empresario de éxito —dije, ladeando la cabeza para mirarle—. ¿Nunca has hecho nada moralmente reprochable para lograr que tus empresas salgan adelante? —pregunté. Él solo me observó sin decir nada, lo que me tomé como un sí—. Estás educando a tu hijo para que un día se haga cargo de todo. Así que le vendrá bien la lección que le he enseñado hoy.

—No, Lottie —me corrigió Ian tras unos segundos de silencio—, estoy educando a mi hijo para que se convierta en un hombre preparado con la posibilidad de poderse dedicar a lo que él desee. Y por eso yo trabajo duro. Para que, cuando yo no esté, él herede el dinero suficiente para no tener que dedicarse a algo que no desea. No espero que dirija mis empresas sino es su deseo. Aunque sí me gustaría que ame las Highlands y cuide de las tierras que nos legaron nuestros antepasados. Pero, sobre todo, quiero que sea feliz.

Con esas palabras, un clic resonó en mi cabeza y lo comprendí todo. Ian llenaba los días de su hijo con actividades educativas porque quería lo mejor para él. Quería que, cuando fuese adulto, pudiese tener una vida plena

Ojalá mi madre se hubiera preocupado de mi hermana y de mí la mitad de lo que Ian lo hacía por su hijo.

—¿No te gusta tu trabajo?

—En la universidad formé una *startup* de software junto a mi hermano.—Esa era la primera vez que me hablaba de su hermano—. Comenzó como algo pequeño, más como un proyecto que

podíamos hacer juntos, pero pronto interesó a inversores que nos pagaron muy bien por ello. Lo usamos para crear una empresa de ciberseguridad. Para cuando terminamos la universidad, ya nadábamos en dinero y nuestra empresa era de las más cotizas en bolsa del sector. Con los años, hicimos incursiones en el sector inmobiliario con buenos resultados.

—¿Me vas a contar todos tus logros? —pregunté en modo de broma.

Ian entrecerró los ojos, pero pude ver una sonrisa asomando sus labios.

—Lo que quiero decir, que lo que empezó como un proyecto entre dos hermanos, terminó con empresas valoradas en millones de libras. Yo disfrutaba del trabajo, sigo haciéndolo, pero para Iver se convirtió en monotonía. En algo que no le llenaba. Él quería vender las empresas y vivir la vida, pero yo me negué. A veces me preguntó si no debería haberle dejado hacerlo.

—Pero eso no te habría hecho feliz —dije al darme cuenta de que Ian amaba lo que con tanto trabajo había logrado crear.

—Podía haber empezado de cero, crear otras empresas, yo solo. Sin embargo, no lo hice.

—No porque no fueras capaz, sino porque tenías miedo de que si no trabajabais juntos la vida os separase. —Aventuré, ya que ese era un miedo que yo había tenido en muchas ocasiones con mi hermana, el que aún seguía teniendo.

—Y, aun así, la vida nos separó.

Puse una mano en su muslo para darle ánimos. No tenía palabras de consuelo para él. Yo no sabía cómo podría seguir respirando sin Lizzie.

—Estoy segura de que él te entendió.

—Si eso es así, por lo menos uno de los dos entendió las acciones del otro —dijo con un tono de voz que emanaba dolor puro. Había mucho más en esa historia. Quería preguntar, pero no pude hacerlo.

—¡Papá, Lottie! —Keir se acercó a nosotros, interrumpiéndonos—. Peter y yo hemos visto a Nessie —dijo, señalando a un niño rubio que estaba enseñando algo en el agua a la que suponía que era su madre.

—¿Seguro? —le pregunté, fingiendo expectación.

—¡Sí, ven!

Me levanté y seguí a Keir. Este me señaló algo en el lago. Yo no veía nada, pero el niño parecía entusiasmado.

—¡Mira, mamá es Nessie! —le gritaba Peter a su madre. La mujer se encontraba en la misma situación que yo. No veía nada, pero ella no contaba con mi imaginación.

—Lo veo —mentí. Unas barras evitaban que pudieras caerte, pero aún así, tuve cuidado; con mi suerte, acabaría en el agua, y Nessie existiría de verdad y me tragaría—. Es verde.

—¡Siii! —exclamaron los dos niños al unísono.

—Le veo los cuernos —añadí, estrechando los ojos con la mirada fija en el agua, como parte de mi teatrillo

La madre de Peter miró al agua y luego a mí, para volver a mirar al lago y parpadear, como si, por un instante, creyera que Nessie realmente se encontraba nadando frente a nosotros.

—¡Tiene unos cuernos muy grandes! —gritó Peter.

—¡Y también son verdes! —secundo Keir.

El barco giró y tuve que sujetarme a la barandilla para no desestabilizarme.

—Vaya, lo hemos perdido —me lamenté con una fingida mueca de tristeza—. ¿Habéis sacado fotos?

Ambos negaron con la cabeza.

—No importa. Lo habéis visto y os tienen que dar la recompensa.

—¿Qué recompensa? —preguntó Keir, arqueando una ceja.

—Un helado. El que queráis.

Ambos niños gritaron de alegría.

—Vamos abajo a comprarlos —les dije, esperando que en el bar del crucero vendieran algún helado.

Los dos niños corrieron hacia las escaleras. Afortunadamente, ninguno de ellos se cayó. Iba a seguirlos cuando me di cuenta de un pequeño detalle. Ladeé la cabeza para mirar a la madre de Peter.

—¿No te importa que le compre un helado, verdad?

—Me parece que es un poco tarde para preguntar.

No fue la mujer quien respondió, sino Ian.

—Un helado de vez en cuando no hace daño —me excusé, encogiéndome de hombros.

—No me importa —contestó la mujer con una sonrisa—. Muchas gracias.

—¿Ves? —le dije a Ian con retintín, alzando la barbilla—. Algunas personas son agradecidas, no como otros.

Ian mordió su labio inferior a la vez que exhalaba un suspiro. Mis ojos se desviaron hacia su boca sin poder evitarlo y recordé la vez en la que casi nos besamos. En ese instante, lamenté no haberlo hecho. Porque quizá, de esa manera, una vez probada la tentación, ya no me parecería tan apetecible como en esos momentos. Quizá, de esa manera, perdería el interés.

Aunque había una parte de mí que lo dudaba mucho. Dudaba que con una vez fuese suficiente.

—Ya voy yo a comprarles el helado a los niños —dijo Ian, logrando que desviara mi mirada de su boca hasta sus ojos. Sus pupilas se habían oscurecido y atisé un brillo en ellos que no logré identificar. ¿Era deseo lo que veía en ellos o me lo estaba imaginando?—, ¿quieres uno? —preguntó.

Un helado me vendría bien.

—Sí.

—¿Cuál?

—El que tú quieras. Confío en ti.

Aquella respuesta, que salió de forma inconsciente de mis labios, provocó que la expresión de Ian se endureciese. Él se inclinó hacia mí para colocar su boca a la altura de mi oído.

—No deberías, ni yo mismo confío en mí cuando estoy cerca de ti —susurró tan bajo que no estaba segura de si lo había dicho, o lo había soñado.

Esa fue una duda que rondó por mi cabeza cuando él regresó minutos más tarde con los helados acompañado de los niños. Sin embargo, Ian no hizo ninguna mención a aquellas palabras, como tampoco lo hizo en el viaje de regreso.

Capítulo 11

Todos los días, llamaba a mi hermana dos veces: antes de acostarme y a las cinco y diez de la tarde, que era la hora en la que Keir hacía un pequeño descanso para merendar, ya que cuando él dormía la siesta, yo también caía rendida. A excepción de los martes y jueves, cuando Keir, tenía sus clases de violín, entonces solía adelantar su hora de merienda media hora.

Eran los dos únicos momentos en los que podía resguardarme en mi habitación y evitar que alguno de los empleados pudiera escuchar mi conversación y levantar sospechas. Además de que tenía que tener en cuenta la gran diferencia horaria que había entre Londres y Boston.

Se había convertido en una costumbre para mí. Aunque no había tenido ningún tipo de éxito, ya que Lizzie no había respondido ni una sola vez a ninguna de mis llamadas.

Pensaba que iba a suceder lo mismo esa vez, e iba a terminar la llamada antes de que me saltase el buzón de voz, cuando escuché una voz al otro lado:

—¡Lottie!

—¿Lizzie? —pregunté—. ¿Lizzie, eres tú?

—Claro que soy yo —contestó mi hermana, riéndose, en tono alegre y despreocupado. Lo que hizo que un suspiro de alivio se escapase de mis labios. A pesar de que aún seguía un poco enfadada con ella por haber estado pasando de mí, me tranquilizaba escucharla y saber que estaba bien—. ¿Quién va a ser, tonta?

—Estaba comenzando a pensar que me evitabas.

—Lo siento, he estado muy ocupada —se disculpó, y el tono apenado en su voz hizo que todo mi resquemor desapareciera. Así de fácil era con Lizzie—. Todo es nuevo aquí. Siento no haber respondido a todos tus mensajes ni haber cogido tus llamadas. Perdón por no haberte llamado antes.

—No importa —dije porque no quería que se sintiese mal. No cuando en realidad yo estaba empezando a acostumbrarme a mi trabajo como niñera. Más que como un empleo, lo estaba empezando a ver como unas vacaciones. Bueno, tanto como unas vacaciones... Quizá me había pasado de entusiasta—. ¿Cómo va el proyecto? —le pregunté con interés.

—Sí, el proyecto... —Escuché cómo Lizzie inspiraba profundamente y una pequeña carcajada nerviosa se escapaba de sus labios—. Soy muy feliz, Lottie. Necesitaba hacer algo así. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que estás haciendo por mí.

—Yo no estaría tan agradecida si fuese tú —dije a la vez que me acercaba a la puerta de mi habitación para asegurarme de que estaba cerrada—. Estoy haciéndome pasar por ti y no te estoy dejando en buen lugar —bajé la voz, por si las moscas—. Mis técnicas educativas son pésimas.

Lizzie se rio. Con una risa despreocupada que no le había escuchado... Nunca. Porque Lizzie siempre había tenido alguna preocupación. De alguna manera, a pesar de que tenía la misma edad que yo, en muchas ocasiones había ejercido el papel de madre conmigo. Siempre pendiente de que estuviera bien, siempre pendiente de cuidarme.

Y eso era muy injusto.

—Estoy segura de ello.

—¿Y no te importa?

Me di la vuelta para tumbarme en la cama y acomodé mi cabeza sobre la almohada.

—No podía importarme menos —dijo, sorprendiéndome—. Te las apañarás, Lottie. Siempre lo haces.

Arrugué el ceño, cada vez más extrañada ante el discurso de Lizzie.

—¿Me estás hablando en serio? —pregunté—. ¿Dónde está mi hermana y qué has hecho con ella? Esta versión zen tuya está empezando a darme mal rollo.

Lizzie se rió.

—Lottie, escúchame un momento. —Hizo una pausa y pude notar que su voz había adquirido un tono más serio—. Hay algo que tengo... —Mi hermana se quedó en silencio abruptamente, dejando la frase a medias.

Escuché una voz masculina por detrás de ella, aunque no pude entender ni una sola palabra de lo que decía.

—¿Quién es? —inquirí.

—Él es Brian, mi... —El chico volvió a hablar, interrumpiendo a mi hermana. La voz masculina sonaba demasiado lejana—. Tengo que cortar. Te llamo mañana y te lo cuento todo. Te lo prometo.

Antes de que pudiese despedirme, colgó. Una sensación extraña se instaló en mi estómago. Me debatía entre la alegría y la duda. Estaba feliz por ella, pero, a la vez, preocupada. Había algo que Lizzie no me estaba diciendo, lo cual era raro en ella, ya que nunca me ocultaba nada.

Me calmé a mí misma diciéndome que no sería nada importante. Además, lo único que podía hacer era esperar.

Keir estaba en sus clases de violín, y la verdad era que mi idea de descansar en mi habitación se había ido al garete tras hablar con mi hermana. No quería darle vueltas a la cabeza y llegar a conclusiones fatalistas que solo me provocarían una desazón innecesaria.

Me levanté de la cama y salí del dormitorio sin pensar en el destino. Evité el aula de música, ya que las tediosas clases de violín terminaban con mi escasa paciencia.

Recorrí el pasillo y bajé las escaleras. Aquella casa era inmensa, por lo que aún no la había visto en su totalidad. Había estado demasiado ocupada para hacer turismo hogareño.

Me reí de mi propia broma. Cualquiera que me viese debía pensar que era una loca, pero, por suerte, no me encontré con ningún empleado; tampoco con Ian. Aunque eso último no me sorprendió, porque llevaba evitándome desde que habíamos regresado del lago Ness cuatro días atrás.

Me adentré en uno de los pasillos de la primera planta. No fue hasta cuando estuve frente a la puerta del despacho de Ian que fui consciente de me encontraba allí. Escuché ruido dentro. Y corrí por el pasillo abriendo la primera puerta que vi. No tenía muy claro por qué había actuado de esa manera. Aunque barajaba varias hipótesis: la primera y más segura era que no quería que pensase que lo acosaba.

Dejé escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo cuando la puerta se cerró tras de mí. La estancia en la que me encontraba era muy amplia; parecía interminable, pero mi atención estaba en las paredes cubiertas por cuadros.

Me acerqué a uno de ellos para observarlo con más detenimiento. Era un retrato. Al dirigir una rápida mirada por la pared que tenía frente a mí, me di cuenta de que todos los cuadros de esa pared eran retratos. Decenas de hombres, en su mayoría, aunque también había mujeres. Todos con semblante serio, y con cara de haberse comido un limón. Cuando miré las inscripciones, me di cuenta de que eran los antepasados de los MacAllister. Vaya, así que a Ian le venía de familia lo de la cara agria.

Me detuve frente a una mujer que parecía tener una media sonrisa en su rostro. Aunque no podría decirlo con certeza. Me acerqué unos pasos, casi rozando el cuadro.

Después, anduve unos pasos más hasta detenerme en el último cuadro. Este era

completamente diferente a los otros. De hecho, no era un retrato, sino que era un hombre inclinado, devorando a su hijo.

Leí la inscripción: Alfie MacAllister. Pero ese no era ese señor.

—¿Por qué han puesto un Rubens falso? —Esta vez, por el eco que se formó en las paredes, fui consciente de que había formulado la pregunta en voz alta.

Pero no esperaba una respuesta.

—Porque mi padre se lo regaló al padre de Ian por su cuarenta cumpleaños. Siempre fue su favorito —dijo una voz masculina, sobresaltándome.

Me di la vuelta de un salto, llevándome la mano al corazón. Un hombre de cabello castaño claro, que debía de estar a principios de sus treinta, me miraba con una sonrisa descarada y un brillo de diversión reflejado en sus ojos color ámbar.

Llevaba una camisa de seda de rayas azules y blancas, con los primeros botones desabrochados, dejando al descubierto su piel bronceada por el sol.

—¡Joder! —el exabrupto salió de mis labios sin poder evitarlo—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¡¿Cómo has entrado?!—pregunté, mirando la puerta cerrada.

—Ya estaba dentro —contestó, encogiéndose de hombros—. Eres tú la que ha entrado a la sala de los retratos corriendo y sin mirar si había alguien.

Me di cuenta de que el desconocido tenía razón.

—¿Es que en esta casa todas las habitaciones tienen que tener un nombre? —pregunté, resoplando—. ¿No es un poco absurdo?

—Estoy completamente de acuerdo contigo —coincidió, colocándose a mi lado—. Los ricos y sus manías. —Chasqueó la lengua e hizo una mueca—. ¿Cómo has sabido que era una falsificación? —me preguntó, señalando el cuadro que había estado observando antes de que él me asustara—. Es prácticamente idéntico al original.

No era una gran entendida en arte, pero me gustaba. En mi incansable búsqueda por encontrar mi verdadera vocación, no solo había pasado por una cantidad incontable de trabajos, sino que también había hecho varios cursos; entre ellos, uno sobre identificación de falsificaciones. No había tenido muy claro para qué podía servir, pero había llamado mi atención, y los horarios del curso coincidían con el empleo de camarera en la cafetería que tenía en aquellos momentos.

—Fácil. *Saturno devora a su hijo* está expuesto en el museo del Prado en Madrid. —Vale, en este caso no había sido necesario usar los conocimientos que había aprendido en el curso.

—¿Y cómo sabes que el cuadro falso no es el que está el Prado?

Esa era una buena pregunta. En el curso, el profesor nos había dicho que, a pesar de que los entendidos en arte lo negarían, había cuadros en museos que hacían pasar por verdaderos, siendo falsificaciones. El verdadero había sido vendido, siglos o décadas atrás. O perdido. Se negó a poner ejemplos, lo que me hizo pensar que, o bien se estaba haciendo el listo, o sabía demasiado.

Miré el cuadro.

—Fíjate en los tonos de piel de Saturno; carecen del brillo y calidez característicos de Rubens.

El joven observó el cuadro durante un par de minutos en silencio.

—Tienes razón.

—¿Por qué tu padre le regaló una falsificación? —pregunté.

—El padre de Ian y mi padre eran amigos —me explicó—, pero no tanto como para regalarle un Rubens auténtico —añadió, guiñándome un ojo—. Alfie MacAllister era consciente de que era una falsificación.

—¿Y por qué la aceptó?

—Porque encontró el sitio perfecto para ella —respondió, señalando el lugar donde estaba el cuadro falsificado y donde se suponía que debía ir un retrato de Alfie MacAllister.

—¿Tu padre posee falsificaciones de arte?

—Poseía —me corrigió—. Mi padre falleció hace tres meses; ahora son mías —dijo con amargura.

—Lo siento.

—Así es la vida. —Él se encogió de hombros—. Pero no pienses que mi padre quería engañar a nadie. Al contrario, animaba a sus invitados a averiguar lo que las diferenciaba de las auténticas. Mi padre era un amante del arte. Una de las pocas cosas que teníamos en común. —Hizo una mueca—. Al darse cuenta de todas las falsificaciones de cuadros que había en el mercado, le pareció divertido coleccionar aquellas que le parecían más auténticas, casi rozando la perfección. Pocas personas se darían cuenta de que es una falsificación.

—Solo hay que prestar atención. No era tan difícil en este caso.

—¿Has estudiado Historia del Arte?

Negué con la cabeza.

—No —respondí con honestidad—. No soy una experta, solo me gusta.

El chico me miró con interés.

—¿Artista?

—Tampoco. —Hice un gesto con la mano—. Pinto de vez en cuando, pero como un hobby.

—Deberías enseñarme alguna de tus obras. Tal vez pueda exponerlas en mi galería. Eres buena identificando falsificaciones. Debería contratarte.

—¿Tienes galerías de arte?

—Abrí mi primera galería en Edimburgo. Ahora, además de esa, tengo dos más: una en Glasgow y otra en Londres.

—Yo vivo en Londres. Quizá la conozca.

—Es la más reciente, la inauguré apenas hace un año. Se llama The Art Loft.

Sonreí.

—La conozco, he estado allí.

Iba a decir algo más, pero la puerta se abrió de golpe.

—Hudson —una voz masculina que empezaba a conocer, nos interrumpió—, ¿no se suponía que ibas al servicio y regresabas a mi despacho?

Ian caminaba hacia nosotros con una expresión imperturbable, aunque por el leve tic de su mandíbula pude intuir que no parecía demasiado contento. ¿Aunque cuándo estaba feliz ese hombre?

En el lago Ness, cuatro días atrás, desde que había decidido ignorarme.

—Ian —lo llamó el chico, que acababa de descubrir que se llamaba Hudson. Por la manera en la que se hablaban, intuí que eran bastante cercanos. ¿Quizá la amistad entre sus padres se había transmitido entre ellos? Aunque me costaba imaginar a Ian con amigos—. Iba a hacerlo, sí. Pero me he acordado de la sala de los retratos y quería echarle un vistazo —Señaló la pared que se encontraba frente a nosotros, exactamente, el hueco vacío que se hallaba a un lado del falso cuadro de Rubens—. Ya es hora de que te hagan el tuyo. Conozco un pintor que puede hacer un buen trabajo. Estoy seguro de que es capaz de retratarte con gesto serio y cara de estreñido, como al resto.

No pude evitar la carcajada que salió de mi interior.

—Yo hubiese dicho cara de comerse un limón, pero, por lo demás, estoy de acuerdo —

apostillé cuando Ian me fulminó con la mirada.

—Señorita Walker, guárdese sus impertinencias para sí misma.

Ya volvíamos al señorita...

Ian volvía a dirigirse a mí con la misma frialdad de siempre. Era como si el día del lago nunca hubiera existido. Tonta de mí, había creído que estaba empezando a surgir una complicidad entre nosotros; que estábamos comenzando a conectar.

Al parecer, Ian no pensaba lo mismo que yo.

—Lottie, mi nombre es Lottie —le recordé con irritación. Porque estaba cansada de sus cambios de humor y estaba enfadada con él por haberme ignorado durante los últimos cuatro días.

—Encantado de conocerte, Lottie. Mi nombre es Hudson —se presentó el chico castaño, estirando la mano hacia mí—. Soy el mejor amigo del señor amable. —Hudson levantó las cejas mientras señalaba a Ian con su cabeza.

Acepté la mano de Hudson y la estreché. Parecía un chico simpático y normal. Desde luego, a Ian le había tocado la lotería con él; ya podía cuidarlo.

—Su nombre es Elizabeth Charlotte Walker. —Tuve que morder mi labio inferior con fuerza para no corregir a Ian, recordándome a mí misma que seguía sustituyendo a mi hermana—. Debes dirigirte a ella como señorita Walker. Es la niñera de Keir.

—Me gusta más Lottie —replicó Hudson, llevando la contraria a su amigo deliberadamente y ganándose mi admiración.

Ian resopló, manifestando su disconformidad, pero no dijo nada.

—¿Dónde habías escondido a esta joya, Ian?

—Hudson, tenemos que regresar al despacho. —Ian ignoró las palabras de Hudson—. Tenemos mucho que hablar. Además, la señorita Walker debe seguir atendiendo a mi hijo.

—Keir está en su clase de violín —le recordé, por si creía que estaba desatendiendo mis labores—. Clase que, ya que estamos, debo decirte que no le gusta nada. —A pesar de que sabía que Ian no quería que le tutease, sino que le tratara de usted, no pensaba hacerlo. Ya habíamos pasado esa fase—. En mi opinión, debería dejar las clases.

Ian fijó su mirada en mí.

—Señorita Walker, en lo referente a la educación de mi hijo, su opinión no tiene ninguna validez. —La gelidez en su tono de voz hizo que mi estómago se hundiera.

—Mi nombre es Lottie —repetí con furia, cerrando mis manos en puños—. Y no sé qué mosca te ha picado hoy, pero no voy a permitir que me hables así.

Las aletas de la nariz de Ian se ensancharon, y si no lo supiese mejor, pensaría que, de un momento a otro, saldrían lava por ellas.

Una gran carcajada evitó que pudiese contestarme.

—Amigo, esta mujer me encanta —dijo Hudson, que parecía el único que se estaba divirtiendo—. ¿Puedo casarme con ella?

—¿Le estás pidiendo permiso a él? —le pregunté—. ¿Crees que es mi padre?

—¿Sabes qué, Lottie? Que tienes toda la razón. —Hudson agarró mi mano e hincó rodilla en el suelo. Acto seguido, levantó la cabeza para mirarme con una sonrisa en sus labios—. Elizabeth Charlotte Walker, ¿quieres casarte conmigo?

Aquella situación estaba comenzando a volverse surrealista. Evidentemente, Hudson era un bromista, y también un provocador, porque Ian lo estaba observando con el ceño fruncido y los labios firmemente apretados, pero a este parecía darle igual.

Iba a pedirle a Hudson que se levantara cuando Ian fijó sus ojos en mí. Entonces, alcé la

barbilla de manera desafiante, y con una sonrisa chulesca, centré mi atención de nuevo en Hudson.

—Sería todo un honor —contesté con fingida emoción.

Hudson alzó sus brazos en señal de victoria y, después, volvió a sostener mi mano para colocar un anillo imaginario en mi dedo anular.

—Suficiente. —La voz de Ian cortó el aire, interrumpiendo nuestro teatrillo—. He tenido bastantes payasadas por hoy —masculló, tan bajito, que apenas pude escucharle—. Hudson, vamos al despacho —Dio un paso hacia nosotros—. Y usted —los ojos entrecerrados de Ian se fijaron en mí— vaya a buscar a mi hijo. Su clase está a punto de terminar. Recuerde sus prioridades si quiere seguir manteniendo el trabajo.

¿Me estaba amenazando el muy idiota? Iba a mandarlo a la mierda cuando me di cuenta de que tenía razón. Solté mi mano de la de Hudson para sacar mi teléfono del bolsillo derecho de mi falda larga y comprobar que quedaban menos de cinco minutos para que la clase de Keir finalizara. La última vez había llegado tarde al aula de música y el profesor seguía impartiendo su clase ajeno a la hora con un Keir desesperado. El pobre niño no tenía la culpa de mi impuntualidad.

Hudson se levantó del suelo de un salto, con una agilidad envidiable. Sacudió sus pantalones a la vez que observaba a Ian con diversión.

—Necesitas echar un polvo, amigo —le dijo a Ian, sin importarle que yo me encontrara allí—. Eso te ayudará con ese mal humor que tienes. Melissa tiene una amiga a la que le encantaría conocerte.

Ahora sí que había llegado el momento de irme. No debería escuchar esa conversación; no quería escucharla. No debería importarme la vida sexual de Ian, ni tampoco si su amigo organizaba una cita doble. Pero algo en la idea de que Ian quedara con otras chicas hizo que un nudo se formara en mi garganta.

¿Qué estaba mal conmigo?

—Me voy —anuncié antes de que Ian contestara a la propuesta de Hudson—. Espero que nos veamos en otra ocasión —me despedí de Hudson con una sonrisa.

—Espera —me detuvo Hudson cuando estaba a punto de darme la vuelta para dirigirme hacia la puerta—. Este sábado doy una fiesta de inauguración en *mi nuevo hogar*. —No me pasó desapercibido el retintín con el que pronunció las últimas palabras—. Deberías venir.

¿Me estaba invitando a una fiesta? ¿A mí?

—Agradezco la invitación —dije, porque Hudson había sido simpático conmigo—, pero no creo que pinte mucho. No conozco a nadie...

—No, ella no pinta nada ahí —confirmó Ian con contundencia. Ladeé mi cabeza para mirarlo, pudiendo ver reflejado en su rostro lo poco que le apetecía mi asistencia allí—. Además, trabaja.

¿Pero qué le sucedía conmigo?

A cada minuto que pasaba, menos comprendía su comportamiento. ¿Tanto le desagradaba que acudiera a esa fiesta? Una fiesta a la que, seguramente, él también asistiría.

Lo que era extraño, ya que Ian no había tenido ningún problema en invitarme a pasar un día entero con él y Keir. Un día que los tres habíamos disfrutado. Aunque él parecía haberlo olvidado y había regresado a su aptitud hosca.

A no ser, que él no quisiese que fuera por una razón en particular. ¿Quizá él quería ir acompañado de la amiga de Melissa y le incomodaba que yo también estuviera allí? Lo que era una tontería, ya que entre nosotros no había pasado nada.

O, tal vez, Ian se avergonzaba de mí y no deseaba que los demás invitados le vieran en compañía de la niñera de su hijo.

—Vamos, deberías animarte —insistió Hudson, que parecía ser de los que no aceptaba un no por respuesta—. Mi padre tenía una colección de falsificaciones de cuadros extensa que voy a exponer. También hay alguna obra auténtica. Te gustará adivinar cuáles son verdaderas y cuáles no. De hecho, estoy pensando en hacer un concurso. Tienes muchas posibilidades de ganar.

—¿En qué momento has decidido eso? —se quejó Ian, no pareciendo contento con la idea—. Eso no me lo habías contado.

—Te lo estoy contando ahora —respondió Hudson, alzando sus hombros. Ian resopló—. Entonces, ¿qué me dices, Lottie? —me preguntó, volviendo a centrar su atención en mí.

—Me has convencido, iré —contesté al instante.

—No puede ir —entrecerré mis ojos al escuchar la voz de Ian—, tiene que cuidar de Keir.

Ladeé la cabeza para mirarlo con una sonrisa desafiante.

—Estoy segura de que a Marie no le importa vigilar a Keir por mí. Y quedarse a dormir para cuidarle. Sino, puedo pedírselo a Lorna —improvisé, porque, realmente, no sabía si alguna de las dos podría ayudarme.

—Pues no se hable más —dijo Hudson—. El sábado nos vemos allí. Os pasaran a buscar.

—Hecho.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ian abría la boca para decir algo, pero me despedí con la mano de Hudson y salí por la puerta antes de que hablase.

Parecía que ya tenía plan de sábado a la noche; uno que me entusiasmaba. Y no era ir a la fiesta, sino fastidiar al engreído de mi jefe.

Capítulo 12

—¡Qué guapa! —exclamó Keir, sentado a lo indio en su cama, ataviado con su conjunto de pijama de cuadros.

—¿Tú crees? —pregunté, mordiendo mi labio inferior—. Me siento un poco disfrazada.

Antes de ir a la fiesta a la que Hudson me invitó, pasé por el dormitorio de Keir para despedirme de él y acostarlo.

Marie había accedido a encargarse de él si surgía algún problema durante la noche, y Lorna me había prestado un vestido. Cuando había acudido adónde ella para que me dejara una prenda apropiada para una gala de noche, no pensaba que tendría un vestido propio de una gala de los Óscar.

El vestido de noche de color rojo con escote en forma de corazón se adaptaba a la perfección a mi cuerpo, amoldándose a mis curvas como una segunda piel. El vestido era largo, pero una profunda abertura lateral dejaba al descubierto gran parte de mi muslo derecho.

Lorna se había apiadado de mí y también me había dejado unas sandalias doradas; le había costado encontrar unas que no tuviesen un tacón de aguja y con las que fuese capaz de dar más de dos pasos sin caerme de bruces al suelo. Y un *clutch* —así era como ella lo había llamado—, que combinaba con las sandalias.

—Hoy no —contestó Keir, ladeando la cabeza hacia un lado.

—Supongo que eso me sirve —dije, riéndome—. ¿Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, no?

Keir arrugó el ceño, confundido. Pero después, sacudió su cabeza y señaló el libro que se encontraba cerrado sobre el colchón, frente a él.

—¿Me lees?

No necesitaba ver el libro para saber que se trataba de *Viaje al centro de la tierra*. La edición adaptada para niños había llegado hacía un par de días y Keir estaba encantado con ella.

Caminé hasta la cama para sentarme en el borde.

—Pero solo unas pocas páginas, ya que tengo que irme —accedí a su petición, aunque, pese a mis palabras, no había otra cosa que me apeteciese más en esos momentos que tumbarme junto a él y leer el libro. En realidad, no tenía ningunas ganas de ir a la fiesta de Hudson. No pintaba nada y la única razón por la que había accedido ir era porque Ian parecía que no me quería allí. Una razón, que ahora que mi furia se había evaporado, era completamente absurda.

—¿Quieres leer tú?

—Sí.

Era la primera vez que Keir se animaba a leer. Él estiró sus piernas y yo le ayudé a colocar el libro sobre sus muslos para su mayor comodidad. Durante los siguientes minutos, escuché a Keir leer mientras yo le señalaba los dibujos y hacía mis propias apreciaciones.

—¡Papá! —exclamó Keir, interrumpiendo su relato.

Desvié la atención de la hoja del libro para fijarla en la abertura de la puerta, donde se encontraba Ian, observándonos en silencio. Estaba tan ensimismada en el cuento, que no lo había escuchado entrar.

Con pasos seguros, Ian se adentró en la habitación. Llevaba un traje negro de tres piezas que, seguramente, había sido hecho a medida, y una corbata de seda de color verde oscuro.

Mientras yo me sentía disfrazada, Ian no podía estar más guapo.

—¿Quieres leer con nosotros? —le preguntó Keir.

Ian se acercó hasta el borde de la cama y miró el libro que Keir sostenía entre sus piernas con interés.

—¿Qué estáis leyendo?

—*Viaje al centro de la tierra* —contestó Keir con orgullo, cogiendo el libro y alzándolo en el aire para que su padre pudiese verlo.

Ian sonrió, pero sus labios se fruncieron cuando observó la portada del libro.

—Ese no es... —comenzó, pero se interrumpió a sí mismo cuando su mirada descendió hasta el suelo—. ¿Has tirado al suelo el libro?

Por un instante, no entendí su pregunta, hasta que no me incliné hacia delante y vi el otro ejemplar del libro que había dejado en la mesilla el día anterior, pero debía haberse caído al suelo. Ian se agachó para recoger el libro y lo observó con detenimiento, como si quisiera asegurarse de que no tuviera el más mínimo rasguño.

—Se ha debido de caer de la mesilla —le expliqué, sin entender a qué venía tanta exageración.

—¿Y por qué no le lees este? —preguntó, señalando el libro que acunaba en sus brazos como si fuese un bebé.

Por Dios, si solo era un libro.

—Sé que se lo has regalado tú, pero Keir es demasiado pequeño para entender esa edición. Le he comprado una edición para niños con muchas más ilustraciones. Y además, este libro es más nuevo y huele mejor. —Señalé la edición que Keir sostenía—. Yo también lo prefiero.

—Solo tú podrías decir algo así —murmuró Ian, entrecerrando los ojos—. Es una segunda edición del original.

¿Una segunda edición? Madre de Dios, podía costar un dineral. Y más teniendo en cuenta que el libro estaba en muy buen estado. Ni de lejos hubiese pensado que era tan antiguo.

—Keir es muy pequeño para poseer algo tan valioso. No sabe valorarlo.

—Ni tú tampoco —apostilló Ian mientras guardaba el libro en uno de los cajones de la mesita de noche que se encontraba al lado de la cama de Keir. Él seguía siendo un impertinente conmigo.

—Papá, ¿me lees? —preguntó Keir, que si había notado la tensión en el ambiente, no nos lo hizo saber.

Me levanté de la cama para que Ian pudiera sentarse. Su mirada recorrió mi cuerpo, deteniéndose en cada curva que el vestido acentuaba. Sus pupilas se oscurecieron y, por un instante, pude percibir el mismo deseo que yo sentía hacia él.

¿Y entonces, si él se sentía atraído por mí, por qué me evitaba? ¿Por qué no parecía querer pasar ni un solo minuto a mi lado?

Cerré los ojos, confundida. Pero cuando los abrí un segundo más tarde, Ian había ocupado mi lugar y su atención estaba en el libro que Keir le estaba entregando. Cualquier resquicio de atracción que hubiera pedido sentir entre nosotros se había evaporado, como si nunca hubiera existido.

—En media hora pasarán a buscarnos para ir a la fiesta —me informó Ian sin tan siquiera dignarse a mirarme en la cara—. No nos hagas esperar.

—Estoy lista.

Ian comenzó a leer el libro a su hijo sin responderme. Aunque sabía que me estaba echando de la habitación con sus palabras, no me fui. No lo hice porque era hipnótico verle interactuar con su hijo.

Tuve que reprimir una risa cuando Ian imitó la voz del profesor Otto. Y esboqué una gran sonrisa cuando Keir dijo que quería ser como Axel. Y hasta me emocioné en el momento en el que Keir le leyó unas líneas a su padre y a este le brillaron los ojos de orgullo.

Cuando Ian arropó a Keir, me acerqué para darle un beso en la mejilla.

—Duerme bien, cariño —le dije.

Keir me rodeó el cuello con sus pequeñas manos.

—Te quiero, Lottie.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza al escuchar esas palabras.

—Yo también a ti.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ian, que se había puesto de pie, nos observaba.

—Voy a por mi bolso —dije, dejándolos solos.

Salí por la puerta y sentí que mis tacones pisaban algo. Un lloriqueo me dio la pista de que se trataba.

—Perdón, Max, no te he visto.

El perro, que estaba tumbado en el pasillo, se puso de pie y me miró con los ojos entrecerrados a la vez que me gruñía.

—Por el amor de Dios, te he pisado un poco la cola. Tampoco es para montar un número —mascullé, cansada de que ese perro siempre fuese tan malhumorado conmigo—. Voy a quedarme todo el verano, te guste o no. —El ladeó la cabeza. No parecía convencido, pero ya no gruñía—. Quiero que nos llevemos bien.

Como respuesta, el perro sacó su larga lengua y se lamió la nariz. Aquella no era la respuesta que esperaba, aunque tampoco sabía qué estaba esperando. Estaba intentando razonar con un perro.

Max se volvió a tumbar, bloqueándome la puerta de mi habitación. Le pedí que se levantara, sin éxito. Me giré hacia el dormitorio de Keir para pedirle al dueño del san bernardo que pusiera orden, pero me quedé congelada en el umbral al escuchar la voz de Keir.

—¿Puede venir mañana Lottie a pescar con nosotros? —preguntó mientras un bostezo le pillaba desprevenido.

—A Lottie no le gusta pescar —mintió Ian.

—Podemos hacer otra cosa —insistió Keir, conmoviendo mi corazón. Él quería que yo pasase el domingo con ellos.

—Ella está ocupada, Keir.

El niño dijo algo, pero yo no lo oí, porque me alejé y apoyé mi espalda en la pared. A los pocos segundos, Ian salió, cerrando la puerta tras él.

—¿Por qué le has mentado a Keir? —lo confronté, sorprendiéndolo.

Ian ladeó la cabeza para mirarme.

—¿Estabas espiándome?

—¿Y qué si lo hacía? Además, eso no responde a mi pregunta.

—Eres la niñera de Keir, no su madre. No hay ninguna razón para que pases el domingo con nosotros.

A aquellas alturas, después de cómo se había comportado conmigo durante esos últimos días, esas palabras no deberían sorprenderme y, mucho menos, importarme, pero lo hacían. Fueron como puñaladas invisibles clavándose en mi pecho.

—¿Qué narices? —Me separé de la pared—. El domingo pasado eras amable conmigo. Nos lo pasamos bien los tres, pero en cuanto regresamos, sino me estás evitando, estás siendo antipático conmigo. ¿Qué te pasa?

—Tú, Lottie, eso me pasa —contestó Ian, con la voz alterada. Se pasó las manos por el cabello con desesperación, desordenando sus mechones perfectamente peinados—. Tú y ese maldito vestido. Eso es lo que me pasa. —Esas últimas palabras salieron tan estranguladas de sus labios que apenas pude entenderlas, pero lo hice.

Y me quedé tan confundida, que para cuando reaccioné, Ian ya se había dado la vuelta y se estaba alejando de mí, con Max siguiendo sus pasos.

Capítulo 13

—Tiene que ser una jodida broma —farfulló Ian mientras yo me mordía el interior de la mejilla intentando no reírme y fallando estrepitosamente.

A cada segundo que pasaba, Hudson me caía mejor. Ni en mis sueños más salvajes me hubiese imaginado que nos pasarían a buscar en un minibús de color rosa. Pero eso no era lo peor. Observé el cartel situado en la parte trasera del vehículo.

—Mi anfitrión es un molón y siempre causa sensación —leí en voz alta las letras escritas en color naranja neón y estallé en carcajadas.

Ian bufó.

—¿Quieres dejar de reírte y subir al autobús?

—No sé por qué tanta prisa —me quejé con una sonrisa. Estábamos frente a la casa de Ian, y señalé los alrededores con la mano—. ¿Estás preocupado porque no armoniza con el entorno?

—Ian entrecerró los ojos, pero no me respondió—. Eso tiene solución, manda que pinten las gárgolas de rosa.

—Sube al bus, Lottie —exigió, frunciendo el ceño y sin ningún atisbo de buen humor. Al parecer, a Ian no le había hecho tanta gracia como a mí. Aunque, al menos, me había llamado por mi nombre.

Entre risas, subí por las escaleras que conducían a la puerta trasera del minibús, que estaba abierta. Saludé a las personas que se hallaban dentro del vehículo, pero toda mi atención estaba en andar por el pasillo hasta encontrar un asiento libre sin perder el equilibrio y caer de bruces al suelo. Porque, a pesar de que Lorna me había prometido que las sandalias que llevaba puestas eran las más cómodas de toda su extensa colección de calzado, yo no estaba acostumbrada a caminar con zapatos de tacón.

Visualicé un par de asientos libres en una de las últimas filas. Iba a acercarme cuando sentí como una mano agarraba mi muñeca y tiró de mí con fuerza hasta que consiguió que me sentara en un asiento. Aunque si no fuera porque logré sostenerme con el respaldo del asiento, hubiera terminado dándome un golpe.

—No sabes qué feliz, me hace saber que MacAllister está saliendo con una mujer.

Ladeé la cabeza para mirar a la mujer que había pretendido matarme y que ahora quería sacarme un ojo con su pámela. Por lo visto, eso de quitársela dentro del minibús no iba con ella.

—No soy su novia, soy la niñera de su hijo —le aclaré, aunque no tenía por qué hacerlo.

La mujer, de unos setenta años de edad, me miró de arriba abajo y sonrió. Lo hizo como si no se creyese una palabra de lo que le estaba diciendo.

—Ese niño pequeño necesita una madre —continuó la mujer—. Y hermanos —apuntó, chasqueando la lengua—. Estás muy delgada —observó descaradamente mis caderas—, pero hoy en día todas lo estáis y tenéis hijos sanos, así que no debería ser un problema.

¿Pero de qué estaba hablando?

Cansada de aguantar chorradas, fui a levantarme para sentarme en otro asiento, cuando sentí cómo el minibús comenzaba a moverse.

Miré mis sandalias de tacón y suspiré, resignada. Ahora sí que no tenía escapatoria.

Busqué a Ian, pero no lo encontré por ninguna parte.

—Betty, deja a joven en paz —recriminó una voz masculina que no conocía. Suspiré de alivio a la vez que giraba la cabeza para ver a mi salvador, un hombre mayor, que estaba sentado

en uno de los asientos colindantes a los nuestros.

—Querido, la joven y yo solo estamos charlando —dijo Betty, pareciendo ofendida ante la reprimenda de aquel hombre—. ¿Te estoy incomodando? —me preguntó, centrando su atención de nuevo en mí.

Iba a decirle que un poco, pero la señora hizo un mohín, como si tuviese tres años. Y sus ojos marrones brillaron. No me lo podía creer.

—No, claro que no.

—¿Ves, Thomas? La joven dice que está encantada conversando conmigo. —Betty le dedicó una sonrisa triunfal al hombre, quien no pareció muy convencido ante los argumentos de la mujer, pero que por la manera en la que se encogió de hombros en señal de derrota y fijó su mirada al frente, decidió darse por vencido—. Es mi marido, que se empeña en meter las narices dónde no le importa. —Abrí los ojos ante el descaro de aquella mujer. No, si todavía le llamaba cotilla a él—. Hombres. —Betty suspiró y apretó mi agarre a la vez que se inclinaba hacia mí—. Cuéntamelo todo —pidió.

—¿Que te cuente qué?

—Como comenzó lo vuestro —dijo, haciendo caso omiso a mis palabras anteriores.

El resto de pasajeros hablaban animadamente, pero me pareció escuchar una risa que había oído pocas veces, aunque se había grabado en mi memoria. Escudriñé el minibús hasta que encontré a mi objetivo. Ian se hallaba unos asientos por detrás, sentado solo. Miraba con expresión seria hacia delante, como si estuviera distraído. No me dejé engañar, porque él estaba atento a nuestra conversación. Estaba segura de ello.

—Sálvame —le gesticulé con los labios cuando su mirada se fijó en la mía.

El muy idiota volvió a mirar hacia delante, pero pude ver cómo sus labios se curvaban ligeramente.

—Joven —me llamó la señora.

—Tengo que ir a hablar con Ian. —Ella esbozó una sonrisa de satisfacción. Como si mis palabras fuesen un lapsus con el que certificaba que manteníamos una relación—. Con el señor MacAllister —me corregí—. Es un tema sobre su hijo. Porque soy su niñera y hablamos de su hijo.

Dios, cada vez odiaba más esa manía mía de hablar por los codos cuando me ponía nerviosa. Prefería arriesgarme a romperme una pierna que a soportar durante un minuto más el interrogatorio de Betty.

Con la mayor concentración que había tenido en toda mi vida y antes de que Betty tratara de retenerme de nuevo, me solté de su agarre y comencé a caminar por el pasillo. Tras varios pequeños tropiezos, conseguí llegar sana y salvo hasta la fila en la que estaba sentado Ian.

—Gracias por echarme un cable —espeté con ironía mientras ocupaba un lugar a su lado.

—Si alguien es capaz de salvarse sola, esa eres tú. Eres la mujer más fuerte y segura de sí misma que conozco.

Cuando ladeé la cabeza para mirar a Ian, sorprendida, él tenía su vista fija en la ventana, como si yo no estuviese allí.

¿Había soñado sus palabras?

Probablemente, porque él estaba empeñado en ignorarme. Como no pensaba suplicarle para que mantuviese una conversación conmigo, ni iba a regresar a mi anterior asiento, me dediqué el resto del trayecto a evadirme en mi propio mundo. El problema era que, cuando cerraba los ojos, tenía la sensación de que Ian me estaba observando y su rostro se materializaba en mis pensamientos. Pero cuando los abría, él no me estaba mirando.

Estaba comenzando a obsesionarme con ese hombre. Un hombre que no me convenía; un hombre que, por alguna razón, parecía enfadado conmigo. Un hombre que era mi jefe, y que eso era lo único que tenía que ser. Aunque no podía evitar desear algo más.

Afortunadamente, todas esas preocupaciones se desvanecieron cuando bajamos del minibús, ya que en lo único que podía centrar mi atención era en la imponente construcción que tenía frente a mí.

—¿Hudson ha alquilado un castillo para la fiesta? —pregunté al aire.

—Lo ha heredado de su padre.

Ladeé mi cabeza para mirar a Ian, que se encontraba a mi lado.

—¿Quién narices hereda un castillo?

Ian sonrió.

—El hijo de un duque.

Los dos estábamos parados en mitad del camino que llevaba hasta la puerta principal con dos imponentes torres franqueando la entrada. La fachada del castillo te trasladaba a la Edad Media con ventanas altas y estrechas.

Vi por el rabillo de ojo como el resto de invitados avanzaban por el camino de entrada iluminado con antorchas clavadas en el suelo a ambos lados. Todo estaba preparado para dar un aire de fantasía y misterio.

Algunos invitados habían ido en sus propios vehículos, y pude ver cómo un par de miembros del personal de Hudson se llevaban los coches a la parte de atrás para no romper la magia.

—Tu amigo sí que sabe dar fiestas.

—Eso siempre se le ha dado bien. —Ian hizo una mueca, y durante unos segundos, pareció perdido en algún recuerdo. Quizá, alguna vivencia con Hudson que no pensaba compartir conmigo. Después, se giró para mirarme y me ofreció su brazo—. ¿Entramos?

—Claro —respondí, enhebrando mi brazo con el de él, a pesar de que no comprendía sus constantes cambios de humor conmigo.

Ian MacAllister era un maldito misterio. Un día, parecía que estábamos comenzando a construir algo, y al día siguiente, se comportaba como un extraño. Había sido muy claro mostrando su rechazo ante mi presencia en aquella fiesta, pero ahora quería que entrásemos juntos.

No pude evitar que las palabras que me había dicho en el minibús minutos antes regresasen a mí y un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Por alguna razón que no podía llegar a entender, me sentía más segura entrando al interior del castillo junto a él. Más yo misma. Era como si junto a él no pudiese perderme, como si junto a él perteneciese allí. Cuando era obvio que una fiesta en un castillo no era mi lugar.

Aunque, por un instante, me sentí como una princesa de cuento que iba del brazo de su príncipe. Ni siquiera de pequeña me entusiasaban los cuentos de princesas. No era de las niñas que soñaban con vivir en un castillo, o que mi príncipe azul viniese a rescatarme. Pero cuando entramos por la puerta y llegamos al salón principal, me sentí como en mi propio cuento de hadas.

Observé los candelabros de cristal colgaban del techo, iluminando la sala con una luz suave. Las paredes estaban decoradas con tapices que narraban batallas y banquetes de antaño. El suelo de mármol, pulido hasta brillar; incluso podía ver mi propia sombra y la de Ian. Agarrados del brazo parecíamos una pareja de verdad.

Aunque yo bien sabía lo lejos que estábamos de serlo. Ian MacAllister tan solo era mi jefe;

el padre del hijo que estaba cuidando. Y eso era algo que él se había encargado de dejar muy claro.

La orquesta, situada en una esquina, tocaba una melodía tranquila mientras los invitados charlaban animadamente entre ellos.

Observé las mesas colocadas alrededor de sala, cubiertas con manteles de encaje y adornadas con arreglos florales en tonos rojos y dorados. Sobre ellas, una variedad de manjares tentaban a los invitados. Unos camareros con bandejas de plata con copas de vino recorrían discretamente el salón.

Todo estaba dispuesto para que los invitados disfrutasen de una noche de ensueño. Una noche mágica. Una mujer me miró y enarcó una ceja al ver mi vestido. Otra hizo lo mismo. Mi vestido era precioso, pero no era de marca, ni llevaba joyas caras encima. Instintivamente, me toqué mis pendientes de aro dorados de bisutería, y fue como una revelación. La magia se rompió de golpe.

Me sentí como cenicienta, pero antes de dar las doce. ¿Qué narices estaba haciendo? Yo no pertenecía a ese lugar.

Me solté del brazo de Ian.

—¿Todo bien? —me preguntó él.

—Tú tenías toda la razón. No debería haber venido —confesé—. Solo soy una niñera, no es mi lugar.

—¿Qué estás diciendo? —Ian parecía confuso—. Está equivocada, no era esa la razón...

Sin dejarle terminar su discurso, me separé de él y me dirigí hacia una de las mesas. Ian no me siguió. Cogí una pasta de chocolate y le di un mordisco. El sabor dulce provocó que me sintiese mejor.

No entendía muy bien lo que me había sucedido. No sabía por qué de repente me había dado ese bajón. Mi origen humilde no me hacía menos que los demás. Y había sido injusta con Ian. Él nunca me había tratado diferente por ello.

Aunque, en realidad, estaba enfadada con él porque él no sentía la misma atracción que yo sentía por él. Estaba enfadada porque quería encajar en su mundo. Enfadada porque estaba teniendo sentimientos por un hombre que apenas conocía, y enfadada porque estaba siendo una idiota.

Inconscientemente, me llevé una mano al medallón que colgaba de mi cuello y que no me había quitado durante un solo día desde que había llegado. Me hacía sentirme cerca de mi hermana y me daba tranquilidad. Porque sabía que siempre podría contar con ella.

—El duque de Norkfolk no ha escatimado en gastos.

Me giré para ver a una chica detrás de mí. Era joven; tal vez, unos pocos años más que yo. Llevaba su largo cabello negro azabache recogido en un sofisticado moño, y un largo vestido verde de diseño que llegaba hasta el suelo y que, seguramente, costaba más que todo mi armario.

—¿El duque de Norkfolk? —repetí con confusión.

—¿No sabes quién es nuestro anfitrión? —El deje de burla que utilizó no me gustó ni un pelo—. No me digas que te has colado. —A pesar de que parecía una broma, pude notar el resquicio de duda en su voz.

—Tienes razón, me he colado. En realidad, el vestido, los zapatos; incluso el peinado, ha sido creado por mi hada madrina. Tendré que irme antes de que se rompa el hechizo. Solo esperó no perder uno de los zapatos, no quiero que Hudson tengan que buscar a todas las jóvenes casaderas para ver si les sirve —dije, con el sarcasmo bañando mis palabras.

La joven dio un sorbo de la copa que lleva en la mano y volvió a mirarme de arriba abajo.

—Tu hada madrina ha hecho un buen trabajo —respondió, siguiendo mi broma, y por un instante, me sentí mal por haberla tratado injustamente; por creer que era una clasista—. Ninguna costurera podría haberlo hecho mejor con una tela de tan mala calidad.

Inmediatamente, dejé de sentirme mal. Mi primera impresión había sido la correcta; aquella chica era una arpía.

—Pero eso es porque mi hada no consideraba necesario gastarse todos sus ahorros cuando no lo necesito. Luzco espléndida con cualquier trapito.

La joven abrió la boca, pero fue interrumpida por Hudson.

—Nunca he escuchado mayor verdad —dijo, para acto seguido, darme un beso en la mejilla—. Clarissa —la saludó sin hacer ademán de acercarse a ella.

—¿Quién eres? —me preguntó Clarissa.

—Una amiga de Hudson. —No era exactamente así, pero no tenía la necesidad de darle ninguna explicación.

—¿Y por qué no la conozco? —indagó, mirando a Hudson, con un enfado que no comprendí.

—¿Y por qué deberías hacerlo? —contraataqué, ya que odiaba que hablasen de mí como si no me encontrase allí.

—¿Te acuestas con ella?, ¿por eso está aquí? —insistió Clarissa, mirándome con desdén, provocando que casi me atragantase con mi propia saliva.

Hudson esbozó una sonrisa, pero, por primera vez desde que le conocía, no fue una real.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó.

—No lo sé, ya no estamos juntos —respondió Clarissa, esbozando una falsa sonrisa y mirándole como si esperase alguna reacción en él.

Me di cuenta de que me encontraba en medio de un drama.

—Vaya por dios. Se queda soltero y sin título, todo en el mismo mes. Debe estar desolado.

Clarissa se transformó ante mis ojos. Jugueteó con un mechón de su cabello y se mordió el labio inferior de una manera sugerente.

—Serás un mejor duque de Norkfolk de lo que lo sería él.

Estiró la mano para acariciarle la mejilla a Hudson, pero él giró la cara para mirarme a mí.

—Bailemos, es un día para celebrar.

No me dio tiempo a negarme. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la improvisada pista donde algunos de los invitados bailaban en parejas. Rodeó mi cintura con sus manos, acercándose a él.

—Creo que Clarissa me está taladrando con la mirada —dije, mirando de refilón a la joven.

—Es una cazatítulos, pero es inofensiva, siempre y cuando no dejes que te muerda. Sus colmillos están llenos de veneno.

No pude evitar echarme a reír.

—Vaya, así que eres duque y vives en un castillo.

—Ninguna de las dos por elección propia. Pero se ve que mi padre no quería irse al otro mundo sin asegurarse de que me amargaba la vida.

Iba a preguntarle a qué se refería, ya que sus palabras no tenían ningún sentido, pero un carraspeo nos interrumpió.

Ian estaba frente a nosotros. Su expresión era seria y sus labios estaban apretados en una fina línea. Parecía enfadado; aunque, ¿cuando estaba Ian contento?

—Hudson, Joe Lobert te está buscando.

—Que espere —dijo, tirando de mí cuando intenté dejar de bailar—. Una fiesta no es el

lugar adecuado para intentar convencerme de que meta el dinero que he heredado en su banco.

—Aun así, deberías hablar con él.

Hudson sonrió de una manera maliciosa y agarró mi mano con la suya. Me hizo girar un par de veces alrededor de mí misma, haciéndome reír.

—Creo que me he mareado —me quejé.

—Yo te socorro —bromeó, sujetándome.

Cuando me soltó, la música había terminado y la orquesta se preparaba para tocar otra melodía. Esperé encontrar a Ian observándonos con el ceño fruncido, pero no estaba allí.

—Se ha ido a la barra —me dijo Hudson, señalando una pequeña barra tras la que dos camareros atendían las órdenes de los invitados.

—No entiendo a ese hombre. De pronto, está enfadado conmigo, como que se comporta con amabilidad —reconocí con un suspiro.

Hudson me ofreció su brazo. Nos dirigimos hacia unos sillones vacíos. Se sentó en uno y yo ocupé un lugar a su lado.

—Ian nunca ha sido el hombre más alegre del planeta —me confesó—, pero desde que... —hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de que había hablado más de la cuenta.

—Murieron su mujer y su hermano —dije, haciéndole saber que conocía aquella información.

—Sí —respondió, aunque pude ver en sus ojos que iba a decir algo más, pero no lo hizo —. Se está regodeando en la tristeza y eso no bueno. Es mi mejor amigo y quiero que sea feliz. Y tú puedes ayudarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir, Lottie. Solo hace falta verte durante unos minutos para saber que eres portadora de alegría y felicidad.

Eso era una gilipollez. Iba a decírselo, pero él me interrumpió.

—Aunque nada me gustaría más que seguir disfrutando de tu presencia, ha llegado el momento de que divierta a mis invitados con un juego.

—¿De verdad vas a hacerlo? —le pregunté, ya que aunque me lo había dicho días antes, pensaba que bromeaba.

—Por supuesto que sí. He seleccionado las mejores falsificaciones. Deberías participar.

—¿Cuál es el premio?

Hudson se rio.

—La satisfacción de haber ganado.

—Tus invitados no parecen ser de los que se conforman con una palmada en la espalda cuando ganan.

—La mayoría de mis invitados ni siquiera me miraban dos veces hasta hace dos meses, cuando salió a la luz el testamento de mi padre. Están aquí para corroborar que no soy digno del título. Así que no me queda más remedio que demostrarles la razón que tienen. —A pesar de que Hudson mantenía su tono bromista habitual, pude entrever la amargura que se escondía detrás de sus palabras.

—No creo que seas de los que le importan lo que piensen los demás.

Hudson esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—A todos nos importa lo que piensen los demás de nosotros aunque lo neguemos. Incluso a ti.

Iba a replicar, pero él tenía parte de razón. Iba por la vida con la seguridad de que mientras hiciese aquello que era correcto para mí no debería importarme nada más. Generalmente, las

críticas de personas a las que no les importaba me daban igual, pero no siempre. Porque, a veces, lograban hacerme daño.

Hudson se levantó, cogió mi mano y besó el dorso.

—Disfruta de la fiesta, Lottie. Espero tener la oportunidad de volver a verte.

Capítulo 14

Durante la siguiente hora me quedé sentada en el sillón. Hudson se marchó junto a algunos invitados a otra sala para realizar su juego de las falsificaciones. Aunque por un instante dudé, al final, decidí no ir. Por lo que había hablado con él, tenía la sospecha de que Hudson tenía algo que demostrar a sus invitados. Y no era que sería un buen duque.

Además, me venía bien un poco de tiempo sola. Sin embargo, por muy a gusto que estuviese sentada alejada de los invitados, necesitaba ir al baño, así que no me quedó más remedio que levantarme. Aproveché para buscar a Ian con la mirada, pero no lo encontré. A lo mejor se había marchado de la fiesta. El minibús no salía hasta las tres de la mañana, pero eso no impedía que se hubiese pedido un taxi. O, tal vez, estaba con Hudson.

Intenté quitarme a Ian de la cabeza, ya que no debía importarme lo que hacía o dejaba de hacer, y le presté atención mi vejiga, que se quejaba con insistencia. Me dirigí hacia el baño habilitado cerca del salón, pero tenía delante como a cinco mujeres. Esperé diez minutos y la cola no se movió. Había aguantado demasiado, por lo que necesitaba buscar una solución rápida.

Salí por el pasillo para encontrarme unas escaleras de piedra blanca que subían hacia la primera planta. Las paredes también eran de piedra, decoradas con espadas y escudos de la época medieval. Una sentía como si se encontrase en otro siglo, pero no podía permitirme disfrutar demasiado de la experiencia, porque me urgía encontrar un aseo.

Llegué a la primera planta y me adentré por el pasillo, aunque no tenía la menor idea de dónde podía encontrar un baño, y tampoco quería deambular sin rumbo, ya que corría el riesgo de perderme. Abrí la primera puerta que vi. No era un baño, aunque esa no fue la sorpresa que me encontré, lo sorprendente fue que la habitación estaba ocupada por una pareja que se hallaban sobre la gran cama de matrimonio que presidía el dormitorio. Sentí que mis mejillas ardían en sangre cuando mi mirada se centró en el hombre, que estaba completamente desnudo y de espaldas a mí.

No había que ser un lince para saber qué estaban haciendo o qué estaban a punto de hacer.

Antes de poder cerrar la puerta, salir corriendo y olvidar para siempre aquella imagen de mi memoria, escuché un sonoro chillido femenino. La chica había quitado a su pareja de encima de ella de un empujón y me observaba, completamente estupefacta.

Yo conocía a esa chica. De hecho, acababa de conocerla.

El chico, al verme, se echó a reír.

No me lo podía creer.

—¿Te hace gracia? —le espetó Clarissa con el ceño fruncido.

Hudson me guiñó un ojo antes de volver a centrar su atención en Clarissa.

—No me pillaban en una situación como esta desde que estaba en el internado.

—¿No vas a cerrar la puta puerta? —me preguntó Clarissa a la vez que le lanzaba dagas con los ojos a Hudson, quien se había sentado en la cama. Clarissa aprovechó para taparse con las sábanas, algo que Hudson no hizo, a pesar de que ella estaba en ropa interior, mientras que él no llevaba ni una sola prenda encima. Hudson parecía cómodo con su desnudez, aunque yo evité mirar por debajo de su cuello.

—Lo siento —me apresuré a decir, cerrando la puerta con rapidez, a pesar de que yo no tenía nada por lo que pedir disculpas. ¿Cómo se les ocurría no cerrar la habitación con llave o intentar atrancarla de alguna manera cuando abajo estaban celebrando una fiesta con cientos de

invitados? No podía ser la única que se equivocara de habitación. Además, tampoco me extrañaría que alguna invitada o invitado como Betty decidiera aprovechar para husmear por las diferentes estancias libremente—. Todos los hombres son idiotas —mascullé mientras me daba la vuelta para seguir buscando el baño.

Lo que no me esperaba era recibir una respuesta.

—Generalizar induce al error, señorita Walker.

Miré a Ian, que se encontraba frente a mí, observándome con una ceja alzada. Ni siquiera me sorprendí. Estaba empezando a acostumbrarme a encontrármelo en los peores momentos.

—Tal vez todos no, pero la mayoría —puntalicé, dando un par de pasos hacia él y alejándome lo máximo posible de la puerta del dormitorio—. Acabo de encontrar a Hudson a punto de acostarse con Clarissa —admití, sin saber por qué se lo estaba contando.

Ian no pareció sorprendido ante mi confesión. Metió sus manos en los bolsillos de su pantalón de traje mientras me miraba con una expresión impasible.

—Si no hubieses abierto la puerta de su habitación sin permiso, eso no hubiese sucedido y no habrías pasado un mal rato.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No se lo pregunté, porque eso me daba lo mismo.

—No me he llevado ningún mal rato —repliqué, más a la defensiva de lo que me gustaría—. Llámame rara, pero no me gusta especialmente interrumpir a dos personas que están intimando. Hace años compartí piso con una chica a la que le gustaba practicar sexo con su novio en cualquier lado de la casa sin importarle que yo pudiese pillarles. Me mudé en cuanto pude, pero les pillé las suficientes veces para que esté curada de espanto —dije, dando más información de la probablemente le importaba, pero Ian me escuchaba con atención—. No es eso. He conocido a Clarissa en la fiesta, ella es... —me detuve, tratando de buscar la palabra correcta para definirla.

No obstante, Ian parecía tenerla.

—Una alimaña.

—Yo iba a decir arpía clasista, pero me sirve —reconocí con una mueca—. No entiendo por qué Hudson se ha acostado con ella. Parecía que no la soportaba.

Ian se rio sin humor.

—Clarissa es una mujer interesada y sin escrúpulos, pero no se molesta en esconderlo. Lo que ves es lo que hay. Ese tipo de personas son previsibles. Las peligrosas son las que ocultan su verdadera identidad, y cuando te das cuenta, ya es demasiado tarde.

Por un segundo pensé que hablaba de mí, que me había pillado. No obstante, él no me estaba mirando. Sus ojos verdes brillaban como si estuviese sumido en algún recuerdo doloroso.

—¿No sabrás dónde está el baño? —pregunté, porque aunque había millones de preguntas que quería hacerle, esa era la que más me urgía.

Ian salió de su aturdimiento en cuanto escuchó mi voz. Aunque su rostro volvió a adquirir esa expresión vacía tan habitual en él, como si nada de lo que ocurría le afectara lo más mínimo, pude entrever una mueca amarga en sus labios.

—La puerta de enfrente —dijo, señalándola con la barbilla.

—Mierda, he estado cerca de evitarme el trauma de ver a esos dos desnudos.

—Pensaba que eso no te importaba.

—Y no lo hace —respondí, desafiante—. Sobre todo, ver a Hudson. Tu amigo está bien dotado —dije a la vez que entraba en el baño.

No fue hasta que no cerré la puerta que no pude evitar pensar cómo había sido tan idiota como para permitir a mi lengua soltar semejante tontería. No sabía en lo que estaba pensando al

decirlo. Además, que era mentira, ya que ni siquiera me había fijado en el miembro de Hudson.

Sin embargo, una parte de mí sí lo entendía. Quería que esa tristeza que había aparecido en los ojos de Ian desapareciese y fuese sustituida por otra emoción. Claro que le podía haber contado un chiste para que se riese, pero ese diablillo que se escondía en mi interior y que tomaba el poder más veces de las que me gustaría, deseaba provocar algún tipo de reacción en él. Demostrar que, de alguna manera, yo le importaba. Que no era tan solo la niñera de su hijo.

Salí del baño convencida de que Ian estaría esperándome fuera para pedirme explicaciones, pero no lo estaba. No pude evitar que la decepción se apoderara de mí. Aunque, ¿qué esperaba? A Ian le había dado exactamente igual mi provocación. A veces, era demasiado crédula para mi propio bien.

Caminé hasta las escaleras y descendí por ellas cuando una mano tiró mi. Si no fuera porque unos brazos fornidos sostuvieron mis caderas con firmeza, me hubiera caído de bruces al suelo. De repente, me vi debajo de las escaleras, en un hueco del que no me había percatado, apoyada contra una pared.

Ian estaba frente a mí, con sus ojos brillando con una emoción que no supe definir.

—Sé lo que pretendías —susurró, soltándose y apoyando sus manos contra la pared. Su cuerpo estaba pegado al mío. Su olor masculino inundando mis fosas nasales. Era embriagador; todo en él lo era.

—¿Ah, sí? —dije, haciéndome la tonta—. Pues estás equivocado, no pretendía nada.

—Sí, querías provocarme.

—¿Y lo he logrado?

Ian ladeó la cabeza como respuesta. Antes de que fuese consciente de lo que estaba sucediendo, su boca estaba sobre la mía. Sus labios suaves se apoderaron de lo míos. Aunque eso era lo único suave que hubo en ese beso. Ian me besó con fiereza y urgencia. Como un hombre hambriento que ha encontrado un oasis en medio del desierto tras días desfalleciendo bajo las altas temperaturas. Y yo le correspondí con la misma intensidad; como si fuese el primer hombre al que besaba. Y una parte de mí se sentía así; como si todos los demás besos hubiesen sido simples ensayos. Como si el besar a Ian fuese el objetivo final.

Ese hombre no se conformaba con un simple beso, tenía que darme uno que fuese como una droga, uno capaz de provocar una amnesia total que borrara cualquier recuerdo de besos pasados. Pura felicidad hecha química.

Felicidad en la que quería sumergirme y de la que nunca quería desprenderme.

Cuando enredó sus dedos en mi pelo y su lengua bailaba con la mía, sentí que las rodillas me fallaban. No pude evitar gemir contra su boca y él me respondió profundizando en el beso.

Por unos instantes, lo olvidé todo. Olvidé las razones por las que era mala idea, olvidé mi preocupación por ser descubierta, olvidé a mi descuidada madre; hasta olvidé mi nombre. Porque ese hombre me estaba besando hasta anularme el sentido y la razón.

Cuando el beso se rompió, porque todo lo bueno siempre acaba, los dos respiramos con dificultad. Ian acarició mi mejilla con el dorso de sus dedos y una sonrisa bobalicona se dibujó en mis labios.

—Guau —dije, con el aliento aún entrecortado—, eso ha sido...

Ian no permitió que yo terminase la frase.

—Un error.

Aquellas palabras se clavaron como puñales en mi corazón. Ian estaba sonriendo y sus ojos reflejaban una calidez que nada tenía que ver con lo que acababa de decirme. ¿Qué estaba pasando? Sin poder evitar sentirme rechazada de nuevo, moví la cabeza con fuerza para

deshacerme de su contacto. Di un paso hacia un lado, dispuesta a rodearlo e irme, sin querer pasar ni un instante más allí, cuando él lo impidió, sosteniendo mi muñeca.

Iba a exigirle que me soltara cuando escuché unos pasos encima de nosotros. Alguien subía por las escaleras. Me quedé callada, con los ojos abiertos. No me había dado cuenta de que podían habernos visto, aunque probablemente me hubiese dado igual. Porque incluso, tras sus palabras, deseaba volver a besarlo. Pero no era culpa mía, la culpa era de sus labios. Ese hombre tenía unos labios para ser besados.

Cuando los pasos se alejaron, Ian tiró de mi mano, llamando mi atención.

—Ha sido el mejor beso que he tenido nunca en mis treinta y un años de vida.

—Pensaba que tenías treinta y cinco —espeté. Era una idiotez para decir, pero ¿cuándo yo decía lo adecuado?

Ian sonrió a la vez que negaba con la cabeza.

—Lottie —su expresión se endureció, aunque sus ojos continuaban siendo cálidos—, te he dicho que era un error porque ahora voy a querer besarte a todas horas.

Sentí que mi cuerpo se relajaba al escuchar aquella confesión, y la sensación amarga que me había invadido por su rechazo se evaporó.

—¿Y qué te lo impide?

Recorrí mi labio inferior con mi lengua, incitándole a que me besara de nuevo.

Ian me soltó de su agarre.

—Te mereces un hombre que pueda ofrecerte una relación, que pueda entregarte su corazón. Que pueda amarte como te mereces. Yo no puedo darte ninguna de esas cosas. No puedo dárselas a nadie porque ya no están en mí.

El dolor que transmitía era tan fuerte que arrasaba con todo lo que había alrededor. Él ya había amado y la había perdido. También había perdido a su hermano. Todo el mismo día. No era de extrañar que su corazón estuviese roto.

—¿Y si solo quiero una aventura? —pregunté, antes casi de ser consciente de lo que estaba diciendo—. Solo sexo sin ataduras —continué, porque una vez metida en el charco, fui a por todas. Y porque si con un beso me había hecho ver las estrellas, una sola noche con él me haría sentirme en el paraíso.

Sin embargo, había una parte de mí que me gritaba que no lo hiciera; que me advertía que aquella propuesta iba a ser el peor error que iba a cometer en mi vida. Porque una noche con él no sería suficiente.

Ian inspiró profundamente al escuchar mi proposición. Por un instante, solo por uno, creí que iba a aceptar. Pude ver el deseo reflejado en sus ojos verdes; incluso la batalla que se formaba detrás de ellos y cómo su convicción iba menguando.

—No podemos hacerle eso a Keir. Él ya está encariñado contigo —dijo, a pesar de que pude ver que quería ceder a mis deseos.

—No es como si fuésemos a acostarnos delante de él —espeté, enfadada. Aunque ni siquiera sabía por qué lo estaba. Ian estaba siendo razonable; era mejor no mezclar las cosas entre nosotros. Pese a que debería de habérselo pensado mejor antes de besarme. Maldita sea, él había sido quien había iniciado todo—. Pero tienes razón —me solté de su agarre—, es mejor no juntar trabajo con placer. Yo soy la niñera y tú mi jefe. —A pesar de que traté de que aquellas palabras sonaran convincentes, no lo logré.

Y por la forma en la que Ian entrecerró los ojos y se pasó una mano por su cabello, para él tampoco lo fueron.

—Joder —masculló—, estoy intentando explicarte que no es buena idea y lo único que

quiero es llevarte a una de las habitaciones y hacerte mía.

Y, de nuevo, unas pocas palabras bastaron para que todo lo que había dicho un minuto antes se desvaneciera, como si no hubiera existido.

—Entonces, hazlo —susurré, tan bajo que apenas pude escucharme a mí misma.

Ian dio un paso hacia mí.

—Confía en mí, es lo que más deseo en estos momentos. Pero no es buena idea.

De nuevo, su lenguaje corporal volvía a contradecir sus palabras. Sin embargo, sabía que Ian tenía razón. El sexo lo complicaría todo entre nosotros, porque yo le estaba ofreciendo algo que no iba a poder cumplir. Yo lo quería todo con él; unas pocas noches no serían suficientes.

En menos de dos meses me marcharía. Yo regresaría a Londres con mi corazón intacto y él continuaría con su vida. Jamás volveríamos a vernos.

Era lo mejor. Por una vez en mi vida, estaba tomando la decisión correcta.

Entonces, ¿por qué sentía ese vacío en mi interior? ¿Cómo si me faltase una parte de mí?

—Creo que tienes razón. Es mejor que sigamos siendo jefe y empleada —dije antes de suplicarle que cambiase de idea. Antes de estropearlo todo.

—No tiene por qué ser así, podemos ser amigos —propuso Ian, sorprendiéndome.

—No voy a cobrarte menos por cuidar a Keir porque seamos amigos —bromeé, tratando de aligerar la tensión que se había creado entre nosotros.

—No lo esperaba. —Ian sonrió y yo intenté imitarlo, pero tan solo conseguí que mis labios se estiraran en una mueca tensa—. Ven conmigo y Keir a pescar mañana.

A pesar de que agradecía su proposición, no podía aceptarla.

—Keir necesita pasar tiempo con su padre a solas. Y no quiero que se acostumbre a que los domingos los pasamos los tres juntos. En unas semanas, me marcharé.

—Él te echará de menos de todas maneras. —«Y yo también». A pesar de que Ian no dijo aquello en voz alta, pude verlo reflejado en su rostro. Y tuve que contener las ganas de besarlo. Tenía que mantenerme alejada de ese hombre por mi propio bien.

—Es mejor que regresemos a la fiesta —dije, retrocediendo un paso y buscando la máxima distancia entre nosotros.

Ian abrió la boca para decir algo, pero debió pensárselo mejor, porque la cerró y movió su cabeza en un asentimiento.

—Vamos. —Hizo un gesto con su mano para que lo siguiera a la estancia principal.

Si creía que regresar de nuevo a la fiesta conseguiría distraerme, me equivoqué. Porque en lo único que pude pensar hasta que regresé a mi habitación horas después, fue en el beso que Ian y yo nos habíamos dado.

Un beso que jamás volvería a repetirse. Uno que no podía volver a repetirse.

Capítulo 15

No se podía decir que Ian y yo fuésemos amigos, pero en los siguientes cinco días hablámos cordialmente, y hasta Ian comía conmigo y Keir cuando sus obligaciones laborales se lo permitían.

El niño estaba encantado con las atenciones que su padre le daba, y yo estaba contenta porque parecía que la relación entre ambos se había afianzado. Además, Ian y yo estábamos llevándonos bien. Mi única preocupación era Lizzie.

Había pasado una semana desde nuestra conversación telefónica. Ella había prometido llamarme al día siguiente, pero no lo había hecho. Al principio, entre cuidar a Keir y la fiesta de Hudson, no le había dado demasiada importancia, intentando convencerme a mí misma que Lizzie me llamaría cuando estuviese menos ocupada. Sin embargo, las cosas se habían puesto un poco raras.

Lizzie, no solo me había contestado a uno de los mensajes que le había enviado días atrás preguntándole por aquello que me tenía que contar diciendome que era una tontería, que ya no tenía ninguna importancia, y que no valía la pena decírmelo, sino que, además, había algo extraño en sus contestaciones.

Miré por enésima vez en ese día la última respuesta de Lizzie: cuatro emoticonos de corazones de diferentes colores.

Y es que Lizzie nunca enviaba emoticonos. No le gustaban; siempre se reía de mí por utilizarlos con tanta frecuencia.

En cambio, ahora... Parecía adorarlos.

Aquello sonaba tan extraño. Tan poco propio de ella. Como si estuviera hablando con otra persona.

No, eso era una completa estupidez.

Sin embargo, el pensamiento se repitió en mi mente mientras tecleaba el siguiente mensaje:

«Lizzie, necesito hablar contigo. ¿A qué hora te viene bien? Llámame lo antes que puedas, estaré disponible a cualquier hora. Es urgente».

No quería preocuparla, pero necesitaba llamar su atención.

Fui a guardar el móvil de nuevo en mi bolso, pero antes de hacerlo, lo desbloqueé de nuevo para escribir otro mensaje.

«Hazme una videollamada».

Seguramente, estaba exagerando, pero necesitaba verla.

—Lottie —me llamó Keir, que se encontraba a mi lado. Bloqueé el teléfono y lo guardé en mi bolso—, ¡mira! —El pequeño señaló una paloma que paseaba tranquilamente a unos pasos de nosotros.

Aprovechando que hacía un día soleado y necesitando urgentemente ocupar mi mente, le había propuesto a Keir ir a Lint, el pueblo más cercano a la casa. Era un plan que teníamos pendiente. Además, el profesor de violín de Keir había suspendido la clase que tenían esa tarde porque se encontraba enfermo, por lo que el niño tenía la tarde libre. Keir estaba emocionado e Ian, para mi sorpresa, se había mostrado muy flexible. Un adjetivo que jamás pensaría que utilizaría con él.

Aunque Robert había insistido en llevarnos, al final habíamos ido en mi coche, que era, en realidad, el de mi hermana. El chico me caía muy bien, pero quería pasar la tarde a solas con

Keir. Y aprovechar para comprarle ropa nueva.

Era la primera vez que yo iba a Lint, y aunque sabía que era un pueblo, lo esperaba más grande. En el centro solo había dos calles, pero estaban repletas de establecimientos. Y una plaza grande rodeada de bancos donde diversas personas descansaban o hablaban animadamente.

A diferencia de lo que pasaba en Londres, donde nadie se preocupaba del resto, me sentí rápidamente observada. Era la extraña y todos querían saber quién era. Aunque cuando vieron a Keir corriendo detrás de una paloma, la mayoría perdió el interés en mí o me sonrieron.

No me extrañaba que un pueblo tan pequeño como ese hubiese corrido el rumor de que Keir tenía una nueva niñera. Una vez que me identificaron, ya se quedaron tranquilos.

—Venga, vamos a esa tienda.

Fui a sostener la mano de Keir para dirigirnos hasta una pequeña tienda de ropa infantil que divisé y que se encontraba cruzando el paso de cebra que conducía a una de las calles, pero él se zafó de mi agarre.

—No, quiero jugar con la paloma —se quejó, con sus ojos fijos en la ave. Dio un paso hacia ella, ignorándome.

—¿Y la paloma quiere jugar contigo? —le pregunté, viendo como el animal, en cuanto intuyó las intenciones del pequeño, echó a volar, alejándose de él.

Keirladeó la cabeza hacia su nueva amiga alada, que se había posado encima de una farola. Esta miraba con desconfianza al niño.

Keir se encogió de hombros.

—Se lo está pensando —respondió con seriedad, haciéndome reír.

—Mientras se lo piensa, vamos a comprarte ropa más cómoda para que puedas jugar mejor —dije, sujetando su mano.

Keir no parecía muy contento, pero enredó sus dedos con los míos.

Ian me había dado una tarjeta de crédito que pensaba aprovechar muy bien y comprarle un cambio de armario más que necesario.

Nos acercamos al pequeño establecimiento y, en cuanto vi de cerca el escaparate, no tuve la menor duda de que era la tienda adecuada. Uno de los maniquís estaba vestido con un chándal azul, y el otro, con unas bermudas y una camiseta de manga corta más apropiada para un niño de la edad de Keir.

—Ya verás que ropa más bonita vamos a comprar.

Él arrugó el ceño, pero no discutió.

En cuanto abrí la puerta y entramos en el establecimiento, una mujer de mediana edad nos saludó. Llevaba un bonito vestido de flores que le llegaba hasta las rodillas y unas sandalias plateadas.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó con amabilidad, acercándose a nosotros.

—Nos gustaría mirar un poco —le respondí con una sonrisa.

—Mi nombre es Giorgia —se presentó. A pesar de que hablaba un perfecto inglés, noté un marcado acento que no supe identificar. Sus ojos se fijaron en Keir y se dio la vuelta para acercarse al mostrador. Metió su mano en un cuenco de mimbre que se encontraba en una esquina para coger algo que no pude ver. Después, se giró de nuevo y caminó hacia nosotros hasta quedarse frente a Keir—. ¿Quieres una piruleta, pequeñín? —Giorgia abrió la mano para mostrar una piruleta de fresa en su palma.

Sin responder, Keir prácticamente le arrebató el dulce.

Suspiré.

—¿Qué se dice, Keir? —le recordé cuando el niño quitó el envoltorio y se llevó la piruleta a la boca.

—Gracias —masculló.

Negué con la cabeza. Le quité el envoltorio a Keir de la mano para tirarlo en una pequeña cesta de basura que se encontraba al lado de la entrada de la tienda.

—Muchísimas gracias, Giorgia. Yo soy Lottie y él es Keir.

—¿No sois de aquí, verdad? —me preguntó Giorgia.

A diferencia de las personas del parque, ella no debía de conocer a Keir.

—Yo soy de Londres. Estoy cuidando de él durante el verano. —Giorgia miró a Keir con interés, como si estuviese tratando de saber quién era—. Él es el hijo de Ian MacAllister —le aclaré.

—Aah, ya decía yo que me resultaba familiar. —Cansado de la conversación, Keir se alejó de nosotros para recorrer la tienda con interés—. Conocí a su madre, era una mujer muy amable. Una pena que falleciese tan joven.

—Sí, la verdad es que sí.

—Ella y el pobre Iver... Era un joven encantador. La primera vez que lo vi, acababa de llegar a Lint. Soy italiana —me aclaró—. Nací y me crié en Turín, hasta que conocí a mi marido y me mudé aquí. —Hizo una pausa, como si algún recuerdo rondase por su cabeza—. Me acuerdo de que estaba paseando por la plaza —Giorgia señaló una de las ventanas, hacia la dirección por la que habíamos caminado Keir y yo hacía unos minutos—, triste, porque echaba de menos a mi familia. Iba tan distraída que me choqué contra él. En aquel entonces, tan solo era un preadolescente, pero al verme, me preguntó qué me pasaba. Y yo se lo conté. Me acuerdo de que nos sentamos en un banco y hablamos durante un rato. Incluso me contó unos chistes para hacerme reír.

Sonreí.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—Te hubiese caído bien, tenía un don con la gente. No encontrarás una persona que tenga nada malo que decir de él. —Hizo una pausa y miró a Keir, que estaba entretenido observando una estantería donde había una caja con pequeñas pelotas de colores—. Ian siempre ha sido más... —hizo una pausa, buscando la palabra correcta—, más serio.

—Eso no tiene por qué ser malo —dije en su defensa, aunque, en realidad, Giorgia no lo estaba atacando.

—No, claro que no —fue a añadir algo más, pero se calló cuando Keir corrió hacia nosotras.

—Quiero la pelota verde —me pidió, señalando hacia la caja.

—Primero vamos a comprarte ropa, ya veremos después.

El niño arrugó el ceño de una manera adorable que hizo reír a la dependienta,

—Si necesitáis cualquier cosa, decidme —dijo Giorgia, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el mostrador.

Asentí y comencé a recorrer la tienda con Keir. A pesar de que era pequeña, tenía bastantes prendas de ropa. Me dirigí hacia uno de los estantes y escogí una camiseta de color blanco de manga corta. Observé el dibujo de un bonito dinosaurio comiendo una galleta en el centro de la camiseta.

—Mira, Keir —ladeé la prenda hacia él—, ¿te gusta?

El niño arrugó el ceño y, después, negó con la cabeza.

Colgué la camiseta de nuevo en la barra de metal y cogí otra pensando que, tal vez, en esta

ocasión, acertaría. Era una camiseta de color azul, también de manga corta, pero con un estampado diferente: el de un unicornio comiendo un helado.

—¿Y esta?

Keir volvió a negar con la cabeza.

Pues a mí me parecía bien bonita, muy colorida.

—¿Por qué no te la pruebas? —insistí—. Puesta, seguro que te gusta.

—Tengo otra con un dibujo de un cocodrilo, también de color azul, preciosa y de tu talla. —Giorgia se acercó hacia nosotros y rebuscó entre las camisetas para enseñarnos una.

—Dámela, así se las prueba.

—No quiero —dijo Keir—. Son feas. —Dio un paso hacia Giorgia para estirar su mano y tocar la tela de la camiseta que ella sostenía con los dedos—. Y la tela es rugosa, no me gusta.

Por Dios, no me lo podía creer.

—¡Keir, no seas maleducado! La camiseta del cocodrilo es preciosa.

Keir me miró de arriba abajo y, después, se encogió de hombros.

—Tú tienes mal gusto.

—Eso no es verdad, tengo un gusto exquisito. ¿Acaso no voy bien vestida?

—Bueno... —intervino Giorgia, provocando que me girase para taladrarla con la mirada—, cada uno tiene su gusto.

—Esta ropa no me gusta —dijo Keir, señalando con el dedo toda la ropa de la tienda

—Keir —le reñí a la vez que le empujaba el dedo con mi mano para bajárselo—. No es de buena educación señalar. Vamos, pruébate estas camisetas y te compro la pelota —intenté convencerle mediante un soborno. Estaba segura de que mi hermana no aprobaría mis métodos,, y probablemente, tampoco Ian. Pero ninguno de los dos estaba allí para enterarse.

Keir resopló.

—Ya no quiero la pelota.

No me lo podía creer. A veces, era tan tozudo como su padre.

—Lo siento. —Ladeé la cabeza para mirar a Giorgia, avergonzada—. Es muy suyo con la ropa —traté de justificarlo.

Giorgia, lejos de estar ofendida, se rio.

—Me da que no te puedo ayudar, pequeñín. —Giorgia estiró la mano para revolver el cabello de Keir—. La ropa que llevas es de la tienda de Edward. Estoy segura de que allí encontrarás más prendas de tu gusto.

Suspiré porque si eran todas como las que llevaba puestas o las que tenía en su armario no arreglábamos nada. Aunque tenía la esperanza de encontrar algo cómodo.

—Gracias, Giorgia. ¿Puedes indicarme donde está esa tienda?

—Claro. Al final de la calle, el último establecimiento. Lo reconocerás porque tiene un cartel de color naranja.

Esa no era una mala noticia del todo. La ropa no podía ser tan sosa si tenía un cartel llamativo.

—Gracias, y siento que Keir haya sido tan maleducado.

Giorgia sonrió.

—No hay nada que sentir. Hay que dejar a los niños ser niños.

Asentí, porque estaba de acuerdo con ella, pero Keir tenía que aprender cuándo debía callarse sus opiniones. Aunque no sé si yo era la más idónea para enseñárselo.

Me despedí de ella y salí de la tienda junto a Keir.

—Ya te vale, me haces pasar una vergüenza...

Keir me ignoró mientras continuaba chupando su piruleta.

Suspiré. Keir solo era un niño, uno con sus rabietas.

—¿Te apetece cenar algo más tarde? —le pregunté.

En esa ocasión, sí me hizo caso, porque ladeó su cabeza hacia mí y gritó con entusiasmo:

—¡Pizza!

—Vale, pero después de terminar de hacer las compras.

—¡Bien! —gritó, sonriendo con su boca de color rojo.

Me reí. Saque una toallita húmeda de mi bolso. Uno podría pensar que las llevaba desde que me había convertido en la niñera de Keir, pero la verdad era que siempre las llevaba conmigo porque era un desastre. Raro era el día en el que no me manchaba.

Le limpié la cara pegajosa y las manos. Tiró el palito en una papelería y nos dirigimos hacia el establecimiento que Giorgia nos había indicado. Una tienda de ropa pequeña, pero muy diferente a la que habíamos estado. Observé rápidamente el escaparate, dándome cuenta de que, al contrario que la tienda de Giorgia, esta estaba dedicada a la ropa masculina de adulto. Además, con tan solo ver los diseños, pude adivinar que una camiseta costaba más que todo mi armario.

Aun así, decidí darle una oportunidad. Giré el pomo y entré en la tienda junto a Keir.

—Buenas tardes —nos saludó un hombre de pelo blanco que estaba en el mostrador hablando con una mujer que nos daba la espalda.

—¿Es solo ropa para adultos? —pregunté, aunque ya suponía que no por las palabras de Giorgia.

—No, también tenemos ropa para niños. —El hombre señaló una esquina en la que había una pequeña sección para niños. Era la misma ropa clásica y anticuada que tenían para adultos y que Keir llevaba puesta.

—Esto no nos va a servir —dije, sosteniendo un polo blanco con los bordes azules.

—Ir de compras es aburrido, pero este me gusta.

Keir señaló el polo.

—Si es igual al que tienes.

Keir hizo un mohín.

—Me gusta.

Fui a replicar cuando una voz de mujer nos interrumpió. La joven acababa de entrar por la puerta y su mirada estaba fija en el pequeño.

—Keir, cariño. —Se acercó a nosotros y estiró sus brazos.

Los ojos del niño se abrieron y su cara se iluminó como el sol.

—¡Tía Lorraine! —exclamó Keir, corriendo hacia ella.

La joven lo abrazó y este le rodeó la cintura con sus brazos.

—¡Keir! ¡Cómo has crecido! Ya eres todo un hombrecito.

¿Así que esa era la tía que Keir había nombrado alguna vez? Observé a la joven con curiosidad. No debería ser mucho más mayor que yo; a lo mucho, estaba en la mitad de sus veinte. Aunque tenía en sus ojos ese brillo de una persona que ha sufrido mucho. Su cabello color azabache oscuro le llegaba hasta los hombros y tenía una bonita sonrisa, con unos dientes blancos perfectamente alineados.

—De mayor voy a ser tan alto como mi papá —dijo Keir con orgullo a la vez que se separaba de ella.

—Seguro que sí —respondió Lorraine, riéndose. Su mirada se desvió de su sobrino para posarse en mí—. ¿No me vas a presentar a tu amiga, Keir?

Antes de que Keir pudiera contestar, me acerqué a ellos.

—Hola, soy Lottie, la niñera de Keir —me presenté, estirando la mano hacia Lorraine.

Esta colocó la correa de su bolso de diseñador sobre su hombro y correspondió a mi saludo con entusiasmo.

—Es un placer conocerte.

—La tía Lorraine es la hermana de mi mamá —me informó Keir, aunque yo no se lo había preguntado—. Tía Lorraine, ¿vas a quedarte en casa?

La sonrisa de Lorraine se tensó un poco.

—No, cariño. He venido por trabajo, tengo que quedarme en el hotel del pueblo.

Keir hizo un mohín de disgusto.

—¿No eres de por aquí? —le pregunté por curiosidad. Sabía que no era de mi incumbencia y no me consideraba una persona cotilla, pero no podía evitar tener interés hacia todo lo que involucrase a la vida de Keir. Y a la de Ian.

—No, soy de Mánchester.

Eso explicaba por qué parecía que hacía tiempo que no se veían, pero no por qué no había ido a visitar a Keir, ya que se habían encontrado por casualidad. ¿Quizá pretendía sorprender al niño y este encuentro espontáneo había arruinado su sorpresa? Abrí la boca dispuesta a resolver mis dudas, pero Lorraine no me lo permitió.

—¿Te gusta? —le preguntó a Keir, señalando el polo que todavía tenía en mi mano.

Keir se estiró para tocar la prenda, y después, dijo: —La tela es de buena calidad. Me gusta.

Puse los ojos en blanco. Cómo podía importarle a un niño la calidad de la ropa.

—Pruébate, y si te queda bien, te lo regalo.

El niño asintió, feliz.

El polo que tenía en mi mano era de la talla de Keir, por lo que Lorraine lo llevó al probador junto a unos pantalones largos de color marrón, un pantalón corto azul marino, y una camisa de cuadros rojos y blancos.

—Esperaba poder comprarle ropa más infantil y cómoda —reconocí con un suspiro mientras esperábamos fuera del probador a que Keir se probase la ropa. Él no nos había dejado entrar a ninguna de las dos. Era muy independiente.

Lorraine esbozó una sonrisa compasiva.

—Con tres años montó una rabieta porque mi hermana se negó a que llevase una camisa blanca con un peto beige al parque. Siempre ha sido muy suyo con la ropa.

Me reí, porque me imaginé la escena, y también porque fui consciente de que iba a tener que conformarme con que Keir vistiera de esa manera tan arcaica e incómoda.

—Supongo que es hora de que acepte la derrota. Si él quiere vestir así, debo dejarle.

En cuanto me escuché a mí misma, me di cuenta de que no me lo creía ni yo. La palabra derrota no estaba en mi vocabulario.

—Mi hermana tenía la esperanza de que, según creciera, sus gustos fuesen cambiando. No parece que sea así.

—Es probable que, con el tiempo, cambien.

—Tal vez, pero mi hermana no podrá ser testigo de ello.

—Siento lo que le sucedió a tu hermana.

—Y yo. —La voz de Lorraine se quebró. Levantó su mano derecha para limpiarse con el dorso una lágrima que se había derramado de su ojo—. Lo siento, Lottie. No puedo evitar emocionarme. La echo tanto de menos... —No podía imaginar lo que era perder a una hermana. Un nudo se formó en mi garganta al pensar en una vida sin Lizzie—. Y el ver a Keir me ha hecho tanta ilusión. Por desgracia, apenas he podido tener contacto con él desde que mi hermana

falleció.

—¿El trabajo te lo impide?

Lorraine esbozó una sonrisa triste.

—No exactamente —respondió, haciendo una pausa, como si quisiera pensar las siguientes palabras que iba a decirme. Me quedé en silencio, dándole el tiempo que necesitara—. Keir solo me tiene a mí, ¿sabes? Aparte de su padre, soy la única familia que le queda. Me rompe el corazón no poder verlo crecer.

—Si no es el trabajo, ¿qué te impide hacerlo? —Lorraine bajó la mirada hacia el suelo, evitando responder—. ¿Es Ian? ¿Es él quien no te deja ver a Keir? —pregunté, llegando sola a esa conclusión, aunque no podía ser. Ian podía ser excesivamente protector y estricto con su hijo, pero yo misma había sido testigo de cómo lo cuidaba y lo quería. ¿Cómo iba a prohibirle ver a su tía?

Los ojos color pardos oscuros de Lorraine, iguales a los de Keir, brillaron con lágrimas contenidas, haciendo mis peores temores realidad.

No, no podía ser. Ian jamás haría algo así. Tenía que haber una explicación, ¿verdad?

—Después de la muerte de mi hermana, el dolor me hizo cometer errores —confesó entre susurros, evitando contestar directamente a mi pregunta—, pero quiero subsanarlos. Quiero ser la tía que Keir se merece.

—Keir te quiere —dije, porque estaba segura de ello—. Él te necesita. Los niños necesitan a su familia cerca.

Ella asintió.

—Lo sé, por eso estoy intentando arreglar las cosas con Ian. Holly era mi hermana mayor; ella era la sensata. Yo siempre he sido más alocada. —Era como si nos estuviese definiendo a Lizzie y a mí. Aunque nosotras éramos gemelas—. Mi hermana aguantaba mis tonterías, pero Ian no tiene por qué hacerlo. Y cometí muchas después de la muerte de Holly. He cambiado, pero tengo miedo que Ian no acepte mis disculpas.

—Él lo hará —dije con convicción. Aunque no sabía lo que había pasado entre ellos, ni a qué errores se refería Lorraine, estaba convencida de que Ian la perdonaría. Él era un buen hombre, uno que tan solo estaba tratando educar a Keir de la mejor manera que él sabía—. Ian solo quiere lo mejor para Keir.

No pudimos seguir hablando, porque Keir abrió la puerta del probador para enseñarnos cómo le quedaba la ropa. Keir no era solamente exigente con la tela, sino también en cómo le quedaba la ropa. Al final, de todas las prendas que Lorraine había seleccionado, tan solo le gustó el polo blanco con los bordes azules.

—Yo pago —se ofreció Lorraine, dándole su tarjeta al dependiente antes de que yo pudiese sacar la que Ian me había entregado—. Le debo el regalo de cumpleaños y el de Navidad.

No necesitaba ver el precio para saber que tan solo ese polo costaba lo mismo que un mes de alquiler de mi apartamento en Londres. Sin embargo, Lorraine parecía muy decidida, y por el bolso de marca que colgaba de su hombro y los pendientes de diamantes que llevaba puestos, supuse que se lo podía permitir.

Además, Keir parecía encantado con el regalo de su tía.

Cuando salimos de la tienda, me animé a invitarla a ir a cenar a la pizzería con nosotros. Para la felicidad de Keir, Lorraine aceptó. Durante la hora que estuvimos juntos, Keir no dejó de hablar; ansioso por contarle a su tía todo lo que había hecho durante el tiempo que no se habían visto. Esta le escuchaba con atención, obnubilada, como si fuese lo más interesante que había oído en años.

—¿Vas a regresar pronto? —le preguntó Keir cuando nos estábamos despidiendo frente a mi coche.

Lorraine sonrió y acarició la mejilla del niño con dulzura.

—Lo voy a intentar —prometió.

—Y la próxima vez seguro que puedes quedarte unos días en la mansión —me aventuré.

Keir miraba a su tía con esperanza.

—Supongo que puedo consultarlo con tu padre. Si le parece bien, regresaré en unas semanas y podremos pasar unos días juntos.

Keir abrazó a su tía, feliz, convencido de que su padre diría que sí. Yo también lo estaba. Ian podía ser un hombre que aparentaba ser de hielo y con férreas convicciones, pero cuando se trataba de su hijo, siempre hacía lo mejor para él.

—Será mejor que nos marchemos, está empezando a oscurecer y no me gusta conducir de noche.

Lorraine asintió. Se despidió de mí y dio un abrazo a su sobrino antes de darse la vuelta y dirigirse hacia el hotel donde se hospedaba.

Capítulo 16

A pesar de mis intentos por llegar a la mansión antes de que oscureciera, no iba a lograrlo. La culpa la tenía una señora mayor que había parado su coche en medio de la carretera, provocando que otro vehículo se estrellara contra el suyo.

Por suerte, el conductor del otro coche había salido ileso y la mujer también, porque en el momento del impacto, se encontraba en la acera auxiliando a una adolescente.

Que, en realidad, no la estaba auxiliando de nada, ya que a diferencia de lo que la anciana había pensado, la chica no estaba sentada en el bordillo mirando al suelo porque estuviese mareada, sino que estaba contestando a un mensaje en su móvil.

Como había podido comprobar yo misma, la mujer no veía tres en un burro y no debería conducir. No solo porque había confundido a Keir con una niña, sino porque había insistido en llamarme señora. Por Dios, esa mujer debería llevar un perro guía.

La cuestión era que, al final, me había tocado conducir de noche, y encima, la carretera de regreso a la mansión no estaba iluminada. Los faros del coche eran el único punto de luz. No era un trayecto largo, pero, así y todo, no pude evitar la inquietud que me embargó.

Por suerte, conducía despacio, con todos mis sentidos puestos en la carretera, cuando algo se cruzó fugazmente frente a mí. Un destello, una sombra rápida que mi cerebro no llegó a asimilar.

El chirrido de los neumáticos desgarró el silencio nocturno cuando frené de golpe.

—¿Estás bien? —le pregunté a Keir, mirándole por el espejo retrovisor.

Él no parecía alterado, aunque sí un poco confundido.

—Sí —respondió. Comprobé que estaba bien sujeto en el asiento para niños—. ¿Por qué has parado?

—Me ha parecido ver algo —dije sin querer asustarlo, y porque ni yo misma estaba segura de lo que había visto.

Miré a mi alrededor, pero la oscuridad era densa, apenas traspasada por la luz de los faros.

Tal vez no había nada fuera y había sido fruto de mi imaginación. No había sentido que nada chocara contra la carrocería, por lo que estaba bastante segura que no había atropellado a ningún ser humano o a un animal. Pero aún tenía que cerciorarme.

—No te muevas —le ordené a Keir mientras me desabrochaba el cinturón.

Sin esperar su respuesta, abrí la puerta del coche y me bajé. El aire de la noche era frío, por lo que se colaba bajo mi fino jersey. Avancé unos pasos, iluminando el asfalto con la linterna de mi móvil, que había tenido el acierto de llevar conmigo. No encontré nada. No había rastro de lo que se había cruzado en mi camino.

Iba a regresar al coche cuando escuché una especie de gemido en la maleza frente a la carretera. Dirigí el haz de luz hacia el origen del sonido. No vi nada, pero el gemido se repitió. Todos mis instintos me pedían que me metiese el coche y me marchase de allí, pero, como siempre, no les hice caso.

Tomando una bocanada de aire, dí varios pasos en la oscuridad hasta acercarme al sonido. Un par de ojos brillantes me observaban fijamente detrás de unos arbustos bajos. Me quedé paralizada hasta que el dueño de esos ojos se movió y pude verlo.

Un pequeño perro, que debía ser un cachorro, estaba sentado sobre sus patas traseras. Parecía muy asustado.

—Ay, pobrecito. —Me acerqué a él, agachándome. A juzgar por su pelaje grisáceo y sus ojos amarillos, parecía un husky—. ¿Te has perdido? —le pregunté mientras lo cogía en brazos.

El cachorro lamió mi mano. No llevaba correa. Estaba sucio y parecía hambriento.

¿Quién habría sido tan desalmado de abandonar a un cachorrito indefenso? O quizás, se había perdido. Fuera cual fuese la razón, no podía dejarlo allí.

Rápidamente me dirigí hacia el coche. Abrí la puerta de detrás y lo dejé sentado junto a Keir.

—Es un perrito —dijo el niño, sorprendido—. ¿Está herido?

—No parece.

El perro olisqueó la mano de Keir y se acercó a él, haciendo reír al pequeño.

—¿Nos lo podemos quedar? —preguntó, suplicante.

—Keir, tal vez es de alguien...

—¡Pongo! —gritó Keir, interrumpiéndome—. ¡Se llama Pongo!

Suspiré.

—No sé si a tu padre le hará gracia...

En realidad, sabía que no le iba a gustar.

Pero, por otro lado, no podíamos dejar al pobre cachorro en la oscuridad, abandonado. ¿Y si le pasaba algo? Siempre podíamos llevarlo al veterinario al día siguiente para ver si tenía chip y, si no era así, pondríamos carteles.

Si nadie lo reclamaba, a Keir le vendría bien tener un perro. Uno que no fuera tan antipático como Max. Ian tendría que entenderlo.

—Nos lo llevamos a casa —decidí.

—¡Bien! —chilló Keir.

—No nos lo quedamos, Keir. —Él hizo un mohín, y antes de que montara una rabieta, añadí: —Primero, vamos a cerciorarnos de que su familia no lo está buscando. Si lo han abandonado, hablaremos con tu padre.

—Pongo no tiene familia, me lo ha dicho él —me dijo Keir con seriedad, como si fuera verdad. Miró al cachorro, que se había acurrucado en su regazo, aunque aún temblaba—. No tienes que tener miedo, Pongo. Ahora somos tu familia.

Suspiré. Me senté en el asiento del conductor y arranqué el motor.

—Duerme tranquilo, Pongo —susurró Keir—. No te voy a dejar solo.

Observé por el retrovisor cómo el niño acariciaba el pelaje del cachorro, que había dejado de temblar, y tenía sus ojos cerrados, confiando en el pequeño.

Mi corazón dio un vuelco al ver la escena. Era preciosa y enternecedora. Keir era un niño estupendo; empático y con mucho amor que dar, aunque con un gusto muy malo para la moda. Lo que me vino a la mente en ese momento era que me gustaría tener un hijo como él. No, me gustaría que él fuese mi hijo, lo que era una locura en sí misma.

No pude darle muchas vueltas a ese pensamiento, porque antes de darme cuenta, ya nos encontrábamos frente a la mansión. Apagué el motor. Había luces en el interior de la casa. A esa hora los empleados ya habían terminado su horario laboral, por lo que supuse que Ian no solo estaba dentro, sino que no estaba encerrado en su despacho. Probablemente, nos estaba esperando. A Keir, no a mí. Aunque una parte de mí deseaba que él estuviese esperándome a mí.

—No le digas nada tu padre sobre Pongo; no todavía. Ya sabes cómo es... Déjame a mí —le dije a Keir a la vez que me desabrochaba el cinturón.

—Vale —respondió Keir.

El niño era listo y sabía que su padre no aceptaría con facilidad, pero yo me veía capaz de

convencerlo.

Bajé del coche y abrí la puerta de atrás para ayudar a Keir, pero él ya se había soltado y dejado al perro encima del asiento.

—Pongo, tienes que quedarte aquí —le dijo, dándole un toquecito en la nariz—. En un rato vengo a por ti. Vamos a dormir juntos —le prometió.

El cachorro parecía entenderle. Sus ojos brillaban con adoración, como si el niño al que acababa de conocer fuese el centro de su mundo. Keir le miraba de la misma manera. Había conectado con fuerza.

Aunque podía sonar egoísta, esperaba que el cachorro no tuviese dueño y pudiésemos quedárnoslo.

—Quedárselo, no quedártelo —me corregí a mí misma—. Tú no eres de la familia.

—Para mí sí lo eres —dijo Keir mientras se bajaba del coche, demostrándome que había puesto voz a mis pensamientos—. Te quiero, Lottie.

—Y yo a ti, cariño —le respondí a la vez que le hacía un gesto con la mano al perro para que no se moviese. El cachorro estaba sentado en sus patas traseras, calmado, como si supiese que no tenía nada que temer. Como si entendiese que estaba en el lugar adecuado. En su hogar.

No podía culparle, porque yo también me sentía así. Pero, en mi caso, era un sentimiento que me aterrorizaba.

Cogí la bolsa con la ropa y cerré la puerta.

—Quiero llevarla yo —me pidió Keir, señalando la bolsa azul marina. Sabiendo que no iba a parar hasta conseguirlo, se la di antes de que empezase una rabieta.

Él la sujetó con una de sus manos y nos dirigimos hacia la puerta. Saqué la llave para abrir la cerradura, pero antes de poder hacerlo, la puerta se abrió.

—¡Papá! —le saludó Keir, soltando la bolsa y abrazando las piernas de su padre.

Ian lo levantó del suelo y lo sujetó en su regazo. El pequeño rodeó el cuello de su padre con sus brazos.

Hacía unas semanas ellos no eran tan efusivos el uno con el otro. Ese era un triunfo que podía atribuirme. Otras personas, tal vez, no presumirían de ello, pero yo sí lo hacía. Había logrado que ese hombre frío fuese capaz de demostrar los sentimientos que tenía por su pequeño.

—¿Qué tal os lo habéis pasado?

—¡Ha estado genial! —exclamó Keir con entusiasmo mientras se soltaba de su padre—. He hecho un nuevo amigo, se llama Pongo.

Menos mal que iba a mantener lo del perro en secreto...

—¿Pongo? —repitió Ian, probablemente, preguntándose qué padres eran tan crueles como para poner ese nombre a su hijo.

—Hemos comprado ropa —dije a la vez que recogía la bolsa y entraba en el interior de la casa e interrumpía a Keir antes de que pudiese contestar a su padre.

Ian dejó al niño en el suelo y cerró la puerta de la entrada.

—La ha comprado la tía Lorraine —contó Keir, quitándome la bolsa para sacar el polo blanco—. ¿Te gusta, papá?

La expresión de Ian se endureció al escuchar las palabras de Keir. Sus ojos brillaron con un sentimiento que no pude reconocer y sus labios se estrecharon en una fina línea. Todo ese aire relajado que le rodeaba hacía unos segundos se evaporó para ser sustituido por una postura tensa.

—Es bonita. —A pesar de que pude ver que trataba de mantenerse tranquilo ante Keir, sus palabras salieron estranguladas—. Marie ha dejado unos sándwiches en la cocina. Ve a cenar, yo tengo que hablar con Lottie.

Keir negó con la cabeza y dobló cuidadosamente el polo que sostenía entre sus manos, para después, guardarlo de nuevo en la bolsa.

—Ya hemos cenado pizza con la tía Lorraine. ¿Sabes que estuvo en un safari en Kenia? Me ha dicho que, cuando sea más mayor, me va a llevar.

Noté cómo la vena del cuello de Ian palpitaba

¿Estaba enfadado por qué habíamos estado con Lorraine? Sin embargo, no era solo furia lo que él sentía; había algo más profundo.

—Ve a tu habitación y ponte el pijama —ordenó Ian sin poder evitar que parte de su ira se filtrase.

—No tengo sueño, quiero...

—Cariño —le dije a Keir, intentando controlar la situación—, haz caso a tu padre. Tengo que hablar con él sobre tu nuevo amigo.

En realidad, eso era lo que menos me preocupaba en ese momento. Mi mayor preocupación era entender por qué Ian estaba tan furioso; y, sobre todo, por qué me miraba como si yo fuese la culpable.

Mis palabras convencieron a Keir, quien que se despidió y echó a correr por las escaleras, dejando la bolsa con la ropa olvidada. Fui a recogerla, pero la voz de Ian me interrumpió.

—Señorita Walker, acompáñeme a mi despacho —me ordenó a la vez que me daba la espalda y se adentraba en el pasillo.

No me atreví a llevarle la contraria ni a recriminarle que volviese a dirigirse a mí de una manera tan formal. No lo hice porque su tono de voz destilaba una ira apenas contenida, pero, sobre todo, porque estaba confusa y no comprendía qué había pasado tan grave para que se pusiese de esa manera.

Ian dejó la puerta del despacho abierta y él se acercó a la ventana para centrar su mirada a la oscuridad del exterior. La única iluminación en la estancia era la tenue luz de una lámpara de pie. Aun así, cerré la puerta para darnos intimidad, ya que sentía que la íbamos a necesitar. Aunque la casa era enorme, no quería que Keir nos escuchase. Aquella no iba a ser una conversación agradable, teniendo en cuenta el estado en el que Ian se encontraba.

Durante unos minutos, nos quedamos en silencio. Él dándome la espalda, y yo de pie, en medio de la estancia. El ambiente era tan tenso que podía rasgarse con un cuchillo. Apenas me atrevía a moverme. Mis ojos se centraron en sus fuertes hombros, y me pareció ver que su gran cuerpo temblaba ligeramente.

—No sé qué he hecho que te ha provocado tanta furia —comencé, rompiendo el silencio—, pero te aseguro que esa no era mi intención.

Ian se giró para mirarme. Por muy tenue que fuese la luz, era imposible no ver cómo su rostro era el puro reflejo de una tormenta a punto de explotar. Una tormenta que amenazaba con arrastrarlo todo a su paso.

—¿En qué cojones estabas pensando? —explotó, más enfadado de lo que nunca le había visto. Ese enfado no tenía nada que ver con nuestras discusiones previas. Ese enfado provenía de un dolor profundo, uno que le arrancaba las entrañas.

Podía olerlo, podía sentirlo.

Y por esa misma razón, a pesar de la manera que me estaba hablando, de cómo se estaba dirigiendo a mí, yo quería ayudarlo.

—¿Qué pasa, Ian? ¿Por qué estás tan enfadado? —pregunté en un tono controlado, dando varios pasos para acercarme a él. Pero Ian me hizo un gesto con la mano para que me mantuviese alejada de él. Me detuve a medio camino, respetando la distancia que él estaba marcando entre

nosotros, pese a que todo mi cuerpo se quejaba en protesta. Hasta el último poro de mi piel quería abrazarlo, quería despojarlo de ese dolor y esa ira que él sentía—. No soy tu enemiga, soy tu amiga —dije, en un intento por llegar a él—, ¿recuerdas?

—Amiga —repitió con un tono tan gélido que heló mis venas—. Una amiga no hace lo que tú has hecho —espetó con rabia.

Observé a Ian, confundida. ¿Lo que yo había hecho? Pero si yo no había hecho nada...

Entonces, una idea se materializó en mi cabeza. ¿Y si me había descubierto? ¿Ian sabía que me estaba haciendo pasar por mi hermana?

No, eso no podía ser posible.

Contuve el aliento, aunque lo solté al darme cuenta de que aquello no tenía sentido. Él parecía estar bien cuando habíamos llegado del pueblo. Había sido la mención de Lorraine lo que le había hecho cambiar de actitud.

—Dime qué he hecho.

—¿Por qué no me has llamado por teléfono en el mismo instante en el que Lorraine se ha acercado a vosotros?

Sacudí la cabeza, intentando poner mis pensamientos en orden.

—Iba a contarte que nos hemos encontrado con ella. —Y era verdad, aunque, con el tema del cachorro, esa cuestión había pasado a segundo plano—. Ya me ha dicho ella que...

—¿Qué es lo que te ha dicho? —me preguntó Ian. Sin embargo, no me dio tiempo a responder—. ¿Qué habéis hablado? ¿No le habrás dado ninguna información, verdad?

Aquello se estaba comenzando a convertir en un interrogatorio. ¿A qué información se refería? Tan solo llevaba unas pocas semanas cuidando a Keir y no sabía nada que le pudiera comprometerle.

Además, ni que Lorraine fuera una espía rusa...

—¿Ian, qué te pasa? Estás actuando como un lunático.

Mis palabras parecieron llegar a él, porque exhaló un largo suspiro y se pasó la mano por la cara con cansancio.

—No quiero que Lorraine se acerque a Keir. Es una norma simple y clara.

—Norma de la que yo no sabía nada.

—¿Hubiese cambiado algo? —cuestionó, poco dispuesto a reconocer que se estaba equivocando conmigo.

—Si me hubieses dicho que te afectaba tanto, te hubiese llamado avisándote y hubiese seguido tus indicaciones.

Puede que yo tendiese a desobedecer las órdenes, pero jamás le fallaría de esa manera. No en algo que parecía ser tan importante para él.

Ian me observó fijamente durante unos instantes, como si quisiese comprobar que estaba siendo honesta con él. Por la forma en la que su expresión se suavizó y su cuerpo se relajó visiblemente, me creyó.

—Todos comentemos errores, Ian —dije, a pesar de que sabía que me estaba metiendo dónde no me incumbía—. Lorraine es la tía de Keir. Él la ama y ella le ama a él. —Ian apretó los dientes al escuchar mis palabras y sus labios formaron una fina línea. Aquella debería ser la señal suficiente para detenerme, pero no lo hice—. ¿No puedes perdonar lo que sea que te haya hecho? Por el bien de tu hijo.

—Estoy haciendo lo mejor para mi hijo.

—No cuando lo alejas de su tía.

—Lottie...

La furia regresó a sus facciones. Había pasado una línea roja. Lo mejor era disculparme y dar marcha atrás, pero no podía hacerlo.

No sabía lo que había pasado entre Lorraine e Ian. Sin embargo, sí había visto la manera en la que Keir miraba a Lorraine. Ese pobre niño ya había perdido a una madre y a un tío, no se merecía perder también a una tía.

—Keir necesita a la poca familia que le queda cerca. Yo lo sé bien. Mi madre nunca ha tenido un gran instinto maternal, pero tras la muerte de mi padre fue a peor. Sé centro solo en sí misma y en buscar su propia felicidad. Ahora mismo ni siquiera tengo su número de teléfono, ni sé dónde se encuentra. Pero si ella viene adónde mí a pedirme perdón y quiere regresar a mi vida, la acogería con los brazos abiertos. Lo haría porque es mi madre, y porque aunque no me guste reconocerlo, la necesito.

Era la primera vez que expresaba aquellas palabras en voz alta. No se lo había confesado a nadie; ni siquiera a Lizzie.

Ian fue consciente de que le había abierto mi corazón. Lo supe por la calidez que brilló en sus ojos mientras se acercaba a mí. Él estiró su mano para acariciar mi mejilla.

—Algún día, ella se dará cuenta del error que ha cometido alejándose de ti.

Esboqué una sonrisa temblorosa.

—No estoy tan segura.

—Lo hará —me aseguró—. Irradías tanta luz que es imposible mantenerse alejado de ti.

Sonreí y estiré mi mano para imitar sus acciones, acariciando su mejilla con mi dedo.

—Lorraine me ha dado su número. Si quieres, puedo quedar con ella y...

No pude terminar la frase, porque Ian se alejó de mí.

—Borra su número —me ordenó—. No vas a llamarla. No la quiero cerca de Keir. Si vuelves a encontrártela, no permitas que se acerque a mi hijo.

Lo miré, confundida.

Toda la atmósfera de complicidad que se había formado entre nosotros se había evaporado, como si nunca hubiera existido. Hacía un segundo se mostraba dulce y comprensivo conmigo, y volvía a hacerme crecer que estábamos comenzando a construir algo. Sin embargo, de nuevo, volvía a destruir todos nuestros avances de un segundo a otro.

—¿Qué es eso tan grave que ha hecho Lorraine para que la odies de esa manera? —pregunté, porque ahora identificaba ese brillo en sus ojos que había visto cuando Keir había nombrado a su tía: era odio. Un odio profundo.

Él me observó fijamente y abrió la boca, pero la cerró. Negó con la cabeza, como si estuviese tomando una importante decisión.

—Eso no es de tu incumbencia —espetó al final.

—Solo quiero entender por qué alejas a Keir de su tía.

—No tienes que entenderlo. Límitate a obedecer.

Sus manos formaban puños tan apretados que estaba segura de que sus uñas se estaban clavando en su piel.

—Pensaba que éramos amigos. Los amigos se cuentan las cosas, Ian. Yo te acabo de hablar sobre mi madre.

Me fui a acercar a él, pero se alejó. Se dirigió a su escritorio y se sentó en la silla.

—Si no te importa —dijo, señalando la puerta—, tengo trabajo que terminar.

—¿Es tu manera de decirme que ya no quieres que sea tu amiga?

—Es mi manera de decirte que dejes el tema.

—No puedo hacerlo cuando afecta a Keir. No cuando parece que, por un rencor absurdo,

estás castigándole a él.

Ian cerró los ojos durante un segundo, cuando los abrió, me di cuenta de que su autocontrol pendía de un hilo.

—¿Nadie te ha enseñado cuando es el momento de dejar de presionar a otra persona?

—Solo quiero que confíes en mí, nada más.

—Y yo quiero que te marches. Que me dejes en paz de una puta vez. —Aunque su tono de voz fue bajo y las palabras sonaron estranguladas, las escuché con la suficiente claridad como para darme cuenta de que no iba a poder hablar con él.

Sin despedirme, me di la vuelta y salí del despacho.

Mientras caminaba por el pasillo en dirección a las escaleras, fui consciente de que había sido una ilusa pensando que podíamos ser amigos, que Ian y yo podíamos ser algo más que jefe y empleada. No podíamos serlo; no cuando él no confiaba en mí y cuando yo le estaba mintiendo.

Capítulo 17

—¿Puedo darle yo el biberón? —me preguntó Keir, sentado en mi cama con Pongo en su regazo.

—Claro —le respondí, entregándole el biberón que había preparado para el cachorro.

Keir sostuvo el biberón con un cuidado poco propio de él mientras yo le instruía para que se lo diera a Pongo. El cachorro, atraído por el aroma de la leche, olfateó el aire con su pequeña nariz negra. Hambriento, se aferró a la tetina del biberón, chupando con fuerza, lo que hizo reír a Keir.

—Está hambriento —murmuró Keir mientras acariciaba el suave pelaje grisáceo de Pongo con la mano con la que no estaba alimentando al cachorro.

Al principio, había temido que Keir, con sus maneras bruscas, dañara o asustara inconscientemente a Pongo, pero el animal había despertado un lado protector en el pequeño que desconocía.

El cachorro tan solo llevaba cuatro días con nosotros y ya era uno más de la familia.

Bueno, un miembro que manteníamos escondido y del que solo Keir, Lorna y yo conocíamos su existencia. Después de mi última conversación con Ian y cómo se había comportado conmigo, había tomado la decisión de ocultarle la existencia de Pongo. Ian no solo no nos sería de ninguna ayuda, como tampoco estaría dispuesto a darle un hogar al pequeño Pongo en el caso de que lo hubieran abandonado, sino que me culparía por haberlo acogido.

Lorna nos había ayudado a conseguir el biberón sin que nadie se enterase; aunque tenía la sensación de que Marie, la cocinera, sospechaba que tramábamos algo. Pero parecía más divertida que curiosa o preocupada.

Sin dejar de mirar a Keir, me alejé unos pasos de él para sacar mi móvil del bolsillo derecho de mis pantalones y llamar a mi hermana. Tal y como esperaba, el teléfono estaba apagado, igual que los días anteriores.

Suspiré. Lizzie había ignorado el mensaje que le había enviado pidiéndole hacer una videollamada cuatro días atrás. Lo había leído, tal y como había podido comprobar. Pasar de mí de esa manera no era propio de mi hermana, y más aún cuando le había dicho que era urgente. Lizzie siempre se preocupaba por mí.

Además, no solo no me había contestado, sino que había apagado su teléfono.

Estaba comenzando a preocuparme de verdad. Temiendo que le hubiese sucedido algo. Lo peor era que no tenía ninguna manera de ponerme en contacto con ella. No tenía ningún número al que llamar, y ni siquiera conocía el nombre de la ONG para la que estaba trabajando. Tampoco podía tratar de localizar a ninguna de sus amigas de la universidad, porque no tenía manera de llegar a ellas. Solo tenía una opción: esperar.

Bueno, había otra mandar: un *email* a la Universidad de Massachusetts por si ellos podrían facilitarme algún dato.

Abrí el navegador con la intención de buscar la dirección de *email* de la universidad, pero terminé no haciéndolo. Lizzie no iba a estar contenta conmigo si lo hacía. Probablemente, por una vez en su vida estaba pensando solo en ella y disfrutando de la experiencia.

Iba a darle unos días más; se lo debía. Dejé el móvil en la mesita de noche que se encontraba a un lado de la cama y centré mi atención de nuevo en Keir y en Pongo.

Ese era un problema que tenía que solucionar pronto. No podía seguir ocultando a Pongo de

Ian, y además, tenía que llevarlo al veterinario para que comprobase si tenía un microchip. Si tenía una familia que lo estaba buscando, debería llevarlo con ellos. Sin embargo, era algo que no había podido hacer, porque Ian me había prohibido sacar a Keir de casa. Darme esa orden era la única interacción que había tenido conmigo en esos cuatro días.

—Pongo quiere salir a pasear —me pidió Keir levantando el biberón vacío.

El cachorro, con la barriga llena, saltó del regazo de Keir. Al principio, me asusté por si se había hecho daño, pero me relajé cuando comenzó a correr por la habitación lleno de vitalidad. Esbocé una gran sonrisa.

Lo cierto era que yo también le había cogido mucho cariño. A pesar de que por mi último trabajo había tenido mucho contacto con perros, nunca había tenido una mascota hasta ese momento.

—Lo sé, cariño, pero no podemos. —Keir hizo un mohín; incluso Pongo se quedó quieto y me miró, ladeando su cabecita. Los dos tenían razón. El perro necesitaba aire libre, y también Keir. Desde que habíamos encontrado a Pongo, nos pasábamos el tiempo de juego en la sala de juegos o en mi habitación. Dos estancias a las que Ian nunca entraba—. Luego voy a contarle a tu padre la existencia de Pongo.

—¡No! —exclamó Keir, saltando de la cama y acercándose a mí con la súplica en su mirada—. Ayer le pregunté si podía tener un perro. Y me dijo que no, que con Max ya era suficiente.

Suspiré. Lo cierto era que, aunque quisiese tratar de ocultar a Pongo de Ian, no iba a poder hacerlo durante mucho tiempo más. Pongo, como buen husky que era, era demasiado escandaloso, y ya era un milagro que nadie hubiera dado la voz de alarma. A pesar de que Lorna había conseguido una camita para perros, Pongo se negaba a dormir ahí y no paraba de aullar hasta que lograba que lo subiese a la cama. Y aunque adoraba a Pongo, sus aullidos eran demasiado estridentes y me provocaban dolor de cabeza.

Además, en esos cuatro días, apenas había podido dormir más de dos horas seguidas. Porque Pongo tenía el sueño ligero y, a poco que me movía, se asustaba y comenzaba a aullar de nuevo, cuando no se despertaba en medio de la noche y comenzaba a correr por toda la habitación o destrozaba mis cojines.

—Cariño —estiré las manos hacia Keir. Él estiró las suyas y sujeté mis manos con las de él—, no podemos seguir ocultándoselo a tu padre. Pongo necesita salir a pasear y tenemos que llevarlo al veterinario. —Keir arrugó el ceño. Eso era algo que tampoco le hacía ninguna gracia. Le daba miedo que el cachorro ya tuviese dueño—. Es muy pequeño, es por su bien.

Keir suspiró y terminó asintiendo.

—¿Intentarás convencer a papá?

Como si su padre fuese a hacerme caso... Sin embargo, esbocé una sonrisa y le hice una promesa que no sabía si iba a poder cumplir.

—Si no tiene familia, intentaré hablar con él.

Esa posibilidad animó a Keir. Soltó mis manos y fue a por Pongo. Este comenzó a correr y ambos se dedicaron a dar vueltas por la habitación. En su juego chocaron contra mi maleta, que había dejado en una esquina, y esta se cayó al suelo. Estaba medio abierta y un artefacto de metal con forma de cuenco salió disparado contra el suelo.

Pongo pegó un brinco y Keir miró el objeto con curiosidad. Se agachó para cogerlo.

—¿Qué es?

—Es un cuenco tibetano.

Había sido uno de los objetos que dejé dentro de la maleta con intención de usarlo durante mi estancia en la casa, pero me había olvidado completamente de él. Aunque llevaba varios

meses meditando con regularidad, desde que había llegado no lo había hecho. Primero, no había encontrado el momento del día adecuado, y después, simplemente había estado o demasiado ocupada o agotada.

—¿Y para qué sirve?

El cuenco tibetano había sido una de mis últimas adquisiciones. Aún no era muy ardua en su uso, pero sí que había descubierto que me ayudaba a relajarme.

—Sirve para relajarte.

—Qué aburrido.

Keir lanzó un bufido y se acercó hasta el borde de la cama para dejar el cuenco sobre él.

—En realidad, se podría decir que es un instrumento musical. —Ni siquiera sé por qué dije aquello, pero conseguí captar el interés de Keir.

—¿Me enseñas a tocar? —me preguntó con emoción.

Tal vez me había venido arriba con lo de instrumento musical, pero cierto era que un sonido emitía.

—Soy una aprendiz, pero puedo enseñarte lo que sé —le dije, ya que me gustaba cuando Keir me miraba de aquella manera; como si yo fuese parte de su mundo.

Me acerqué a la maleta y la abrí del todo para sacar la baqueta de madera. Cogí el cuenco y me senté en la alfombra, estiré el brazo y apoyé la base plana del cuenco sobre mis dedos.

—Tienes que evitar que el cuenco toque la palma de tu mano, y ahora, con la baqueta, das un golpe en el centro. —Seguí mis instrucciones, provocando que Keir esbozase una sonrisa—. Y seguidamente, frotas el mazo por los bordes del cuenco.

Un sonido vibratorio resonó por la habitación. Era un sonido que supuestamente llevaba a la relajación, aunque en el caso de Keir, logró lo contrario, ya que el niño se acercó a mí dando saltos lleno de energía.

—¡Ahora yo!

Se sentó a mi lado y le entregué el cuenco. Le dejé probando suerte y cogí a Pongo en brazos para llevarlo al baño. Como no podía sacarlo fuera, estaba intentando enseñarle a hacer sus necesidades en el aseo, encima de una capa de papel de baño que luego tiraba con facilidad al inodoro sin ensuciar nada.

La verdad era que Pongo se estaba acostumbrando a esa rutina y ya no iba dejándome *regalitos* por toda la habitación como el primer día.

—¿No tienes ganas? —le pregunté cuando el perro se limitó a recorrer el baño olisqueando todas las esquinas.

Evidentemente, no me respondió. Pongo se cansó de dar vueltas y salió de la estancia, y yo cerré la puerta para ocuparme de mis necesidades. Cuando salí del baño casi me dio un ataque al corazón. Keir no estaba allí, pero, lo que era peor, Pongo tampoco.

La puerta de mi habitación estaba abierta. Sentí cómo el corazón se salía de mi pecho. Estaba exagerando, ya que lo peor que podía pasar era que Ian encontrase al cachorro. Aunque si lo veía, la señora Morrison también estaría metida en problemas.

El ama de llaves no era mi mayor *fan*. Por suerte para mí, su labor no era asegurarse de que yo hacía bien mi trabajo, por lo que se limitaba a evitarme. La pobre Lorna sí sufría de las exigencias de la mujer.

—Keir —le llamé en el pasillo cuando no vi señales de él ni del cachorro—. ¡Keir! —grité, intentando que no se notara mi angustia.

No me daba miedo lidiar con la furia de Ian, pero estaba segura de que se llevaría a Pongo, algo que entristecería a Keir. Y no quería ser la causante de un enfriamiento en la relación padre-

hijo.

—¡Estoy yendo al aula de música! —me chilló Keir en respuesta.

No podía verle, ya que, probablemente, se encontraba al otro lado del pasillo.

Miré el reloj de mi muñeca. Mierda, no me había dado cuenta de la hora que era. Por suerte, Keir había estado atento. Algo extraño, porque hacía todo lo posible para escabullirse de las clases de violín, pero esa tarde parecía feliz de acudir. Tal vez, estaba cogiéndole el truco al instrumento.

Tenía la sensación de que esa no era la razón, aunque no pude darle muchas vueltas a ese pensamiento, porque tenía algo más importante en mente.

Avancé con rapidez para interceptar al niño antes de que entrase al aula de música por si llevaba consigo al cachorro, pero no necesité alcanzarlo para tener mi respuesta. Pongo se encontraba al pie de las escaleras, mirándolas con indecisión.

A pesar de que los peldaños eran altos, como cachorro valiente y decidido que había demostrado ser, movió sus patas delanteras con intención de saltar. Conseguí cogerlo en brazos antes de que terminase rodando por ella y rompiéndose una pata, o la cabeza.

—Eres pequeño para bajar las escaleras —le regañé con dulzura.

Pongo se removió en mis brazos, emitiendo suaves sollozos que pronto se convertirían en fuertes aullidos. Así que, miré hacia mi alrededor, comprobando que no había nadie, y después, me di la vuelta para prácticamente correr hacia la seguridad de mi habitación.

Con un suspiro de alivio, cerré la puerta con la pierna y dejé a Pongo sobre su camita. No le gustaba mucho, pero, afortunadamente, se acomodó en ella.

—No puedes salir solo de habitación. Puedes hacerte daño.

Pongo me miró con los ojos entrecerrados. Si me entendía, estaba pasando completamente de mí.

Ese perro iba a terminar conmigo.

Un bostezo involuntario se escapó de mis labios sin poder evitar contemplar mi cama con anhelo. Entre la falta de sueño gracias a mi nuevo compañero de habitación y la preocupación que tenía por mi hermana, estaba exhausta. Iba a echarme una pequeña siesta cuando una voz airada de un hombre que resonaba por los pasillos de la casa me lo impidió.

Salí de mi dormitorio, asegurándome de cerrar la puerta, y seguí el sonido de la voz que me llevó hasta la sala de música.

Bernard Chatelain, el estirado profesor de violín de Keir, se encontraba en el umbral de la puerta con su cara roja por la furia.

—A usted quería verla yo —me dijo con su marcado acento francés, apuntándome con su dedo índice de manera acusatoria—. ¡¿Cómo se atreve a llenar la cabeza de mi pupilo con semejante sarta de mentiras?

Parpadeé, confundida, sin tener la menor idea de a lo que se refería. Bernard Chatelain y yo no teníamos la mejor relación; en realidad, no teníamos ninguna. Pero no recordaba haber hecho nada que hiciese que se enfadase así conmigo.

—¿Qué sucede aquí? —Ian avanzaba a nosotros con pasos rápidos, seguido de Max—. Señor Chatelain, la señora Morrison me ha dicho que quería verme. —Ian se dirigió a Bernard, ignorándome por completo, aunque pude notar cómo sus ojos se posaron en mí durante un segundo demasiado largo—. ¿Sucede algo?

Bernad alzó la barbilla, desafiante, y se puso de puntillas.

—El cuenco tibetano no es un instrumento musical, por mucho que esta mujer diga lo contrario —dijo con desprecio, provocando que tuviese que colocarme una mano en la boca para

contener la risa al comprender la razón de la furia de Bernard; sobre todo, cuando Keir, con el cuenco en una mano y la baqueta en la otra, sorteó a Bernard para salir al pasillo donde nos encontrábamos su padre y yo.

—¿Un cuenco tibetano? —repitió Ian.

—¡Ya no quiero tocar el violín! ¡Quiero tocar el cuenco tibetano! —exclamó Keir con entusiasmo, colocando el cuenco en su mano como yo le había enseñado minutos antes y golpeándolo con la baqueta—. ¡Ya no quiero ser violinista, papá! ¡Ahora quiero ser tibetanista!

No pude evitar soltar una sonora carcajada. Lo intenté, pero fui incapaz de resistirme.

—¿Y por qué no cuenquista? —bromeé.

Bernard soltó un resoplido de indignación.

—Señorita —no me gustó el *tonito* que utilizó para dirigirse a mí—, es un tema muy serio para ser tomado en broma.

—Está exagerando. —Hice un gesto con mi mano, quitándole importancia al tema—. Además, un violín tampoco es tan diferente a un cuenco tibetano. —Ian alzó una ceja, retándome a razonar semejante tontería. Y yo nunca decía que no a un reto—. Los dos crean magia. —Como siempre me pasaba en ese tipo de situaciones, dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Las comisuras de los labios de Ian se curvaron y me pareció ver un atisbo de sonrisa en ellos.

¿Se estaba divirtiendo?

El que seguro que no lo encontró divertido fue Bernard, que se erizó como un gato.

—¿Qué los dos crean magia? —espetó con indignación, agitando sus manos hacia todos lados—. Pero qué insensateces está usted diciendo —resopló—. El violín es un instrumento elegante, con un sonido brillante y claro. ¿Cómo se atreve a compararlo con eso? —Señaló el cuenco que Keir sostenía con desprecio—. Bach y Vivaldi deben estar retorciéndose en sus tumbas.

—El Dalai Lama tampoco estará muy contento si le escucha despreciar el cuenco —repliqué.

—Es usted una inculta.

¿Ese profesor estirado me estaba llamando inculta a mí? ¿Pero qué se creía?

—Y usted tiene un palo metido en el culo —dije, sin poder evitar reaccionar ante su insulto.

Keir se rio y Bernard abrió la boca y la cerró como si fuera un pez, como si no pudiera creerse que le hubiera dicho eso.

—¡No pienso permitir que me falte el respeto de esta manera! —exclamó cuando recuperó el habla—. Señor MacAllister —se dirigió a Ian, quien estaba observando en silencio el numerito que ese clasista pretencioso que tenía contratado como profesor de Keir estaba armando—. ¡O despidi inmediatamente a esta mujerzuela o soy yo el que se marcha!

Mujerzuela. ¡¿Cómo se atrevía?!

Iba a ponerle en su sitio cuando Ian me lo impidió.

—No acepto chantajes. Ni de usted, ni de nadie. —La voz de Ian era calmada pero firme—. Si es tan amable, le pido que se marche ahora mismo de mi casa. —Ian señaló las escaleras que conducían hasta el hall—. Me aseguraré que cobre lo que queda de mes.

Bernard abrió la boca para replicar, pero debió ver algo en el rostro de Ian que le hizo cambiar de idea. Entró al aula, metió su violín en la funda, y salió de la habitación. Pasó por delante de nosotros sin despedirse, pero no había dado ni cuatro pasos cuando maldijo.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando al suelo y levantando su pie derecho cuya suela estaba manchada.

—Has pisado una caca —dijo Keir entre risas.

El hombre emitió un sonido extraño a la vez que intentaba limpiarse su mocasín, restregándolo en el suelo.

—¿Sabéis cuánto cuestan estos mocasines de Hermes?! —chilló, histérico—. ¡Esto también ha sido cosa suya! —me acusó, señalándome—. ¡Usted quiere arruinarme! ¡Pienso demandarla!

No me lo podía creer.

¿Pero de dónde había salido ese chalado?

—Mira que es usted exagerado —dije sin molestarme en negar su absurda acusación—. Páseles un paño mojado.

Bernard avanzó un paso hacia mí y fue a responderme, echo una furia, pero Ian se puso en medio de los dos.

—Señor Chatelain, como vuelva a faltarle el respeto una vez más a mi empleada, seré yo el que le demande. Ahora, haga el favor de irse de mi casa.

A pesar de que pude ver la furia en el rostro de Bernard, las palabras de Ian no dejaban opción a réplica.

—Suerte, señor MacAllister, la va a necesitar—se despidió, señalándome con la barbilla el muy engraido. Sin esperar ninguna respuesta, se dirigió hacia las escaleras hecho una furia.

—No me puedo creer que ese estirado me haya culpado a mí de que... —afortunadamente, me detuve a tiempo al darme cuenta de que estaba hablando en voz alta y la atención de Ian y Keir estaba puesta en mí— Max se haya cagado en el pasillo.

Max, que estaba sentado a unos pasos de nosotros sobre sus patas traseras y que se había mantenido en silencio hasta ese momento, emitió un gruñido de protesta. Keir me miró, mordiéndose en labio para no sonreír, y yo me apunté mentalmente recordarle que mentir era algo que no se debía hacer.

Pero a alguien le tenía que echar la culpa para que Pongo no fuese descubierto, ya que era obvio que el culpable del regalito maloliente había sido él.

—Keir —Ian miró a su hijo—, ve a buscar a la señora Morrison para que envíe a alguien que limpie este desastre.

El niño obedeció con rapidez. Me quedé en el pasillo junto a Ian y Max. El san bernardo se levantó y dio varios pasos, acercándose a mí. Por unos instantes, pensé que me mordería por culparlo de algo que no había hecho él, pero Max se dedicó a olisquearme. Era la primera vez que tenía tanto interés en mí. Probablemente, el olor de Pongo le llamaba la atención.

—Entremos dentro. —Ian movió su cabeza hacia el aula de música.

Asentí y me di la vuelta para entrar en la estancia, seguida de Ian, que entró detrás de mí y cerró la puerta, dejando a Max fuera.

—Gracias —le agradecí antes de que él pudiese abrir la boca para reprenderme por mis acciones—. Sé qué me he pasado un poco con Bernard —pese a que ese hombre era insoportable y hacía perder la paciencia hasta a un monje— y tenías más motivos para despedirme a mí que a él.

Ian apretó sus dientes con fuerza. Sus ojos verdes centelleaban de ira contenida, y su ceño fruncido acentuaba las líneas duras de su rostro.

—No debió llamarte mujerzuela —dijo con palabras estranguladas, demostrándome que su furia no iba dirigida a mí, sino a Bernard.

—Me trae sin cuidado lo que ese hombre diga de mí.

—A mí sí me importa. Nadie va a insultarle en mi presencia.

A pesar de que era totalmente capaz de defenderme yo solita, que Ian sacase la cara por mí, ablandó mi corazón.

—Gracias, Ian. Yo...

La mirada de Ian descendió hasta mi boca y yo no pude evitar dar un par de pasos hacia él, venciendo la distancia que nos separaba. Y cuando Ian inclinó su rostro hacia mí y nuestros labios estaban a punto de encontrarse, la puerta se abrió de golpe y ambos nos separamos bruscamente, sobresaltados.

Keir entró como una bala seguido de Max.

—¿Qué te he dicho de llamar antes de entrar? —le regañé a Keir, tratando de mantener la compostura, pero con el aliento aún entrecortado.

Observé a Keir, buscando en él algún tipo de indicio de sospecha de lo que había estado a punto de pasar entre su padre y yo, pero no encontré ninguno.

—Lo siento —se disculpó, aunque pude ver que no lo hacía. Ni siquiera se molestó en disimular un poco—. Lorna está limpiando la caca, pero yo me he marchado. Olía mal —se quejó, con una mueca de asco y colocándose una mano en la nariz.

La pobre Lorna terminaba limpiando todos mis desastres. Era un sol. De alguna manera, tenía que recompensarla.

—¿Quieres salir fuera a jugar? —le pregunté a Keir.

—¡Sí! —exclamó Keir, entusiasmado.

—Aún no es la hora de juego —nos recordó Ian, al que había evitado mirar desde que Keir había entrado. Él parecía igual de frustrado que yo. Aunque ahora que la neblina de deseo se había disipado, podía pensar con claridad y me alegraba que el niño hubiese aparecido. O, por lo menos, en parte—. Tienes que cumplir los horarios.

Aunque sus ojos estaban fijos en Keir, sabía que la advertencia era para mí.

—Has despedido al profesor de violín. El horario ha cambiado —dije, evitando fijar mi mirada en la de Ian. No estaba muy segura de mi autocontrol.

Porque puede que mi cerebro supiese que era un error dejarme llevar por el deseo, pero a mi cuerpo le costaba que le llegase el mensaje.

—El horario se mantiene —replicó Ian con tono duro, dejándome claro que nada había cambiado. Seguía siendo ese hombre autoritario y estricto con los horarios. Keir hizo un mohín y yo abrí la boca para quejarme, pero Ian me lo impidió con un ademán de mano—. Si quieres ser tibetanista, tienes que practicar —le dijo al niño, señalando la mano en la que Keir llevaba la baqueta de madera. El cuenco lo había debido de dejar olvidado en algún lado.

Keir se rio y yo me atreví a mirar a Ian. En sus labios se dibujó una sonrisa traviesa.

Y entonces, entendí que él ya no era el mismo hombre que yo había conocido unas semanas atrás. Él había cambiado. El problema era que yo también. Y la nueva yo era una crédula. Una crédula que, a pesar de que sabía que era imposible, quería tener una oportunidad con ese hombre. Y no solo una oportunidad de tener sexo con él, sino una oportunidad para ser feliz. Porque esa nueva yo era lo suficientemente estúpida como para creer que Ian podía darme la felicidad que tanto ansiaba sin saberlo.

—Lottie, ¿me acompañas a la cocina a buscar el cuenco? —me preguntó Keir, sacándome de mi ensoñación—. Me lo he dejado en la cocina.

Tras compartir una breve mirada con Ian, centré mi atención de nuevo en Keir.

—Claro —contesté.

Ambos salimos de la habitación, dejando a Ian allí. Mientras caminábamos por el pasillo hacia las escaleras que bajaban a la planta baja donde se encontraba la cocina, fui consciente de

que había sido una ilusa pensando que podíamos ser solo amigos. Yo quería serlo todo para ese hombre. Y eso era imposible.

Capítulo 18

—No sé qué hago aquí —le dije a Robert para, después, darle un sorbo al granizado de limón que acababa de conseguir en uno de los puestitos.

—No podías quedarte sola en la mansión mientras todos estábamos aquí, divirtiéndonos.

Robert movió su mano a nuestro alrededor, señalando el prado donde nos encontrábamos y donde se estaba celebrando la fiesta de Beltane.

Aunque era una festividad que celebra el inicio del verano y suele celebrarse el 1 de mayo, el abuelo de Ian había instaurado la tradición de celebrarlo a finales de julio. Algo que a los habitantes de esos lares no parecía importarles. Probablemente, porque se celebraban en unas tierras pertenecientes a los MacAllister, y porque Ian se encargaba de la preparación y de los gastos. Los invitados lo único que tenían que hacer era presentarse allí y disfrutar de la fiesta, y de la comida y bebida gratis.

—Nadie me ha invitado a venir —comenté, acomodándome en el banco de piedra en el que nos hallábamos Robert y yo sentados.

Robert negó con la cabeza.

—Yo te he invitado.

Era verdad. También lo habían hecho Lorna y Marie. Incluso Keir me había pedido que asistiera. Pero el anfitrión no lo había hecho. Y estaba enfadada y dolida por ello.

Aunque con quien realmente estaba enfadada era conmigo misma. Enfadada porque el domingo era el único día en el que no trabajaba, y yo, lejos de querer disfrutar de mi tiempo libre a solas, algo que siempre me había gustado, quería pasarlo con Keir e Ian. Deseaba que me Ian invitase a sus planes con su hijo.

¿Cómo de loco era eso?

—Y te lo agradezco. —Ladeé mi cabeza para mirar a Robert y esbozar una sonrisa—. Lo siento, estoy de mal humor y lo estoy pagando contigo.

Robert hizo un gesto con su mano, restándole importancia.

—Tengo tres hermanas, estoy acostumbrado a vuestros cambios de humor —bromeó. Le di una palmada en el hombro y él se rio—. La verdad es que agradezco ser el único varón. He sido el ojito derecho de mi madre y eso siempre me ha dado beneficios.

—No lo dudo.

Desvié la mirada de Robert para fijarla en Keir. Él se lo estaba pasando en grande, saltando en el castillo hinchable que habían montado para ese día junto a otros niños.

Al final, el pobre niño se pasaba todo el día en la casa y la única persona que tenía para jugar con él era yo.

No era mi labor cuidarlo ese día, pero, aun así, no podía evitarlo. Asegurarme de que Keir estuviera a salvo se había convertido en mucho más que un trabajo para mí. Era como algo innato en mí; como una necesidad.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Robert, señalando un escenario rústico hecho de madera y que estaba decorado con plantas y flores. Los miembros de la orquesta tocaban una variedad de instrumentos: violines, tambores, flautas y guitarras. La música era alegre y festiva, provocando que cerca del escenario varios de los presentes se moviesen al ritmo de la música.

En ese momento estaban bailando lo que parecía un baile tradicional.

—No tengo la menor idea de la coreografía.

Robert se encogió de hombros.

—Yo tampoco —admitió—, pero parece divertido.

Por las risas y voces alegres de los improvisados bailarines, no lo podía poner en duda.

Desde la pista de baile una chica le hizo una seña a Robert para se uniese a ella. La chica iba ataviada con un vestido blanco, al igual que muchas otras jóvenes. Algo que contrastaba con el mono de tela holgado con estampados geométricos en diferentes tonos amarillos y verdes que llevaba puesto.

—Ve con ella —le animé a Robert cuando este la saludó con la mano y esbozó una sonrisa.

—¿No quieres venir? —me preguntó, aunque ya se estaba levantando.

—No, de verdad. No me apetece bailar. Ve a divertirte.

Dudoso, al final se dirigió hacia la joven que le recibió con un abrazo y una gran sonrisa. No me era familiar, por lo que no era una de las trabajadoras de Ian, pero Robert y ella parecían conocerse bien. Muy bien, en realidad, como descubrí unos minutos después, cuando ambos se alejaron agarrados de la mano.

Robert era un chico muy guapo y agradable, no me extrañaba que las chicas perdiesen la cabeza por él. Personalmente, a mí no me provocaba nada. No cuando yo me sentía atraída por otro tipo de belleza. Una belleza más masculina, más primitiva, como la de Ian.

Sacudí la cabeza, ya que no quería pensar en él. Ni siquiera me había permitido a mí misma buscarlo con la mirada.

—¿Te lo estás pasando bien? —Marie se encontraba frente a mí, junto a un hombre de pelo canoso ataviado con ropa tradicional de las Highlands.

Estiré la cabeza para mirarla a la cara, aunque me tuve que colocar una mano en la frente porque los rayos del sol me hacían daño a los ojos.

—La verdad es que es una fiesta muy divertida.

—Lo es —coincidió, asintiendo con la cabeza—. Pero entonces, ¿por qué no te estás divirtiendo?

Vaya, Marie sí que era una persona directa.

—Me estoy divirtiendo —mentí. Le di un sorbo al granizado de limón para hacer tiempo, ya que era evidente que Marie no me había creído y esperaba una respuesta verídica—. Estoy un poco gruñona. —Aunque Ian no era el único culpable de mi mal humor. Pongo seguía sin dejarme dormir más de dos horas seguidas por la noche y mi hermana todavía no se había puesto en contacto conmigo.

—Es una de las fiestas más importantes del año por aquí. Solo puedes estar feliz.

—Deberías probar el pastel de manzana que ha hecho mi mujer —dijo el hombre que se encontraba al lado de Marie y que acababa de descubrir que era su marido—. Eso te animará.

Marie le sonrió y él le rodeó la cintura con su brazo.

El amor que ambos sentían era palpable en el ambiente. Un amor sereno construido con los años. Un amor basado en el respeto mutuo. Un amor que yo quería llegar a sentir. Ese tipo de amor que es para toda la vida. Un día quería despertarme al lado de un hombre con el que llevase muchos años y sentir que el único lugar en el que quería estar era a su lado.

No sabía de dónde había salido ese pensamiento, ya que nunca antes lo había tenido. A pesar de que había tenido varias parejas, jamás me había preocupado demasiado por construir un futuro juntos. Siempre había estado más centrada en el presente. Quizá, desde que había llegado a las Highlands, me estaba conociendo más a mí misma. Conociendo partes de mí que eran completamente desconocidas para mí. Descubriendo deseos que no sabía que tenía.

Marie inclinó su cabeza hacia la de su marido para posar suavemente sus labios sobre los de

él, dándole un casto beso.

—Creo que voy a hacer eso —dije, levantándome del banco en el que estaba sentada.

Tenía que alejarme del matrimonio. Porque mi mente se estaba llenando de imágenes más con treinta años más paseando junto a Ian mientras él me miraba con ese amor que brillaba en los ojos del marido de Marie.

Ambos se despidieron de mí y yo me dirigí a una de las varias mesas repletas de comida. No había ninguna tarta, pero dejé el vaso vacío que llevaba en la mano y cogí un trozo de queso y una rebanada de pan.

Paseé por el prado disfrutando del dulce aroma de las flores circundantes. Me dirigí hacia la sombra de un roble donde un grupo de personas estaban reunidas escuchando a un hombre de mediana edad que estaba contando una leyenda celta.

Me senté en la hierba, mientras el hombre relataba la historia de un guerrero llamado Chulainn, y de su amada Emer, una bella doncella.

Ellos estaban enamorados, pero el padre de Emer solo le permitiría casarse con el guerrero si este demostraba su valentía, fuerza e inteligencia, enfrentándose a varias pruebas. Cada prueba era más difícil y cruel que la anterior, pero Chulainn superó todas y cada una de ellas, movido por el amor que sentía hacia su amada.

Hasta que llegó la última prueba. Una que se llevaba a cabo en la montaña Ben Macdui, la segunda más alta de Escocia.

El joven Chulainn debía matar a Am Fear Liath Mór, una figura legendaria y espectral, que según la leyenda, habitaba en la montaña Ben Macdui.

Aunque Chulainn intentó acabar con él utilizando su astucia y fuerza, estuvo a punto de ser asfixiado por las enormes manos del monstruo grisáceo.

Emer, que había seguido de cerca las hazañas de su amado y que era incapaz de mantenerse alejada de él, se encontraba en la montaña. No podía ver lo que le sucedía a Chulainn debido a la neblina que siempre acompañaba a Am Fear Liath Mór, pero ella sentía en el corazón que estaba en serios apuros. Luchando contra la sensación de miedo y opresión que le provocaba el monstruo, se adentró en la niebla para ver a su amado a punto de ser asesinado.

Emer emitió un grito que provocó que el monstruo grisáceo del tamaño de un gigante soltase a Chulainn, que quedó inconsciente en el suelo para centrar sus ojos grises sin vida en ella.

Emer, con voz temblorosa, le suplicó que no matase a Chulainn. Pero el monstruo, que no tenía compasión, se negó. Sin embargo, tal fue la insistencia de la muchacha, que terminó cediendo, pero le pidió algo a cambio: su vida por la de su amado. Emer aceptó sin pensarlo, porque prefería estar muerta a vivir sin Chulainn.

Am Fear Liath Mór levantó su mano etérea y un resplandor suave y plateado envolvió a Emer, que cayó al suelo, muerta. En ese mismo instante, Chulainn se despertó y corrió hacia Emer, pero solo pudo abrazar su cuerpo inerte. El monstruo le dijo a Chulainn que había sido testigo de un gran sacrificio: Emer había dado su vida por él y ahora ella pertenecía a la montaña, protegiendo a todos los que mostrasen respeto y amor.

El monstruo desapareció, al igual que el cuerpo de Emer. Chulainn se quedó allí, solo, con el odio y la venganza dominando su cuerpo. Pero una brisa cálida acarició su rostro y él sintió una paz inexplicable. Él sintió que el espíritu de Emer se encontraba allí, pidiéndole que olvidase la venganza y viviese en paz.

Chulainn descendió de la montaña, regresó a su pueblo y tuvo una vida larga y feliz.

La moraleja era que el amor desinteresado y valiente es capaz de enfrentar cualquier

oscuridad y hacer sacrificios inimaginables.

Cuando el hombre terminó de contar la leyenda, puse los ojos en blanco. La historia era bonita y la moraleja muy romántica, pero lo cierto era que Emer era tonta y Chulainn un jeta. La chica se sacrificó por él y el tío siguió con su vida como si tal cosa.

Sin embargo, parecía ser la única que pensaba así, ya que todos los presentes aplaudieron. Incluso vi a unos cuantos derramando alguna lágrima.

Me levanté del suelo y escudriñé con la mirada el prado en busca de Keir. No tardé en encontrarlo. Cada vez había más personas, pero había desarrollado una especie de sexto sentido con el que me sentía conectada al pequeño. Podía sentir en dónde estaba a cada momento, o quizás, estaba comenzando a perder la cordura.

Keir se encontraba junto a otros niños en uno de los puestos de actividades. El pequeño reía feliz mientras a uno de sus nuevos amigos le pintaban la cara con motivos celtas. Negó con la cabeza cuando uno de los voluntarios le ofreció pintarle la suya. No me extrañó. Aunque no tenía ningún problema con mancharse la ropa o cualquier otra parte de su cuerpo, siempre se aseguraba de tener la cara limpia. Era una de esas manías suyas que le hacían especial.

No era diferente al resto de niños de su edad, pero para mí era el más inteligente, el más guapo y el mejor en todo.

La vibración de mi teléfono móvil llamó mi atención. Lo saqué con rapidez del bolso de tela que llevaba colgado del hombro, esperanzada de que fuese Lizzie, pero no fue así. Lorraine, la tía de Keir, acababa de enviarme un mensaje.

«Hola, Lottie. Siento molestarte».

¿Qué quería? A pesar de que Lorraine y yo intercambiamos nuestros números mientras cenábamos en la pizzería el día en el que nos conocimos, no habíamos vuelto a tener contacto desde entonces.

Mi móvil comenzó a vibrar de nuevo entre mis manos cuando llegó otro mensaje de ella.

«He decidido alargar mi estancia en el pueblo. No puedo dejar de darle vueltas a la conversación que mantuvimos en los probadores. Tienes razón, Keir me necesita. He llamado a Ian para intentar hablar con él, pero no contesta a mis llamadas y tampoco a mis mensajes. Él necesita más tiempo para perdonar los errores que cometí con mi hermana en el pasado y yo no puedo hacer otra cosa más que darle tiempo. Pero me gustaría despedirme de Keir. Verlo durante una última vez antes de regresar a Mánchester. ¿Puedo quedar con vosotros para poder darle un beso y decirle que volveré a verlo pronto?».

No pude evitar sentir compasión hacia Lorraine. Desconocía los errores que había cometido y los problemas que Ian y ella tenían, pero había visto la manera en la que tía y sobrino se adoraban. Lorraine parecía arrepentida y todo el mundo se merecía una segunda oportunidad, pese a que no era yo quien se la tenía que dar, sino Ian. Algo que él no parecía dispuesto a hacer.

Alcé la mirada para centrarla en Keir, quien corría hacia una mesa llena de dulces. Era feliz, pero necesitaba a su tía. Ella era lo único que le quedaba de su madre y yo no podía arrebatárselo.

«Hoy es mi día libre, pero estoy junto a Keir en la fiesta del Beltane. Se está celebrando en unas tierras propiedad de Ian a varios kilómetros de la mansión. No tengo coche, no puedo ir al pueblo. Acércate tú».

Probablemente, los datos que le acaba de dar no eran suficientes. Sin embargo, Robert había sido quien me había llevado hasta allí y no me había fijado demasiado en el trayecto.

«Conozco el lugar, pero prefiero que Ian no me vea. No quiero que sienta que le presiono. A unos quince minutos andando del prado hay una zona de descanso en el borde de la carretera. Te

envío la dirección y os espero allí en una hora».

Antes de que pudiese responder, recibí otro mensaje de Lorraine.

«Ha sido muy egoísta de mi parte, pedírtelo. No quiero causarte problemas con Ian. Dale un beso a Keir de mi parte y dile que lo amo».

Suspiré. Sabía que no debía meterme en un problema familiar del que apenas tenía datos, pero Lorraine tan solo quería despedirse de Keir. Serían unos pocos minutos en los que haría felices a dos personas.

No podía negarme.

«Mándame la dirección y en una hora estaremos allí».

Lorraine lo hizo. Y yo busqué la dirección en Google Maps. Efectivamente, estaba a unos quince minutos andando. No demasiado lejos, pero sí lo suficiente para que Ian no nos viese. Pero, probablemente, él notaría la ausencia de Keir.

Aunque quizás podría lograr distraerlo si me inventaba una excusa convincente. Una que explicase por qué que me llevaba al niño a dar una vuelta lejos del prado. Por más vueltas que le di, no se me ocurrió ninguna. Algo extraño, porque yo solía ser bastante imaginativa a la hora de poner excusas. Tardé casi media hora en darme cuenta de que no se me ocurría nada porque no podía hacerlo. No podía mentir a Ian en algo referente a su hijo. No cuando había visto el dolor que irradiaba en sus ojos al mencionar a Lorraine.

Tomé la decisión de ir a buscar a Ian y convencerlo para que dejase a Lorraine despedirse de Keir. No iba a ser fácil, ya que estaba muy empeñado en no permitirlo, pero, a diferencia de la anterior vez, en esta ocasión, contaba con un ambiente festivo como aliado. La gente siempre está más predispuesta a escuchar cuando están rodeados de bebida y comida.

Encontré a Ian junto a otros hombres preparando una fogata. Ian estaba colocando unas piedras alrededor de la madera que se iba a quemar al anochecer con la intención de que contuviesen el fuego.

Mi jefe, como los hombres que estaban junto a él, iba ataviado con el traje tradicional de las Highlands. Pero él destacaba por encima de los demás. Cada detalle del traje parecía diseñado para acentuar su atractivo y elegancia. Las medias grises le llegaban hasta las rodillas y la falda de cuadros gris y negra era larga, por lo que apenas mostraba sus piernas. Aun así, podía ver que eran firmes y musculosas.

Observé hipnotizada cómo levantaba y colocaba las piedras con movimientos rápidos y seguros. Llevaba sus brazos cubiertos con una camisa blanca y una chaqueta Prince Charlie de color negro, ajustada y elegante, que marcaba sus brazos.

Cuando terminó de colocar las piedras, giró la cabeza y su mirada se centró en la mía. Me aclaré la garganta mientras luchaba por recordar la razón por la que había ido en su busca. Me costó, ya que mi mente estaba centrada en otro tipo de cuestiones. Como, cuánto entrenaba en el gimnasio para tener unos brazos y unas piernas tan trabajados.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté.

—Claro —respondió, asintiendo con la cabeza.

A pesar de que los hombres que se encontraban allí parecían estar inmersos en sus labores, por las miradas curiosas que me habían dirigido en el instante en el que había hablado a Ian, sabía que estaban atentos a nosotros. Tampoco podía culparlos, dudaba que en el pueblo y sus alrededores sucedieran demasiadas cosas interesantes. Pero no podía tener la conversación sobre Lorraine en público. Era un tema demasiado personal.

—Mejor lo hablamos a solas. —Ian enarcó una ceja, como hacía cada vez que una de mis peticiones le sorprendía—. Es sobre Keir y es importante.

—¿Él está bien? —preguntó con preocupación a la vez que con la mirada escudriñaba los alrededores a toda velocidad.

—Sí, sí, está perfectamente, no quería asustarte.

Ian no se relajó hasta que vio a Keir junto a dos niñas en otro de los puestos de actividades.

—¿Entonces?

—Vamos a un sitio privado —pedí de nuevo y señalé con la barbilla a dos de los hombres que habían dejado de disimular y nos miraban fijamente. Incluso una señora que bebía una limonada en una de las mesas cercanas nos observaba.

Dándose cuenta de la razón de mi insistencia, Ian hizo un gesto con la barbilla y comenzó a caminar por el prado.

—Sígueme.

Ian se movía entre la multitud con facilidad. Su cuerpo alto y musculoso sorteaba a las personas que nos encontrábamos sin problemas, mientras yo iba golpeándome con alguna parte de mi cuerpo con la mayor parte de gente.

Era evidente que no se trataba de voluminosidad, sino de destreza. Y yo era una torpe. Una vez fuera del bullicio del prado, Ian se adentró en un sendero bordeado por altos árboles. El viento acariciaba las ramas, provocando un sonido parecido al de un susurro. Caminamos en silencio escuchando el crujido de las hojas bajo nuestros pies y el canto lejano de los pájaros.

—He dicho un lugar apartado, pero no es necesario que me lleves al fin del mundo —me quejé tras unos pocos minutos de caminata.

Ian siguió andando como respuesta hasta que llegamos a un pequeño claro rodeado por un anillo natural de árboles altos y robustos, cuyas ramas formaban un dosel verde que filtraba la luz del sol, creando un juego de luces y sombras en el suelo.

Era un lugar íntimo. Por el rabillo del ojo atisé una piedra plana y grande y tuve la tentación de sentarme, pero no lo hice. Permanecí de pie frente a Ian, quien me miraba a la espera de una explicación.

No pude evitar que mis ojos vagaran por su cuerpo. No era la primera vez que veía a un hombre ataviado con un traje tradicional escocés. Me pregunté cómo le podía favorecer tanto y cómo podía sentirme tan atraída hacia él.

Nunca había visto a Ian tan guapo como en ese momento.

—¿Qué era eso tan importante de lo que querías hablar? —preguntó Ian, interrumpiendo mis pensamientos, y a pesar de que le estaba escuchando, no le estaba prestando atención. Mi cabeza estaba ocupada en otras cuestiones más relevantes.

Como, por ejemplo:

—¿Llevas algo debajo de la falda?

Ian parpadeó con lentitud, atónito, como si hubiera oído mal mis palabras.

—No es una falda, es un *kilt* —me corrigió, entornando los ojos, pero pude entrever cómo sus labios se curvaban ligeramente en lo que interpreté como una sonrisa—. ¿Me has pedido estar a solas para preguntarme eso?

—No —reconocí—, pero me está costando recordar la verdadera razón.

Ian soltó una carcajada. Eran pocas las veces que Ian se reía. De hecho, podía contarlas con los dedos de las manos, pero su risa era como una melodía suave y contagiosa.

Y si creía que no podía verlo más atractivo, me había equivocado por completo.

—Siempre que creo que no me vas a sorprender, me sacas de mi error.

—No es mi culpa, es la tuya.

Ian arqueó una ceja.

—¿Mi culpa?

—Ese traje te queda demasiado bien.

Ian dio un paso hacia mí y sonrió con complicidad.

—¿Eso crees? —preguntó con un tono juguetón.

¿Él estaba ligando conmigo?

Con cualquier otro chico, hubiera dicho que sí. No obstante, Ian MacAllister era un enigma para mí. Cuando pensaba que las cosas entre nosotros avanzaban, retrocedía y volvía a crear un muro entre ambos que era imposible de traspasar.

—Aunque parece incómodo, tal vez deberías quitártelo.

A pesar de que el rostro de Ian se mantuvo impasible ante mis palabras, el brillo que centelleó en sus ojos lo delató.

—En realidad, es cómodo y útil —dijo, siguiéndome el juego—. Esto es un manto —señaló la tela de cuadros negros y blancos a juego con su *kilt* que llevaba en el hombro izquierdo a la vez que se la quitaba. La estiró y la dejó en el suelo—. Sirve de manta.

—¿Y esa riñonera de cuero también es útil?

Él bajó la cabeza, siguiendo la dirección que apuntaba mi dedo índice.

—No es una riñonera, es un *sporrán*. Y sirve para guardar objetos que es mejor no llevar a simple vista. —Dio un par de pasos hacia mí, venciendo la distancia que nos separaba. Estiró una de sus manos y enredó sus dedos en mi cabello—. Objetos que pueden ser muy útiles en una situación como esta —susurró, con su mirada fija en mis labios.

—¿Qué objetos?

Ian sonrió.

—Entre otros, uno que es necesario cuando uno se encuentra en un lugar apartado junto a una bella mujer que te pide que te quites la ropa.

—¿Llevas un preservativo? —pregunté, abriendo los ojos y rompiendo la magia del momento, o por lo menos, eso creía, porque Ian no parecía tener la misma opinión.

Tiró con suavidad de mi pelo hasta que acercó sus labios a los míos. Su lengua se adentró en el interior de mi boca, buscando la mía. Aunque no tuvo que buscar mucho, porque la estaba esperando. Las dos bailaron una danza que estaban empezando a convertirse en familiar para mí. Una danza que quería que formase parte de mí.

Nos besamos hasta que mi cuerpo empezó a arder, hasta que apenas podía recordar lo que se sentía al no besarlo, al no inhalar su jadeo caliente y mentolado. Me besó hasta que cualquier duda desapareció.

Apartó sus labios de los míos, pero no se separó de mí. Formó un camino de besos calientes por mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja derecha. Su lengua tocó un lugar sensible y un gemido entrecortado brotó de mi interior.

—Todo mi autocontrol desaparece cuando estoy cerca de ti —susurró en mi oído; su aliento caliente acariciando mi sensible piel.

—Eso es algo bueno.

—No, no lo es. No soy bueno para ti —dijo a la vez que soltaba mi cintura y daba un par de pasos, alejándose de mí.

—No me gusta que decidan lo que es mejor para mí. No soy una niña.

—Confía en mí, sé que no lo eres —contestó mientras me miraba de arriba abajo—. No sabes lo que estoy imaginándome hacerte ahora mismo.

Aquellas palabras provocaron imágenes muy vividas en mi mente. Imágenes que quería que se hiciesen realidad.

Di un paso hacia él y estiré mi brazo para acariciar su mejilla.

—Lottie —mi nombre sonó como una súplica en sus labios—, yo no soy capaz de resistirme a ti. Vas a tener que ser tú quien lo haga.

Tarde para eso.

Bajé la mano y comencé a desabotonar los botones de plata de su chaqueta.

—¿Qué haces? —preguntó, aunque sus brazos se encontraban estirados a ambos lados de su cuerpo y no hizo ninguno ademán de moverlos para impedirme seguir con mis intenciones.

—Demostrarte que yo tampoco puedo —dije, deslizando la chaqueta por sus brazos hasta que logré quitársela. La tiré a la hierba sin ningún cuidado. Era una prenda cara, pero a mí eso nunca me había importado, y a Ian, en esos momentos, pareció traerle sin cuidado, porque sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Por qué no puedes? —preguntó con voz ronca mientras mis manos desabotonaban los botones de su camisa.

En vez de responder, me centré en que su camisa terminase en el mismo lugar que su chaqueta. Su pecho quedó al descubierto, mostrando unos abdominales muy bien definidos. No pude contenerme y pasé uno de mis dedos por ellos, provocando que Ian emitiera una especie de gemido.

Ian estaba frente a mí, vestido solo con la falda escocesa. Parecía un guerrero highlander. Uno de esos hombres de los que hablaban las antiguas leyendas. Esos feroces guerreros fuertes y temidos. Dejé de ver a Ian como el terrateniente del siglo XXI que era y me lo imaginé como un highlander de la Edad Media que cabalgaba por las colinas escocesas, defendiendo su tierra y su honor con una espada en la mano.

Él no lleva una espada en su mano, pero sí debajo de su falda, y es más peligrosa aún.

—No es una falda, es un *kilt* —me corrigió Ian, con voz ronca por el deseo y demostrándome que mi boca era incapaz de mantenerse cerrada. Había vuelto a pensar en voz alta.

—Me temo que simplemente no puedo —dije, omitiendo adrede sus palabras y contestando a la pregunta que me había hecho unos segundos antes.

—¿Qué no puedes?

Estiré mi brazo y enterré mi mano en su cabello pelirrojo.

—Resistirme al encanto del *kilt*.

Capítulo 19

Mis palabras fueron suficientes para romper las últimas defensas que le quedaban a Ian. Antes de darme cuenta, mi mono se encontraba junto a las prendas de Ian adornando la hierba.

Las manos de Ian jugaron con el enganche de mi sujetador, desabrochándolo con facilidad y con una habilidad que preferí no pensar en esos momentos. Ian llevó su boca a uno de mis pezones, chupándolo hasta que se endureció.

Un abrasante calor recorrió mi cuerpo y mis músculos internos se estremecieron por una ola de dolorosa necesidad.

Necesitaba sentirlo en mi interior. Lo deseaba como nunca antes había deseado a ningún hombre.

Por los movimientos desesperados con los que Ian deslizó por mis piernas la última prenda de ropa que llevaba puesta, él sentía el mismo deseo que yo.

—Eres preciosa —susurró mientras sus ojos admiraban mi cuerpo desnudo.

—Gracias. —Era algo tonto por decir, pero mi cerebro estaba en cortocircuito.

Tomé una bocanada de aire cuando él se deshizo de su *kilt*. Para mi disgusto, llevaba unos calzoncillos debajo, pero se los quitó antes de que pudiese quejarme, provocando que mi mirada se dirigiera hacia una parte concreta de su anatomía.

—Haremos que funcione —dijo Ian con una sonrisa, como si hubiera leído mis pensamientos.

Con delicadeza, me ayudó a tumbarme encima de la manta. Él se tumbó de costado a mi lado. Sus ojos se centraron en los míos y vi el deseo desatado en ellos. Él mismo que yo sentía.

¿Qué tenía ese hombre que hacía que me volviera loca?

Ian pellizcó uno de mis pezones, provocando un estallido de placer en mi interior. Su otra mano vagó por mi cuerpo hasta llegar a mi centro. Instintivamente, abrí las piernas, dejándole el camino libre. Un jadeo se escapó de mis labios cuando sentí sus dedos acariciando mi clítoris.

—No pares —supliqué.

—No pensaba hacerlo.

Empujó dos de sus dedos dentro de mí, provocando que me arqueara, cegada por la repentina necesidad, e Ian aceleró sus movimientos hasta que todo mi cuerpo vibró con espasmos incontrolados.

—Nunca había tenido un orgasmo tan potente —confesé con la respiración entrecortada, aun recuperando el aliento.

Ian esbozó una sonrisa socarrona y estiró su mano para apartar un mechón que se había pegado a mi frente y colocarlo detrás de mi oreja.

—Estoy aquí para servirte —bromeó.

—Fóllame, entonces. —Las palabras bruscas se escaparon de mis labios antes de que pudiera pensar en ellas.

Ian soltó una carcajada.

—A veces, olvido lo directa que eres. A pesar de lo que he dicho antes, no he traído ningún preservativo.

—Es una suerte que yo sí —dije, señalando el bolso de tela que descansaba en la hierba.

Pude ver la pregunta en su cara, pero no iba a resolverle la duda. Siempre llevaba un preservativo en el bolso. Era una costumbre arraigada en mí. Una a la que no le daba mucha

utilidad, pero que mi hermana se había asegurado que tuviese desde adolescente.

—¿Pensabas acostarte con un hombre hoy? —preguntó Ian, y pude ver los celos saliendo a la superficie.

—Pensaba acostarme contigo —respondí, a modo de distracción, aunque, en el fondo, no era una mentira del todo—. ¿Vas a complacerme? —pregunté, intentando sonar sexy, aunque, probablemente, fallando estrepitosamente.

Aun así, funcionó, porque Ian se levantó, fue a por mi bolso y pese a que le costó un poco, ya que siempre lo llevaba lleno de cosas, encontró el preservativo y se lo puso a una velocidad de vértigo, lo que me hizo pensar que tenía mucha experiencia al respecto. No era una mujer celosa, pero en ese momento sentí una punzada de celos. Absurdo como sonaba, no quería que estuviese con ninguna mujer que no fuese yo.

No pude centrarme mucho en ese pensamiento, ya que antes de darme cuenta, él estaba encima de mí, presionando su miembro contra mi entrada. Entró dentro de mí en un movimiento lento y agónico.

Ian apoyó su peso en sus brazos para no aplastarme, algo que agradecí. Se quedó quieto, sus ojos mirando los míos, como pidiendo permiso.

—Fóllame, Ian. Fóllame duro —exigí mientras le rodeaba el cuello con mis brazos para acercarlo aún más a mí.

—Joder, nunca pensé que escucharte hablar sucio me pondría tan cachondo.

Comenzó a entrar y salir de mi interior con profundas embestidas. Me estremecí, traspasada de deseo y lujuria a la vez que movía mis caderas.

—Dios, Lottie.

—Oh, Dios, estoy a punto —gemí cuando su miembro chocó contra una parte muy sensible de mi interior.

—Córrete, cariño. Córrete para mí —dijo con la voz ronca por el esfuerzo y la lujuria.

Su rostro estaba tenso, contenido. Estaba a punto, al igual que yo. Cerré los ojos y permití que el deseo que me inundaba siguiese creciendo hacia arriba en espiral como las llamas. En unos segundos, su resplandor al llegar al éxtasis me cegó. Un profundo gemido brotó de mis labios mientras Ian seguía entrando y saliendo de mi interior. No tardó en llegar al clímax, rugiendo de placer como un animal salvaje.

—Mierda —mascullé.

Ian, aún jadeante, se separó de mí, tumbándose a mi lado.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando logró que su respiración se acompasase.

—Estamos al aire libre. Alguien podría habernos visto. —A pesar de la preocupación en mis palabras, no hice ademán de levantarme para vestirme.

Ian sonrió. Una sonrisa satisfecha.

—Estamos en una zona apartada, dudo que nadie venga hasta aquí. Pero, tienes razón, ha sido irresponsable por nuestra parte.

—¿Y por qué sonríes?

—Porque estoy de demasiado buen humor como para que nada pueda cambiar eso —dijo a la vez que se inclinaba para darme un casto beso en los labios—. Además, has sido tú la que ha insistido en que hablemos a solas.

—No era en esto en lo que estaba pensando cuando te lo he pedido. —Aunque no se me había ido de la cabeza durante el trayecto hacia el pequeño claro—. Pero no me arrepiento, al contrario, ha sido una pasada.

—Me alegro de que haya sido satisfactorio para ti —dijo a la vez que uno de sus dedos

dibujaba círculos desordenados en mi vientre.

Mi móvil vibró en mi bolso. Debía ser Lorraine, preguntándome dónde estábamos. Me había olvidado de ella. Suspiré porque sabía que aquella atmósfera de felicidad iba a desaparecer en cuanto el nombre de la tía de Keir saliese de mis labios, pero no podía ser egoísta. Aun así, no me moví. Estar al lado de Ian era lo único que quería hacer. Sin embargo, mi móvil comenzó a sonar de nuevo; esta vez, con una llamada.

—¿Tienes que cogerla? —preguntó Ian con una mezcla de fastidio y preocupación cuando me puse de pie para ir en busca de mi bolso.

Probablemente, era Lorraine, pero podía ser Lizzie, y esa era una llamada que no podía ignorar. Saqué el móvil del bolso para descubrir que era de la tía de Keir. No respondí a su llamada. En vez de eso, dejé el teléfono encima de mi bolso para buscar mis prendas de ropa, que estaban desperdigadas entre la hierba. Me vestí mientras sentía la mirada de Ian sobre mi espalda.

—Deberías vestirme —le dije a la vez que me ponía las chanclas, evitando girarme. Porque si lo hacía, no sería capaz de continuar con aquella conversación—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—Y yo creo que deberías volver aquí —contestó en tono juguetón.

Entrecerré los ojos y mordí mi labio inferior, tratando de reprimir el deseo de hacer lo que Ian me sugería. Pero no podía dejarme llevar; se lo debía a Keir.

Inspiré profundamente y me di la vuelta para mirar a Ian.

—Es Lorraine la que me está llamando.

Tal y como esperaba, el ambiente relajado que se había formado entre nosotros desapareció en cuanto pronuncié el nombre de la tía de Keir. La expresión de Ian se endureció y la sonrisa pícaro que bailaba en sus labios se convirtió en una mueca tensa. Ian se incorporó y se levantó rápidamente de la hierba.

—¿Por qué cojones te llama? —A pesar de que sabía que debía centrarme en sus palabras, mis ojos vagaron inconscientemente por su cuerpo sudoroso y desnudo. Ese hombre parecía esculpido por los dioses—. Lottie —me llamó, tratando de captar mi atención, pero yo en lo único que podía pensar era en repetir lo que acababa de pasar entre nosotros—, céntrate. Responde a la pregunta.

Suspiré con resignación.

—Ella se ha puesto en contacto conmigo —contesté mientras Ian comenzaba a vestirse con rapidez—. Intercambiamos los teléfonos cuando cenamos juntas en la pizzería el día en el que nos conocimos, ¿recuerdas? —Ian arrugó el ceño, seguramente, recordando que me había ordenado que borrara el número de Lorraine y dándose cuenta de que no le había hecho el menor caso—. Me ha contado que lleva días intentando ponerse en contacto contigo, pero que tú has decidido evitarla. —Hice una pausa, dándole a Ian la opción a rebatir o añadir algo. Cuando no lo hizo, continué: —Ella tan solo quiere ver a Keir. Hoy se va del pueblo y me ha preguntado si podía despedirse de él. Iba a hacerlo, pero no he podido —reconocí, porque Ian se merecía que fuera honesta con él. Aun corriendo el riesgo de que se enfadara conmigo y no quisiera volver a hablarme—. No sin tu permiso. Sé qué han pasado cosas entre Lorraine y tú que yo desconozco, pero Keir la adora. Eres el padre de Keir y...

—Lo soy —dijo, interrumpiéndome con severidad—. Te dejé claro que no quiero a mi hijo cerca de ella.

—Lo sé, pero...

—¡No obstante nada! —estalló, fuera de sí—. ¡No quiero que *esa mujer* se acerque a mi

hijo! —Los gritos de Ian resonaron en el silencio del prado.

Normalmente, Ian solía controlar su temperamento. No parecía ser así cuando hablábamos de Lorraine. Era la primera vez que le veía perdiendo los papeles de esa manera.

—Ian, tranquilízate. Tan solo quiero lo mejor para Keir, y sé que tú también lo quieres.

Ian inspiró profundamente mientras se pasaba una mano por su cabello pelirrojo desordenado. Al parecer, mis palabras parecieron relajarle.

—Lo siento —dijo con un suspiro—. Es un tema complicado.

—Lo sé —podía verlo en sus ojos y en la forma en la que se alteraba cada vez que hablábamos de ello—, y lo entiendo. Pero Ian, ella es la tía de Keir. —Eso era algo que Ian, aunque quisiese, no podía cambiar—. Hiciese lo que hiciese, Keir no se merece que la separes de ella. Tenéis que intentar arreglar vuestras diferencias. Créeme, que si no lo haces, en un futuro, te vas a arrepentir.

Ian se rio sin humor.

Se ató los botones de su camisa blanca evitando mirarme. Hacía calor, pero, aun así, cogió la chaqueta negra y se la puso, aunque no se la abrochó.

—Es hora de regresar a la fiesta —sentenció, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar. No está vez—. No lo hagas por ella, hazlo por Keir.

—Lottie... —Mi nombre salió a modo de advertencia de los labios de Ian.

Estaba presionando, era consciente de ello, pero tenía que hacerlo. La familia era lo más importante que tenía un niño. Bien lo sabía yo.

—Ian, tu hijo...

—No es mi hijo.

Parpadeé, confundida.

—¿Quién no es tu hijo?

—Keir. Él no es mi hijo.

Capítulo 20

—¿Qué quieres decir con que no es tu hijo? —pregunté, aturdida. Mis oídos tenían que estar fallando, aunque al ver el rostro de desolación de Ian supe que había escuchado perfectamente.

Él se sentó encima de la piedra plana que se hallaba a unos metros de nosotros y yo ocupé un lugar a su lado. Respiró hondo, preparándose para contarme una historia que sabía que estaba llena de traición y dolor.

—Conocí a Holly cuando su coche chocó contra el mío en el aparcamiento de una de mis oficinas —comenzó; su mirada perdida en los dolorosos recuerdos—. Ella estaba preocupada porque el seguro le subiese la póliza debido a que había tenido varios pequeños accidentes más. Yo no me encontraba en el interior cuando sucedió y el dinero no era un problema para mí como para preocuparme por el costo del arreglo, así que le dije que no hacía falta meter a los seguros de por medio. Como agradecimiento, me invitó a cenar a su casa. Era una joven preciosa y agradable, así que acepté. —Hizo una pausa y yo coloqué una mano en su rodilla, dándole ánimos—. Empezamos a vernos con regularidad; no éramos pareja, pero teníamos una relación exclusiva. Al mes me informó de que se había quedado embarazada de mí. La píldora había fallado. No puse en duda sus palabras e hice lo correcto: me casé con ella.

—¿Te casaste con una mujer de la que no estabas enamorado por el bien de Keir? —Aunque sonó como una pregunta, era una afirmación.

—Aprendí a querer a Holly. No sé si llegué a enamorarme de ella, pero cuando la veía interactuar con Keir sentí algo parecido al amor. Ella era una gran madre. Además, yo era feliz; lo tenía todo. Un trabajo que me gustaba, un precioso hijo, una esposa bondadosa y un hermano que lo era todo para mí. Iver no solo era mi hermano pequeño; era mi mejor amigo. Los dos años de diferencia apenas se notaban. —Ian esbozó una sonrisa dulce que fue sustituida por una mueca amarga en cuanto pronunció las siguientes palabras: —Pero el día del accidente lo perdí todo. Perdí a mi mujer, a mi hermano, y a mi hijo.

—Keir no iba en aquel coche.

—No. —Tragó saliva y se pasó la mano por el pelo—. El mismo día del funeral, Lorraine me enseñó una prueba de paternidad. Una prueba clara donde se mostraba que mi hermano era el padre de Keir.

Escuché el sonido de un chillido ahogado y tardé unos segundos en darme cuenta de que provenía de mi garganta.

—No puede ser —dije con la voz entrecortada.

—Yo tampoco podía creérmelo, pero Lorraine me lo contó todo. Holly había conocido a Iver en un bar y se acostaron de manera intermitente durante unos meses. Ella se enamoró de él, pero mi hermano era alérgico al compromiso y las responsabilidades, por eso cuando ella le dijo que estaba embarazada de él, se desentendió. Holly preparó el choque del aparcamiento; su intención era dar celos a Iver conmigo, pero como no lo logró, me hizo creer que estaba embarazada de mí.

—Tu hermano lo sabía y no te lo contó.

—No solo no lo hizo, sino que siguió acostándose con ella de vez en cuando a lo largo de los años. Es más, la noche del accidente habían pasado la noche en un hotel, en vez de en la fiesta que celebraba uno de nuestros clientes a la que se suponía que ella le acompañaba, ya que

yo me encontraba de viaje de negocios en el extranjero.

—Él era tu hermano —espeté, furiosa, con Iver y también con Holly, porque ninguno de los dos había valorado al gran hombre que tenía a mi lado—. ¿Cómo pudo hacerte algo así?

—Eso es lo mismo que me he preguntado mil veces. —Las palabras de Ian salieron estranguladas; su voz temblorosa—. Una y otra vez desde que Lorraine me lo contó. —Ian suspiró profundamente a la vez que pasaba una mano por su rostro—. No puedo entender cómo Iver, mi hermano, mi mejor amigo, mi todo, pudo hacerme eso.

—¿Tal vez Lorraine mentía? —sugerí—. Los documentos se pueden falsificar. —No podía entender qué motivos tendría Lorraine para hacer algo así, pero era la única razón plausible que se me ocurría.

—También yo quise creer eso —confesó—. Por eso, me hice una prueba de paternidad. —Ian hizo una pausa, como si las siguientes palabras que iba a pronunciar supusiesen un gran esfuerzo para él—. La prueba confirmó que soy el tío de Keir, no su padre. Y además, todo cuadraba. Todas las señales estaban ahí y yo no quise verlas: el parto de Keir adelantándose un mes, mi hermano no acudiendo a mi boda ni al nacimiento de mi hijo porque se había tomado un año sabático para viajar por el mundo, y su actitud distante con Keir. Nunca se quiso involucrar demasiado con él y ahora lo entiendo.

—A veces la víctima es la última en enterarse —dije—. ¿Y estás enfadado con Lorraine porque te contó la verdad?

—Estoy enfadado con ella porque me chantajeó —respondió, con la ira filtrándose en su voz—. Tuve que pagarle una alta suma para que mantuviese la boca cerrada y no lo hiciera público. Pero es ambiciosa y derrochadora. Al poco tiempo, se quedó sin nada y volvió a por más. Cedí, pero regresó de nuevo y tuve que cerrarle el grifo. Nunca iba a parar. Así que, contrató un abogado para intentar quedarse con la custodia de Keir, alegando que los dos éramos sus tíos y teníamos los mismos derechos. De momento, mi abogado ha logrado que la causa no llegue a juicio. Por eso ella está buscando la manera de desacreditarme como padre.

Nunca pensé que una persona podría llegar a ser tan mezquina y mala. ¿Cómo había sido capaz de jugar de esa manera con los sentimientos de Ian? ¿Y encima querer beneficiarse de una desgracia como aquella?

Todo por unas miserables libras.

Y yo que había pensado que Lorraine realmente adoraba a su sobrino. Qué estúpida había sido.

—Si lo único que parece que le interesa es el dinero, ¿por qué quiere la custodia de Keir?

—Para exigir que Keir sea el único heredero de mi hermano y quedarse ella controlando el dinero que mi hermano dejó. Supongo que su plan es enviar a Keir a un internado para que no le moleste mientras ella gasta su dinero. Mi hermano me dejó su parte de las empresas a mí, pero el dinero que tenía en sus cuentas y las tierras que heredó de mi padre no lo dejó especificado en el testamento. Quedó para mí al ser su familiar más cercano. Pero si un juez le otorga la paternidad de Keir, este será su heredero.

—Ella no quiere a Keir, pero Keir la adora.

—Jamás se ha preocupado por él, pero es muy buena fingiendo. Cuando venía a visitarnos, siempre era para pedirle dinero a su hermana o para que esta le sacase de algún problema en el que estaba metida. Holly siempre aceptaba fuera lo que fuese. Yo pensaba que era porque era una mujer generosa y bondadosa, ahora creo que Lorraine la tenía amenazada con contarme la verdad.

—¿Y qué quiere de mí? —pregunté más para mí misma, pero Ian lo escuchó.

—Probablemente, manipularte para sacarte información sobre mí que pueda utilizar. Ya lo ha intentado con más empleados. Tuve que echar a dos niñeras y a una limpiadora del hogar porque aceptaron su dinero. Por eso pedí a mi amigo Mark que me buscara una niñera entre sus alumnas. Una joven que tuviese mucho que perder; una que no se arriesgase a jugarse su futuro por un poco de dinero rápido.

—Yo nunca haría algo así, me jugase algo o no —dijo, horrorizada por todo lo que Ian acababa de confesarme—. La única razón por la que quería que Keir pasase tiempo con Lorraine es porque creía que era lo mejor para él. Si llego a saber la verdad, no le hubiera permitido acercarse a él.

—Lo sé, no estoy enfadado contigo. —Acarició mi mejilla con el dorso de su mano—. Puede que genéticamente Keir no sea mi hijo, pero para mí lo es. Ningún documento va a cambiar eso. No voy a permitir que nadie le haga daño.

Esbocé una sonrisa.

—Keir tiene suerte de tenerte.

Ian estiró sus labios en una sonrisa que terminó siendo una mueca tensa.

—Lo peor es que no puedo odiar a Holly por lo que hizo —confesó con un profundo suspiro—. Porque me dio a Keir. Me dio lo mejor que tengo en la vida. —Los ojos de Ian brillaron al hablar de su hijo—. Y tampoco puedo odiar a Iver, por lo mismo. Aunque no es la única razón por la que no odio a mi hermano. Estoy seguro de que si Iver estuviese vivo, lo hubiese perdonado. Es mi hermano —dijo, como si eso lo explicase todo. Y, en realidad, lo hacía—. Joder, si hasta me quedé con su perro.

—¿Max era suyo?

—Era solo un cachorro que él acababa de comprar. Nunca me han gustado los perros; eso era algo en común que tenía con mi padre. Además, en ese momento, tenía demasiadas responsabilidades y cosas en la cabeza como para cuidar de él. Decidí buscarle una familia que cuidase bien de él y lo di en adopción, pero Max no dejó de sollozar y ladrar hasta que regresó a casa. Desde ese día, no se despegó de mí.

Estiré mi mano para agarrar la suya.

—Soy un idiota —dijo al cabo de unos segundos—. Mi hermano...

—No eres idiota —le interrumpí antes de que siguiera—. Eres un hombre inteligente y bondadoso, uno que no se deja llevar por el rencor. Es tu hermano, Ian; tu sangre. Yo también sería capaz de perdonarle cualquier cosa a... —por fortuna, me callé a tiempo antes de mencionar a Lizzie— mi familia —terminé, evitando dar más detalles.

Ian estaba demasiado perdido en sus recuerdos como para darse cuenta de mi pequeño error.

—Una parte de mi corazón murió el día en el que me enteré de su traición.

Esbocé una sonrisa triste.

—Puedo ayudarte a recuperarla.

—¿Cómo?

—Haciéndote olvidar la tristeza y recordándote lo que es la felicidad.

Antes de que Ian pudiera hacer otra pregunta, me levanté de la piedra y me puse de rodillas frente a él.

—¿Lottie? —susurró confundido cuando le levanté el *kilt* y le bajé los calzoncillos por sus piernas. A pesar de su aturdimiento, me ayudó a deshacerme de ellos—. Lottie, no tienes por qué hacerlo —dijo cuando agarré su longitud con mis manos.

—Deberías conocerme lo suficiente como para saber que no hago nada que no desee hacer,

Antes de que pudiese responder, me metí su erección en la boca. Mi lengua lamió su tronco

a la vez que acunaba sus testículos.

Ian inclinó su cabeza hacia atrás y entrecerró sus ojos.

—Joder, cariño —gimió con la voz ronca por el deseo.

Nunca antes me habían gustado demasiado los apelativos cariñosos. Siempre me habían parecido un cliché, algo superficial y vacío. De hecho, en mí anteriores parejas, los había evitado. Pero que Ian me llamase cariño hizo que un sentimiento cálido se extendiera por todo mi pecho.

Con Ian todo era diferente y eso estaba empezando a ser un problema. Uno en el que prefería no pensar en ese momento.

Sentí que Ian enredaba sus dedos en mi cabello, animándome a acelerar mis movimientos. Su miembro se endureció dentro de mi boca y un profundo gemido que se escuchó por todo el prado salió de los labios de Ian mientras llegaba al clímax.

Me aparté lentamente de él.

Ian me miró con una sonrisa perezosa en sus labios, su pecho subiendo y bajando a la vez que recuperaba el aliento.

Todo el sufrimiento que había visto en sus facciones minutos antes se había evaporado. Nunca le había visto tan en paz, aunque sabía que era algo momentáneo. Nada más que el tiempo y él mismo podrían curar las heridas del pasado; si alguna vez conseguía curarlas del todo.

Pero yo le había ayudado a olvidarlas durante unos instantes.

—Ven aquí —me pidió mientras señalaba sus muslos.

Por una vez, le hice caso y me levanté para sentarme en su regazo. Rodeó mi cintura con su brazo mientras posaba un beso tenue en mi cabello.

—Ha sido increíble.

—Ya lo sé —respondí, guiñándole un ojo.

Ian se rio.

—Gracias por todo, Lottie. Por escucharme y por estar a mi lado. Es una suerte que hayas aparecido en mi vida. Hay pocas personas tan honestas y buenas como tú.

La sonrisa que se extendía en mis labios se congeló al escuchar las palabras de Ian. La culpa me invadió; una culpa, que a medida que los días iban pasando, iba creciendo en mi interior hasta consumirme del todo.

Porque yo no estaba siendo del todo honesta con él. Ese hombre me había abierto su corazón y yo no le había dicho mi verdadera identidad. Ni siquiera había podido hablarle sobre mi hermana, el pilar más fundamental de mi vida, para que no me descubriese.

Quise decirle la verdad. Estuvo a punto de escaparse de mis labios. Ian no se merecía que siguiera engañándolo. Pero ser honesta con él implicaba traicionar a mi hermana.

Y no podía hacerlo. Antes, tenía que hablar con Lizzie y contarle lo que me estaba pasando. Después, hablaría con Ian y sería sincera con él.

Esperaba que tanto Lizzie como Ian lo entendiesen.

—Deberíamos regresar a la fiesta —dije, evitando responder a Ian.

Él asintió, aunque me acercó más a él, uniendo sus labios a los míos.

—Aunque nada me apetecería más que quedarme aquí contigo, tienes razón —susurró contra mi boca cuando se separó de mí. Aun así, me soltó a regañadientes y me levanté de su regazo. Se vistió y se puso de pie.

—Es mejor que no aparezcamos juntos. No quiero que piensen que hemos follado.

—Es que hemos follado —replicó Ian con diversión.

—Lo sé, pero no quiero que lo piensen.

Todavía estaba asimilándolo yo misma como para que los rumores corriesen como la pólvora. Era fácil que ya lo hiciesen porque habíamos desaparecido juntos. Aun así, no quería avivarlos.

—Las mujeres primero —ofreció.

—Mejor ve tu primero.

Él me observó unos segundo y esbozó una sonrisa juguetona.

—¿No tienes la menor idea de cómo regresar, verdad?

No, no la tenía. Si iba yo delante, había muchas posibilidades que me pasase horas dando vueltas alrededor de los mismos árboles.

—Por supuesto que sé —dije, poniendo los brazos en jarras, fingiendo estar ofendida—. Estoy segura de que nadie se ha dado cuenta de que me he ido, pero a ti te estarán echando en falta. Si apareces tu primero se centrarán en ti y nadie se fijará en mí. Al revés, se darán cuenta de que algo ha pasado.

Evidentemente, no se tragó mi excusa.

—Eres incapaz de reconocerme que no tienes el mínimo sentido de la orientación. —Me dio un tenue beso en los labios—. No pasa nada, también hay algo que yo soy incapaz de reconocerte.

No me dio tiempo a hacerle ninguna pregunta, porque se giró y caminó hacia el prado.

Seguí a Ian a una distancia prudencial, pero lo suficientemente cerca para no perderme. Por el camino le envié un mensaje a Lorraine diciéndole que sabía toda la verdad y que no volviese a acercarse a mí ni a Keir. Seguido, borré sus mensajes, y bloqueé su número. No quería saber nada más de ella.

En el prado, la fiesta se encontraba en todo su apogeo. Estaba empezando a oscurecer. Ian y otro hombre encendieron el fuego ante la atenta mirada de los más pequeños.

—Para ti, Lottie.

Giré la cabeza para ver a Keir sosteniendo una corona de flores que había hecho en uno de los puestos.

—Es preciosa —le agradecí, inclinándome para darle un beso en la mejilla,

Cogí la corona y me la puse en la cabeza con cuidado, colocándomela bien para que no se me cayese.

—¿Vas a bailar alrededor de May...? —Keir no terminó de formular la pregunta, interrumpiéndose a sí mismo para morder su labio inferior, pensativo—. Ese palo —dijo finalmente, perdiendo la paciencia, y señalando un poste alto, decorado con cintas y flores.

—Se llama maypole —le aclaró Ian mientras se acercaba a nosotros.

Le miré, sin poder evitar la amplia sonrisa que se dibujó en mis labios al verlo, y él me guiñó un ojo con complicidad.

—Eso, maypole —repitió Keir, pronunciando la palabra lentamente, como si de esa manera pudiese retenerla en su memoria—. ¿Tú vas a bailar, papá? —le preguntó el niño a la vez que tres hombres y tres mujeres comenzaban a caminar hacia el maypole.

—Prefiero mirar —contestó Ian,

—Yo también —concordé mientras observaba como los danzantes formaron dos grupos alrededor del maypole; uno exterior y otro interior. Cada persona sostenía una cinta, que eran de colores diferentes.

Los danzantes comenzaron a moverse al ritmo de la música de la orquesta. Los hombres, en el círculo interior, se dirigían en una dirección, mientras que las mujeres en el círculo exterior se movían en la opuesta. A medida que avanzaban, se cruzaban y entrelazaban las cintas en

patrones intrincados, creando una malla colorida que envolvía el poste.

—Es digno de ver —dije, obnubilada.

—Lo es —concordó Ian, pero cuando ladeé la cabeza para mirarlo, me di cuenta de que sus ojos no estaban en el poste, sino en mí.

Nuestras miradas se cruzaron y, en ese instante, todo lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor desapareció. Fue como si el tiempo se detuviera. Ian curvó sus labios en una sonrisa que hizo que mi corazón comenzase a latir con más fuerza y unas cosquillas que nunca había sentido se esparciesen por mi estómago.

Y entonces, algo hizo *click* en mi cabeza.

Porque no podía ser como en las malditas películas. Porque nunca antes me había pasado; no tan rápido, no con esa intensidad. Sin apenas ser consciente de ello, me había enamorado perdidamente de Ian MacAllister.

—¡Keir! —La voz de Ian llamando a su hijo me sacó de mi ensoñación.

Me di cuenta de que el pequeño, fruto del cansancio, había cerrado sus ojos y se había quedado dormido, tambaleándose hacia mí. Yo estaba tan perdida en mis pensamientos que no me había dado cuenta.

Keir se sobresaltó y abrió los ojos, pareciendo aturdido.

—¿Qué? —preguntó—. Estoy despierto. No me he dormido —aclaró con rapidez, como si aquello fuera algo malo.

Ian suspiró y yo me reí.

Keir era adorable.

—Es hora de regresar a casa —anunció Ian. Keir se quejó, pero Ian no le hizo el menor caso —. ¿Quieres venir con nosotros o prefieres quedarte un rato más? —me preguntó Ian, ladeando la cabeza hacia mí.

—Voy con vosotros.

Sin ellos dos no pintaba nada en la fiesta, porque mi lugar estaba al lado de ese hombre y ese niño.

Ian aparcó el coche frente a la casa, que estaba sumida en el silencio más absoluto. Ayudé a bajar del vehículo a Keir, que se había quedado medio adormilado en el corto camino de regreso. Ian y yo no habíamos hablado durante todo el trayecto, pero en un par de ocasiones él había colocado su mano en mi muslo cariñosamente.

—Vamos, es hora de ir a la cama —le dijo Ian a Keir en cuanto entramos en la casa.

Curiosamente, aquellas palabras sirvieron para que el niño se despertase del todo.

—¿A la cama? —se quejó Keir, soltándose de mi mano y cruzando los brazos en señal de protesta—. No tengo sueño.

Ian suspiró.

—Ha sido un día largo y estás agotado. Vamos, primero lávate los dientes, y luego, a la cama.

—No tengo sueño, papá —insistió Keir con tozudez.

—Es tarde, Keir —intervine, encendiendo mi teléfono para comprobar la hora en él. Era cerca de medianoche—. Mañana tenemos que madrugar. —Y pensar que en unas seis horas tenía que estar de pie de nuevo... No acababa de acostumbrarme a esos horarios.

—¿Me vas a leer un cuento? —me preguntó Keir, que no estaba dispuesto a ceder del todo.

Tenía que reconocer que ese niño era un buen negociador. A pesar de que Ian no esperaba

que su hijo se encargase de sus empresas de mayor, podía asegurar de que si Keir decidía tomar ese camino, sería muy bueno en ello.

—Está bien —cedí—, pero solo un rato.

—¿Tú también, papá?

Keir miró a Ian, pero este tenía sus ojos fijos en el pasillo que conducía a las estancias de la planta baja y parecía no estar prestándonos atención.

—¿Ian? —le llamé.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Ian, ignorándome.

Fruncí el ceño.

—¿Qué sonido? —repetí, tratando, sin éxito, de oír algo—. No escucho nada.

—Sí —insistió Ian, avanzando por el pasillo.

Keir y yo lo seguimos.

Entonces, lo escuché. Era tan leve que no sabía cómo Ian había podido oírlo. Era como el sonido de una gota cayendo sobre una superficie plana.

Provenía de una de las estancias.

Ian se detuvo frente a una puerta que identifiqué como el salón. Aunque solo había estado allí en una ocasión desde que había llegado.

Ian abrió la puerta. La estancia estaba completamente a oscuras, levemente iluminada por la luz cálida que provenía del pasillo, pero cuando Ian pulsó el interruptor, la escena que se presentó ante nosotros era un completo desastre.

Los cojines de terciopelo color agua, que deberían estar minuciosamente ordenados encima del sofá de cuatro plazas color grisáceo, estaban desparramados por el suelo. Bueno, o lo que quedaban de ellos; porque sus fundas estaban rotas en mil pedazos, y las plumas blancas y esponjosas esparcidas por todo el salón, como si mágicamente hubiera nevado.

Me llevé una mano a la cabeza cuando mi mirada se centró en las elegantes cortinas de color gris que cubrían el amplio ventanal, que ahora lucían hechas jirones.

Max estaba en un taburete alto giratorio que se hallaba en una de las esquinas del salón. Sus patas delanteras estaban apoyadas sobre el respaldo y no supe cómo había sido capaz de subirse ahí o cómo cabía, ya que el taburete era pequeño en comparación con su cuerpo. Para mí era un milagro que estuviese soportando su peso.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ian, atónito.

Desgraciadamente, yo me podía hacer una idea. Y por la manera en la que Keir mordió su labio inferior cuando compartió una mirada conmigo, él también.

—¡Max! —gritó Keir, señalando al enorme san bernardo que estaba acurrucado encima del taburete—. ¿Por qué has destrozado el salón? —preguntó Keir en un intento de defender a su amigo de cuatro patas.

Suspiré mientras negaba con la cabeza. La verdad estaba a punto de salir y no había escapatoria.

Ian avanzó hasta la mesa de comedor, donde un sofisticado jarrón colgaba del borde. Afortunadamente, no se había caído al suelo, rompiéndose, pero sí lo habían hecho las flores, que estaban desparramadas por el suelo. Las gotas de agua que caían del jarrón a la madera eran las que habían provocado el ruido que Ian había escuchado.

Ian sostuvo el jarrón, evitando pisar las flores y el agua que estaba en el suelo, y lo puso de pie.

—Max. —Ian llamó al perro, pero Max no estaba prestándonos atención, sus ojos marrones estaban fijos en uno de los pequeños montones que las plumas blancas habían creado en el suelo

—. ¿Y qué es este olor? —Ian arrugó la nariz, desviando la mirada hacia las pequeñas manchas amarillentas que se esparcían alrededor de la gran alfombra blanca que cubría parte del suelo del salón. No solo estaban en la alfombra, sino también en las paredes y en las cortinas.

No me podía creer que Pongo se hubiera meado por todo el salón.

—Max se ha meado. —Keir fue a decir algo más, pero lo interrumpí.

—No, Keir —lo regañé. Keir hizo un mohín, pero no logró convencerme—. Max no ha sido. —Puede que no hubiera estado allí, pero sabía perfectamente quién era el culpable de tal desastre—. Ian, tenemos que hablar contigo. Hay algo que tenemos que contarte. —Ian se merecía que fuéramos sinceros con él.

—¡No, Lottie! —se quejó Keir.

—Ya basta de mentiras, Keir. Tenemos que decir la verdad. Aunque, ¿cómo ha logrado salir de mi habitación?

Estaba completamente segura, de que tal y como hacía desde que habíamos rescatado a Pongo, me había asegurado de cerrar correctamente mi habitación para que no pudiera escaparse ni ocasionar ningún problema.

—Yo le he dejado la puerta abierta —confesó Keir—. Íbamos a estar muchas horas fuera y tu habitación es pequeña.

Suspiré, pero no pude llegar a regañarle, porque Ian nos interrumpió.

—¿Qué está pasando? —preguntó. El pobre no entendía nada.

Inspiré aire profundamente para contarle a Ian la verdad cuando unos aullidos interrumpieron nuestra conversación.

Provenían de un pequeño montón de plumas. El mismo montón al que Max no había quitado ojos. Cuando una cabecita grisacea apareció entre las plumas, con esos ojos amarillos, lo comprendí.

—¡Pongo! —gritó Keir, corriendo hacia el cachorro.

El perro agitó la cabeza, sacudiéndose las plumas, y dio un salto hacia Keir para saludarlo. Keir se sentó en el suelo y Pongo se subió a su regazo, lamiendo su cara.

—Esto era lo que teníamos que contarte —le dije a Ian con una sonrisa inocente.

Ian frunció el ceño.

—¿Pongo?

—Encontramos al cachorro hace unos días. El mismo día que regresamos del pueblo. Estaba solo y muerto de frío. No podíamos dejarlo allí. Sé que debería habértelo contado antes, estuve a punto de hacerlo, pero no era el momento. Estaba intentando buscar el momento correcto.

—Papá, ¿nos lo podemos quedar? ¡Dime que nos lo podemos quedar!

Ian lucía una expresión impasible. Se acercó hacia Pongo. El cachorro, al verlo, saltó del regazo de Keir y se dirigió hacia Ian. Lo olfateó con curiosidad, y cuando Ian se agachó para verlo más de cerca, este prácticamente dio un salto hacia sus brazos. Ian lo sostuvo en brazos.

Me acerqué a Keir.

—Parece que se gustan —le susurré con complicidad.

—¿Entonces crees que nos lo podemos quedar? —me preguntó Keir, sonriendo.

A pesar de que Ian me había reconocido que no le gustaban los perros, si había decidido cuidar de Max, tal vez también acogería a Pongo. Y más si Keir se lo pedía.

—Sí, no tiene una familia, puede ser que sí. —Me aventuré a decir.

Keir aplaudió.

Ian seguía sosteniendo el cachorro en brazos. Su expresión era seria y parecía estar

analizándolo, pero ambos parecían cómodos.

Pongo no dejaba de revolverse, feliz. Cuando Pongo se fijó en Max, comenzó a aullar, e hizo el intento de pegar un salto desde los brazos de Ian hasta donde Max. El san bernardo se acurrucó aún más en el taburete y emitió unos sonidos que identifiqué como sollozos. ¿Estaba sollozando? Incluso temblaba.

—¿Le tienes miedo? ¿En serio? —le pregunté a Max—. ¡Por favor, si eres el doble que él! —Doble era quedarme corta. Max le triplicaba el tamaño a Pongo.

Ian frunció el ceño mientras dejaba a Pongo en el suelo. Este corrió directamente hacia mí para saludarme. Me agaché para acariciar su cabecita.

—¿Dónde lo encontrasteis? —preguntó Ian.

—En el camino de vuelta del pueblo. En la carretera, casi lo atropello.

—¿Cerca del bosque?

—Sí. —Le di un toquecito en la nariz a Pongo—. ¿No es una cosita adorable?

Ian emitió un suspiro de incredulidad.

—No me lo puedo creer —masculló. —No es un perro, Lottie. Es un cachorro de lobo.

—¡¿Un lobo?! —grité, dando un salto hacia atrás y alejándome lo máximo posible de Pongo.

El pobre cachorro me miró, confundido. Entonces, me di cuenta de que Ian no tenía razón. Era imposible que fuera un lobo. Se habría confundido.

Seguramente, nunca había visto un husky.

—Es un husky —dije al comprender la confusión de Ian—. Los huskys son parecidos a los lobos.

Un lobo. Tenía cada cosa...

—Sé perfectamente como es un husky —replicó Ian, entornando los ojos—. Pero él no es un husky, es un cachorro de lobo.

—Ya te digo yo que no. Sé de lo que hablo, he trabajado como paseadora de perros.

—¿Paseadora de perros? —repitió Ian, y ahí fue cuando me di cuenta del error que acababa de cometer—. Pensaba que tan solo habías tenido un trabajo parcial en la biblioteca de la universidad. Nunca me hablaste de ese empleo en la entrevista.

Mierda.

—Se me paso —dije, tratando de sonar tranquila, aunque mis palabras salieron atropelladas—. Fue hace unos cuantos años, un verano.

Afortunadamente, Ian estaba centrado en Pongo, y si mi respuesta no le convenció, no lo demostró.

—El veterinario del pueblo es un buen amigo mío —murmuró mientras sacaba el móvil de su *sporrán*—. Puede echarnos una mano. Él podrá revisarlo.

Lancé un bufido.

—Te equivocas. Ya verás cómo Pongo es un husky.

Capítulo 21

Sorprendentemente, Ian no se equivocaba.

Pongo era un cachorro de lobo, tal y como certificó el veterinario. Keir estaba destrozado porque ese hombre se lo había llevado. Por más que le había intentado explicar que el cachorro tenía que regresar con su manada antes de que lo rechazasen para siempre, este no lo entendía.

El pequeño no se había quedado dormido hasta más tarde que las cuatro de la mañana. Ian y yo habíamos estado junto a él, calmando sus sollozos y contándole cuentos. Ian nos había permitido cancelar todas las actividades de la mañana siguiente para que ambos pudiésemos descansar, pero yo apenas había conseguido conciliar el sueño durante un par de horas.

Mi activa mente no dejaba de recordarme que Ian ya había sufrido demasiadas mentiras en su vida como para que yo contribuyese con una más. Y además, quería ser sincera con él. Esa era la única manera que, fuera lo que fuese que estaba comenzando entre nosotros, fuese sincero y real.

El problema era que no podía decirle la verdad a Ian sin antes hablar con Lizzie porque, aunque esperaba que mi jefe comprendiese mis razones para hacerle el favor a mi hermana, había una posibilidad de que no lo hiciese. Eso rompería mi corazón, pero podía poner en problemas a mi hermana con su tutor de máster, por eso tenía que informarla antes de hacer nada para que estuviese preparada.

Iba por el pasillo camino de la cocina cuando escuché lo que identifiqué como el sonido de un objeto golpeando el suelo. El ruido provenía de detrás de una puerta. Era una de las despensas donde guardaban comida. Había visto a Marie allí en más de una ocasión. Por miedo a que la mujer estuviese dentro y se hubiese caído al subirse en la escalera para coger algo de una de las baldas superiores, abrí la puerta. Después de mi experiencia en el castillo de Hudson, debería haber aprendido a no abrir una puerta cerrada sin llamar, pero no lo había hecho.

Por suerte, esta vez, la pareja que estaba dentro tenía toda su ropa puesta. Se estaban besando apasionadamente. Beso que interrumpieron rápidamente al darse cuenta de mi presencia.

—Lottie —me saludó Robert despreocupadamente con una sonrisa.

En cambio, Lorna lucía completamente avergonzada. Retrocedió un paso, buscando alejarse lo máximo posible de Robert, algo que era bastante complicado teniendo en cuenta el diminuto espacio en el que se encontraban, y que tampoco cambiaba nada de lo que acababa de ver.

—Lo siento, he escuchado un ruido y pensaba... —Me interrumpí a mí misma al darme cuenta de que estaba hablando de más y que lo que tenía que hacer era irme. Lorna se tocaba sus labios hinchados, con la mirada fija en el suelo. La pobre no sabía dónde meterse—. No importa, seguir a lo vuestro.

Fui a cerrar la puerta, pero Robert me lo impidió estirando su pie y colocándolo en el marco de la puerta.

—No pasa nada —dijo, haciendo un gesto con su mano—. Además, tengo que volver al trabajo. Ya me he distraído más tiempo del que debería. —Robert sonrió a Lorna con complicidad y le guiñó un ojo.

Me aparté para dejar pasar a Robert. Este se despidió de nosotras y desapareció por el pasillo. Fui a seguirle cuando los dedos de Lorna se cerraron alrededor de mi muñeca.

—Espera —me soltó para cerrar la puerta de la despensa. Después, miró a su alrededor, como si quisiera comprobar que estábamos solas—. No le digas nada de lo que acabas de ver al

señor MacAllister —me pidió—. No creo que le haga gracia que sus empleados estén besándose en horas de servicio. Realmente necesito este trabajo, Lottie.

Conociendo a Ian, Lorna estaba en lo cierto. A pesar de que Ian me había aclarado que no había ninguna cláusula que les prohibiese a los empleados mantener una relación entre ellos más allá de lo profesional, sí que podían meterse en problemas si esa relación se producía en horas de trabajo.

—Nunca haría nada que te pudiera perjudicar, Lorna. Y menos aún después de lo bien que tú te has portado conmigo. —Aunque no habíamos tenido tanto contacto como para considerarla una amiga, era lo más cercano a una que tenía dentro de esa casa—. Mi boca está sellada.

—Gracias, Lottie. —Lorna exhaló un suspiro de alivio—. Sé que deberíamos esperar a terminar el horario laboral, pero es *taan* guapo —recalcó con una sonrisa—. ¿No te lo parece?

—Sí.

Robert era un joven encantador y atractivo, pero no despertaba nada en mí. No como lo hacía Ian, que había puesto mi mundo al revés.

—Se te ha puesto una sonrisa tonta en los labios —apuntó Lorna observándome con curiosidad. —Instintivamente, me llevé una mano a los labios, sin saber qué decir—. No tienes que avergonzarte, a mí me pasa lo mismo. En la cama es aún mejor de cualquier cosa que puedas estar imaginándote —continuó, malinterpretando mis pensamientos. Aunque, en una cosa tenía razón: la realidad siempre era mejor que la fantasía. Como había descubierto la noche anterior en el claro.

—No estaba pensando en nada.

Lorna se rio. No parecía creerme.

—No tienes que avergonzarte, no podemos controlar nuestra mente. Sé que mi novio es muy atractivo.

¿Su novio?

—¿Hace cuanto que estáis juntos?

—Un par de semanas.

Aquello me sorprendió.

¿Si Lorna y Robert estaban saliendo, qué hacía Robert ligando con una chica en la fiesta? No había sido precisamente sutil al respecto. No porque hubieran bailado juntos o por la complicidad con la que habían hablado, ya que eso era algo que se podía malinterpretar, sino porque los había visto desaparecer en medio de la fiesta cogidos de la mano hacia un lugar más tranquilo.

Ese pensamiento me hizo darme cuenta de que, probablemente, alguien también se había dado cuenta de lo que Ian y yo habíamos hecho. Y, a diferencia de lo que había pensado la noche anterior, no podía importarme menos. No tenía nada que ocultar. En realidad, quería gritárselo al mundo.

Pero no podía hacerlo, no sin hablar antes con Lizzie. En ese mismo momento, tomé una decisión: iba a enviar un *email* a la Universidad de Massachusetts ese mismo día. No podía postergarlo más—. ¿Entonces, vienes? —me preguntó Lorna.

Por lo visto, ella había seguido hablando y yo había desconectado. Lorna me miraba, esperando una respuesta, y como no quería reconocer que no la estaba haciendo el menor caso porque me parecía una falta de respeto, asentí.

—Genial —dijo con entusiasmo—. Entonces te esperamos en la cabaña de Robert después de que acuestes a Keir. Nos lo vamos a pasar genial.

Espera un momento...

¿La cabaña de Robert? ¿Qué? ¿A qué acababa de acceder?

—Espera, Lorna... —comencé, pero Lorna ya se había dado la vuelta y se alejaba de mí para dirigirse hacia la cocina.

Mierda.

No me apetecía nada el plan, pero ya me había comprometido. Aunque quizá me vendría bien para distraerme. Además, así podría descubrir si Robert le estaba poniendo los cuernos o no a Lorna. De ser así, obligaría a Robert a confesarle la verdad o yo misma se lo contaría a Lorna. A pesar de que estaba muy segura de lo que había visto, decidí darle el beneficio de la duda a Robert.

Después de desayunar, volví a intentar llamar a Lizzie, aunque sabía que el móvil no daría señal, pero, aun así, lo intenté por última vez. Después de comprobar que así era, envié el *email* a la universidad. Por la diferencia horaria, probablemente tendría que esperar varias horas, eso sí es que me respondían ese mismo día. Esperaba que sí.

Aprovechando que hacía un buen día, decidí proponerle a Keir bañarnos en la piscina. Aquel plan me ayudaría a evadirme, y también distraer al niño, que seguía triste por haberse tenido que separar de Pongo.

—¡Mira cómo me tiro en tromba! —me gritó Keir.

—Ten cuidado, no vayas a hacerte daño —le advertí mientras me incorporaba en la tumbona en la que estaba tumbada para observar cómo Keir se tiraba de cabeza al agua con la delicadeza que le caracterizaba, provocando que varias gotas de agua mojasen mi estómago desnudo—. ¡Keir, salpicas! —me quejé.

Escuché su risa mientras intentaba subirse a una colchoneta con forma de *cupcake*. A pesar de sus esfuerzos, se resbalaba sin lograr su cometido. Pero como el niño empecinado que era, no paró hasta lograrlo. No pude evitar la sonrisa de satisfacción que se dibujó en mi rostro. Sonrisa que se convirtió en una mueca de preocupación cuando se puso de pie en la colchoneta y esta se hundió un poco. Lo suficiente para que Keir cayese de nuevo al agua, quedando sumergido debajo de la colchoneta.

—¡Keir! —grité, levantándome de un salto.

Corrí hasta el borde de la piscina. A pesar de que el agua era cristalina, la enorme colchoneta me impedía verle. Estaba a punto de tirarme al agua cuando su pequeña cabeza salió a la superficie.

—¿Estás bien? —pregunté con una mano en el corazón.

—¡Sí! —gritó con fuerza, demostrando que sus pulmones estaban perfectamente—. Estaba buceando. Como tú me enseñaste, papá —dijo, mirando a un punto a mi lado.

Ladeé la cabeza para encontrarme a Ian, tan solo ataviado con un bañador de rayas azules y blancas que dejaba al descubierto su tonificado abdomen. Sus ojos se escondían tras unas elegantes gafas de sol negras.

—Lo has hecho muy bien.

Keir sonrió, orgulloso de las palabras de su padre.

—Pues a mí me has pegado un susto de muerte. —me quejé. No quería ser una aguafiestas, pero estaba preocupada por el pequeño—. No vuelvas a hacerlo. Podías haberte ahogado.

Keir ni siquiera me escuchó, se dio la vuelta y comenzó a nadar por la piscina.

—No tienes que preocuparte —me tranquilizó Ian—. Keir ha recibido clases de natación desde que era un bebé.

—No puedo evitar preocuparme —reconocí mientras seguía con la mirada a Keir, quien había vuelto a sumergir la cabeza dentro del agua—. Le he cogido mucho cariño.

—La mejor decisión que he tomado en mi vida ha sido contratarte como niñera.

Ladeé la cabeza hacia él, sorprendida por sus palabras.

Aunque la agradable sensación que invadió mi estómago fue sustituida por un nudo amargo cuando recordé que no me había contratado a mí, sino a Lizzie. Y esa era una mentira que me pesaba más a cada minuto que pasaba. Sobre todo, cuando Ian se quitó las gafas de sol para colocárselas sobre la cabeza y vi la confianza reflejada en sus ojos verdes.

—¿Has venido a nadar? —pregunté, cambiando de tema a la vez que señalaba su bañador—. Pensaba que tenías trabajo.

—Y lo tengo —reconoció—, pero os he visto por la ventana del despacho, y por una vez en mi vida, he dejado que mis deseos se interpongan a mi trabajo.—Acaricié mi brazo con sus dedos—. Tú eres la única persona que ha logrado algo así —confesó.

Mi corazón golpeó en mi pecho. Puede que no me estuviese declarando su amor, pero aquellas palabras significaban aún más para mí. Aquellas palabras lo eran todo.

Sin embargo, yo no podía reconocerle mis sentimientos. No podía confesarle que me había enamorado perdidamente de él, porque eso significaba dar un paso más y no podía hacerlo hasta que no fuera completamente honesta con él. Y para eso, necesitaba hablar antes con Lizzie.

—Hace calor, voy a darme un baño —dije, para acto seguido, sentarme en el borde de la piscina y meterme en el agua.

Nadé hacia la colchoneta, alejándome de Ian, que se quedó en el borde de la piscina. Me subí al *cupcake* al tercer intento y me tumbé sobre la colchoneta, dejando que los rayos de sol acariciasen mi piel.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ian se lanzaba de cabeza a la piscina mientras su hijo le aplaudía. Tal vez la genética decía lo contrario, pero ese niño era de Ian. Les observé jugando en el agua, como el padre e hijo que eran, y no pude evitar que la rabia por lo que Lorraine quería hacer me invadiese. Me obligué a mí misma a olvidar a esa odiosa mujer. Cerré los ojos y me propuse a mí misma disfrutar del precioso día de verano.

La risa nerviosa de Keir y los susurros de Ian pidiéndole silencio a su hijo deberían haberme dado una pista de lo que estaba por pasar, pero, aun así, cuando sentí que la colchoneta cedía y mi cuerpo terminaba en el agua, me sorprendió. Emití un grito que hizo reír a padre e hijo.

—Seréis... —maldije a la vez que nadaba hacia Keir. Lo agarré de la cintura mientras él pataleaba y con la mano libre le hice cosquillas en el sobaco mientras él reía y pedía ayuda a su padre.

Antes de darme cuenta, un cuerpo musculoso me hizo soltar al niño a la vez que me agarraba de la cintura y nos hundía a los dos en el agua. Cuando salimos a la superficie, Keir nos salpicó y Ian me soltó para ir a por su hijo, que nadaba a toda prisa, intentando escapar de su padre.

Durante los siguientes veinte o treinta minutos los tres jugamos en el agua. Keir y yo formamos equipo para hundir a Ian. Aunque no éramos rival para él, fingió que lo conseguíamos para deleite del pequeño. No paramos de reír de tal manera que llegó un momento que apenas podíamos respirar, y mucho menos, hablar. Nunca me había divertido tanto. Pero todo lo bueno llega a su fin, y una voz nos interrumpió.

—Señor MacAllister.

Respirando con dificultad, Ian alzó la mirada hacia la mujer que se encontraba en el borde de la piscina.

—¿Sucedo algo, señora Morrison? —preguntó.

—El señor Booney le ha llamado al teléfono fijo. Dice que es urgente y que no puede localizarle.

Ian suspiró.

—Desgraciadamente, el deber me llama —nos dijo a la vez que acariciaba el pelo mojado de su hijo.

—¿Me vas a leer un cuento esta noche?

—Hoy no puedo, campeón, pero mañana sí. Prometido.

Aquello pareció contentar al niño.

Ian me guiñó un ojo antes de salir de la piscina. Keir y yo lo seguimos. La señora Morrison seguía allí y cogió una de las toallas que descansaba encima de una de las hamacas y secó a Keir.

—Marie ha preparado galletas. ¿Por qué no entras a comer una? —le propuso al niño y este echó a correr hacia el interior de la casa.

Keir era un goloso. Aunque no le culpaba, ya que a mí misma se me estaba haciendo la boca agua pensando en una de esas deliciosas galletas.

Cogí mi toalla y me sequé con ella. Después, la enrollé alrededor de mi cuerpo y me puse las chanclas. Iba a ir a la cocina a asegurarme que Marie vigilaba a Keir para darme una ducha y cambiarme de ropa, cuando una voz me detuvo.

—El señor MacAllister y Keir ya han sufrido demasiado —me dijo la señora Morrison, recordándome que se encontraba allí—. No les hagas más daño.

Me di la vuelta para mirarla. La señora Morrison me observaba con su habitual expresión seria, pero sus labios se fruncían en una mueca de preocupación que no estaba acostumbrada a ver en ella.

—Jamás les haría daño.

—A veces, hacemos más daño involuntariamente que voluntariamente. Keir necesita una madre y el señor MacAllister una mujer que lo ame de verdad.

—Señora Morrison, creo que se está equivocando. Yo...

—Si no estás segura de que puedes ser lo que ellos necesitan, vete antes de que les destroces el corazón.

No pude contestarla, porque ella se giró y se marchó, dejándome con la palabra en la boca. Esa mujer me había caído mal desde que la había visto por primera vez, pero acababa de demostrarme que se preocupaba por Ian y Keir. Desconocía si se refería solamente a la pérdida de Holly y de Iver, o conocía la historia que Ian me había contado el día anterior.

Yo no quería ser parte del sufrimiento de Ian. Quería ser la que le ayudase a disolverlo. La gota de agua en el desierto; la luz en la oscuridad. Eso es lo que quería ser para él.

Busqué mi móvil, que había dejado tirado en una de las tumbonas que rodeaban la piscina. Suspiré con resignación al ver que seguía sin recibir noticias de Lizzie y que tampoco había recibido ningún *email* por parte de la Universidad de Massachusetts.

Tenía que mantener distancias con Ian hasta que localizase a Lizzie. Esperaba que fuese pronto, ya que mi cuerpo, mi alma y mi ser, ya le pertenecían.

Capítulo 22

Después de acostar a Keir me dirigí hacia la casa en la que dormía Robert. Había estado a punto de ponerle una excusa a Lorna y decirle que no podía ir, pero, al final, no lo había hecho. No solo porque me parecía un poco feo después de lo bien que ella se había portado conmigo, sino porque también, me vendría bien para distraerme. Al final, lo único que iba a hacer esa noche era dar vueltas en mi habitación mientras comprobaba compulsivamente mi teléfono, esperando la respuesta al *email* que les había enviado a la Universidad de Massachusetts.

Estar ocupada me ayudaría a no pensar. Aunque configuré mi móvil para que emitiese un pitido si me llegaba algún *email*.

No tardé en llegar a la pequeña construcción de piedra, que no estaba demasiado alejada de la mansión, pero sí lo suficiente como para tener intimidad. Llamé al timbre y la puerta se abrió inmediatamente.

—Me alegro de que hayas venido —me saludó Robert con una gran sonrisa. Llevaba una camiseta blanca que contrastaba con su tez bronceada y unos tejanos.

—No sabía si tenía que traer algo, así que he venido con las manos vacías.

Robert se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla.

—Con tu presencia es suficiente —respondió, guiñándome un ojo, tan encantador como siempre.

—Eso pensaba yo.

Robert se rió y se hizo a un lado para dejarme pasar. La casa era pequeña, pero muy bonita y acogedora. La tía de Robert tenía muy buen gusto decorando. Observé las cortinas floreadas, las fundas de los cojines rosas y naranjas que descansaban encima del sofá de dos plazas, y la alfombra de pelo corto, morada y blanca, que cubría parte del salón. Las paredes pintadas de blanco estaban cubiertas de cuadros con diferentes paisajes.

—Estás muy guapa —me dijo Robert, captando mi atención. Sus ojos castaños recorrieron mi cuerpo con descaro mientras mordía su labio inferior. No pude evitar tensarme ante su alago. ¿Estaba ligando conmigo?—. ¿Estás de acuerdo, Lorna?

—¡Lo estoy!

Me giré para ver a Lorna, que se encontraba en la cocina abierta, removiendo el contenido de una cazuela. No la había visto hasta ese momento.

Cuando Lorna me sonrió, me relajé. Robert tan solo estaba siendo simpático conmigo y yo había sido una mal pensada. No tenía ningún sentido que ligase conmigo de esa manera tan descarada delante de su novia y esta no le dijera nada.

—Vosotros también —respondí, tratando de ser agradable.

Robert se rió y compartió con Lorna una mirada cómplice que no entendí.

—Vamos, sentaos mientras termino de preparar la cena —dijo Lorna.

Robert se acercó a ella por detrás y le dio un mordisco cariñoso en el hombro. Ella le dio un manotazo juguetón en el brazo y él le rodeó la cintura para ponerla frente a él. Se dieron un corto beso y luego Lorna siguió cocinando.

Dejé mi bolso en el perchero de pie de la entrada y me senté en el sofá. Robert no tardó en aparecer con dos copas de vino. Me ofreció una.

—Gracias.

—¡No sabíamos cuál te gustaba, así que hemos comprado uno blanco semidulce! —me

gritó Lorna desde la cocina.

—Yo prefiero algo más fuerte, pero soy un caballero. Lo que mis chicas quieran —dijo Robert, guiñándome un ojo.

No pude evitar arrugar la nariz al escuchar sus últimas palabras. ¿Mis chicas? ¿Qué mosca le había picado a este?

Aun así, cuando escuché la risa de Lorna desde la cocina, decidí guardarme el comentario sarcástico que pasaba por mi cabeza y dejarlo pasar.

Robert se sentó a mi lado. Demasiado pegado para mi gusto. Lo miré, señalando con mi barbilla el extremo opuesto al que yo ocupaba, esperando que captara la indirecta y se moviera un poco. Pero Robert se limitó a sonreírme.

Quizá estaba dejándole un hueco a Lorna. Al final, éramos tres personas, y el sofá era de dos plazas.

Alcé la copa y le di un sorbo.

—Este vino está buenísimo —dije, animándome a darle otro trago.

—Igual de bueno que tú.

Abrí los ojos al escuchar las palabras de Robert, girando mi cabeza para mirarlo. Su brazo rodeaba el respaldo del sofá y estaba inclinado hacia mí.

No había estado soñando. Robert estaba ligando descaradamente conmigo. Y encima, delante de su novia. ¿Pero cómo podía ser tan sinvergüenza?

—Bueno, ya está...

No pude terminar la frase, porque Robert se abalanzó sobre mí.

—Mira que sois, no podéis ni esperarme. —A pesar de que escuché las palabras de Lorna, apenas la presté atención, ya que estaba ocupada en quitarme a Robert de encima.

Apoyé mi mano sobre su hombro y tiré de él hacia atrás. Cuando se apartó, le tiré el vino en la cara, enfadada.

—¿Pero qué te pasa?! —exclamó, sorprendido, y con el vino goteándole por la camiseta.

Me levanté del sofá de un salto.

—¿Qué, qué me pasa?! —repetí, indignada—. ¿Qué te pasa a ti! ¿Por qué me besas?! —Robert abrió la boca para responder, pero yo no se lo permití. Dejé la copa vacía encima de la mesa de madera que se encontraba frente al sofá y miré a Lorna—. ¿Y a ti no te importa?

—¿Por qué iba a hacerlo si te he invitado yo? —me respondió Lorna, luciendo confundida.

Enterré mis dedos en mi cabello. ¿Me había caído por un agujero de gusano y había salido en una realidad paralela?

—No entiendo nada.

—¿No has venido para que hagamos un trío? —preguntó Robert.

—¿Por supuesto que no! —grité. No era de las que se escandalizaban por esas cosas, pero eso no significaba que yo quisiese participar en uno.

Robert miró a Lorna, confundido, y esta enrojeció.

—Esta mañana te he explicado que éramos una pareja abierta y te he preguntado si querías venir a cenar con nosotros. Pensaba que había quedado claro.

La primera parte no la había escuchado; no podía rebatírsela. No era la primera vez que me metía en un lío por no escuchar. Aunque nunca en uno como ese.

—Pues al parecer no ha sido así —dije, cruzándome de brazos.

—Has dicho que Robert te parecía atractivo —me recordó Lorna, como si sintiese la necesidad de defender su causa.

—Porque me lo has preguntado directamente. ¿Qué pensabas que te iba a decir? —repliqué

—. Mira, ha sido un malentendido. Lo mejor es que me vaya.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, me dirigí hacia la entrada para coger mi bolso y me marché. Anduve sin mirar atrás hacia la casa de Ian, hasta que, cuando estaba casi llegando, me detuve, estallando en carcajadas.

¿Cómo había aceptado hacer un trío sin ser consciente de ello?

Por el amor de Dios, lo que no me pasase a mí.

—¿Qué es eso tan gracioso?

La voz de Ian provocó que dejase de reírme. Él estaba sentado en una silla en el patio trasero, iluminado por una farola. Me acerqué a él y me senté en una silla libre, a su lado, olvidando la promesa que me había hecho de alejarme de él hasta poder hablar con Lizzie.

—Si te lo cuento, no te lo vas a creer.

—Si viene de ti, me lo creo todo.

—He ido a casa de Robert...

No pude terminar la frase porque Ian agarró mi muñeca y tiró de mí para sentarme en su regazo. Instintivamente, rodeé su cuello con mis brazos.

—¿Qué hacías en su casa? —espetó, sus ojos bullendo de ira apenas contenida.

—Por lo visto, hacer un trío —dije, mordiéndome el labio inferior para no estallar en risas otra vez.

—¿Cómo dices? —Su rostro era como el cielo antes de la tormenta.

Uní mis labios a los suyos en un beso casto.

—¿Estás enfadado porque no te he invitado?

—No, estoy celoso.

—No hay nada por lo que estar celoso. Lorna y él tienen una relación abierta, y por un malentendido, Lorna pensó que yo quería hacer un trío con ellos. En cuanto me he dado cuenta del error, he salido disparada.

Ian exhaló un suspiro de incredulidad mientras negaba con la cabeza. Después, soltó una carcajada.

—Esas cosas solo te pueden pasar a ti.

—Lo sé. Pero dime, ¿cuánto de celoso estabas?

—Mucho. Te quiero solo para mí.

—Y yo te quiero solo para mí.

—Y eso es justo lo que deseo, pero te mereces un hombre que quiera tener una relación normal contigo, que desee casarse en un futuro y formar una familia. Yo ya tuve eso una vez y me traicionaron. No sé si puedo volver a intentarlo.

—No tenemos que ponerle nombre. Solo déjate llevar.

—Dejarme llevar no es una de mis virtudes.

—Por suerte para ti, yo soy una experta.

Mis labios se unieron a los de él en lo que iba a ser un beso cálido y corto, pero Ian se apoderó del beso, profundizándolo. Los dedos de una de sus manos se enredaron en mi pelo mientras su lengua devoraba mi boca. Aquel beso era el preludio de algo más. Un beso que me hizo olvidar cualquier razón que tuviese para mantenerme alejada de él.

Me resultaba imposible contenerme. Mi lengua buscó la suya, como si la necesitase más que el oxígeno, como si le necesitase a él para poder vivir. Nunca había sentido nada tan fuerte por un hombre, y era un sentimiento abrasador; incluso daba un poco de vértigo. Pero, a la vez, me sentía plena y feliz. Como si hubiese encontrado eso que me faltaba y no sabía que lo hacía. Como si hubiese encontrado a esa persona que me complementaba.

Ian rompió el beso y yo fui a protestar, pero él se levantó, conmigo en su regazo.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando me llevó hacia el interior de la casa.

—A mi habitación.

—Puedo andar —me quejé, aunque apreté mi agarre alrededor de su cuello e inhalé su olor mentolado.

—Lo sé, pero es más rápido así.

—¿Tanto te urge?

Ian sonrió.

—No lo sabes tu bien.

Ian se las arregló para abrir la puerta de la habitación sin soltarme. Me tumbó encima de la cama y encendió una luz tenue. Nunca había estado en su dormitorio, pero ese no era el momento para cotillear. No podía importarme menos el color de sus cortinas o el inmobiliario.

El bolso bandolera que llevaba puesto me molestaba, por lo que me lo quité y lo dejé en el suelo. Me senté en el borde de la cama y me deshice de mis sandalias.

Ian me observaba con atención.

—¿No hay nada más que quieras quitarte? —me preguntó con voz ronca.

—¿Y ponértelo fácil? No, amigo. Vas a tener que trabajártelo —bromeé, pero él se lo tomó como un reto.

Se acercó a mí, poniéndose de rodillas delante de mí. Metió las manos por debajo de la tela de mi vestido, encontrando el elástico de mis bragas. Tiró de ellas, arrastrando la prenda por mis muslos y mis tobillos hasta que terminaron en el suelo. Con un movimiento rápido, levantó la tela de mi vestido, que quedó arremolinado en mis caderas.

—Desde ayer, no puedo pensar en otra que en saborearte —dijo, para, acto seguido, colocar sus fuertes manos en mis muslos, abriéndome las piernas.

—¿Qué haces?

—Darte placer —respondió Ian, soplando suavemente contra mi núcleo, provocando que me recorriese una oleada de calor.

Rozó los pliegues de mi centro con los dientes, haciéndome jadear. Inmediatamente después, introdujo la lengua entre ellos, encontrando con facilidad mi clítoris palpitante.

—Dios mío —jadeé.

—No cariño, él no tiene nada que ver con esto —susurró contra mi carne expuesta y sensible—. Soy yo el que te va a llevar al clímax.

Sí, lo era. Y estaba dispuesta a rezarle si me daba aquello que sus caricias y palabras me estaban prometiendo: un orgasmo de proporciones épicas.

—Esto es mío —murmuró contra mi piel—. Solo mío.

Aquellas palabras tal vez deberían haberme indignado; yo no era posesión de nadie. Pero lejos de indignarme, el ardor en mi interior se incrementó de manera vertiginosa, llevándome al borde del precipicio.

Masajeó mi clítoris con uno de sus dedos mientras su lengua seguía torturándome misericordiosamente.

—Por favor, Ian. Por favor...

—¿Qué quieres, cariño? —Ian levantó la cabeza para mirarme a los ojos—. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Esto? —preguntó cuando otro dedo se unió al anterior y masajearon con movimientos circulares y rápidos mi clítoris. Un gemido de placer brotó de mi garganta que le hizo sonreír—. ¿O tal vez esto? —insistió, introduciendo un dedo en mi interior y torturándome con movimientos lentos.

—Quiero que me penetres con tu polla.

Ian abrió los ojos y soltó una carcajada. Se inclinó y me dio un beso en los labios.

—Mi chica obtendrá lo que desea.

Antes de ser consciente de ello, estaba tumbada boca abajo en la cama y él se había deshecho de sus pantalones y ropa interior. Miré hacia su longitud, que estaba erecta y preparada, cubierta por un preservativo.

—Madre mía, eres como Superman. Qué rapidez para cambiarte de ropa. Bueno, aunque, en realidad, te has desvestido en parte y solo te has puesto un condón y...

Ian se tumbó encima de mí y me silenció con un beso largo y apasionado mientras con una de sus manos sujetaba su miembro y la punta golpeó mi entrada.

—Me encanta cuando divagas —dijo, separándose de mí—. Pero, en estos momentos, hay algo más apremiante que tenemos que hacer. ¿No te parece?

Estaba completamente de acuerdo, aunque no respondí, ya que su miembro estaba entrando en mi interior y las sensaciones que me hacía sentir eran abrumadoras.

—Tú pollas es sola mía —dije, dejándome llevar por la lujuria.

—Sí, cariño, tuya y de nadie más —respondió Ian mientras comenzaba a moverse dentro de mí.

Aunque lo estaba esperando, el orgasmo me sorprendió por su intensidad. Sentí como si mi cuerpo explotase en mil pedazos, para después, volver a recomponerse. Ian llegó al clímax entre jadeos; su rostro contraído por el placer era lo más bello que había visto en mi vida.

Cuando segundos más tarde cayó sobre mí, agotado, pasé una mano por su cabello.

—Lo siento, te estoy aplastando —dijo cuando su respiración se acompasó.

Se separó de mí, tumbándose a mi lado.

—Un poco, pero no me importaba.

Y no lo hacía. Me gustaba sentir su cuerpo caliente y sudoroso contra el mío.

Ian pasó su brazo alrededor de mis hombros y apoyé mi mejilla sobre su pecho. Me acomodé sobre él, sintiendo cómo mi cuerpo se relajaba. Tanto, que mis ojos se cerraron inconscientemente hasta casi quedarme dormida.

—Mañana madrugo y es tarde. Debería regresar a mi habitación —murmuré, somnolienta, haciendo un esfuerzo por incorporarme.

—Quédate a dormir aquí. —Ian tiró mi, empujándome hacia él de nuevo—. Puedes ducharte en el baño —ofreció, señalando una puerta dentro de la habitación— y ponerte una de mis camisas.

¿Me estaba invitando a quedarme a dormir con él? Esa era una invitación que no podía rechazar.

—Mi habitación está en el otro pasillo, a pocos metros. Puedo ir a buscar mi pijama.

—Puedes, pero prefiero que duermas con una de mis camisas.

—¿Tienes un fetiche con eso?

—También puedes dormir desnuda. Esa es otra opción —añadió con picardía—. Aunque mañana tienes que trabajar y es posible que, si estás desnuda, no te deje descansar. —Hizo una pausa, fingiendo pensar en esa posibilidad—. Más que posible. Es seguro.

—¿Y quién dice que quiero descansar?

Ian sonrió y sus labios calientes besaron los míos.

—Desgraciadamente, tienes razón —reconocí cuando me separé de él—. Keir se va a levantar lleno de energía como todas las mañanas y no quiero ser una muerta viviente.

Ian asintió.

—Ve a ducharte y luego voy yo. A no ser que quieras que nos duchemos juntos.
Esbocé una sonrisa.

—Tu oferta es muy tentadora. Cómo podría... —El pitido de mi móvil anunciando la llegada de un *email* me interrumpió. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando me di cuenta de que eso solo podía significar una cosa: la Universidad de Massachusetts me había respondido. Bueno, eso o a alguien muy oportuno se le había ocurrido escribirme—. Necesito ir al baño un momento —dije, incorporándome y saliendo de la cama con rapidez. Me coloqué bien el vestido y recogí mi bolso—. No me aguanto. —Evité mirar a Ian a la cara para que no viera mi nerviosismo.

Corrí hacia la puerta que él minutos antes me había señalado mientras sostenía el bolso con tanta fuerza que mis nudillos se volvieron blancos. Si Ian vio algo raro en mi actitud, no me lo hizo saber. En cuanto cerré la puerta, abrí la cremallera del bolso y saqué mi móvil.

Dejé el bolso encima de la encimera de granito al lado del lavabo. El baño era enorme. El doble del que tenía en mi habitación.

Miré la pantalla del móvil para descubrir que, efectivamente, me había llegado un *email* de la universidad. Lo que no esperaba era su contenido.

Me aclaraban que, en esos momentos, no estaban colaborando con ninguna ONG con sede en Boston, y desde luego, que no le habían otorgado una beca a ninguna Elizabeth Charlotte Walker.

Aquello no podía ser. Debía tratarse de un error. Quizá la persona que me había respondido al correo no estaba al tanto del proyecto del que mi hermana me había hablado semanas atrás y era todo un malentendido.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que me estaba engañando a mí misma. No podía negar la realidad. Desde el instante en el que Lottie me llamó para pedirme que la sustituyera en este trabajo, su comportamiento había sido extraño, poco propio de ella. La manera en la que había evitado ponerse en contacto conmigo lo menos posible hasta que había dejado de contestar a mis mensajes y llamadas. Aun poniéndole que era urgente.

Entonces, recordé que en la última conversación que habíamos mantenido por teléfono parecía que Lizzie quería contarme algo, pero un tal Brian la interrumpió.

Un momento... No le había dado importancia a ese nombre, asumiendo que sería un compañero de trabajo o un amigo. Pero ¿y si ese chico le había hecho daño a mi hermana?

Pensé en esos mensajes que había recibido después. Tan escuetos y con tantos emoticonos, como si ella no los hubiera escrito.

Mis ojos comenzaron a humedecerse mientras intentaba no entrar en pánico.

Tenía que calmarme. Lizzie estaba bien; tenía que estarlo. Ella me había mentido cuando nunca lo hacía, pero tenía que tener una buena razón para ello. Solo tenía que averiguar cuál era. No podía ir a Boston, no solo porque no tuviese el dinero para hacer ese viaje, sino porque ni siquiera podía saber si estaba allí. Pero sí había algo que podía hacer: ir a Saint Andrews. Aunque la mayoría de los alumnos estarían de vacaciones, tal vez alguno se había quedado por allí. O quizá Lizzie había dejado alguna pista en su habitación. Sí, haría eso.

Más tranquila, ahora que tenía un plan, guardé el móvil de nuevo en el bolso. Iba a salir del baño cuando caí en la cuenta de que tenía que darle una explicación a Ian, una plausible que explicase por qué tenía que ausentarme un par de días.

No tardé más de un minuto para dar con la excusa perfecta. Menos mal que era muy buena inventando excusas. Tiré de la cadena para que Ian no sospechase y abrí la puerta.

Ian estaba sentado en el borde de la cama, con los calzoncillos puestos.

—¿Todo bien? —me preguntó. A pesar de la expresión impasible de su rostro, pude ver la preocupación brillando en sus ojos.

—Sí, tan solo tengo el estómago un poco revuelto. Prefiero no entrar en detalles —mentí—. Tengo que contarte algo —dije, sin darle la opción de que pensara en mi respuesta. Ian asintió, expectante—. Mientras estaba en el baño, he revisado mis *emails*. —Eso era creíble. Mucha gente aprovecha esos momentos para ello—. Mi compañera de habitación ha terminado sus estudios este año. Pensé que me pondrían otra compañera, pero resulta que, por una equivocación, me han quitado la habitación para poner a dos estudiantes de primero. Tengo que ir lo antes posible para recoger mis cosas y que me asignen otra habitación antes de que todas estén ocupadas. Solo serán un par de días. Estoy segura de que Marie o Lorna podrán ocuparse de Keir.

Ian me observó pensativo durante unos segundos mientras yo me esforzaba por mantener mi sonrisa. La excusa no tenía fisuras. Él no podía ponerme ninguna pega.

—Mark está en el Caribe de vacaciones —dijo, nombrando al tutor de Lizzie y amigo de él—, pero estoy seguro de que puede usar sus contactos en la universidad para solucionar tu problema sin necesidad de que vayas.

Pues la excusa sí que tenía fisuras. Ni siquiera había pensado en ello. No me acordaba ni de la existencia de ese hombre. Y ahora que lo pensaba, probablemente también lo podía solucionar yo misma por teléfono. Vamos, que la excusa era una mierda. Pero ya era tarde para inventar otra.

—No quiero molestar a Mark en sus vacaciones.

—Estoy seguro de que no es una molestia para él, te aprecia mucho. Eres su mejor estudiante.

—Yo también lo apreció a él. —Probablemente lo haría si lo conociese—. Pero no quiero que nadie toque mis cosas. He dejado en mi habitación mi ordenador portátil y otros objetos de valor.

Lo que, teniendo en cuenta que era compartida, y le iban a otorgar a una desconocida la otra cama, probablemente era una estupidez, pero esperaba que Ian no se diese cuenta, o aceptase que era una estupidez que yo podía haber cometido.

—Si eso te preocupa, enviaré a Robert para que se encargue de ello. Puede traerte tus cosas aquí para que estén seguras. Incluso no es necesario que el año que viene vivas en la residencia de estudiantes.

—No puedo pagarme el alquiler un piso —dije la primera mentira que se me ocurrió. Aunque no lo era del todo, ya que Lizzie gastaba el dinero que ganaba trabajando en sus estudios.

—Yo sí.

¿Se estaba ofreciendo a pagarme el alquiler de un apartamento? ¿Cómo podía ser tan bueno y generoso?

Aunque me encantaba que fuera así, en ese momento me venía fatal.

—Te lo agradezco, pero todo lo que he conseguido ha sido por mí misma. Sin usar ninguna ventaja. Y no quiero que eso cambie ahora. No puedo aceptar tu regalo. —Esto sí era verdad.

—No te estoy regalando nada, Lottie —replicó, levantándose y acercándose a mí. Estiró su mano para acariciar mi mejilla—. Pero me gustaría tener un lugar en el que poder quedarme cuando vaya a visitarte.

Tragué saliva con fuerza. Pese a que no lo estaba diciendo claro, era evidente. Ian quería que tuviésemos un futuro. O por lo menos, que lo intentásemos. Yo quería lo mismo, pero en

aquel momento no podía pensar en ello, no cuando no sabía si Lizzie estaba en peligro.

Iría a Saint Andrews y encontraría a mi hermana. Después, regresaría para contarle la verdad a Ian. Él me perdonaría y entendería mis razones. Y entonces, podríamos tener ese futuro juntos.

—Aún es pronto para pensar en eso —dije con suavidad, ya que no quería que se molestase—. De momento, tengo que solucionar el problema de la habitación. Lo siento, pero tengo que ir.

Ian bajó la mano. Sus ojos se centraron en los míos y su ceño se frunció, como si estuviese buscando algo en ellos.

—Está bien.

—Gracias por comprenderlo, me voy a mi habitación. Mañana quiero salir a primera hora y tengo que hacer la maleta.

—Claro.

Aunque sus palabras eran de aceptación, su tono era frío. Ian no estaba contento. Me incliné hacia él y le di un beso casto en los labios.

¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía otra alternativa.

Salí de la habitación antes de arrepentirme y confesarle toda la verdad.

Capítulo 23

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue asegurarme de que Marie podía cuidar a Keir mientras yo estaba en Saint Andrews. Al principio, me miró con confusión, pero, enseguida, en su rostro apareció una sonrisa. Aceptó encantada, aunque tenía esa mirada de «yo sé un secreto que tú no sabes» que me pareció sospechosa, pero no tenía la cabeza para detenerme mucho en ese pensamiento.

No había dormido ni un solo minuto por la preocupación. Meter la ropa que necesitaba en una mochila no me había llevado más de cinco minutos, por lo que ya lo tenía todo listo. Solo me quedaba despedirme de Keir, porque a Ian lo iba a evadir. No quería mentirle más. Yo, que siempre presumía de ser sincera, estaba convirtiéndome en una mentirosa. Era por una buena causa, pero no me gustaba.

De camino a la habitación de Keir, me encontré con Lorna, que estaba limpiando, aunque esta fingió como que no me veía y se metió en una de las habitaciones. La pobre chica probablemente estaba muerta de la vergüenza. Quería tranquilizar sus temores asegurándole que, una vez había procesado lo que había sucedido, me había parecido gracioso. Pero no tenía tiempo, necesitaba salir cuanto antes.

Robert me había dado su número de móvil semanas atrás, así que le envié un mensaje asegurándole que todo estaba bien, que sentía la equivocación y que se disculpase por mí a Lorna. Justo cuando abrí la puerta de la habitación de Keir, recibí el mensaje de Robert en el que me agradecía que me lo hubiese tomado tan bien, y que si algún día cambiaba de idea, les avisase. Tenía que reconocer que era persistente.

Pensaba que Keir estaría durmiendo, pero él se encontraba sentado en la cama, leyendo el libro de *Viaje al centro de la tierra*. Sin embargo, no era la versión ilustrada para niños que yo le había comprado, sino el que le había regalado su padre. Ahora que habíamos leído varias veces la versión infantil, él se sentía preparado para leer la otra.

—Buenos días, cariño —lo saludé, entrando en la estancia.

—Hola, Lottie, —Keir dejó el libro a su lado, encima de las sábanas—. ¿Marie ha hecho tortitas para desayunar? —preguntó, con la esperanza dibujada en sus ojos.

Me senté en el borde de su cama y le revolví el pelo.

—Sí —respondí—, y le visto sacar el bote de sirope de chocolate del estante —añadí, provocando que él se pasase la lengua por los labios, imaginándose el sabor dulce del sirope.

—Voy a vestirme.

Le sujeté del brazo con delicadeza, pero impidiendo que se levantara.

—Espera, cariño. Hay algo que tengo que decirte. —Él frunció el ceño de esa manera tan adorable suya que me hizo sonreír—. Ha surgido un problema y tengo que ir a Saint Andrews un par de días. No es nada importante —me apresuré a aclarar para que no se preocupase—. Marie va a cuidarte hasta mi regreso.

Keir me miró fijamente durante unos instantes, como si estuviese asimilando mis palabras.

—¿Pero luego vuelves?

—Sí.

—¿Seguro?

Sonreí con ternura.

—Seguro —repetí.

Keir se relajó al escuchar que iba a regresar. El pobre debía tener miedo de que me fuera antes de tiempo, tal y como habían hecho sus anteriores niñeras, y como él mismo me había confesado. Pero yo nunca lo abandonaría. Si las cosas con Ian salían bien, seguiríamos viéndonos con frecuencia una vez terminase el verano y mi contrato finalizase.

—¿Vas en avión?

—Voy en mi coche. No está tan lejos como para necesitar coger un vuelo.

—¿Como de aquí al pueblo?

—Un poco más lejos —dije, dándole un toquecito en la nariz—. Se tardan unas seis horas. —Tal y como había podido comprobar gracias a Google Maps la noche anterior.

—Eso es mucho. —Keir parecía escandalizado, como si fuera a recorrer el mundo andando—. Voy contigo —se ofreció, con sus ojos brillando por la emoción.

—No puedes, cariño. Tienes deberes que hacer. Además, tengo que ir yo sola.

—Pero no puedes ir sola, Lottie. Te vas a perder.

Chasqueé la lengua.

¿Perderme? Ese niño tenía cada cosa...

—No me voy a perder.

—Siempre te pierdes.

—Oye —le reñí entre risas, dándole un golpecito en el muslo cubierto por su pantalón de pijama—. Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Si hasta te pierdes dentro de casa.

Bueno, eso no se lo podía rebatir. En más de una ocasión había estado dando vueltas de un lado para otro hasta encontrar mi habitación o el aula de música. Pero, en mi defensa, la casa de Ian era más grande que un centro comercial.

—Eso era al principio, ya no me pasa.

—La semana pasada, cuando salimos del aula de estudio hacia las escaleras para ir al comedor, te tuve que avisar de que te estabas metiendo por el pasillo que no era —me recordó.

Entrecerré los ojos, porque Keir tenía razón.

—Los niños sabelotodo caen mal. ¿Lo sabes, verdad? —le dije, sacándole la lengua.

—¿Caen mal porque siempre tienen la razón? —preguntó, arrugando la nariz, y yo me eché a reír. Porque ese niño era adorable.

—Exactamente.

—Pero tener la razón no es algo malo.

Rodeé su espalda con mis brazos para atraerlo hacia mí y darle un abrazo. Era increíble el gran cariño que le había cogido en tan poco tiempo.

—No te preocupes por mí —le tranquilicé—. Llevo GPS. Llegaré bien.

Keir se separó de mí y me miró con sus bonitos ojos pardos. Una arruga de preocupación se formaba en su entrecejo.

—No puedes ir sola —insistió.

Suspiré, sin saber muy bien cómo lograr convencerlo. Cuando a Keir se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerle cambiar de opinión. En eso se parecía a su padre.

—Y no va a ir sola —dijo una voz masculina que conocía muy bien.

Ladeé la cabeza para ver a Ian entrando en la habitación. No había cerrado la puerta del todo cuando había ido a despedirme de Keir, por lo que no sabía cuánto tiempo llevaba escuchando nuestra conversación. Afortunadamente, todo lo que le había dicho a Keir coincidía con lo que había contado a Ian la noche anterior.

—¿Vas a acompañarla, papá? —le preguntó Keir.

—Sí —respondió Ian.

—No —repliqué, dejándole claro a ambos que no iba a ser así. ¿En qué momento Ian había decidido unirse a mi viaje?—. Ian —lo miré, viendo la determinación reflejada en sus facciones, y no comprendí nada, ya que pensaba que la noche anterior habíamos llegado a un acuerdo—, tienes que quedarte cuidando a Keir.

—Me va a cuidar Marie, tú misma me lo has dicho —intervino Keir con voz falsamente inocente—. ¿No te acuerdas?

—Así es, te va a cuidar Marie, y tienes que obedecerla en todo —le pidió Ian—. Espero que te portes bien, Keir.

En ese momento, entendí la sorpresa inicial de Marie cuando había hablado con ella, y su mirada de complicidad de después. Ian ya había tenido una conversación con ella.

Ian había fingido aceptar sin rechistar todo lo que le había dicho la noche anterior para no tener que discutir conmigo. Mientras que, a mis espaldas, había ideado un plan muy diferente.

—Lo haré —aseguró Keir con seriedad.

—Ian, de verdad —lo llamé, suspirando. Sin saber cómo salir de esa—. No tienes que venir. —Necesitaba ir sola. Que Ian me acompañase solo complicaría las cosas—. No tienes que venir, tienes trabajo que hacer. Y soy más que capaz de ir sola.

Ian giró la cabeza para mirarme. Sabía lo que estaba viendo. Unas profundas ojeras debajo de los ojos y un rostro cansado. En cambio, él lucía fresco como una lechuga.

—Estás cansada, son muchas horas para que conduzcas sola.

—Haré varios descansos. Y si es necesario, pararé en una área de descanso y dormiré una siesta en el coche.

—No parece un mal plan —dijo, provocando que el nudo que se había formado en mi estómago se aflojase. No había nada más que me gustaría que me acompañase. Que ayudase a saber dónde estaba Lizzie. Incluso que calmase mis preocupaciones. Pero mientras él no supiese que me estaba haciendo pasar por mi hermana, eso no sucedería. Y él no podía enterarse aún; si me acompañaba, no sabía cómo iba a ocultárselo—. Pero yo tengo un plan mejor. Yo conduzco, así tú puedes descansar todo el viaje.

Negué con la cabeza.

—Tú también necesitas descansar.

—Estoy descansado, pero si me canso tú me sustituirás al volante. —Abrí la boca para quejarme, pero él hizo un ademán con la mano, impidiéndomelo—. Ayer me dijiste que te corre mucha prisa solucionar el problema con tu habitación. Llegarás antes si no tienes que parar.

Su lógica no tenía fisuras. Si quitábamos el hecho de que no había ningún problema con la habitación.

—Papá, mira, estoy leyendo el libro que me regalaste —le dijo Keir, impidiéndome seguir rebatiendo con Ian.

Su padre miró el libro que Keir había colocado en su regazo.

—En realidad, el libro perteneció a tu tío Iver —le contó—. *Viaje al centro de la tierra* era su libro preferido desde pequeño. Se compró esa edición cuando era un adolescente, gastándose todos sus ahorros. Era su posesión más preciada y le hubiese gustado que tú la tuvieses.

Keir asintió, escuchando a Ian con atención, y yo sentí cómo el corazón me palpitaba con fuerza.

A pesar de todo lo que Iver le había hecho, Ian hablaba con ternura de él. Quería que Keir tuviese un recuerdo de su hermano, por eso le había dado el libro de este a su hijo. Aunque no lo habíamos hablado, con el gesto que acababa de presenciar, estaba bastante segura de que, cuando

Keir fuese mayor, Ian tenía la intención de contarle la verdad. Una verdad edulcorada, en la que ni Holly ni Iver fuesen los villanos de la historia.

Porque Ian tenía un gran corazón. Uno en el que el espacio para el amor hacia su hijo y sus seres queridos era mucho más grande que para el rencor y la venganza.

—¿Me traeréis un regalo de Saint Andrews? —preguntó Keir cuando su padre le dio un beso en la mejilla para despedirse de él.

—Lo haremos.

—Ian, de verdad. Quiero ir yo sola —insistí de nuevo, aunque hasta yo misma me di cuenta cómo mi resistencia iba haciendo mella.

Ian me miró con cansancio.

—Voy a ir, Lottie. Puedes aceptarlo, o pelear y hacernos a los dos perder un tiempo precioso. Pero el resultado va a ser el mismo.

Y ahí estaba ese Ian inflexible y tozudo que conocí los primeros días cuando llegué a la casa por primera vez. Aunque, realmente, para qué mentir, nunca se había ido.

Suspiré y él se lo tomó como una victoria.

—Voy a por mis cosas. Te espero en el coche —me dijo, dándose la vuelta para irse.

Miré a Keir. Este me observaba, feliz de que su padre me acompañara.

—Hasta dentro de unos días. Te voy a echar de menos. —Le di un abrazo de despedida.

—Yo también, Lottie.

Tras salir de la habitación de Keir, pasé por la mía para coger mi mochila. Tenía que idear un plan para mantener a Ian alejado y así poder investigar sobre el paradero de mi hermana sin que él sospechase nada. Por suerte, yo tenía el talento de tener ideas brillantes, y además, contaba con seis horas de viaje en coche para hacerlo. Tiempo más que suficiente.

Capítulo 24

Al final, las cosas no habían salido como pensaba y no había ideado ningún plan, ya que me quedé dormida durante todo el viaje en coche.

—¿Quieres ir a la universidad o prefieres que pasemos primero por el hotel? —me preguntó Ian.

Me tapé la mano con la boca mientras bostezaba, aún somnolienta. Fui a responderle cuando miré por la ventana y abrí los ojos al darme cuenta de por dónde estaba conduciendo.

—¡Ian! —grité, sobresaltada—. ¡Te has metido en una propiedad privada!

Ian no apartó la mirada del frente.

—¿Cómo?

—¡Estás cruzando por el medio del campo de golf! —Recé para que no atropellase a ningún golfista. ¿Cómo se le ocurría?—. ¡Para antes de que la policía nos detenga!

Ian apenas se inmutó ante mis palabras.

—¿Estás medio dormida? —preguntó sin detener el motor.

—Ian, en serio, ¿es qué no ves por dónde estás conduciendo?

Ianladeó la cabeza hacia mí para mirarme como si quisiese comprobar que no me estaba volviendo loca. Regresó su atención a la carretera, o al césped, en ese caso.

—Lottie, voy conduciendo por la carretera. Este campo de golf no tiene rejas ni alambrados y ahora estamos pasando cerca del hoyo diecisiete que está ubicado cerca de la carretera. ¿Cómo puede sorprenderte si has vivido varios años aquí?

¡Mierda! Ian tenía razón. Íbamos por la carretera, hecho que quedó comprobado cuando vi cómo los golfistas seguían jugando a lo lejos como si nada. Y si hubiera tenido alguna duda, se despejó cuando Ian se detuvo en un paso de cebra para dejar pasar a una pareja joven. Por el amor de Dios, no me cansaba de hacer el ridículo.

—Por supuesto que no me sorprende —dije—. Solo te estaba gastando una broma. La broma típica que gastamos los habitantes de Saint Andrews a los forasteros. —Una broma de mierda, pero bueno, gente sin gracia había en todos lados, ¿podía colar, no?

Ian se rio entre dientes.

—Anda, despiértate y dime dónde quieres que vayamos primero.

Reprimí un suspiro de alivio. Por lo menos, había pensado que era uno de mis despistes provocado por la falta de lucidez, y no que era la primera vez que visitaba la ciudad.

Estiré mis brazos mientras pensaba en la pregunta que Ian me había hecho. No podía ir a la residencia de estudiantes con él, ya que no tenía la menor idea de cuál era la habitación de Lizzie. Mi falta de orientación podía excusarme de muchas cosas, pero dudaba que se creyese que necesitaba preguntar dónde estaba mi habitación.

—Había pensado dar un paseo por la ciudad, y mañana, mientras tú aprovechas para trabajar, ir a la universidad y encargarme de todo. A estas horas, la secretaría ya estará cerrada —dije, improvisando.

—Me he cogido dos días libres —me informó Ian mientras se adentraba por las calles de Saint Andrews.

—¿Y por eso te has traído el portátil? —cuestioné, señalando el aparato electrónico que descansaba en el asiento trasero.

—Por si surge una urgencia.

Ian era un apasionado de su trabajo. Me daba cierta envidia, ya que él había encontrado un empleo que le gustaba, y además, que era muy rentable. Aunque tenía que reconocer que el trabajo de niñera había resultado ser mucho más satisfactorio de lo que creía. Quizá podría dedicarme a ello. Tal vez cuidar a niños era mi profesión soñada sin saberlo.

Ian aparcó el coche en un pequeño aparcamiento al aire libre, al lado de un coqueto hotel. En esos momentos, una mujer que iba con un niño de unos tres o cuatro años y un bebé en un carrito, pasó a nuestro lado.

Bajé del vehículo a tiempo de ver cómo el niño mayor echaba a correr detrás de una pelota de color verde mientras la madre le gritaba que se detuviese al tiempo que el bebé lloraba a moco tendido.

—Por favor, ¿puedes coger a Charles? —me pidió la mujer, señalando al niño que iba directo hacia la carretera.

Eché a correr y agarré del brazo al niño justo cuando estaba a punto de pisar la carretera.

—¡Suéltame! —exigió el niño, tratando de deshacerse de mi agarre—. Quiero la pelota.

—No puedes cruzar la carretera sin mirar. —A pesar de que el niño siguió intentando apartarse de mí, no lo solté—. Podría pillarte un coche.

—¡Que me sueltes! —insistió el muy caprichoso—. ¡Va a pincharla! —gritó con desesperación, con su dedo índice apuntando a un coche que se dirigía hacia la pelota.

—Estate quieto —le ordené, negándome a aflojar mi agarre ni un poco—. Tu madre te comprará otra pelota.

Vaya escándalo estaba montando por una pelota.

—¡Pero es mi pelota favorita!

Por suerte, el coche no llegó a tocar la pelota y esta siguió intacta. El niño emitió un suspiro de alivio.

—Charles, te he dicho mil veces que no corras.

La madre llegó hasta el lugar donde estábamos con la cara ruborizada y el bebé gritando con más fuerza.

Una vez el niño estaba vigilado por su madre, solté a Charles y corrí hacia la pelota, comprobando antes que no pasaba ningún coche. La cogí rápidamente y me dirigí de nuevo hacia la acera.

—Toma, Charles —le dije al niño, dándole la pelota.

No esperaba que me hiciese la ola, pero después del escándalo que había montado, pensaba que, al menos, me lo agradecería. Sin embargo, Charles cruzó sus brazos y negó con la cabeza.

—Ya no la quiero —masculló, enfadado por la regañina de su madre.

No me lo podía creer. ¿No era su pelota favorita?

—Charles, no seas maleducado —le regañó su madre—. Dale las gracias.

Charles hizo un mohín.

—No quiero.

Resignada, dejé la pelota en el suelo mientras la madre regañaba a su hijo. Iba a despedirme de ellos cuando los llantos del bebé se hicieron más intensos. Me acerqué al cochecito para ver al bebé, una niña, si teníamos en cuenta su vestido rosa y su lazo en el pelo.

—No llores. Tu hermano está bien.

La niña lloró más fuerte. Cogí el chupete que descansaba a su lado. Hacía calor, por lo que estaba destapada. Le puse el chupete en la boca y ella lo cogió, chupándolo. Se hizo el silencio, cosa que agradecí y me di palmadas a mí misma por solucionar el problema. Lo hice demasiado pronto, porque la bebida no tardó ni dos segundos en escupir el chupete y volver a llorar.

Derrotada, me despedí de la madre y me dirigí hacia Ian, que me estaba esperando con la espalda apoyada en la puerta trasera de su coche, con su maleta en una mano y mi mochila en la otra.

—Se te dan bien los niños —me dijo con una sonrisa divertida.

No, no se me daban bien. Keir era la excepción a la regla. Muchas veces, también era caprichoso y temerario como Charles, y otras, travieso y ruidoso como la bebita, pero nunca me molestaba. En cambio, en mi breve interacción con esos dos niños, había tenido ganas de pegarme un tiro en la cabeza para terminar con mi miseria.

—¿Entramos? —pregunté, ignorando su comentario, adrede.

Ian asintió con la cabeza, y sin dejarme llevar mi mochila, se dirigió hacia la entrada del hotel que él había reservado. Me sentí un poco decepcionada cuando, minutos después, al darnos la recepcionista dos tarjetas diferentes, descubrí que Ian había reservado dos habitaciones.

¿Por qué me pedía que durmiera con él y luego cuando íbamos a un hotel no quería que nos alojásemos juntos? ¿Qué había cambiado?

Sin embargo, en el fondo, sabía que era lo mejor que podíamos hacer. Además, dormir en otra habitación distinta a la de Ian podría darme un poco de margen de espacio para poder seguir investigando el paradero de mi hermana sin que él sospechase nada.

Tras cambiarnos de ropa, ducharnos y dejar que Ian descansase un poco, salimos a dar un paseo. Aún era de día, por lo que pudimos aprovechar de la luz del sol para disfrutar de la preciosa ciudad. Seguía a Ian, ya que yo no tenía la menor idea de dónde estaba nada, ya que era mi primera vez allí. Él no pareció sorprendido; probablemente, porque conocía mi incapacidad para orientarme. En ese momento, ese defecto me venía de perlas.

Pasamos por una pastelería cerca de la playa y no pude evitar la tentación de comprarme un scone con trozos de chocolate y con mermelada de fresa por encima.

—No voy a compartirlo contigo —le dije cuando Ian se negó a comprarse otro para él.

—El único dulce que quiero comer no está en esta pastelería —respondió, guiñándome un ojo y provocando que mis mejillas enrojecieran.

Había reservado habitaciones separadas, pero me lanzaba indirectas sexuales. Ese hombre, a veces, era un misterio para mí.

Salimos de la pastelería para dirigirnos al paseo de la playa. Aunque había personas paseando, los bancos estaban vacíos.

—Vamos a sentarnos.

—He venido varias veces a Saint Andrews, pero es la primera vez que paseo por la ciudad solo por el placer de andar —reconoció Ian en voz baja como si estuviese hablando solo para él.

—Y es uno de los mejores placeres. Caminar disfrutando de la vida y dejando al lado las preocupaciones diarias.

—No eres la primera persona que me lo dice, pero sí la primera con la que siento que tiene razón.

—Eso es porque un paseo a mi lado es especial.

—No sabes cuánto. —Rodeó mi cintura con su brazo para que mi rostro quedara frente al suyo—. Eres preciosa —susurró, mirándome con adoración, como si yo lo fuese todo para él. Incluyó la cabeza hacia mí y sus labios se unieron a los míos.

Como siempre sucedía cuando me besaba, el resto del mundo desapareció. Las preocupaciones se desvanecieron. Y cuando el beso se rompió, todo el peso que llevaba en mi espalda se había aflojado.

—Vamos a sentarnos ahí —le propuse, señalando un banco junto a una barandilla.

Nos sentamos, disfrutando del mar, que se veía a lo lejos, y del olor a salado y arena que arrastraba la brisa. Me encantaban esos días soleados de verano.

Me llevé el panecillo dulce a la boca para darle el primero bocado, pero no llegué a hacerlo. Una gaviota apareció de la nada y me quitó el scone de mis manos con una precisión sorprendente, digna de elogios.

Miré al cielo para ver cómo otras gaviotas se habían unido a ella entre graznidos y chillido, como si estuviesen celebrándolo.

Pues no me daba la gana que la gaviota se saliese con la suya. Me levanté del banco con indignación y la decisión de recuperar mi ansiado dulce.

—¡Eres una ladrona! —le grité mientras corría por el paseo marítimo con mis chanclas resonando contra el suelo—. ¡Y vosotras sois sus cómplices! —acusé, señalando a sus compañeras de fechorías—. ¡Que sepáis que lo que habéis hecho es un delito! ¡Vais a terminar enjauladas!

Y yo en un psiquiátrico, porque era evidente que había perdido la cabeza. Pero, en ese momento, no podía importarme menos. Las personas que paseaban por allí se apartaban de mi lado, dejándome pasar; probablemente, temerosas de que los golpeease o algo así.

La gaviota volaba a baja altura, como si se riese de mí; incluso me pareció que desaceleraba el vuelo para hacerme creer que podía alcanzarla y atraparla. Lo cual era absurdo. Yo era rápida, debido a que me gustaba correr con regularidad, pero desde que estaba cuidando a Keir había dejado ese pasatiempo de lado, por lo que me cansé más rápido de lo habitual. Me detuve y me incliné hacia delante, mi cabeza mirando al suelo, colocando mis manos en mis muslos para lograr recuperar el aliento.

De repente, sentí cómo algo golpeaba en mi cabeza. Me enderecé y vi un trozo de panecillo en el suelo. Un trozo de mi scone. Miré hacia el cielo y la gaviota volaba por encima de mí con el resto de scone en el pico.

—¡Serás bruja! —grité—. Has dejado caer un trozo para que me dé en la cabeza. —Aunque quería poner seriedad en mis palabras, no pude evitar reírme. La situación era absurda en sí misma—. Voy a tomármelo como que has querido devolverme un trozo. Acepto tu tratado de paz —le dije a la gaviota, que ya volaba lejos juntos a sus amigas.

—¿Has terminado de negociar en tratado de paz tras la ardua batalla? —me preguntó Ian, que algún momento se había acercado a mi lado.

Suspiré.

—Creo que sí, aunque no tengo claro que no vuelva a atacarme.

—Lo dudo —me tranquilizó Ian con una sonrisa—. No puede incumplir el tratado, hay demasiados testigos. —Ian señaló con la barbilla a las personas que paseaban alrededor nuestro. Algunos aún me miraban, riéndose—. Creo que hay hasta a algún documento gráfico.

—¿Me han grabado?

—Es posible —respondió Ian, pero él no parecía molesto como lo habían estado mis exnovios cuando había protagonizado una escena del estilo. Aunque nunca antes con una gaviota. Por la forma en la que Ian mordía su labio inferior para no estallar en carcajadas, él se estaba divirtiendo.

Él muy idiota se estaba riendo de mí.

—Cuando te conocí pensaba que algo así no solo te molestaría, sino que provocaría mi despido inmediato —reconocí—. Y mucho menos me imaginé que querrías... —hice una pausa cuando las palabras «ser el novio» iban a seguir la frase que estaba a punto de pronunciar. Aún no sabía lo que éramos, y tampoco era como si pudiese ponerle nombre hasta que pudiese

encontrar a Lizzie y ser sincera con él— dejarte ver en público como una persona como yo. Tan diferente a ti.

Todo rastro de risa desapareció de rostro. Se acercó a la barandilla y apoyó los brazos en ella. Yo le seguí.

Después de unos segundos en silencio mirando el mar y dejándonos embriagar con la paz que transmitía, se giró para mirarme.

—Podría culpar a lo que sucedió entre mi hermano y mi mujer, pero la verdad es que siempre he sido un hombre estricto y poco dado a divertirse. Tienes razón, antes de conocerte me hubiese horrorizado que la mujer con la que estoy realizase una escena como la que tú acabas de protagonizar. Pero, contigo, todo es diferente. Eres todo vitalidad y alegría. Impulsiva, pero, a la vez, responsable con lo que verdaderamente importa. Tú les recuerdas a las personas lo que es estar vivas. Puede que el accidente y las revelaciones que vinieron después mataran una parte de mí que tú has revivido, pero, a cada segundo que paso contigo, me haces ver que nunca he vivido de verdad.

Aquellas palabras eran una declaración de amor en toda regla. Una que rompió mis defensas y cualquier inhibición que tuviese.

Esbocé la sonrisa más grande de mi vida y uní mis labios a los de él.

—Te quiero —le confesé cuando el beso se rompió. Por primera vez en mi vida, esas palabras salieron de mi boca sin tener que pensarlas. Salieron como lo hacía todo aquello que no quería decir, pero no podía mantener acallado en mi interior.

—¿Me quieres? —preguntó con una sonrisa, rodeando mi cintura con sus brazos y acercándose a él—. Así que me quieres, eh.

—Lo hago —respondí, porque ya no podía negarlo. No quería hacerlo—. ¿No piensas decir nada? —espeté cuando la sonrisa de Ian se ensanchó.

—¿Y qué quieres que diga?

—¿Qué tal, yo también siento lo mismo? ¿O...?

No pude terminar, porque Ian me silenció dándome un beso casto en los labios.

—Te quiero, Elizabeth Charlotte —dijo cuando se separó de mí.

Aquellas palabras fueron como un mazazo de realidad. Lo que estaba siendo un momento precioso se convirtió en un balde de agua fría. Porque Elizabeth Charlotte era el nombre completo de mi hermana, no el mío. Ian estaba enamorado de ella, no de mí. En realidad, lo estaba de mí, pero pensando que yo era mi hermana.

Lo sentía por Lizzie, pero no podía seguir retrasándolo. Tenía que ser sincera.

—Ian, hay algo...

—¿Elizabeth? —preguntó una voz femenina, interrumpiéndome.

Una chica de una edad parecida a la mía, ataviada con pantalones cortos de deporte y una camiseta de tirantes de color verde, me miraba de arriba abajo como si hubiese visto una aparición. Por suerte, mi hermana solo me permitía a mí seguir llamándola Lizzie. Decía que era un nombre de niña y que ella ya era todo una adulta.

Me separé del agarre de Ian y esbocé una sonrisa.

—¡Hola! —la saludé con entusiasmo. Ella me estaba confundiendo con mi hermana y yo no tenía la menor idea de quién era, pero tenía que disimular. Ian no se podía enterar de mi engaño de esa manera.

—Pensaba que no regresarías hasta finales de septiembre.

—He venido para solucionar un problema.

—¿Qué problema?

No podía decirle la verdad. Esa chica podía ser la compañera de habitación de Lizzie.

Ian estaba a mi lado, atento a la conversación que estábamos manteniendo, y la chica me miraba expectante, esperando una respuesta. Parecía preocupada.

Tenía que buscar un cambio de tema que no resultase sospechoso. O crear una distracción; una sutil, que apenas se notase.

Me decidí por la segunda opción, abalanzándome hacia la chica para darle un abrazo. Si no fuera porque la estreché hacia mí con fuerza, se hubiera caído al suelo. Aunque pude ver la forma en la que abría los ojos, sorprendida ante mi repentina muestra de cariño, no me apartó.

¿Serían Lizzie y ella buenas amigas? Quizá esa chica podría ser la que me ayudase a averiguar el paradero de Lizzie. Necesitaba buscar un momento a solas para poder hablar con ella, ya que con Ian delante me iba a ser imposible.

—¡No sabes la ilusión que me hace verte! —exclamé, evitando decir su nombre. Más que nada, porque no lo sabía—. Aunque hueles regular —dije sin pensarlo, fruto de los nervios.

—Estaba corriendo cuando te he visto —balbuceó ella medio en *shock*. Movía sus brazos in saber muy bien qué hacer con ellos.

Acerqué mi boca a su oído.

—Di que necesitas hablar conmigo en privado —le susurré, para después, separarme de ella—. Entonces, ¿cómo ha ido tu verano? —le pregunté, disimulando.

Sorprendentemente, Ian no parecía extrañado por mi comportamiento errático. Aunque me estaba empezando a dar la impresión que en lo referente a mí ya no se sorprendía de nada.

—Muy bien —contestó, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, habló de nuevo: —¿Podemos hablar un momento en privado? —me preguntó, fingiendo que era idea suya. Miró a Ian, como pidiéndole permiso.

—Voy a comprar unas botellas de agua —dijo Ian, señalando una pequeña tienda que se encontraba en la cera de enfrente cruzando la carretera—. ¿Quieres algo? —Ian me miró.

—No, gracias —respondí.

Ian se despidió de nosotras y se acercó hacia el paso de cebra para cruzar la calle y dirigirse hacia la tienda. Cuando estuvo lo suficientemente lejos de nosotras para poder escucharnos, la chica agarró mi brazo con su mano.

—¿Estás con él en contra de tu voluntad? —preguntó con preocupación—. ¿Quieres que llame a la policía?

—No, no. Todo está bien —la tranquilicé, ya que había malinterpretado la situación—. No es eso.

Pero mis palabras no parecieron convencerla.

—Nada está bien. Nos conocemos desde hace tres años y nunca me has abrazado. —Eso no me sorprendía, puesto que mi hermana no era muy dada a mostrar su afecto a los demás. Tan solo era cariñosa conmigo, y no demasiado—. Y esa ropa que llevas... —Hizo una pausa mientras su mirada recorría el mono de tela de estampado de cuadros que llevaba puesto, buscando la palabra correcta— no es tu estilo —finalizó—. ¿Y qué llevas en la cabeza?

Había recogido mi pelo en un moño desordenado. Algo que Lizzie jamás haría, ya que ella siempre llevaba su cabello perfectamente liso y peinado. Pero eso era algo que, en ese momento, carecía de importancia.

—Escúchame —dije, consiguiendo que dejase de mirar mi pelo y me prestase atención. No sabía cuánto podía confiar en ella, pero tenía que arriesgarme—. No soy Elizabeth, soy su hermana gemela Lottie.

—¡Lottie! —exclamó, como si me conociera. Soltó mi brazo y esbozó una gran sonrisa—.

Eso tiene sentido. Lizzie me ha hablado muchísimo de ti. —Así que no me equivocaba y mi hermana y ella eran amigas. Lizzie era muy reservada y no iba hablando de su vida a cualquiera—. Me dijo que, a pesar de ser idénticas físicamente, erais como la luz y la noche. Tiene más razón de la que pensaba.

Sí, bueno, pero no era el momento de hablar de eso. Miré hacia la tienda donde Ian había entrado. La puerta estaba abierta y parecía que había varias personas dentro, por lo que aún tenía un poco de tiempo.

—Necesito hablar con Elizabeth, no me coge el teléfono. ¿Sabes cómo puedo localizarla?

La chica me miró con confusión.

—Sé que iba a trabajar todo el verano de niñera. Algo de un trabajo que le había conseguido su tutor de máster, pero no sé nada más. Tu hermana es muy simpática y una buena compañera de cuarto, pero es muy parca en palabras y bastante reservada.

—¿Así que tú eres la compañera de habitación de Lizzie?

La chica asintió.

—Sí —contestó—. ¿Hace cuánto que no logras contactar con ella? ¿Crees que le ha pasado algo?

—No, no —negué, no queriendo preocuparla—. Es un tema familiar y necesito hablar con ella. Al final, no aceptó ese trabajo de niñera —mentí, aunque no del todo. Hice una pausa, porque tampoco quería desvelar más de lo necesario. En realidad, sabía bien poco—. Hablé con ella hace un par de semanas más o menos y no me dijo dónde estaba, pero sí que se encontraba junto a un tal Brian. ¿No sabrás quién es y como puedo localizarla? —le pregunté, nombrando al chico que estaba con mi hermana cuando me llamó. Era la única pista que tenía, así que tenía que intentarlo.

La chica arrugó el ceño, como si estuviese pensando.

—Conozco a un par de Brian que también conocen a tu hermana, pero es imposible que esté con ellos. Aunque los dos estarían dispuestos a tener algo con tu hermana, no quieren nada serio, y ya sabes cómo es ella, siempre buscando su príncipe azul.

¿Mi hermana buscando su príncipe azul? Eso era absurdo. Lizzie era la mujer menos romántica que existía. Ella estaba centrada en sus estudios y su carrera. Tener novio estaba en lo más debajo de la lista. Salía con chicos de vez en cuando, pero no buscaba nada serio.

Esa chica no la conocía en absoluto.

—¿Hay alguien con quien pueda hablar que pueda saber cómo localizarla? —insistí—. De verdad que es urgente.

La chica se puso un dedo en la nariz, pensativa.

—Quizá Karen. Trabajan juntas en la biblioteca de la universidad y están muy unidas. Si le ha contado algo a alguien, es a ella. No tengo su número, pero sé que sigue trabajando durante el verano. Aunque solo está por las mañanas, de once a dos. El resto del día, la biblioteca está cerrada.

—Gracias... —me detuve al darme cuenta de que no sabía su nombre.

—Ingrid —se presentó—. Espero que localices a Elizabeth. Y que sea lo que sea que ha pasado en tu familia, se solucione.

Sonreí.

—Sí, gracias.

Me despedí de ella y crucé por el paso de cebra para ir en busca de Ian. Él salía de la tienda justo en ese momento con dos botellas de agua.

El nudo en mi estómago que se había formado desde que había recibido el *email* de la

Universidad de Massachusetts se había aflojado un poco ahora que tenía un hilo del que tirar.

—¿Todo bien? —me pregunto, dándome una de las botellas de agua.

—Sí, cosas de chicas.

Él asintió, como si esas palabras lo explicasen todo. Que, tal vez, lo hacían.

Abrí la botella y le di un sorbo.

—¿Quieres que demos un paseo o prefieres regresar al hotel? —me preguntó.

Quería dar ese paseo. O, mejor aún, regresar al hotel y meterme en su cama. Había estado a punto de decirle la verdad, de ser sincera del todo con él, pero el momento había pasado. Con suerte, Karen me diría dónde estaba Lizzie y cómo localizarla. Y podría ser sincera sin fallar a mi hermana; la única persona que nunca me había traicionado.

—Volvamos al hotel. Estoy cansada.

Él asintió. Estaba empezando a anochecer y se notaba que había menos turistas. Las calles estaban más tranquilas.

—Hola, Elizabeth —me saludaron dos chicas.

No hicieron ademán de pararse, así que me limité a saludarlas. No habíamos dado dos pasos cuando un chico me saludó. Estábamos parados en un paso de cebra con semáforo cuando otra chica comenzó a hablar conmigo sobre la injusticia que le parecía que nos obligasen a cursar el año siguiente dos materias nuevas que no estaban en el plan de estudios del máster en el que, por lo visto, Lizzie y ella eran compañeras. Me limité a asentir. Por suerte, una vez el semáforo se puso en verde y cruzamos, ella se dirigió al sentido contrario que nosotros.

—Eres muy popular —me dijo Ian a pocos metros de la entrada del hotel después de que otro joven y su novia me preguntasen si iba a ir a la fiesta que se celebraba esa noche en un *pub* de la ciudad.

—Eso parece —musité, haciendo una mueca—. Aunque, ¿qué les pasa a los estudiantes de esta universidad? ¿Ninguno se va de vacaciones? —pregunté al aire mientras entrábamos en el hotel.

Ian se rio entre dientes.

—Lo curioso es que todos te miraban de una manera extraña. —Esas palabras provocaron que me quedase quieta. Yo también lo había notado, pero, a diferencia de él, conocía la respuesta. Todos notaban que había algo raro en mí, que no parecía la Elizabeth que conocían. Porque no lo era, claro—. No entendía la razón, pero acabo de darme cuenta.

Tragué saliva con fuerza. Él estiró el brazo, y con un dedo, me tocó la cabeza. Acto seguido, me enseñó el dedo manchado de rojo.

—¿Es sangre? —pregunté, llevándome la mano a la cabeza, Noté algo pringoso.

—Es mermelada de fresa. Se te ha debido pegar al pelo cuando la gaviota te ha tirado el trozo del panecillo.

Me miré la mano con la que me había tocado la cabeza. Uno de los dedos estaba levemente manchado, y me lo llevé a la nariz. Efectivamente, olía a mermelada.

—¿Has dejado que me pasee por todo Saint Andrews con el pelo manchado de mermelada?

—Lo acabo de ver.

—No me lo puedo creer —dije, acercándome a un espejo que cubría parte de una de las paredes. Tenía un pegote de mermelada en el pelo. Intenté quitármelo, pero solo conseguí empeorarlo—. Qué vergüenza.

Ian estaba a mi lado, mirándome.

—No sientes vergüenza por correr detrás de una gaviota, pero sí por haber paseado con el pelo levemente manchado. Creo que nunca voy a ser capaz de comprenderte.

—¿Y eso no te gusta?

—Me fascina. —Estiró el brazo y acaricio mi mejilla—. Vamos a mi habitación. Podemos pedir que nos suban algo para cenar.

Sonaba tentador; muy tentador.

—¿Por qué has pedido dos habitaciones?

Ian suspiró.

—Las cosas entre nosotros no están muy claras y no quería que te vieses obligada a dormir en la misma habitación que yo si no querías. Podría llegar a ser incómodo.

Así que él tan solo quería que yo me sintiera cómoda. Ian se estaba comportando tan bien conmigo, estaba siendo tan considerado, y yo seguía mintiéndole. Le ocultaba la verdad, interrogando a las compañeras de mi hermana a escondidas, porque no podía decirle la razón por la que estábamos allí.

—Quiero, pero estoy cansada. —Nunca pensé que decir aquellas palabras me costaría tanto. Porque, por una vez, debía hacer lo correcto—. Y si voy a tu habitación, no vamos a dormir. Es mejor que duerma sola. Solo hoy —dije, esperando que todo se solucionase al día siguiente. Deseando que Ian siguiese queriendo pasar la noche conmigo cuando me sincerase con él.

—Claro.

Ian no pudo ocultar la decepción que se reflejó en su rostro, pero estiró sus labios en una sonrisa que me hizo sentir peor de lo que ya me sentía.

Capítulo 25

Hasta las once no tenía que estar en la biblioteca de la universidad, por lo que me permití dormir hasta tarde. A eso de las diez bajé al comedor del hotel a desayunar, pero ya estaba cerrado. Así que opté por buscar fuera un lugar en el que desayunar. Lo que no esperaba era encontrarme a Ian esperándome, sentado en uno de los sofás de recepción.

—¿Se te han pegado las sabanas? —preguntó, con una ceja arqueada mientras se levantaba.

Me acerqué a él, sin saber muy bien cómo saludarlo. A pesar de que quería ser afectuosa con él y darle un beso en los labios, no creía que fuera lo apropiado. No después de que la noche anterior el ambiente había sido un poco extraño entre nosotros cuando nos despedimos.

Ian tampoco hizo ningún amago de acercarse a mí. Aunque no parecía enfadado conmigo por mi rechazo de la noche anterior, la sonrisa tensa con la que me recibió poco tenía que ver con las sonrisas genuinas y despreocupadas que me había dedicado los días anteriores.

—Un poco —contesté, sin poder evitar que un bostezo involuntario se me escapase—. Ian, si no te importa, preferiría encargarme de solucionar lo de la habitación yo sola.

—No voy a molestarte —dijo con expresión impasible. Si mis palabras lo habían molestado, no lo demostró—. ¿Qué te parece si vamos a desayunar y mientras discutes con los de administración yo aprovecho para hacer turismo? He estado varias veces en esta ciudad, pero siempre por trabajo.

Aquello sonaba raro. Ian no parecía de los que paseaban por la ciudad observando los monumentos que se iba encontrando o esperaba largas colas para entrar a un museo. Sin embargo, esa mañana, después de una noche de sueño reparador, mi mente estaba despejada de la neblina de deseo que él me creaba y de las palpitaciones que provocaba a mi corazón. Esa mañana mi mente estaba centrada en encontrar a Lizzie. La preocupación por ella lo ocupaba todo. Tal y como debía haber sido desde que recibí el *email*. Pero me había dejado llevar por mi egoísmo, dejando que mis recientes sentimientos por ese hombre que tenía frente a mí me descentrasen.

—De acuerdo —acepté, porque necesitaba un café con urgencia.

—¿Vamos a Northpoint Cafe? —sugirió Ian.

—Claro, ¿por qué no? —No tenía la menor idea de dónde se encontraba esa cafetería; ni siquiera me sonaba.

Por suerte, no estaba muy lejos del hotel. A unos pocos minutos caminando. Un breve paseo que hicimos en silencio.

Cuando llegamos, me sorprendió la larga fila de gente que estaba esperando para entrar y que llegaba casi hasta el final de la calle. Al escuchar unas cuantas conversaciones en diferentes idiomas, me di cuenta de que muchos de ellos eran turistas.

—Pedazo de cola —me quejé—. ¿Tan bueno es el café para tener que esperar?

—Kate Middleton y el príncipe William se conocieron aquí —me respondió la señora que estaba delante de nosotros en la cola y que, a juzgar por cómo se había metido en una conversación ajena a ella, era bastante cotilla.

Levante la mirada para ver que en la cristalera un cartel pegado que ponía «donde Kate conoció a Will».

¡Qué chorrada! Igual ni siquiera habían estado en esa cafetería juntos. Era increíble la facilidad que tenía la gente para subirse al carro de otros. Y aunque fuese verdad, ¿eso justificaba

que se convirtiese en una parada obligatoria para los turistas?

—Pues me alegro mucho por ellos, pero no tengo ninguna intención de esperar una hora para desayunar solo porque dos personas supuestamente comenzaron su historia de amor aquí.

Ian me miró, entrecerrando los ojos.

—Pensaba que era tu cafetería favorita —dijo—. Mark me comentó que fuiste tú la que insististe en que te hiciese la segunda entrevista aquí. Incluso estabas convencida de que la historia de amor de los príncipes comenzó aquí y te parecía muy romántico.

¿Desde cuándo mi hermana se había convertido en una ñoña?

—Lo dije para impresionarte —respondí, inventándome la primera excusa que se me ocurrió a la vez que daba un paso a un lado y me salía de la cola.

—No lo lograste —replicó Ian, acercándose a mí y dejando pasar a una pareja de italianos que habían llegado después de nosotros—. Estuve a punto de rechazarte como niñera por ello. No quería una niñera para Keir que tuviese la cabeza llena de pajaritos.

Pues no sabía yo si había acertado mucho...

—Venga, vamos a otro lugar. —Hice un gesto con mi mano, cambiando de tema. No quería seguir con esa conversación.

Por suerte, Ian no insistió.

—Llévame a tu cafetería preferida. La de verdad.

—Mi cafetería preferida está en Londres, en Bethnal Green. Se llama The Cakehole. Es un pequeño y acogedor café escondido dentro de una tienda de antigüedades.

—He estado muchas veces en Londres, pero nunca he pasado por allí.

Quizá puedas venir conmigo algún día. La frase estuvo a punto de salir de mi boca, pero me contuve a tiempo, porque imágenes de los dos allí juntos se dibujaron en mi mente.

Lizzie, céntrate en Lizzie.

Seguí andando sin tener la menos idea de adónde iba. Me metí por una callejuela y la suerte quiso que una pequeña cafetería apareciese delante de nosotros. Entré e Ian me siguió.

La cafetería era muy coqueta. Con cinco mesas redondas colocadas de manera estratégica para dar intimidad a los clientes. Cada una de ellas, con un pequeño jarrón con flores silvestres naturales.

Observé el mostrador de roble oscuro decorado con tarros de cristal llenos de galletas de mantequilla. Una vitrina mostraba una tentadora variedad de pasteles y tartas caseras. A pesar de que tenía el estómago cerrado por la preocupación y la expectación de lo que Karen podía contarme, no me pude resistir de pedirle un trozo de tarta de frutos rojos a la camarera.

—Voy a lavarme las manos.

—Voy llevando todo a la mesa —dijo Ian, señalando la mesa que estaba pegada a la ventana que daba al exterior.

Asentí, dirigiéndome hacia el fondo del establecimiento, donde la camarera me había dicho que estaban los baños. Entré al de mujeres. Había dos cubículos, y uno de ellos estaba ocupado.

Estaba lavándome las manos cuando escuché el sonido de un cerrojo abriéndose y unos pasos tras de mí.

Solo había un lavabo, así que me aparté para que la mujer pudiese lavarse las manos.

—Es un placer volver a verte.

Esa voz yo la había escuchado antes. No podía ser. Me giré para ver a Lorraine frente a mí.

—¿Qué haces aquí?

—La pregunta correcta es lo que tú haces aquí con Ian.

—Eso no es de tu incumbencia —espeté, más enfadada de lo que había estado nunca—.

¿Nos has seguido?

—Culpable —reconoció con una risa, sin un ápice de vergüenza.

Pero ¿cómo se atrevía? ¿Después de todo lo que le había hecho a Ian?

—Apártate de mi camino —le ordené, ya que ella se había colocado frente a mí, bloqueando la puerta con su cuerpo. Podía apartarla de un empujón, pero no quería darle una razón que para que montase un escándalo. No me fiaba ni un pelo de ella.

—Quiero hablar contigo, pero no aquí. Hay una puerta trasera que da a un callejón sin salida siguiendo este pasillo hasta el final. —Lorraine señaló la puerta del baño—. Nadie nos molestará allí.

—¡No tengo absolutamente nada que hablar contigo! —Mi voz salió más elevada de lo que me hubiera gustado, pero no podía controlarme ante su falta de descaro—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí como si nada? ¿Después de lo que le hiciste a Ian? ¿Después de cómo intentaste jugar con los sentimientos de tu sobrino? —le reproché, furiosa—. ¿Y todo por unas miseras libras?

Lorraine se encogió de hombros, sin inmutarse ante mis acusaciones.

—Varios millones, en realidad —me corrigió con impunidad.

Negué con la cabeza. Estaba perdiendo mi tiempo hablando con ella.

—No te lo voy a repetir, apártate.

Lorraine no se hizo a un lado, pero se dio la vuelta y dio un par de pasos hasta llegar a la puerta.

—Te espero en el callejón.

Esa mujer estaba chalada, ¿de verdad pensaba que iba a ir?

—Ah, por cierto —dijo cuando su mano estaba girando el pomo para abrir la puerta—. No eres mejor que yo, Charlotte Margareth.

Lorraine conocía mi identidad. Ella sabía que había estado haciéndome pasar por mi hermana. Durante cinco minutos, permanecí en el interior del baño, intentando calmarme. Esa bruja horrible no tenía corazón.

Sabía que ella quería hablar conmigo para chantajearme. No podía aceptarlo. Eso nunca funcionaba. Tenía que salir a hablar con Ian y contarle toda la verdad. Él se encargaría de Lorraine. Estaba decidida a hacer eso, pero entonces, me di cuenta de algo.

Si Lorraine sabía quién era yo, probablemente tenía algo que ver con que Lizzie estuviese desaparecida. ¿Y si le había hecho algo?

Ya no se trataba solo de Ian o de Keir, se trataba de mi hermana. Tenía que descubrir por mí misma lo que Lorraine sabía. Pero no podía encontrarme con ella en el callejón sin más y acceder a participar en lo que fuese a proponerme. Tenía que hacerlo con un plan. Lo único que se me ocurrió fue grabar la conversación que íbamos a mantener.

No sabía qué quería exactamente, pero le seguiría la corriente para intentar sonsacarle toda la información posible. Información que, después, podría utilizar.

Encendí la grabadora y sujeté el teléfono en mi mano, esperando que Lorraine no me obligase a guardarlo en el bolso, ya que no estaba segura de si se escucharía bien.

Salí del baño, caminando por el pasillo hasta encontrar la puerta al final del todo. Giré el pomo, y con una inspiración profunda, la abrí, encontrándome con Lorraine.

Ella estaba esperándome con una sonrisa socarrona dibujada en sus labios. Por supuesto que sabía que acudiría a su encuentro. Ambas éramos conscientes de que no me había dejado otra opción.

Observé que iba vestida con ropa sencilla, muy diferente a las prendas de marca que había

llevado en Lint cuando nos habíamos conocido. Me fijé en las gafas de sol que sostenía en su mano derecha. Parecía una turista más. Probablemente, su intención era pasar desapercibida y evitar que nos fijásemos en ella cuando nos había seguido.

—¿Cómo sabes mi nombre? —espeté, yendo directa al grano, a la vez que bajaba la mano en la que sostenía mi móvil, pegándolo a mi cuerpo, intentando que no se percatase demasiado o que no le diese ninguna importancia.

El callejón estaba en completo silencio, lo que ayudaba a que el sonido fuese a escucharse mejor.

—Sé que te estás haciendo pasar por tu hermana —respondió, diciéndome lo que ya sabía—. Al principio, me preguntaba la razón. —Lorraine hizo una mueca—. Ahora que te he visto con Ian, lo entiendo. —Se encogió de hombros—. No te juzgo, ser pobre es una mierda. Una debe hacer todo lo que pueda para salir de esa situación. Y tú estás usando tu cuerpo para ello.

¿Me estaba llamando puta? Respiré hondo para calmarme. Tenía que sonsacarle información, no partirle la nariz.

—¿Qué quieres de mí, Lorraine?

—Que me ayudes a conseguir la custodia de Keir.

—Keir debe estar con su padre. No contigo.

—Como ya sabes, Ian no es su padre. Aunque yo estaba dispuesta a mantener ese secreto y permitir que Ian fingiese que Keir era su hijo, pero él ha roto nuestro trato.

—Porque le estabas chantajeando.

—Chantajear es una palabra muy fea —replicó, frunciendo sus labios—. Digamos que estaba cobrando por mi silencio —dijo, como si aquello fuera normal, como si no sintiese ningún tipo de remordimiento por su comportamiento—. Pero él prefiere no pagarme —añadió con fastidio—. Tal vez, en el fondo, quiere deshacerse del niño. No puedo juzgarle, es un mocoso bastante intenso. Y no es su hijo, no tiene ninguna responsabilidad con él.

—¿Cómo puedes hablar así de Keir?! —Alcé la voz más de la cuenta, sin poder evitar controlarme—. Él te ama.

—Lo que es una ventaja para que el juez dicte la sentencia a mi favor.

Respiré hondo para calmarme y no lanzarme hacia ella.

Keir era un niño maravilloso, inteligente y con un corazón de oro. Cualquier persona querría pasar, aunque fuera, unos pocos minutos con él. Nunca pensé que podría cogerle tanto cariño en tan poco tiempo. Keir era un niño asombroso y su tía una insensible que no se merecía tener a un sobrino tan bueno como él.

El instinto salvaje que se había apoderado de mí cuando había hablado de aquella manera del pequeño gritaba que la hiciese trizas, pero no podía. Tenía que calmarme.

—En realidad, todo eso no me importa —mentí, ciñéndome a mi plan—. Si sabes que estoy sustituyendo a mi hermana es porque sabes dónde está ella, ¿no es así? —Me estaba tirando un farol con eso, pero por la manera burlona que ella sonrió, había acertado.

—Claro que lo sé —admitió Lorraine con soberbia—. Ella está dónde yo quiero que esté.

—Si quieres que te ayude, espero que ella esté bien —dije entre dientes, con las palabras saliendo estranguladas de mis labios por la furia que me invadía por dentro.

—No te alteres. —Lorraine hizo un gesto con su mano—. Tu hermana se encuentra perfectamente. Está mejor que nunca, viviendo la historia de amor que siempre ha soñado —añadió con un tono burlón que no me gustó.

—¿Historia de amor? —repetí, confundida—. ¿De qué estás hablando?

Lorraine suspiró.

—Después de que Ian decidiera dejar de pagarme, me estaba quedando sin dinero para el abogado, y lo que es peor, para poder vivir. Y como trabajar en uno de esos empleos asquerosos para ganar una miseria no era una opción, necesitaba actuar rápido. Me enteré de que Ian estaba buscando una niñera para el verano. Hizo unas entrevistas con chicas de Lint y eligió a una. Es una joven ambiciosa a la que fue fácil convencer para que llevase a cabo mi plan. —No le pregunté que plan era ese, porque no quería interrumpirla—. Pero en el último momento, Ian se lo pensó mejor y contrató a tu hermana. Nunca he hablado con ella, pero solo necesité informarme un poco sobre ella para saber que no podía sobornarla. No pondría en riesgo su carrera por un poco de dinero, pero contraté a un detective privado para que la investigase, esperando poder encontrar algún secreto que no quisiese que saliese a la luz que poder usar a mi favor. —Lorraine hizo una pausa—. No encontró nada. —Ella emitió un suspiro de decepción—. Pero sí que descubrió que tu hermana es una romántica empedernida en busca de su príncipe azul.

Recordé lo que Ingrid me había contado el día anterior sobre mi hermana. Ella también había afirmado que Lizzie estaba buscando a su príncipe azul. No la había creído, pensando que se equivocaba y que no conocía nada a mi hermana si percibía eso de ella.

Pero ahora, escuchando las palabras de Lorraine, me pregunté si la que no conocía a Lizzie era yo.

—Ser una romántica en busca del amor verdadero no es un delito.

—No, no lo es —respondió Lorraine—. Esa información no me servía para chantajearla, pero sí para quitármela de en medio. Como no encontraba a su chico ideal, decidí fabricarle uno —dijo con orgullo—. Un chico que cumpliera todo lo que ella buscaba en un hombre —continuó—. Pagué a un conocido para que apareciese por casualidad en su vida. Le hizo creer que estaba enamorado de ella y la convenció para que pasase el verano en Mánchester con él. Se suponía que ella rechazaría el trabajo e Ian contraría a la joven que yo estaba pagando. Pero, entonces, apareciste tú.

No me lo podía creer.

Entonces, todas las piezas del puzle me encajaron. El comportamiento extraño de Lizzie desde que me había pedido que la sustituyera como niñera y lo evasiva que se había mostrado durante todo este tiempo. Ella me había mentido, consciente de que la verdad no habría ayudado a su causa. Porque yo jamás la habría ayudado para que se marchase a disfrutar del verano con un hombre que acababa de conocer.

También supe lo que Lizzie quería contarme en la última conversación por teléfono que habíamos tenido. Ella se había arrepentido de haberme mentido y quería sincerarse.

Así que Brian, el nombre que Lizzie había pronunciado antes de colgar la llamada, era el chico con el que estaba. El mismo al que Lorraine había contratado.

—Mi hermana me iba a contar la verdad.

—Sí, iba a hacerlo. Por suerte, su novio —Lorraine pronunció la última palabra con ironía—, le robó el teléfono antes de que eso sucediese. Le hizo creer que lo había perdido.

—Él fue quien respondió a los últimos mensajes, no Lizzie —supuse, atando todos los cabos.

—Sí, y fue una estupidez porque te hizo sospechar. Aún era pronto para que te enterases de la verdad. Por eso le ordené que se deshiciese del móvil.

Aquello era una locura. Parecía que me encontraba en una película de las malas; de esas que dan a la hora de la siesta y la mayor parte de la gente se queda dormida a los diez minutos. Respiré e intenté centrarme en lo que importaba de verdad.

—No entiendo que pinto yo en todo esto —balbuceé, todavía asimilando todo lo que Lorraine me acababa de contar. Debía seguir mi plan y tratar de que ella me revelase toda la información posible que yo estaba grabando, aunque a cada minuto que pasaba me costaba más —. ¿Qué quieres de mí?

Lorraine me miró con fastidio, como si fuera una estúpida y no pudiese creer que tuviese que responderme a esa pregunta.

—Que lles a cabo el plan que tenía preparado para la otra niñera.

No pregunté cuál era el plan; aún no. Primero, necesita asegurarme de que Lizzie estaba bien. No me importaba lo que me hubiera dicho, no me fiaba de su palabra.

—Con una condición —acepté—. Llama al chico que está con mi hermana. Dile que rompa con ella. Y quiero oír la voz de mi hermana y escuchar cómo la deja. —Cuanto antes terminasen con eso, menos sufriría Lizzie—. Si no haces eso, regresaré a la cafetería y le confesaré a Ian toda la verdad. Incluso esta conversación —la amenacé.

Lorraine me miró para ver si iba de farol, pero no era así, y debió de darse cuenta, porque murmuró:

—Como quieras.

Sacó el móvil de su bolso y lo desbloqueó para buscar un contacto en su agenda. Se llevó el teléfono a su oreja.

—Brian —dijo en cuanto le cogieron la llamada. Si había tenido alguna duda de que mis suposiciones eran incorrectas, se despejaron en cuanto oí ese nombre—, escucha. Tu trabajo va a terminar antes de tiempo. —Hizo una pausa—. No te preocupes por eso, te pagaré lo prometido. Hay una última cosa que tienes que hacer. Corta con la chica ahora, pero deja el móvil en manos libre para que yo pueda escucharlo.

El chico debió aceptar, porque Lorraine se separó el móvil de la oreja e inclinó la pantalla hacia mí, poniendo la llamada en altavoz para que pudiera escucharla.

—¿Suced algo, cariño? —La voz de Lizzie resonó al otro lado provocando que soltase un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

Ella estaba bien. Menos mal.

—Tenemos que hablar —dijo Brian con seriedad. Pude oír cómo mi hermana intentaba decir algo, pero Brian la interrumpió—. Lizzie, eres una chica estupenda. Estas semanas juntas han sido increíbles, pero no soy suficiente para ti.

—Cariño, ¿pero qué estás diciendo? —Lizzie sonaba confundida, como si no entendiese nada—. Claro que lo eres —dijo, y por los pasos que escuché, trató de acercarse a él.

—De verdad, Lizzie. —Por supuesto que Brian no iba a dejar que mi hermana lo convenciera. Nada de lo que pudiera decirle iba a hacerle cambiar de opinión—. Lo mejor es que lo dejemos. No eres tú, soy yo.

Y encima, ni siquiera se lo estaba currando. Vaya forma más cutre de romper. Ese tal Brian era un completo imbécil. ¿Cómo mi hermana se había podido enamorar de él?

—No entiendo —balbuceó Lizzie entre sollozos—. ¿He hecho algo malo?

¿Desde cuándo mi hermana se dejaba humillar por un chico? Al contrario de lo que pensaba, no la conocía. Pero era culpa mía, no de ella. No le había prestado la atención que se merecía. Siempre había dado por hecho que ella era más fuerte que yo. Seguí escuchando la conversación. Mi hermana seguía suplicando a pesar de que chico cada vez era más cruel. Estaba claro que mi hermana anhelaba ser amada. Ella tenía esa carencia. Carencia que yo había tenido cubierta gracias a ella. Sin embargo, Lizzie no había tenido a nadie que la apoyase.

Lorraine cortó la llamada cuando Lizzie se marchó de la estancia en la que estaban,

llorando, desconsolada. Tuve que respirar hondo para no permitir que las lágrimas que se habían formado en mis ojos al escuchar el sufrimiento de mi hermana se derramasen por mis ojos.

—Ya he cumplido mi parte. Ahora te toca a ti —dijo Lorraine con frialdad—. Quiero que busques la manera de demostrar que Ian es un padre descuidado que pone a su hijo en peligro.

A pesar de que creía que cualquier cosa que pudiese pedirme Lorraine no me sorprendería después de todo lo que acababa de descubrir de ella, lo hizo.

—Eso es imposible. Ian nunca haría nada que perjudicase a Keir. Daría su vida por él.

—Por eso tienes que forzar la situación —me explicó con irritación—. Ian y tú tenéis una relación estrecha, así que no te costará hacerlo. Llévate a padre e hijo de excursión por el bosque y entretén a Ian para que Keir se pierda y tengáis que llamar a la policía —continuó—. O cualquier otra cosa. Lo que sea que implique a las autoridades. Échale imaginación. —Lorraine hizo una mueca—. Luego tú declara ante la policía que no es la primera vez que ese sucede. Y en el juicio, testificas a mi favor.

Tuve que utilizar todo mi autocontrol para no abrir la boca con horror ante lo que estaba escuchando. A Lorraine ni siquiera le importaba que, con ese plan, Keir pudiese estar en peligro o hacerse daño si con ello conseguía el acceso al dinero que quería para seguir viviendo su vida de lujos.

Fui a responder y seguirle la corriente. La engañaría haciéndole creer que estaba dispuesta a hacer eso y le enseñaría la grabación a Ian. Con esa prueba, podría denunciarla.

Sin embargo, no pude pronunciar ni una sola palabra.

—Tengo que reconocer que es un buen plan —dijo una voz varonil que conocía bien—. Una pena que lo haya descubierto antes de que sucediese. —Ian estaba en el umbral de la puerta. No le habíamos oído abrirla. Probablemente, porque nos estaba escuchando desde fuera y la había abierto con cuidado.

—Ian —lo llamé, pero él entró en el callejón a la vez que hacía un ademán con la mano para que guardase silencio.

—Fuera de mi vista —espetó con un tono de voz frío, carente de compasión.

Al principio, pensé que me lo decía a mí, pero él miraba a Lorraine.

—No puedes probar nada. —Lorraine ni siquiera parecía avergonzada. Ella alzó la barbilla, contemplando a Ian con altivez—. Voy a seguir luchando por la custodia. No pienso vivir como una pordiosera. Tengo derecho a beneficiarme de la herencia.

—¡No tienes derecho a una mierda! —gritó Ian más furioso de lo que le había visto nunca.

Lorraine abrió la boca para replicar, pero yo se lo impedí haciendo algo que había estado deseando desde el momento en el que había pisado ese callejón: darle un puñetazo en la barbilla. No me consideraba una persona violenta, pero Lorraine sacaba lo peor de mí.

Lorraine trastabilló hacia atrás por la fuerza de mi golpe y yo sacudí el brazo por el dolor. Era mi primer puñetazo.

—¡Vete si no quieres que te dé otra y te rompa la nariz! —No era una amenaza vacía. Estaba hablando completamente en serio—. ¡Y no te atrevas a acercarte de nuevo a Keir! —chillé con rabia.

Ella se sujetaba la barbilla con sus ojos brillando por el dolor. Parecía que iba a decir algo, pero o bien porque no podía hablar o porque por una vez en su vida fue lo suficientemente inteligente para no tensar más la cuerda, se marchó, dejándonos solos a Ian y a mí.

Ian me miraba en silencio con las preguntas dibujadas en su cara.

—No sé cuánto has escuchado, pero yo jamás os haría daño a ti o a Keir. Ella nos ha seguido. Me la he encontrado en el baño y me ha chantajeado para que saliese al callejón. La

estaba grabando con el móvil —le expliqué, levantando el aparato y aprovechando para parar la grabación—. Iba a dártela para que la usases en el juicio por la custodia.

Ian seguía observándome sin decir ninguna palabra. Su rostro cubierto por una fría mascarilla.

—Créeme, por favor —casi supliqué—. Jamás me aliaría con ella. No importa lo que tenga contra mí. —No quería que Ian malinterpretase lo que acababa de presenciar—. Iría a la cárcel si, a cambio, Keir y tú estáis a salvo.

Vi cuando mis palabras llegaron a él. Su rostro se relajó.

—Lo sé, Lottie. Confío en ti.

Él confiaba en mí. Me había contado su secreto máspreciado, pero yo le había mentido.

Se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—¿Qué tiene tuyo para poder chantajearte? —preguntó. Tragué saliva y acuné mi cabeza en su palma, disfrutando de la caricia—. Puedes decírmelo, cariño. No voy a permitir que te haga daño.

Respiré hondo. Él solo había escuchado la parte final de la conversación. Había mucho que tenía que explicarle. Había llegado el momento de la verdad. Al final, no iba a ser cómo había esperado, pero ya no había más opciones; no podía endulzarlo. Cerré los ojos, y cuando lo abrí, me separé de su toque.

—Ni nombre no es Elizabeth Charlotte Walker, me llamo Charlotte Margareth Walker. —Ian me miraba sin comprender—. Elizabeth es mi hermana gemela. Es a quien tú contrataste como niñera —aclare. Él seguía observándome, confundido—. Unos días antes de comenzar a trabajar para ti, le surgió algo. —Quería ser sincera con él, pero esa no era mi historia para contar. Ni siquiera yo misma entendía bien las decisiones que mi hermana había tomado—. Me pidió que me hiciese pasar por ella. No sé nada de niños y tampoco he estudiado ninguna carrera educativa; ni ninguna máster. En realidad, no he ido a la universidad —De nuevo, estaba hablando de más—. Lo que quiero decir es que acepté porque es mi hermana y ella siempre me ha ayudado. Ella tenía miedo a perder la beca que le permitía seguir estudiando el máster, al igual que las referencias que Mark iba a darle para conseguir el trabajo de sus sueños.

El rostro de Ian era la pura imagen de una máscara fría, sin sentimientos. Era incapaz de leer en ella.

—Déjame ver si lo entiendo —dijo—. Has cometido un delito de suplantación de identidad, otro de fraude al cobrar un dinero que no era para ti, y otro de falsificación de documentos.

Yo no había cobrado nada y tampoco había firmado nada. Pero no venía al cuento decirlo.

—Ian...

—No he terminado —me cortó—. Me has mentido desde el momento en el que llegaste a mi casa.

—No es verdad, yo...

Él levantó la mano en un gesto que exigía silencio.

—Parece que no aprendo la lección —masculló, provocando que mi corazón se rompiese en mil pedazos—. De nuevo, las señales estaban claras. Era más que evidente que no tenías ni idea de técnicas educativas. Y aunque físicamente eras igual, no te parecías en nada a la mujer que entrevisté. —Se rio sin humor—. Me di cuenta el otro día en mi habitación cuando saliste del baño que te pasaba algo. Y como un imbécil, dejé mi trabajo de lado para acompañarte pensando que me me necesitabas. Creí que me contarías eso que te perturbaba cuando estuvieses preparada. Y resulta que lo que sucedía es que eres una mentirosa. ¿También me has mentido al decirme que me querías?

—No, Ian, claro que no. Jamás te mentiría en eso. —Yo nunca podría hacerle algo así—. Te

quiero, Ian. Te quiero con todo mi corazón.

Aunque una llamarada de esperanza se encendió dentro de mí cuando vi la forma en la que brillaron sus ojos, se apagó en cuanto escuché sus palabras.

—¿Y por qué debería creerte? —replicó—. ¿Si me has mentido sobre tu verdadera identidad, porque no lo harías con esto también?

Y, en el fondo, podía entenderle.

¿Cómo iba a fiarse de mí si había roto su confianza? A pesar de que había sido con la intención de ayudar a mi hermana, había traicionado a Ian.

—Porque lo que hemos construido era real. Y porque ambos sabemos que eso no se puede fingir.

—Puedes decirle a tu hermana que esté tranquila. —Ian evitó responder a mis palabras anteriores. Su voz era tan gélida que congeló el ambiente a nuestro alrededor—. En su currículum contará que trabajó el verano cuidando a mi hijo. Tampoco informaré a Mark de lo sucedido. Ni os voy a denunciar a ninguna de las dos. Pero, a cambio, no vuelvas a acercarte ni a Keir ni a mí el resto de tu vida.

—Ian, yo...

No pude terminar la frase, porque él se giró y se marchó, dejándome sola y con el corazón roto en mil pedazos.

Capítulo 26

—Todo es culpa mía.

Lizzie ahogó un sollozo mientras dejaba el tenedor que estaba sosteniendo sobre la mesa. Ambas estábamos desayunando en mi apartamento de Londres.

—No. —Había dejado de contar todas las veces que habíamos mantenido esa conversación durante los últimos dos meses y siempre le decía lo mismo—. Cometiste un error; todos cometemos errores. ¿O no te acuerdas de todos los que he cometido yo?

Partí un trozo de tortita con el tenedor y me la llevé a la boca. Estaba rica, pero nada que ver con las que hacía Marie. La echaba de menos. Los echaba de menos a todos. Sobre todo, a Keir. No me había podido despedir de él. No había pasado un día en los últimos dos meses que no me acordase de él. Y de su padre. Pero, prefería no pensar en este último. Porque dolía como el demonio hacerlo. Dolía como si me clavasen agujas en los dedos del pie.

No había intentado ponerme en contacto con ellos durante este tiempo. No lo había hecho porque Ian me lo había pedido y había decidido respetar su decisión. Él estaba dolido conmigo por haberle mentado y podía entenderlo.

Aunque me hubiera gustado que me hubiera dado la oportunidad de poder tener una conversación y haberme podido explicar con más tranquilidad.

—No fue un error cualquiera, Lottie.

Estiré la mano con la que no sostenía el tenedor para apoyarla sobre la suya.

—Pero has hecho todo lo posible por enmendarlo.

Lizzie había llegado a un trato con Brian. Él testificaba en contra de Lorraine, y a cambio, ella no le denunciaba por estafa y se encargaba de que su abogado le cubriese las espaldas para que saliese libre de toda culpa. Vamos, que Brian se había ido de rositas. Mi hermana tenía que ver como el hombre que le había engañado a cambio de dinero seguía libre sin ningún castigo. Ella lo había hecho porque era la única manera de que Lorraine pagase por lo que había hecho, ya que la grabación que yo había conseguido no era suficiente para inculparla.

Brian no había sufrido ningún castigo, pero un juez había prohibido a Lorraine acercarse a Keir. Le había quitado cualquier derecho a su custodia. Ella había eludido el juicio, llegando a un pacto. Un pacto por el que ella tenía que realizar seiscientas horas de trabajo social y pagar una indemnización de quinientas libras al mes a Keir hasta que cumpliese los veintinueve años. Tampoco podía revelar a nadie quién era el verdadero padre de Keir. Si lo hacía, tendría que cumplir tres años de cárcel.

Cuando me enteré, lloré de felicidad. Que Lorraine tuviese que realizar trabajo social y trabajar de camarera o cualquier empleo digno, pero que para ella era denigrante para pagar la indemnización, era el peor castigo que esa mujer podía recibir.

—Lo sé, pero no es suficiente —insistió Lizzie—. Tienes el corazón roto y no sé cómo arreglarlo.

—No tienes que arreglar nada. —Apreté su mano—. No soy tu responsabilidad, nunca lo he sido. Somos hermanas, tenemos que apoyarnos la una a la otra. No es solo tu trabajo, es el de las dos.

—Pero, esta vez, ha sido mi culpa.

Ese era el gran problema de Lizzie: que creía que era ella quien debía solucionar los problemas de todo el mundo. Y, durante mucho tiempo, yo había contribuido a que pensase eso,

dejando que fuera ella quien me ayudara a resolver todos los conflictos en los que me metía, pero ahora, eso había cambiado.

—No, Lizzie. Ha sido la mía por ser una egoísta que solo se preocupó por sí misma. Tenía que haberme dado cuenta de que me necesitabas. Si llego a estar a tu lado apoyándote, nunca hubieses confiado en el primer malnacido que se acercó a ti dándote falso cariño.

Lizzie suspiró.

—Supongo que las dos hemos aprendido una lección importante.

Esbocé una sonrisa triste.

—Hemos pagado un alto precio, pero sí.

Lizzie se levantó de un salto del taburete en el que estaba sentada e hizo algo que muy pocas veces hacía: se acercó a mí y rodeó mis hombros con sus brazos, apretándome hacia ella.

—¿Vas a venir a la cafetería? —me preguntó cuando se separó de mí.

Mi hermana se había tomado un año sabático. No porque tuviese dudas de que quería dedicarse a la enseñanza, sino porque necesitaba un descanso. Necesitaba poner su cabeza en orden antes de seguir con sus estudios.

Y yo le había apoyado con su decisión.

Ella estaba trabajando de camarera en The Cakehole, mi cafetería preferida, y estaba viviendo conmigo mientras decidía qué quería hacer.

Yo me había matriculado en la universidad a distancia. Estaba estudiando Literatura. Leer todas las noches con Keir me había hecho darme cuenta de cuánto amaba los libros. Siempre había disfrutado de ellos, pero hasta ese verano no me había dado cuenta de lo importantes que eran para mí.

Tal vez, por fin había logrado centrarme. Keir e Ian me habían ayudado a ello. No iban a estar más en mi vida, pero habían sido muy importantes y siempre lo serían.

—Claro, como hago todos los domingos.

El domingo era mi único día libre. Para pagar mis clases y mi parte de alquiler trabajaba a media jornada en una tienda de jardinería que se encontraba en el mismo barrio en el que vivía. No tenía la menor idea de jardinería, pero la dueña estaba contenta conmigo. Y a los clientes parecía agradarles.

—Tienes razón —dijo Lizzie con una sonrisita.

Cuando Lizzie se fue, aproveché para terminar un trabajo para la clase de Historia de la Literatura Universal. Después, me duché, me cambié de ropa y me dirigí a la cafetería.

Como siempre me pasaba cuando iba a allí, sentí una sensación de calma. Aquel lugar, aunque casi siempre estaba concurrido para mí, era un remanso de paz. En cuanto ponías un pie dentro, era como entrar en un salón inglés tradicional que te evocaba al pasado.

Las paredes eran de ladrillo combinadas con papel pintado con patrones geométricos. Con paso decidido, pisé las tablas anchas de madera hasta dirigirme a una mesa al fondo donde me gustaba sentarme y que mi hermana me había reservado.

Lizzie se acercó a mí con una bandeja para servirme un café y un trozo de tarta de frutos rojos.

—Lo de siempre —me dijo con complicidad antes de marcharse, ya que era la única camarera que estaba en la cafetería ese día y el resto de clientes eran bastante impacientes.

Me acomodé en la silla y saqué el libro *Viaje al centro de la tierra* de Julio Verne. Prácticamente me lo sabía de memoria, pero leerlo me hacía sentirme cerca de Keir aunque no pudiese estar a su lado. Nunca pensé que un niño podría meterse en mi corazón como había hecho él.

—Un momento de atención —dijo Lizzie, provocando que centrarse mi mirada en ella. Mi hermana estaba en el centro de la cafetería. Había alguien detrás de ella, pero no podía verlo bien. Ella lo tapaba con su cuerpo—. ¡Hoy es un día muy especial! —Alzó la voz—. ¡Hoy tengo el honor de presentaros al mejor tibetanista del país! ¡Con todos ustedes, Keir MacAllister!

Mi hermana se hizo a un lado, y Keir, con el cuenco tibetano que le había regalado en sus manos, se colocó en el centro. El niño golpeó el cuenco con la baqueta y luego la movió, frotando los bordes creando un sonido relajante.

Sonaba bastante bien, aunque lo que realmente calentó mi corazón fue la sonrisa que el niño me dirigió.

¿Qué hacía él allí?

Dejé el libro encima de la mesa e iba a levantarme para acercarme al niño, pero un hombre se sentó a mi lado en la silla. Todo el mundo estaba atento a la actuación de Keir, por lo que nadie se dio cuenta del grito de emoción que se escapó de mis labios al ver el ramo de flores que Ian llevaba en su mano.

Él me las ofreció y yo las cogí con lágrimas en los ojos.

—Ian, ¿qué significa esto?

—¿Me perdonas, Lottie?

—No hay nada que perdonar.

¿De verdad aquello estaba sucediendo? Me pellizqué el brazo por si estaba soñando, pero el dolor me demostró que no.

—No debí haberte hablado como lo hice. Estaba enfadado. Pagué contigo mis traumas pasados. Tú no eres como Holly.

—No, no lo soy, pero debí ser sincera contigo en cuanto comencé a tener sentimientos por ti.

—Querías proteger a tu hermana y eso es noble.

—Sí, pero también me quería proteger a mí misma. Tenía miedo de que no lo entendieses y que me echases de tu vida. Estaba aterrada. Y, al final, pasó igual.

—Cometí el mayor error de mi vida alejándote de mí. Te amo, Lottie. Te amo como nunca he amado a ninguna mujer.

—No tanto como yo te quiero a ti.

Ian sonrió y unió sus labios a los míos. Aquel beso fue un beso corto, pero lleno de sentimientos. Un beso que me hacía sentir en casa, porque mi lugar estaba a su lado. A su lado y al lado del niño que, junto a mi hermana, nos vitoreó.

Epílogo

Un año después...

—Dime que es un husky y no es un cachorro de lobo —me pidió Ian con un suspiro en cuanto me vio salir del coche con el cachorro en brazos.

Al igual que Pongo, el perro tenía un bonito pelaje grisáceo, pero sus ojos eran de color azul.

—Eso me ha asegurado Matthew —dije, nombrando al veterinario amigo de Ian y que a la vez era uno de los encargados del refugio de animales donde llevaba trabajando a media jornada un par de meses.

Había terminado mi primer año de carrera con buenas notas. Estaba feliz de la carrera que había elegido, pero el cuidado de animales también me gustaba; al igual que cuidar de Keir. Había pasado de no encontrarme a mí misma a descubrir que tenía mucho que ofrecer al mundo. Y todo, gracias al apoyo de ese hombre que me observaba con una ceja alzada y una expresión de resignación.

—¿Nos lo vamos a quedar, verdad? —A pesar de que Ian hizo que sonara como una pregunta, ambos sabíamos que era una afirmación.

Max, que se encontraba sentado a su lado, levantó la cabeza, interesado en la conversación. No había desviado la mirada del cachorro desde el instante en el que me había bajado del coche. Sin embargo, no se había acercado a él. Por la forma en la que arrugó la nariz y emitió un pequeño bufido, no estaba temeroso de él, lo que era una muy buena señal, ya que confirmaba lo que Matthew me había dicho.

Max, aunque seguía prefiriendo a Ian, había aprendido a aceptarnos a Keir y a mí. Algunas noches dormía en la habitación de este, y a veces, se tumbaba en la alfombra mientras Keir y yo veíamos una película en la sala de cine.

Keir seguía teniendo un montón de extraescolares, pero los sábados y domingos los pasábamos en familia. Bien de excursión, de paseo por el pueblo, o simplemente disfrutando de un día relajado en casa.

—Eso espero —contesté con una sonrisa inocente y un tono de súplica que hizo que Ian entrecerrase los ojos—. Tiene unos cuatro meses. Lo abandonaron hace un par de semanas. Cuando llegó al refugio estaba tiritando, desnutrido y con una pata herida. En cuanto lo vi, supe que sería la mascota ideal para Keir, pero no he querido decir nada hasta asegurarme de que se recuperaba del todo. No quería ilusionarlo para luego tener que darle una mala noticia.

Ian negó con la cabeza.

—Y tampoco querías avisarme, no fuese a ser que me negase.

Como si pudiese negarme algo.

Ian se rio entre dientes, lo que me hizo darme cuenta de que lo había dicho en alto. Esa era una manía que no lograba quitarme.

—Tienes razón, cariño. No hay nada que pueda negarte —dijo, rodeando mi cintura con su brazo y acercándose a él para darme un beso.

El perro, al sentirse aplastado, emitió un sollozo. Ian se separó de mí y acarició el pelaje del cachorro.

—¿Es para mí? —preguntó Keir, apareciendo de la nada con la esperanza dibujada en sus facciones. Llevaba puesto solo un traje de baño y unas chancas e iba salpicando agua por todos lados. Debía estar en la piscina y me había visto llegar.

—Sí, pero solo si eres lo suficientemente responsable para cuidarlo —le dije mientras sentía cómo el cachorro se revolvía en mis brazos.

—Lo seré, mamá.

Como siempre que me llamaba así, mi corazón dio un vuelco. Él había empezado a llamarme de esa manera un par de meses atrás. Pero, desde el primer momento, se había sentido una palabra familiar; como si solo fuese un trámite. Porque, en el fondo, me había sentido su madre desde en el instante en el que le había conocido. Porque, de alguna manera, estaba destinada a serlo.

Dejé al cachorro en el suelo y el niño lo cogió en brazos ante la atenta mirada de Max. El cachorro se le resbalaba debido a que el niño estaba mojado, pero Keir era muy concienzudo, lo agarró fuerte y le dio un beso en el pelaje.

—Te vas a llamar Ringo.

El perro aulló. Keir se lo tomó con que el cachorro estaba de acuerdo. Lo dejó en el suelo y salió corriendo hacia la piscina con el perro detrás.

—Ten cuidado, Ringo no sabe nadar. Es muy pequeño —le advertí.

—Todos los perros saben nadar —me tranquilizó Ian—. Max, ve a vigilarlos —le ordenó.

Pero el san bernardo abrió la boca en un bostezo y se tumbó en el suelo, desobedeciendo a su dueño.

—Eso es culpa tuya —se quejó Ian frunciendo el ceño—. Está cogiendo tus malas costumbres.

—¿Y qué malas costumbres son esas? —pregunté, rodeándole el cuello con los brazos y centrando mi mirada en la suya—. Soy muy obediente.

Ian soltó una carcajada.

—No, no lo eres. Eres desobediente, descarada, desordenada, y un torbellino que ha llegado a mi vida para ponerla patas arriba.

—Pobrecito. —Le saqué la lengua—. ¿Eso es todo lo que soy?

—No, también eres la mujer que se ha llevado la tristeza y la oscuridad de mi vida llenándola de color.

—¿Te refieres a que he pintado de colores las paredes blancas y cambiado la cortinas por unas más coloridas? —bromeé, aunque sí que había hecho muchos cambios en la decoración de la casa—. ¿O te refieres a esto? —Señalé su camisa de vestir verde clara. Y con la barbilla, apunté el collar azul cielo que Max llevaba puesto. Al único que aún no había convencido para que pusiese colores vivos en su ropa era a Keir.

—No puedo esperar a que te cases conmigo —me dijo con una sonrisa.

Ian me había pedido matrimonio dos semanas antes en un viaje romántico de una semana que habíamos hecho a Punta Cana. Yo había gritado un sí tan sonoro que se había escuchado por todo el continente.

—Yo tampoco.

Y esa era la mayor verdad que había dicho nunca. Porque no me imaginaba mejor futuro que pasar el resto de mi vida con ese hombre.

Nuestra historia de amor no sería un cuento de hadas. Habría dificultades en el camino; dificultades que lograríamos superar.

Porque aunque aquella tarde en la fiesta del Beltane había menospreciado la leyenda que

había escuchado, en esos momentos sabía que haría cualquier cosa por Ian y Keir. Lo haría porque ellos eran mi familia. Y porque el amor verdadero, ese que mueve montañas, ese amor desinteresado y valiente, es capaz de enfrentar cualquier oscuridad.

Porque yo había llenado de color la vida de Ian, pero él y su hijo habían llenado la mía de amor.

Redes sociales

Instagram: [lexi_thurman03](#)